

*Cuba,
la isla fascinante*

Cuba, la isla fascinante

Juan Bosch



**CONOCER
PARA DECIDIR** | CONSEJO
EDITORIAL
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA



Miguel Ángel
Porrúa

MÉXICO • 2009

La FUNDACIÓN JUAN BOSCH,
privilegia esta edición, con
su beneplácito y autorización
para la publicación de esta
obra en México.

Santo Domingo, 10 de junio de 2009

CARMEN QUIDIELLO DE BOSCH
PRESIDENTA



La H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LX LEGISLATURA,
participa en la coedición de esta obra al
incorporarla a su serie CONOCER PARA DECIDIR

Coeditores de la presente edición

H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LX LEGISLATURA
EMBAJADA DE LA REPÚBLICA DOMINICANA EN MÉXICO
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

© 2009

FUNDACIÓN JUAN BOSCH

© 2009

Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-137-1

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del
contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización
expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la
Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, por los tratados interna-
cionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

*A Carmen, en cuya sonrisa
se hospedaron la dulzura
y la luz de la isla fascinante.*

*Y a Sergio Pérez,
José Luis Álvarez,
Paquito de Cárdenas
y Cruz Alonso,
mis amigos de Cuba,
esencia del generoso
corazón de su pueblo.*

El autor de este libro ha creído innecesario reproducir a la letra frases de héroes, escritores y poetas cubanos citados en él, puesto que lo importante es evocar la médula de esas expresiones. En cuanto a bibliografía, no la ofrece, aunque cree que los escritores de Cuba han sido en cierta forma sus colaboradores, ya que La isla fascinante es el resultado de muchos años de observaciones y lecturas. El autor considera, sin embargo, deber suyo dar los nombres de aquellos que leyeron los capítulos relacionados con sus especialidades, todos los cuales hicieron importantes enmiendas.

Emilio Roig de Leuchsenring repasó muy gentilmente las páginas sobre la ciudad de La Habana; el doctor Levi Marrero tuvo la bondad de aprobar la descripción del paisaje de la isla; Ángel I. Augier entregó al autor su biografía inédita de Nicolás Guillén; Fernando Ortiz –quien, a la hora de publicarse este libro ignora lo que sobre él se dice en el capítulo “Las altas voces del pueblo”– tuvo a bien hacer observaciones en los capítulos sobre la psicología cubana; el ingeniero industrial Ricardo del Valle ofreció todo su conocimiento sobre el tabaco; don Ramiro Guerra leyó el capítulo sobre el azúcar y le hizo valiosas correcciones.

La isla fascinante comenzó a escribirse, a mediados de 1951, en la finca “La Favorita”, cerca de La Habana, gentilmente ofrecida por su dueño, el escritor y diplomático cubano José de la Luz León. Partes del libro se escribieron en Santa Cruz del Norte, en Varadero,

en San Diego de los Baños y en San José de Costa Rica. Terminado en febrero de 1952, fue necesario ponerlo al día en cuanto a acontecimientos políticos, razón por la cual su publicación se ha retardado hasta ahora.

El autor pretende que La isla fascinante interprete la gratitud de todos los que hemos recibido de Cuba el pan de la hospitalidad. En su caso, el autor aspira, sobre todo, a que la Cuba de hoy pueda ser vista mañana en estas páginas por un niño que nació, hace nueve años, en la ciudad de Santiago de Cuba.

Ese niño es mi hijo.

EL AUTOR

[Santiago de Chile, abril de 1955]

LIBRO PRIMERO

El escenario

La puerta luminosa

De codos sobre la baranda de la terraza, en el aeropuerto de Rancho Boyeros, esperaba yo a un amigo que debía llegar pronto. Serían las nueve de la noche, y la brisa de mayo mecía a lo lejos el airón de las palmeras, que bajo la brillante luna chorreaban por todas sus hojas luz de plata. Era difícil apreciar, entre el vaivén de la gente y el resoplar de los aviones, la majestuosa soledad del cielo cubano, que resplandecía de horizonte a horizonte, metálico y azul.

Yo había llegado al aeropuerto pensando cómo lograría infundirle a mi amigo, desde el primer momento, ese hechizo de La Habana que de años antes llevaba yo en la sangre. Sabía bien que vista desde el aire la ciudad tiene un embrujo especial; se ve allá abajo parida de luces, como una mujer que muestra carnes rozagantes al resplandor de las mejores joyas. Pero sabía también que cuando se vuela sobre ella en la noche se pierde ese encanto único del paisaje que rodea a la capital; la vista de los campos sembrados de caña, de tabaco o de papas, con las altivas palmeras haciendo centinela aquí y allá, mientras entre los cuadros de los más variados tonos verdes irrumpe el color rojo, casi morado, de las tierras en barbecho, y las pardas y blancas manchas de los bohíos desperdigados en medio de la llanura.

Para ayudarme fulgía arriba tal noche, con esa especie de saludable brillo que sólo en los trópicos tiene, una luna entera y enorme, al favor de la cual vi acercarse el avión, lo vi alejarse hacia el noroeste, buscando el rumbo de Santa Fe, y cuando retornó, saliendo por el oeste, listo a aterrizar, ya tenía yo un plan para deslumbrar a mi amigo con la pre-

sencia de la ciudad, la más vital y atractiva de cuantas capitales puede recorrer un hombre como aquél, que venía desde Buenos Aires camino de Montreal, esto es, desde las grises pampas del trigo hasta la ordenada tierra de las nieves. Lo que mi amigo vio esa noche en poco más de una hora de recorrido lo dejó hechizado para siempre. Cuantas veces nos hemos encontrado después he sentido en su voz, al hablarme de La Habana, esa especie de amargura que tiembla en el fondo de las nostalgias de buena ley.

La Habana es la puerta luminosa de una isla fascinante. Cuando se entra en Cuba por ella todo el resto del país queda impregnado con el encanto de la capital; cuando se llega a la isla por otro punto cada sorpresa del paisaje parece ir preparando al visitante para el encuentro con La Habana. Es una ciudad encantadora, algo así como una muchacha espléndida que se hubiera criado paganamente correteando por los bosques y quemándose al sol de las playas, sólo preocupada por llenar cada hora con el júbilo de vivir sin importarle de dónde procede ni qué le reserva el porvenir.

Para conocer la raíz misma del alma habanera es de gran importancia comprender que sobre esta capital no gravita pasado riguroso alguno. La ciudad ha hecho durante cuatro siglos su vida con entera libertad de protocolos nobiliarios o de limitaciones inquisitoriales; ha crecido en sí misma con total independencia de alma, jocunda y briosa. Nadie sabe qué día ni dónde se fundó; nadie, por lo menos, puede atestiguar con documentos legítimos que nació en tal fecha y en tal lugar.

En la regulada atmósfera de la Conquista esto es un acontecimiento, puesto que las pragmáticas reales para el establecimiento de villas en América son precisas y no admiten desvíos. España descubre un mundo nuevo en los años finales del siglo xv, precisamente cuando allá se estaba creando un gran Estado absoluto. La lucha contra el libre albedrío de los señores regionales, la voluntad de gobernar con nuevos métodos sobre los restos del imperio árabe, la de unificar bajo la mano de Castilla a los pueblos de la Península; todos esos propósitos determinan el mantenimiento de una poderosa voluntad regimentadora. América es el escenario ideal para forjar un mundo distinto. En América no podían producirse los burgos de añeja formación, nacidos y desarrollados al

pie de alguna torre señorial, en el cruce de dos caminos o a la sombra de los mercados del medioevo, nidos de comerciantes y de artesanos, que cuando se sentían fuertes reclamaban leyes o amparos reales o privilegios, y de no obtenerlos se aliaban a un enemigo feudal de la Corona.

Lo mejor era que en América nacieran de un golpe las villas; que surgieran por gracia y mandato del rey; que se debieran a la autoridad suprema de Su Majestad, servidas por gobernadores, por tenientes de gobernadores o por cabildos cuyos miembros debían colocar sobre sus cabezas, al recibirlas, las cédulas reales, y jurar solemnemente, dejando de ello constancia en actas bien labradas, que las tales cédulas serían “obedecidas e cumplidas e guardadas” en todo el territorio de la villa.

Era costumbre que el conquistador fijara, clavando una lanza en tierra, el sitio preciso de la ciudad; que determinara sus lindes y se estableciera dónde iba la plaza central, dónde la casa del gobernador y la del ayuntamiento, dónde la horca para hacer justicia; que se dijera misa, se eligiera un solar para la iglesia o capilla, se bautizara el nuevo establecimiento, se seleccionara un santo para que su nombre y su imagen presidieran el centro de autoridad que iba a nacer. Las disposiciones para la fundación de ciudades eran prolijas y prescribían todo cuanto es imaginable; se decía en ellas cómo debían ser tendidas las calles, y en cuáles esquinas, si eran de sombra o de sol, habían de ir determinados establecimientos, las iglesias y las moradas de frailes, por ejemplo.

Muchas ciudades fundadas con tal aparato de autoridad desaparecieron en pocos años, otras fueron destruidas por terremotos, otras abandonadas debido a que resultaron insalubres. La Habana que no iba a tardar en convertirse en un centro de enorme actividad comercial, nació, sin embargo, por sí sola, sin que se invocara para establecerla disposición real alguna, sin que se levantara acta ni se le diera nombre. Los historiadores discuten desde hace años sobre si quedó establecida en la costa sur de la isla, por donde está hoy Batabanó, puerto de pescadores de bonitos y esponjas, o en la boca del río Mayabeque; sobre si la fundaron primero en la costa norte, orillas del Almendares, que por aquellos días fue llamado La Chorrera, donde tuvo tierras el conquistador de Cuba, Diego de Velázquez; o si la ciudad nació al margen de

la bahía bautizada La Carena o las Carenas, sitio donde habían arribado y caído prisioneros de los indios, a principio del siglo XVI, un español y dos españolas salvados del naufragio que había abatido a una expedición capitaneada por Alonso de Ojeda. Hasta se discutió por mucho tiempo si se llamaba Havana o Abana, Avanam o Habana.

Lo que se sabe de cierto, es que entre 1515 y 1520, en la margen occidental de la bahía fueron apareciendo bohíos, primitivas construcciones de madera techadas con guano. Las tierras en que estaba enclavada la bahía pertenecían al cacique Habaguanex, o estaban regidas por él, y toda la región de su gobierno se llamaba Habana. De ahí el nombre de la que iba a ser con el tiempo la capital de la isla cubana y la puerta de las Indias. La provincia fue ocupada por Pánfilo de Narváez, “alto de cuerpo, algo rubio, que tiraba a ser rojo” según el padre Las Casas, y de cuya voz decía Bernal Díaz del Castillo, que lo conoció y lo trató en la conquista de México, “que hablaba muy entonado, medio de bóveda”. Pero a nadie le consta que Pánfilo de Narváez fundara la ciudad, como nadie puede asegurar que la fundara Diego de Velázquez, “bien gordo y pesado”, como afirma Bernal Díaz. A fines de 1518 o a principios de 1519, el lugar era llamado villa y había en él un “teniente a guerra” del gobernador Velázquez; y esto se sabe porque en la casa del tal teniente se alojó Hernán Cortés, camino de la estupenda hazaña que le reservaba la historia de México.

La naciente Habana de aquellos días puede ser imaginada por quien recorra hoy una cualquiera de las bahías con que la costa cubana recibe al mar. Asomándose a las aguas, desde el erguido morro en la punta del nordeste, recorriendo pulgada a pulgada el litoral interior y desbordándose por la costa hacia el oeste, más allá de las playas de Marianao y del rincón del Biltmore y de Santa Fe, la ciudad es ahora un bosque de piedras claras y de techos rojos, que en las noches del trópico muestra a través de sus millones de ventanas panales de luz.

Pero eso no ocurre por ejemplo en el Mariel; y quien entre hoy por la bahía del Mariel, bebiéndose con los ojos el paisaje cubano de palmeras y de tierra rojiza, de limpias aguas azules y de cielo transparente, puede imaginarse a La Habana tal como fue en sus primeros tiempos. Pues excepción hecha de las modernas construcciones levantadas por la

Marina de Guerra, de la fábrica de cemento que alza sus chimeneas a la entrada, y de la ciudad del Mariel, que se halla al fondo y no se ve sino cuando ya se ha traspuesto el canal de acceso, la hermosa bahía presenta al viajero el aspecto de una tierra virginal. No importa que a la distancia se adviertan los sembradíos de caria. En la margen oriental el bosque es tupido, como debió ser el que rodeaba a La Habana en todo lo que fue siglo XVI, y probablemente por mucho tiempo más.

Aunque en 1540 la población de La Habana era escasa (“40 vecinos casados y por casar, indios naborias naturales de la isla, 120; esclavos indios y negros, 200; un clérigo y un sacristán” en mayo de 1544, bien entendido que al decir “vecinos” los censos parroquiales de la época se referían sólo al jefe de la familia), ya tenía rango de capital. Poco después sería residencia fija del gobernador.

El padre Las Casas, escribiendo desde La Española, diría más tarde que La Habana

es la que más concurso de naos y gentes cada día tiene, por venir allí a juntarse o a parar y tomar puerto de las más partes destas Indias, digo de las partes y puertos de Tierra Firme, como es de Santa Marta, Cartagena, del Nombre de Dios, de Honduras, y Trujillo y Puerto de Caballos, y Yucatán y de la Nueva España.

Cuando oficialmente se mandó que el gobernador de la isla residiera en La Habana, se explicó que debía ser así “por ser como era la llave de toda la contratación de las yndias”, esto es, el punto donde se reunían las naves que debían hacer la travesía del Atlántico, camino de España, cargadas del oro y de la plata y del cacao y de las maderas y los cueros de res que se enviaban a la Metrópoli desde todo el arco que cubre América, entre el extremo nordeste de Venezuela y la Florida.

Pues, en aquellos días España tenía el monopolio absoluto del comercio con el Nuevo Mundo; había establecido en Sevilla el centro de ese comercio, llamado “contratación”, y de La Habana salían las flotas en navegación de conjunto hasta Sevilla. Por eso, según documento de la época, “la Habana estaba en el paraje donde se hace escala de todas las yndias”. Conquistadores o colonos que venían de España en ruta hacia México, Tierra Firme o Nueva Granada; tripulantes de los buques

que debían navegar hacia la Metrópoli, o sacerdotes que retornaban a España o colonos que volvían por enfermedad o por negocios; toda esa gente que la aventura movía y que la desventura o la fortuna devolvía, tocaba en La Habana. Y como sucediese a menudo que para reunir una flota numerosa hubiera que esperar meses, en la ciudad comenzó a haber desde muy temprano una población pasajera que superaba a las de otros puertos de América. Aunque fuera a base de bohíos, había que dar techo a los transeúntes; por otra parte, esos transeúntes pagaban bien. Así fue creciendo la ciudad, que nació sin labrado de actas y sin amparos reales.

La riqueza de las flotas que iban y venían solicitó cada vez más la atención de los piratas, bandoleros del mar. En todos los puertos de Cuba hacían incursiones los temidos asaltantes; y ya se llevaban barcos de las bahías, ya incendiaban establecimientos, ya, en son de conquistadores, tomaban ciudades por largas semanas. Jacques de Sores estuvo todo un mes como dueño y señor de Santiago, en el extremo sureste de la isla; en 1555, el propio De Sores, mezcla de bandido y de caballero, desembarcó doscientos hombres cerca de donde levanta hoy al cielo su parda mole el Hotel Nacional, y tras luchar con la pequeña guarnición rindió a La Habana. Acaso el pirata francés se hubiera retirado tras cobrar algunos miles de pesos en plata o en oro, pero el gobernador español rompió inesperadamente las negociaciones que mantenía con el atacante y le mató varios hombres. De Sores cobró la sangre de los suyos; y cuando sus naves dejaban atrás los farallones de la costa, sólo humo y cenizas quedaban donde antes hubo bohíos y alguna que otra casa de piedra. Asustado, el poder real ordenó la fortificación de la ciudad.

Con el transcurso de los años La Habana estuvo defendida por fuertes y quedó al fin convertida en el bastión militar del Imperio en el mar Caribe. A ella llegaban los navíos de guerra españoles cargados de soldados y de cañones, y en las aguas de su bahía esperaban semanas o meses, mientras recibían órdenes de trasladarse a la Florida, donde debían combatir a los piratas y corsarios de Francia, o a Puerto Rico, punto de retaguardia del Imperio, o a La Española, perpetuamente asolada por las hordas de filibusteros que habían anidado en la isla Tortuga. Al terminar el siglo XVI, La Habana, ante cuyas agitas pasó en son de amenaza

el terrible Francis Drake, en 1587, tenía sobre el extremo nororiental de su bahía el célebre Castillo del Morro, si bien todavía no coronado con esa especie de mástil de piedra que identifica hoy a la ciudad; y enfrente, el Castillo de la Punta, chato y duro.

En mi mesa de trabajo, mientras escribo, se apilan grabados antiguos que describen la ciudad. Los dos primeros –uno que se estima ser de fines del siglo XVI, tomado del “Atlas” de Vingboons, y otro del siglo XVII obra de Augusto Vind, sobre dibujo de Gabriel Bodenehr– dan idea del hechizo que ya en los años del 1600 tenía La Habana para la imaginación europea.

Tal vez ninguno de los autores de esos grabados estuvo en el agitado puerto de las Indias; o acaso pasaron a su vista a bordo de cualquiera de las flotas en corso, muchas de ellas holandesas, que rondaban por las aguas aledañas en acecho de las naves que llevaban oro y plata de México a España. Lo más probable fuera que oyeran en Ámsterdam o en Amberes descripciones de La Habana hechas por marinos contadores de aventuras. En el grabado del Atlas de Vingboons puede identificarse en su emplazamiento correcto el Castillo del Morro, y acaso el de La Punta, guardando la orilla oriental del canal de entrada a la bahía; y un cerro que se adivina detrás del Morro pudiera ser el de la Cabaña, como otro que está a la derecha podría ser Atarés. Pero al fondo se levantan dos lomas rotundas, inexistentes en la orografía habanera; como son inexistentes en el otro grabado las puntiagudas torres holandesas que se multiplican sobre los techos de la ciudad.

Hacia la época del primer grabado, La Habana debió tener entre ocho y diez mil habitantes. Pero ese número vivía en un vértigo constante; el vértigo de la soldadesca y la marinería, que jugaba, violaba, asaltaba y bebía para llenar los largos meses de las esperas. Por el mar Caribe pululaban, y pulularon durante todo el siglo XVII y parte del XVIII, los piratas, los corsarios, los filibusteros, gentes audaces y resueltas, enviadas en ocasiones por sus gobiernos en son de corso, otras actuando por propia cuenta, empeñados unos y otros en debilitar el poder español en el mar y a la vez en enriquecerse con el producto de las rapiñas. Un viaje era una aventura vital. Al embarcar, los marinos y los soldados amontonaban objetos de contrabando para vender en La Habana, bien

a los comerciantes de la ciudad, bien a los que viajaban entre ella y las costas del Caribe. En esa vida de campamento y de lucha por conquistar el ducado de oro florecían las casas de mujeres, la trata de esclavos, los garitos; y en las noches roncaban los borrachos sus canciones, y se oían los ayes de los asaltados, que caían al filo del puñal. La Habana era entonces un mundo extraño y embriagador; un mundo tan libre como lo hubiera deseado el Renacimiento, tierra propicia para el audaz y el valiente. El resto de Cuba no contaba para nada.

En los muelles de Europa, en las tabernas de las ciudades hanseáticas o de Sevilla y Barcelona, algún marino envejecido relataba, con la nostalgia de quien vivió intensamente, hechos ocurridos en las callejas del remoto puerto americano; y como los relatos se multiplicaban, se extendía el extraño prestigio de la lejana ciudad.

Además, por La Habana salía ya azúcar hacia las tierras europeas. En las cercanías de ese centro de lucha y vida habían empezado a levantarse desde algunos años antes pequeños ingenios. Los negros traídos de las colonias portuguesas se vendían como esclavos para sembrar y cortar caña y para hervir el guarapo en grandes pailas; y el dulce producto iluminaba la imaginación de los europeos con sueños de tierras de encanto, donde el negro trabajaba para la delicia del blanco. Así fue creciendo en la mente de los hombres de Europa el prestigio un poco turbio de La Habana, al par que de hecho la ciudad iba creciendo al amparo de la violencia con que todos los países poderosos luchaban contra España.

Entre los siglos XVI y XVII La Habana, esta ciudad hechicera que ahora nos conmueve cuando en los atardeceres de primavera vemos irse diluyendo entre luces exquisitas el perfil de casas que rodea su Malecón, fue la hija legítima de la violencia. Creció a causa de que el miedo la hizo escala obligada de las grandes flotas españolas; se creó una leyenda de tierra vital, porque en sus calles imperó el juego, el crimen y el desfreno sexual típicos de los campamentos de la época. Lo más notable en la historia de esa ciudad hermosa y abierta, franca y segura de sí misma, es que lograra domar su propio pasado a pesar de que el corrompido régimen colonial que le dio nacimiento iba a mantenerse fundamentalmente igual durante tres siglos más.

No me fue posible llevar al amigo que venía del sur por las estrechas calles de la llamada Habana vieja. Su tiempo era escaso y además no estaba temperamentalmente hecho al gusto de los lugares donde moran el silencio y la historia. Pero a mí sí me ha sido dado el placer de discurrir en horas de la noche por los mismos sitios por donde los aventureros del 1600 y del 1700 pasaban pegando voces o corriendo enfebrecidos tras mujeres mal habladas, por las mismas calles que a menudo eran campo de tropelías de los negros cimarrones.

Ahora, durante el día, en tales calles atruenan las bocinas de los automóviles o pregonan sus mercancías los billeteros y los vendedores de frutas; cuando la noche cae, el silencio se adueña de todo. A través de las rejas coloniales de las ventanas se asoman macetas de flores; el paseante tropieza de improviso con el amplio portón de una casa de piedra que debió ser el palacio de alguna familia enriquecida durante la expansión económica que tuvo Cuba en los siglos XVIII y XIX; de hora en hora una habanera cruza, un policía pasa o se dejan oír, nítidos y en fuga, los campanazos de algún reloj.

Sin duda alguna esta Habana de hoy no es el campamento de tres siglos atrás. En la bahía, brillante de las luces que por todo su litoral derrama la ciudad y sus aguas reflejan, no se amontonan ya las velas y las jarcias de las flotas españolas, ni una marinería grosera injuria o maldice. Al costado de La Cabaña, viveros de pescadores se mecen quieta-mente; del lado acá hormiguean las lanchas y los botes en que soldados y marinos, estudiantes y obreros van a Casablanca. Junto al muelle internacional los yates de recreo se ven como si estuvieran paciando la rumorosa agua que con dulce lentitud golpea y golpea, año tras año, en los muros de cemento. Más allá se alinean los espigones de los muelles comerciales, uno tras otro, hasta sobrepasar la loma de Atarés con su enmohecido castillo colonial encima; muelles activos que durante el día se estremecen de grúas y voces de estibadores y en las noches se sumen en vastas ausencias de monstruos dormidos, Partiendo la bahía van y vienen las lanchas de Regla, a bordo de las cuales millares de habaneros sueñan a diario con el viaje imposible a través de los mares.

Esta bahía fue el germen de La Habana, la razón de ser de su nacimiento y de su expansión, por lo menos mientras la vida de la isla se

concentró en su capital. Porque ocurrió después que la cabeza sin cuerpo que era la ciudad comenzó a alimentarse de la riqueza que floreció en ese cuerpo, gracias a que un cúmulo de circunstancias favorables hizo de Cuba la tierra ideal para el tabaco y el azúcar, sobre todo para la industrialización del azúcar en escala gigantesca. La hermosa bahía no es hoy el agitado *rendez-vous* de aventureros sin freno; su encanto no es el brutal, pero intenso de los días en que era de hecho una frontera de riqueza y de muerte. Su encanto ahora es distinto, si bien evidente.

Desde hace un siglo sobre el extremo norte de su Castillo del Morro se alza la farola de piedra que en cinco continentes y en los siete mares es símbolo de La Habana; y en las secas mañanas de verano, sobre todo cuando el sol empieza a salir y a disipar las brumas que durante las noches se amontonan entre los acantilados y las aguas, se ven las piedras doradas de esa farola y las sólidas paredes de La Cabaña reflejando una limpieza indescriptible, mientras las tranquilas aguas parecen producir múltiples tonos de nácar venidos, no del cielo, sino de su propio fondo. En tales horas, el que boga hacia el centro puede gustar el paisaje de una ciudad única, que despierta de manera tan gentil y es tan atractiva y sensual en ese despertar, como si se tratara de una mujer hermosa y enamorada. En el mismo corazón de la bahía sólo se oye el lento caer del agua que destilan los remos.

Tardará hasta las ocho de la mañana, a menos que algún buque haya esperado la salida del sol en la rada para entrar temprano, en sentirse las primeras sirenas de los barcos, en verse el negro humo de los puertos ascender dando tumbos. Mientras tanto, toda la ciudad empieza a cobrar vida; camiones y automóviles llenan las calles que dan a los muelles; ríos de hombres y mujeres descienden de todas partes, en pos de la Aduana, del Correo, que levanta frente a los almacenes de la Aduana su venerable arquitectura de antiguo convento, de La Lonja, en el extremo de cuya cúpula pretende emprender vuelo un Mercurio de bronce. Los automóviles pasan raudamente por el costado de la Alameda de Paula, antiguo paseo colonial, restaurado a su gracia primitiva, o junto a la iglesia del mismo nombre.

Mi amigo del sur no visitó la bahía. En general, no abunda la gente que se sienta atraída por los puertos, a despecho de que el hechizo de los

puertos es singular y fuerte. Puntos de adioses y de bienvenidas, los puertos parecen estar situados en el centro mismo de la vida. De ellos se parte, pero a ellos se llega. A media mañana o a media tarde el de La Habana está lleno de trajín. En las horas más tempranas del día o en las últimas o en las de la noche es acaso de los más singulares del mundo. Pues ocurre que su atracción no proviene ni de siniestro prestigio de peligros ni de morbosa sensación de pecados.

Por todos los ámbitos de la bahía habanera puede pasear a cualquiera hora la más pura de las criaturas sin temor alguno. Ninguno de los rudos, pero bondadosos marineros que hay en él, será capaz de asaltar a una mujer ni de despojar a un transeúnte; la policía marítima sólo tiene que vigilar a los pequeños contrabandistas de cigarrillos o de licores o a los merodeadores que buscan para dormir los veleros solitarios y en la madrugada los abandonan llevándose una herramienta, una farola o una jarcia. Ocurrió cierta vez que a bordo del *Sátira*, antigua lancha auxiliar de la Marina de Guerra estadounidense convertida en yate, una joven bailarina de los clubes nocturnos de Chicago descargó una pistola sobre su joven amante, veterano del Pacífico y poeta. El herido murió y la tragedia conmovió a toda Cuba, porque desde hace años las aguas de La Habana no son escenario de sangre.

A veces “llega el norte”, el mar se hace grueso, el cielo toma un resplandor plumizo, la cálida y ligera brisa del trópico se torna pegajoso viento húmedo y sobre la bahía se difunde una luz entre verde y amarilla; todo lo cual anuncia mal tiempo para navegar y para pescar; acaso anuncie también ciclón, el espanto de las islas, la desbocada fuerza de la naturaleza convertida en ventarrones que descuajan árboles y lanzan los veleros contra las escarpas de las costas. Súbitamente, como si se tratara de un cambio de escena, la belleza luminosa de la bahía se transforma en una madura y consciente hermosura de puertos en el Mar del Norte; la atmósfera se espesa, los viveros de los pescadores bailan sin cesar, con sus mástiles marcando un rudo compás; los gráciles yates de recreo se mueven menos pausadamente, resuenan con mayor fuerza las sirenas y se mueven con mayor lentitud los buques que entran en la bahía o que la abandonan para hacer la travesía del Atlántico o para cruzar el canal de La Florida en ruta hacia Norteamérica. Vista desde el

Malecón, la rada se convierte en un paisaje inestable, móvil, oscuro y excitante. Se ven las olas rompiendo a lo largo de la costa, alzándose en furiosas y cambiantes torres de espuma; se las ve trepar por el Morro con sorprendente velocidad y avidez, y reventar allá arriba, casi junto a la farola, mientras en la bahía llueve y se desdibujan los cascos de los grandes barcos, los techos de los muelles, las fachadas de los cafés y restaurantes que orillan el lugar.

Del extremo occidental de la bahía se sale a la antigua Plaza de Armas y al Malecón. Entre la conjunción de los dos, a poco andar, se desemboca sorpresivamente en un rincón inolvidable, el de la plaza de la Catedral. Por allí deberíamos pasear, en una soleada mañana de domingo o en un anochecer de luna llena. Pues al borde de ese centro de vida y fuerza que es el puerto, las plazas de Armas y de la Catedral parecen el refugio de la paz, de una paz de piedras, sobre las cuales han ido cayendo lentamente más siglos de los que conoce el hombre.

En la primera, un pequeño parque de raquítica vegetación da albergue a la estatua de Fernando VII. El irresponsable monarca mira, con sus ciegos ojos de mármol, hacia el este. Allí está el Templete, una versión griega en tono militar, y por tanto toscano, de templo católico. Los guías de turistas llevan al Templete cada día a docenas de crédulos ciudadanos de Kentucky o de Oklahoma y les cuentan que en tal lugar y bajo la ceiba que allí crece se dijo la primera misa en Cuba. Los guías mienten. Nadie sabe siquiera cómo se llamó el primer sacerdote que pisó tierra en lo que hoy es La Habana ni qué día llegó ni dónde ofició.

A la siniestra mano de don Fernando está el hogar del Tribunal Supremo del país, antigua Casa del Segundo Cabo, esto es, del que seguía en mando al capitán general de la colonia, cuyo suntuoso albergue quedaba a pocos pasos, en el mismo edificio que hoy ocupa el Ayuntamiento de la ciudad. En dirección de la bahía, el Castillo de la Fuerza, chato, con los antiguos fosos secos, ha quedado convertido en asilo provisorio de la Biblioteca Nacional. En horas de la noche sólo uno que otro ómnibus irrumpe en la vieja plaza, corazón que fue de la capital en los días coloniales.

En la hermosa puerta del Ayuntamiento un conserje nocturno dormita sobre su silla de tijeras; y si uno le pide ver el patio, de amplias

arcadas y suelo embaldosado de mármol, duda un momento, mira con astucia, pregunta si uno es extranjero, y al fin da paso y torna a su silla y a su medio sueño, sin hacerse obsequioso ni esperar propina. Del pequeño parque trasciende esa noble tristeza que se advierte durante la noche en los sitios que por el día padecen el trajín de la vida moderna. Las luces eléctricas, nada alegres, iluminan los portales vecinos; acaso se oiga una bocina que estalla por la Avenida del Puerto. Habitualmente ni un perro lleva al lugar ese aire de pueblo que a menudo pone el can noctámbulo en los rincones de las grandes ciudades.

Tres cuadras más allá, entrando en la ciudad, está la Plaza de la Catedral. Seguramente la plaza como tal no tendrá mil metros cuadrados. El piso es de adoquines y en el centro se advierte todavía la base de la fuente fabricada por el régimen interventor estadounidense para que bebieran agua los caballos de las carretas y los de coches. La Catedral mira hacia el sur. Su fachada, de evidente estilo barroco español, tiene ese color entre lila y rojizo privativo de las viejas piedras; entre ella y la plazuela hay una verja de hierro. Justamente enfrente está la antigua casa de los condes de Bayona; en la esquina diagonal a esa señorial mansión, en letras conmovedoras por lo inseguras de su trazo, aunque bien labradas, reza una leyenda secular: “Esta agua traxo el maese de campo Iván de Texeda, anno de 1592”. El lugar, de singular prestancia para muchos conocedores de los rincones coloniales de toda América, parece multiplicar su atracción cuando uno se pone a deletrear esa leyenda simple, tan cargada de emocionantes sugestiones.

Toda la Conquista, con sus luchas anónimas y terribles, con sus crueles héroes, sus indios y sus negros sacrificados a la ambición de dominar la tierra, pasa en tropel por el fondo de esas letras. De pronto se siente que la sangre derramada se ha acumulado allí, en la diminuta plaza, para cantar sin sonido un año y otro año, un siglo y otro siglo, un potente himno de arrepentimiento. Cargado de estrellas, el cielo parece detenerse sobre el lugar. A un costado se ven las casas que fueron de los señores de Lombillo y del marqués de Arcos; al otro, la que fuera holgada mansión del marqués de Aguas Claras.

Aquí floreció el dolor de los esclavos; este sitio hoy plácido, hermoso, ennoblecido por el tiempo, fue creado a pulso por la terrible voluntad

de los esclavistas. Del músculo de los negros que hervían guarapo para hacer azúcar, salieron estos palacios; aquí los amos tomaban el fresco en los atardeceres, mientras en los ingenios los esclavos rezaban la Purísima y la Magnífica en cerrados galerones. En la antigua casa del marqués de Aguas Claras hay ahora un restaurante. Bajo sus arcadas algunos turistas comen y beben en la noche, mientras cantantes callejeros, dúo de guitarras y maracas, chillan “La cucaracha”, que nada tiene que ver con el ambiente.

A veces un lugar o un objeto es bello por sí mismo, a veces, además, lo es por contraste con lo que le rodea. La Plaza de la Catedral de La Habana tiene su propia belleza y la belleza del contraste. Porque ese florón de paz y de siglos está rodeado por un mundo vertiginoso, activo y cambiante. A dos cuadras, caminando hacia el mar, se extiende la amplia y moderna Avenida del Puerto, con su paseo central ensombrecido por árboles, dignificado por estatuas y bustos, a un costado el Malecón y al otro la hilera de viejas casas coloniales. Millares de automóviles cruzan por allí como si estuvieran a distancia increíble de aquella recoleta Plaza de la Catedral. Saliendo de ella se desemboca de pronto en el torrente impetuoso de la vida habanera, llena de prisas y de voces, medularmente alegre y agresiva.

Por ahí llevé yo a mi amigo del sur, aquella fresca noche de mayo. Al tomarlo en el aeropuerto entré en la ciudad por el Paseo de Carlos III. La enorme luna cubana iluminaba la rimada de la Avenida de los Presidentes, entre cuyos árboles estalla de pronto el color amarillo de las peñas hendidas. Doblamos a la derecha. En el follaje de la avenida sangraban los flamboyanes y la luna destacaba el rojo de las flores. Fluyendo a golpes, toda la vitalidad de La Habana se desbocaba sobre la calle Infanta, viniendo de la calle Reina; roncaban los ómnibus, difundían los vendedores de periódicos la noticia del cintillo, la gente se agolpaba en las esquinas.

Yo sabía que mi amigo era temperamentalmente dinámico. Calle Reina arriba los llamativos letreros luminosos multiplicaban sus colores, ya verdes, ya rojos, ya azules, ya amarillos. Cuando desembocamos en la Plaza de la Fraternidad, con sus diversos parques ennoblecidos por las palmas reales, con el Palacio de Aldama a un costado y al otro el

Capitolio de alas monumentales y cúpula colosal, con su Fuente de la India plácidamente sentada en medio del bullicio de la urbe, mi amigo quiso sonreír, quiso ver más; y al fin exclamó, sin poder evitarlo:

—¡Qué ciudad maravillosa y espléndida!

Desde el final del Prado, dándole la vuelta a la india de griega presencia que todavía preside el simbolismo de La Habana, y a los delfines y tiburones que le hacen corte perenne, nos fuimos Prado arriba, lentamente, para que mi amigo gustara ese tono de piel humana que en las paredes de los edificios y hasta en el asfalto de las calles parece tener la capital de Cuba. Así, a paso lento, desfilaron ante los cafés al aire libre. Al objeto de que detuviera su atención un poco en la fachada del Capitolio hubo que dar vuelta de nuevo, porque él sólo tenía ojos para las miradas y las sonrisas de las muchachas que desde lo alto de las tarimas hacen música en los cafés.

Orillando el Parque Central entramos en lo más característico del paseo. Entre las ramas de los higuerones, millares y millares de negrasavecillas dormitaban. Mi amigo no llegó a tiempo para ver el espectáculo del vuelo vespertino de esas aves, el calumniado “totí” cubano: Cuando por todos los ámbitos empieza a crecer la noche sobre un día que agoniza, antes aún de que el sol se hunda, rojo y morado, entre las aguas del Golfo, de los parajes más distantes empiezan a cruzar el cielo habanero bandadas de totíes. Salen de Cojímar, de Guanabacoa, de Arroyo Naranjo y Capdevilla, de Arroyo Arenas, de El Cano, y de los Cuatro Caminos de Falcón. Al principio son grupos de doce, de quince. Vuelan alto y pasan con sorprendente velocidad. Y de pronto, cuando están a la vista del Prado, comienzan a reunirse en contingentes mayores, cada vez más numerosos, y más y más y más. Ya del lado acá de la bahía, los de la zona oriental se reúnen todos; y es literalmente una nube de negros pajarillos lo que desciende raudamente, entre una fiesta de chillidos, sobre los higuerones del Prado. Durante largo rato la escena se mantiene. Parecen descender de lo profundo del cielo en oleadas inabarcables; tantos son. De súbito algo asusta a los que ya han buscado refugio en un árbol; y la enorme bandada se levanta, a golpes sonoros de alas, para ir a posarse pocos metros más allá o para volver al que antes ocupaba tras un jubiloso revoloteo de algunos minutos. El vuelo y los

chillidos y las negras nubes móviles cubriendo el horizonte se repiten al amanecer, con las primeras luces del día, antes aún de que las aguas de la rada se tiñan con la lumbre del sol.

Mi amigo subió conmigo por la calle Refugio, para que viera de paso el Palacio Presidencial y para que apreciara en toda su perspectiva la amplia Avenida de las Misiones; descendimos después por su costado hasta el Ministerio de Estado; cortamos luego hacia el extremo de la Avenida del Puerto para recorrer el Malecón en todo su largo. En el anfiteatro, la gente del pueblo se apiñaba atenta a un acto cultural. Del todo callado, mi amigo se bebía el espectáculo con los ojos. Lentamente cruzamos ante Máximo Gómez, echado hacia atrás en su corcel de bronce; ante el Castillo de la Punta, ante el humilde monumento a los estudiantes mártires. Visto desde su inicio el Prado mostraba la fina estatua del poeta Zenea y las hileras de árboles, negros y brillantes bajo la luna. Y de súbito entramos en la luminosa curva del Malecón.

Es de rigor recordar aquello. Nos parece a nosotros, los que no hemos nacido en La Habana, que los habaneros jamás llegaron a disfrutar en toda su plenitud el encuentro con el Malecón, una noche fresca de mayo, cuando todavía no han comenzado las lluvias y cuando sobre el mar juega a sombras y a reflejos una luna de encargo. Con la curva de la costa mostrando todo el costado de la ciudad, con los claros y tan parejos edificios a un solo lado, con los cielos adornados por múltiples anuncios luminosos y el collar de luces eléctricas guiando los ojos hacia una lejana meta de finas sorpresas, con las parejas hablando de amores o actuando como si hablaran de ello agrupadas en el muro del Malecón, la vista de tal sitio es un premio para toda mirada ansiosa de novedad y de belleza.

Pero no sólo de noche impresiona el Malecón. Escribo estas páginas en los primeros días de junio. Si la meteorología de la isla fuera fiel a sí misma, ahora debería estar lloviendo a raudales. No llueve, sin embargo. Brilla el sol bajo un cielo pulido y los días son gloriosos. Pues bien, en días como éstos recorrer el Malecón es como viajar por el corazón de los colores. Bajo la esplendente luz de la media mañana el mar y las casas y el paseo pierden sus tonos propios, y todos se funden, con la prisa de un vértigo perenne, en un matiz que es a la vez refina-

do y primitivo, algo que no puede describirse si no es llamándolo “el trance del nacimiento en el color y en la luz”.

Allá, a lo lejos, al pie de una nueva curva algo más violenta se adivinan las columnas del monumento al *Maine*. Desde abajo los turistas contemplan el águila de abiertas alas que lo corona, oyen al guía hablar y se van, casi todos a beber daiquirí en la barra del cercano Hotel Nacional, tal vez a comentar un hecho que parece episódico y que no lo es. El *Maine* estalló en la bahía de La Habana cierta noche de febrero de 1898. En el monumento que recuerda la tragedia está la lista de los oficiales y marinos que perecieron; viejos cañones y una cadena del crucero acorazado vinculan a los muertos con su barco; en una placa de bronce se lee la “Joint Resolution” del Congreso estadounidense, en que se asegura que “Cuba es de derecho, y debe ser de hecho, libre e independiente”; desde pedestales de granito, las cabezas de Teodoro Roosevelt, del presidente McKinley y de Robert Day miran hacia las columnas que dan base a la gran águila de bronce; atrás, un bosque de pinos flanquea el parquecito que lleva el nombre del destruido buque.

Dos océanos y dos imperios se conmovieron con la explosión del *Maine*. En Estados Unidos, cuyo naciente poderío le llevaba a expandir más allá de sus fronteras la fuerza con que hacía trepidar sus vastas tierras, se levantó un clamor unánime de acusación contra España; se afirmaba que las autoridades españolas de Cuba habían puesto una mina en el fondo del crucero. El odio, pasto de las guerras, germinó con la violencia de un incendio. España respondió acusando a los norteamericanos de haber volado el buque para provocar una intervención armada en la contienda que los cubanos venían librando contra la Metrópoli.

La guerra cubano-española tenía ya tres años en su última etapa, pues tras haberse cerrado la primera en 1878, después de diez años de combates diarios en los campos de Oriente, de Camaguey y de las Villas; y tras haber terminado en 1879 la llamada Guerra Chiquita, estalló, al fin, en 1895 la que había de ser definitiva. Como un alud, al trote de los caballos manbises los libertadores cruzaron toda la isla, de Oriente a los extremos occidentales de Pinar del Río. De mar a mar combatió el cubano. Hasta las mismas puertas de La Habana llegó la revolución quemando cañaverales y batiendo columnas y fuertes españoles.

En eso estalló el *Maine*; y al calor de la conmoción que su pérdida produjo toda Norteamérica empujó soldados y escuadras, presa de emoción guerrera, hacia Cuba, hacia Puerto Rico, hacia Filipinas. Teodoro Roosevelt reclutó sus “rudos jinetes” y con ellos combatió en los suburbios de Santiago de Cuba; se hizo héroe nacional de su país, increpó a los comerciantes y a los industriales que vendieron al Ejército comida mala y ropa inferior, todo lo cual le dio la necesaria popularidad para ganar la Vicepresidencia, y desde allí heredó la Presidencia, desmembró a Colombia, puso el Canal de Panamá en manos estadounidenses y enarboló el *big stick* sobre los asustados ojos de América y del mundo.

No, no fue un simple episodio la voladura del *Maine*, ni el monumento que lo conmemora en el Malecón habanero puede dar una idea real de cuántos acontecimientos históricos se desataron o se precipitaron al estampido que hizo volar, junto con las planchas y los cañones y las calderas del navío, a unos cuantos jóvenes de las praderas del oeste o del este fabril. Las escuadras y los ejércitos que se movieron sobre el Atlántico y sobre el Pacífico abrieron brecha a los capitales dominadores. En el capítulo de los imperios militares y económicos se escribió una nueva página. En Cuba, donde la tea incendiaria de los revolucionarios había emparejado a todo el país en la miseria, porque el jefe del Ejército Libertador aseguraba que cuando Cuba no pudiera aportar riqueza a España ésta la abandonaría a su suerte, el torrente inversionista estadounidense cambió la economía del país, la sometió a su dominio, y con ella a la voluntad de su política internacional. Treintaicinco años después de la explosión del *Maine*, los cubanos combatían en las calles de La Habana para enmendar el traspié que dio la historia del país al empujón del estallido.

Al cabo de los años los mejores estudios del caso demuestran que ni españoles ni norteamericanos minaron el crucero acorazado. A qué se debió la explosión, es algo que nadie sabe. Si fuéramos capaces de atribuir simbolismos al perpetuo devenir de la humanidad, diríamos que esa explosión fue el canto de cisne del Imperio español, y a la vez el grito de vida de un Imperio naciente. La Habana se estremeció con el estruendo de la voladura. Por toda la bahía saltaban, hechos ascuas, pedazos del buque. La vieja puerta de las Indias, llena de refugiados de

la guerra, abatida por la fiebre amarilla, humillada por los “voluntarios” que gritaban en sus calles coléricos “Viva España”, tuvo en el fondo de su corazón el presentimiento de que a partir de entonces la guerra no podría durar mucho más.

En aquellos días no había Malecón ni había Hotel Nacional, donde al fin llevé a mi amigo del sur para que durmiera su única noche habanera. Mientras le subían sus maletas paseamos por el jardín. La luna demoraba su vivo resplandor entre los pinos; a la distancia se mecía pausadamente el mar, mi brillante mar de pintura al óleo. Más allá del collar luminoso del Malecón era posible ver, en la clara noche tropical, la dorada estructura del Morro guardando, con inquebrantable lealtad, la entrada de su ciudad. A nuestros pies, rumorosa, alegre, vital, La Habana espléndida con toda su gracia de mujer en sazón.

Capítulo II

La violenta expansión de La Habana

A grandes trazos, los periodos de expansión de La Habana, una vez cumplido el proceso de su formación como ciudad, son cuatro: el que se produce inmediatamente después de la ocupación inglesa, que dura de agosto de 1762 a julio de 1763; el que se da a resultas del crecimiento que tuvo la industria azucarera en los primeros cincuenta años del siglo pasado, el que sigue a la terminación de la guerra de Independencia, acrecido de golpe por el desbordamiento que impuso a la economía de los países americanos la Primera Guerra Mundial, y el que se origina en el aumento de la riqueza a causa de la última Gran Guerra. Este último fue favorecido por condiciones políticas propicias al desarrollo nacional.

Bajo el cómico epígrafe de “horrendo y terrible combate que tuvo la nación Británica en el Castillo del Morro”, hay un “plano del puerto de La Havana sitiado pr. las armas de S.M.B. el día 7 de junio de 1762”, en el cual podemos distinguir la ciudad. Fechada en el mismo año, una “Carte Hydrographique de la Baye de la Havane” nos permite hasta contar las calles, desde las orillas de la bahía hasta la muralla que cercaba a La Habana por el oeste. Si se le compara con uno que fue publicado en Londres, veintidós años antes, esto es en 1740, se ve que en ese lapso no hubo cambio apreciable. Debe ser muy escasa la diferencia entre esa Habana y la de 1600, lo cual tal vez pueda explicarse si se sabe que durante casi todo el siglo XVII Cuba vivió abrumada por el miedo a corsarios y piratas:

En un año de ocupación los ingleses abolieron el monopolio comercial español y abrieron al tabaco, al azúcar, a las maderas y a otros productos

del país los mercados de Europa; además, Cuba quedó, a su vez, abierta a la producción inglesa. A partir de entonces el espíritu emprendedor del cubano iba a transformar a su tierra y, desde luego, a su capital. Pues los cubanos se asomaron al mundo más allá del muro español, y comprendieron cuánto podían comprar y vender. Al asomarse al mundo vieron que otros pueblos sembraban y cosechaban esperanzas e ideas. Hasta entonces ellos tenían conocimiento sólo de la rígida conformación española, que desde lejos gravitaba sobre el porvenir de la isla sustrayéndola a la ola que la vida mundial lanzaba entonces, con el vigor de las fuerzas nacientes, sobre la ya gastada peña de la organización feudal.

Al llegar los ingleses en son de ocupantes a La Habana la población total de la isla no debía sobrepasar de ciento cincuenta mil almas, puesto que once años después de haber ellos aceptado las tierras de La Florida a cambio del movido puerto de las Indias, ascendía a unos ciento setenta y cinco mil. Sólo en esclavos para trabajar la caña los británicos habían introducido en Cuba varios miles de personas. Dos años antes de ese “horrendo y terrible combate” que terminó con la ocupación de la ciudad en 1762, los trapiches de Cuba eran ciento treinta; en 1779, esto es, menos de cuatro lustros después, pasaban de seiscientos. Puesto que La Habana era el puerto seguro –y puerto quiere decir, en rigor, puerta–, la salida guarnecida por soldados, castillos, cañones y naves, los trapiches se montaban en las cercanías de la ciudad. Las tierras que ve hoy el visitante cubiertas por hermosas avenidas, por casas de gran lujo y por edificios impresionantes en el ostentoso barrio de Miramar, en el Vedado y hasta en el actual centro mismo de la ciudad, por donde van el trazo de las calles Belascoaín, Infanta y el Malecón, eran campos de cañas en aquellos días.

De golpe, en Francia estalló la gran revolución. Probablemente ningún cubano pensó, al tener noticia de que en París el pueblo se lanza a destronar reyes y a guillotinar nobles, que la gran hecatombe iba a tener consecuencias en Cuba. Y las tuvo enormes. Porque La Habana estaba lejos de Francia, pero cerca de Haití. Y Haití producía las tres cuartas partes del azúcar que consumía el mundo, así como grandes cantidades de café. A pocas leguas de distancia de Cuba, en dirección este, las costas haitianas podían verse desde el extremo oriental de la isla, sobre

todo en los días secos del verano. Y desde hacía tiempo Haití había venido gravitando sobre el desarrollo de Cuba, que era entonces, de hecho, La Habana.

Haití fue la hija de la codicia. Originalmente, la isla en cuya porción occidental se formó esa colonia francesa fue La Española, el huevo de la Conquista; con el tiempo se llamaría Santo Domingo o Saint-Domingue. Los españoles establecieron allí la primera ciudad del Nuevo Mundo, el asiento del Virreinato de las indias, la Audiencia que gobernó en todas las Antillas y en Tierra Firme. De la ciudad de Santo Domingo, cuyos templos y palacios le daban, ciertamente, categoría de capital de un Imperio en nacimiento, salió el Adelantado Diego de Velázquez para conquistar Cuba. Cuando las potencias europeas resolvieron librar en el mar la batalla contra el poderío español, en París, en Ámsterdam y en Londres fijaron los ojos en La Española; allí, sobre su costa norte, casi en el extremo oeste, estaba la Tortuga, tierra montañosa y poblada de árboles, especie de centinela al borde del canal de la Florida. El canal era camino obligado para las flotas del oro y la plata.

En la Tortuga se estableció un nido de piratas, lobos del mar en acecho constante. Los ataques que padeció Cuba, en Santiago, Boyamo, en La Habana, en Trinidad, salían de allí. Si en las cercanías de sus costas no hubiera habido ese nido de bandoleros de las aguas, acaso La Habana jamás se habría convertido en refugio de las flotas y en campamento del Imperio; es probable que la ciudad no tendría hoy ese carácter abierto y libre con que se distingue entre todas sus pares de América, adquirido sin duda en los días en que a sus pobladores les era permitido actuar sin trabas, porque vivían en la frontera del ataque y de la muerte.

Cuando las flotas tardaban en hacer la travesía, o cuando los invernaos del Caribe hacían arriesgado el viaje, el mercado internacional de mercancías de contrabando o pirateadas que corsarios y filibusteros habían establecido en la Tortuga, decaía tanto que cundía el desaliento. Se hacían escasas la carne y las frutas, amenazaba el hambre. Los piratas se lanzaban en botes y esquifes a las costas de La Española, merodeaban cazando reses salvajes y asaltando a pequeños conuqueros. Asaban las reses en bucanes, antiguas parrillas de madera usadas por los indios de la isla; de ahí que con el tiempo se llamaran bucaneros. Con el tiempo

también descubrieron que era buen negocio vender las pieles de las vacas y los toros sacrificados en las abruptas montañas. Uno hoy, otro después, algunos de los viejos asesinos fueron quedándose en tierra, bien para encerrar en corrales ganado cimarrón, bien para sembrar yuca o para cortar madera. Al cabo de los años los bucaneros eran preferentemente franceses.

Poco a poco en la costa de La Española se estableció un centro comercial. Los españoles irrumpían a veces desde el este, mataban y quemaban, asolaban la región; pero los antiguos piratas retornaban de nuevo. Desde Cuba salió una flotilla que atacó a la Tortuga y destruyó casas y plantaciones. La tenacidad de los viejos criminales del mar, ya convertidos a medias en agricultores y ganaderos, pudo más, sin embargo, que el ánimo combativo de los españoles. Un día comenzaron a usar esclavos en sus plantaciones, acaso robados en alta mar gracias al asalto a algún buque negrero; otro día obtuvieron apoyo oficial de Francia.

Al lento pasar de los años una cuarta parte de La Española, precisamente la que más cerca estaba de las costas cubanas, era colonia gala. Allí, con el trabajo esclavo, mediante la brutal explotación de más de seiscientos mil negros, menos de treinta mil blancos lograron crear la colonia más próspera del mundo en su época. La raíz misma de tal prosperidad fue el azúcar. Y el azúcar ardió, con los cañaverales y los cafetales, cuando a resultas de la Revolución francesa los negros esclavos de Haití se levantaron para crear en su pequeña tierra de montañas una República.

La destrucción de la riqueza azucarera haitiana dio tremendo impulso a la cubana, que estaba entonces empezando a desarrollarse gracias a las amplias perspectivas que ganó con la libertad de comercio impuesta por la ocupación inglesa de La Habana. Pues para los días en que inició su revolución, la más devastadora y cruel que podía darse en los tiempos modernos, Haití era la azucarera del mundo. Europa no podía vivir ya sin azúcar. Los mercados consumidores volvieron los ojos a La Habana, en cuyas cercanías humeaban sin cesar los trapiches. Aumentó de golpe la demanda del dulce. Se ampliaron los campos de caña, se importaron más esclavos, llegaron más inmigrantes.

Al finalizar el siglo XVIII, la fuente de prosperidad para La Habana dejaba de ser la plata mexicana traída por soldados y marinos y empezaba a ser la producción de azúcar. Al mismo tiempo en las montañas de la región oriental de la isla buscaban refugio los franceses cafetaleros que huían de Haití, y entre los abruptos picos establecían haciendas para reproducir en Cuba lo que habían perdido en la antigua colonia francesa. La Habana se expandía y Cuba iba tomando cuerpo como nación.

Pero la Revolución francesa influyó sobre el desarrollo de Cuba y de La Habana también en formas más indirectas, pues los acontecimientos que ella desató en Europa barrieron con el trono español y promovieron el impulso inicial de una gigantesca revolución en su Imperio colonial de las Américas. Y en medio de la contienda, el débil y vacilante poder metropolitano, unas veces en manos de las Cortes de Cádiz, otras en las del restaurado Fernando VII, tuvo miedo de perder a Cuba y, a regañadientes, concedió a la isla libertades comerciales. Eso ocurrió en 1818. A partir de tal momento el centro de atracción de la economía cubana pasó a Estados Unidos, que se convirtió rápidamente en el mejor comprador del azúcar criollo. En contacto con la naciente era industrial estadounidense, los cubanos aprendieron métodos nuevos de producción, en 1837, mucho antes que España, Cuba tuvo ferrocarriles.

Se expandió la riqueza cubana y, como es claro, creció La Habana. Aunque al lector le canse la reiteración de los grabados, veamos uno más, el que en 1851 publicaron en Londres los editores Smith Brothers. En el museo de la oficina del historiador de la ciudad cuelga ese grabado, una bella pieza en suaves colores sobre los que campea la luz habanera. Habían transcurrido ochenta y nueve años desde que se dibujó la “Carte Hydrographique de la Baye de la Havane”, y en ese tiempo qué notables cambios se produjeron. El admirable trabajo editado por Smith Brothers es una *birds' eye view*, como lo llama el autor. Ante ojos no experimentados podría afirmarse que es una vista aérea. Tal vez el lóbulo de bahía que presenta no es tan cerrado, pero el detalle no desmedra la fidelidad del dibujante. Lo primero a verse es un buque a vapor, de gran paleta circular en el costado y altas chimeneas; después, acaso dos docenas de barcos moviéndose por la bahía y el canal y mucho más de otros tantos pegados a los muelles. Se distinguen claramente las casas, el gran Pala-

cio de los Capitanes Generales, la Catedral. Y más allá de las murallas, los árboles del que hoy es Paseo del Prado, entonces Alameda de Isabel II, y toda la porción de la ciudad que hoy queda encerrada en el gran cuadro que va del Prado a la calle Belascoaín y del cuartel San Ambrosio y la calle Monte al Malecón. En 1851 La Habana es ya una gran ciudad para la época y para América. En esos días su población era casi igual a la que había tenido toda la isla noventa años antes, esto es, alrededor de ciento cincuenta mil habitantes.

Excepto lo que se ha rehecho después, en toda la porción nueva no hubo en verdad belleza alguna. El visitante puede admirar ahora la sensual armonía del granito, los bronce y los árboles en el Prado; el anfiteatro de gigantescas construcciones que rodea al Parque Central; puede impresionarse con la prepotencia del Capitolio y con la gracia de los varios parques en que quedó dividida la Plaza de Marte, llamada hora de la Fraternidad. Pero en aquellos días nada de eso existía. Esa denominada “parte nueva” de La Habana nació fea, de prisa, rápidamente fabricada por gente que necesitaba albergue y casas de comercio. Además, en todo el mundo había entonces el imperio de lo brutal, de lo fuerte sin belleza, de lo improvisado, sin más miras que las de sacar ventajas, cualquier tipo de ventajas traducibles en oro. Ni siquiera espacio para un parque arbolado se dejó en tal cuadrilongo.

Con el uso de máquinas de vapor la fabricación del azúcar se había concentrado; esto es, se producía mayor cantidad del dulce en menos tiempo, aunque no podía reducirse el terreno dedicado a la caña. Así, fueron desapareciendo pequeños trapiches y surgiendo centros industriales más potentes, los cuales, desde luego, requerían más mano de obra. Eso hizo posible dedicar a la ciudad muchos de los terrenos que medio siglo antes eran señorío de los primitivos trapiches.

Feamente y a trompicones la ciudad siguió creciendo; se extendía hacia lo que hoy es la calle Infanta, hacia lo que hoy es la calle San Lázaro, sin asomarse al mar, temerosa de la sal del Atlántico, acaso porque todavía se moviera por el fondo de la conciencia habanera el recuerdo de los corsarios; se extendía hacía Monte, pretendía lucir gran dama en el Paseo de Tacón, el mismo que después iba a llamarse de Carlos III. Llenas de pesados carretones, de victorias, calesas y toda suerte de

vehículos tirados por caballos, las calles estaban abandonadas al polvo en las largas sequías del invierno y al lodo en las lluvias del verano. De súbito llegaban la peste, el vómito negro, el cólera, y La Habana, que nunca fue ciudad dada a las iglesias, se rendía a la voz de los sacerdotes; se creaban cementerios provisionales para las víctimas, y las familias pudientes huían al cerro, que era entonces lugar de veraneo.

Una sociedad rica y fastuosa llenaba los teatros, celebraba saraos a todo lujo y convivía con oficiales españoles, con comerciantes, hacendados del azúcar, obreros, negros esclavos y libres, vociferantes cocheros y lacayos. Al atardecer los jóvenes distinguidos paseaban por Tacón para cruzarse con las hermosas habaneras, sonreírse entre sí, iniciar los amoríos, que debían mantenerse secretos. En los meses de la zafra las familias se iban a los ingenios con su tren de esclavos familiares.

La Habana no era ya el campamento de las Indias, pero en su bahía jamás faltaban treinta, a veces cuarenta buques; y las tripulaciones, llegadas de todos los rincones de Europa y de América, vivían en los barrios aledaños a los muelles esa vida vertiginosa y brutal de la marinería de la época, enloquecida por el ron y la mujer; de ahí que siguiera conservando en los puertos del mundo su fama un tanto turbia de lugar libre y propicio a la aventura; y como a la vez no era difícil que el inmigrante ganara rápidamente el dinero necesario para asegurarse una vida sin sobresaltos, a aquella fama se unía la de tierra de fáciles fortunas, con lo que el hechizo de la ciudad se mantenía como en sus mejores tiempos, atrayendo la mirada y el corazón de todo aquel que padeciera hambre de libertad o de oro.

Sucia, pero llena de vitalidad y alegría; ebria de poder y de energías y albergue de un pueblo seguro de sí mismo, capital de una colonia que derivaba vertiginosamente, arrastrada por un río de oro, La Habana, que vivía en el corazón de un huracán histórico, recibió un día las nuevas de que allá lejos, en Cuba, como llamaban entonces a la zona del extremo oriental del país, señores y esclavos se habían alzado en armas contra España. El 10 de octubre de 1868 se había iniciado la revolución, una revolución que iba a durar, entreverada de interrupciones, hasta el 4 de septiembre de 1933. En poco tiempo la guerra, que al principio pareció aventura de unos pocos, pasó a ser constante y costosa. La

Habana volvió a ser campamento, esta vez un enorme campamento que recibía sin cesar buques cargados de soldados bisoños, muchos de los cuales caían abatidos por la fiebre amarilla antes de conocer los campos en armas.

A pesar de eso, empezó a urbanizarse el Vedado. Pero el Vedado en verdad no se desarrolló sino cuando la revolución logró, a fines de siglo, vencer al enemigo extranjero. Ahí está ahora, en un perpetuo trajín de transformaciones, ese barrio hermoso, de calles flanqueadas por árboles, que por el norte mira al mar y por el oeste se ha asomado a las aguas del Almendares, adueñándose de las tierras que hace más de cuatro centurias fueron propiedad de don Diego de Velázquez, el conquistador de la isla.

En los años últimos el Vedado está siendo nidal de centenares y centenares de casas de apartamentos; algunas de sus calles se convierten por días en grandes arterias comerciales; centros vitales de la ciudad se han desplazado hasta él. Lo que hace poco era tierra baldía, entre el Malecón y la calle “L”, por el trecho que debía ocupar la prolongación de la calle “23”, es un hermoso tramo de gran paseo moderno agitado por el ir y volver de los burócratas, los negociantes, las lindas secretarias habaneras, los artistas y operadores de plantas de radio y televisión. La esquina de “12” y “23”, que en sus inicios fue una simple parada, camino del Cementerio de Colón, es una dinámica encrucijada de la ciudad, día y noche resonante de bocinas, de pregones, de chácharas y risas. Las jardinerías que sirven a los deudos de los muertos vuelcan en las aceras la fiesta de sus corolas; y es grato comprobar, paseando por allí en las horas en que el vaivén se aplaca un tanto, que la flor del trópico no es tan ostentosa como la de los climas templados, pero se hace querer más, acaso por esa insinuante y femenina modestia que nos brinda.

Hasta hace poco el Vedado fue un barrio de dulce y encantadora paz. Exhalaban paz sus hermosas viviendas defendidas por rejas señoriales, la gran mayoría con vanguardia de jardines; exhalaban paz los higos hindúes de sus aceras, en los cuales anidaban los gorriones; la exhalaban las calles adoquinadas que ponían en el barrio una nota de viejos pueblos españoles. En las noches de lluvia era posible defenderse del agua corriendo a saltos por debajo de los árboles. De trecho en trecho, un parque silencioso llamaba al transeúnte.

Pero el Vedado se ha vuelto activo, movido, resonante. Por dondequiera interrumpen las aceras, los montones de arena, ladrillos, hierro y madera de las nuevas construcciones; de noche son interminables las hileras de automóviles que duermen a las puertas de sus dueños. Los cafés y los restaurantes claman aquí y allá su invitación de comida y de alcoholes; se multiplican los centros nocturnos, en algunos de los cuales mezclan los propietarios recuerdos de París con evocaciones de Nueva York. Las viejas casas de piedra, altas de puntales, luminosas y frescas, caen hora tras hora para dar paso a las moles de apartamentos. El nuevo estilo de grandes edificios concebidos como si fueran pequeños, con líneas aéreas, columnas de apariencia débil, escaleras sin base y enredaderas sembradas dentro, que mezclan graciosa y atrevidamente la piedra y el hierro y la luz del sol y utilizan con alegre audacia colores novedosos, está imponiéndose en este barrio otrora noblote y distinguido.

La paz de La Habana vive hoy en fuga y huye hacia Miramar, hacia el brillante cúmulo de viviendas que con la rapidez y la belleza de un sueño se han agrupado a la orilla del río Almendares, del lado oeste del Vedado.

En corto tiempo le han surgido nuevos ensanches al parsimonioso barrio. Las Alturas del Vedado, entre el Cementerio y el Almendares, entre la calle 23 y la antigua Calzada de Puentes Grandes, de calles curvas, dominan un vasto panorama de techos y de mar. Por la nueva y fastuosa Calzada de Rancho Boyeros, llamada de “La Independencia”, se entra en un antiguo paseo remozado, el llamado Paseo de los Presidentes, que con sus mármoles monumentales, sus estatuas y sus palmeras puede parearse sin temores con cualquiera lujosa avenida del mundo. La supresión de los tranvías esta transformando en calles de gran señorío lo que antes eran caminos adoquinados.

Rejuveneciéndose por días, el Vedado está cambiando su faz. Con el tiempo será un jardín de edificios llenos de fuerza y de gracia; y como el tiempo no le quitará ese lujo de La Habana que es la diáfana claridad con que el ancho mar regala a la ciudad, acaso torne a tener la paz que ha perdido, esa dulce paz que en sus primeros años oponía con consiente tranquilidad al trajín y al escándalo de la antigua Habana.

Cuando el Vedado creció, La Habana era rica y quería comodidad. En menor grado eso ocurrió con La Víbora, hermosa sección de la ciudad

desarrollada al sur. Barrio vasto, de grandes casas sólidas, en la mayoría de las cuales se advierte el estilo cubano de finales del siglo XIX y principios del actual, sus calles fueron trazadas con amplitud y con cierta agradable irregularidad. La Víbora trepa cerros, baja faldas de colinas. Es una moderna y tropical versión de Atenas. Tiene limpieza y generosidad el lugar, a pesar de su nombre venenoso, en manera alguna justificado en Cuba, donde ningún animal mata con su mordida. Uno ve esas altas casas de La Víbora doradas por el sol poniente, demorando allá arriba, abiertas al aire, cogidas entre las rosas trepadoras o entre las coloreadas ramas de las bugambilias, y queda de súbito asaltado por la comprensión relampagueante de que esta Habana logró sumar, en el libre espíritu americano, al *fabourg* de París en el Vedado y al pagano Mediterráneo en La Víbora.

Avanzando por las hermosas avenidas construidas en los últimos años, que circunvalan la ciudad, se baja de La Víbora y se acerca uno a la bahía, por entre el trepidar de los trenes, entre los muelles y la planta eléctrica; tuerce para meterse en la ciudad por el costado del Mercado Único y toma la calle Belascoaín hacia el norte, camino del Malecón. En una pequeña plaza que está frente al Ministerio de Salubridad, atrae la mirada la estatua fina y plácida de un anciano de nobles patillas en el rostro. Es el homenaje de La Habana al doctor Carlos Finlay. Sin la pasión científica de ese hombre, a pesar de todo su ímpetu vital, La Habana no hubiera podido expandirse como lo ha hecho, y muchas otras ciudades del mundo situadas en las zonas calurosas a orillas de los mares hubieran desaparecido o jamás hubieran progresado.

Pues ese anciano cuya bondadosa expresión es fácil advertir desde el mármol en que perdura, fue el vencedor de la fiebre amarilla, el descubridor del secreto de su transmisión. Agobiado en vida por la seguridad de que poseía un talismán en el que seguido por el fanatismo con que el español de entonces se negaba a reconocer las conquistas de la ciencia, burlado a menudo, tomado por loco, el doctor Finlay aseguró desde 1881 que la fiebre amarilla era transmitida por un insecto y que ese insecto debía ser un mosquito. Obseso con su idea, estudió los mosquitos con la paciencia y la constancia de los sabios auténticos. Un día afirmó, por fin, que era la especie llamada *aedes aegyptus* la única capaz

de llevar el germen del mal de la sangre de un enfermo a la sangre de un sano. Pero no se le oyó.

En La Habana como en Nueva Orleáns, en Veracruz como Perú, el llamado vómito negro seguía segando vidas, recrudesciendo a veces el macabro banquete de la muerte. Arguyendo que el *Maine* había sido criminalmente volado, Estados Unidos intervino en la guerra que Cuba sostenía contra España, y soldados estadounidenses ocuparon la isla; a poco, rozagantes muchachos de Detroit y de New Jersey empezaron a morir a golpes del invisible flagelo.

Entonces llegó la hora de Finlay, la hora fugaz de su vida, porque una vez probada con los hechos su teoría, otros nombres correrían por el mundo bajo el palio de la fama por haber vencido a la fiebre implacable. Las autoridades sanitarias estadounidenses ordenaron investigar el origen del mal y la manera de curarlo. Modestamente, Finlay ofreció su teoría; puso en manos ajenas los mosquitos transmisores, que él criaba cuidadosamente y a los cuales vigilaba día tras día, mes tras mes y año tras año en el fondo de su microscopio. Dijo que si se exterminaban esos mosquitos, precisamente éstos y no otros, la fiebre amarilla desaparecería de La Habana, de toda Cuba y del mundo entero.

Médicos, enfermeras, sanitarios y soldados estadounidenses se presentaron a probar la tesis de Finlay. Algunos murieron, y la humanidad les debe su sacrificio. Comprobada la certeza de las ideas de Finlay, se procedió a cegar, donde las hubiera, las guaridas en que se criaba el *aedes egyptus*. Ese saneamiento fue dirigido en La Habana, y años después en Panamá, por el sanitario Gorgas, del ejército estadounidense. La historia lo aclama ahora como el descubridor del germen de la fiebre y como su exterminador. La gran voz de la propaganda estadounidense creó en su nombre una figura para honrarla con Pasteur, pasmo del mundo por aquellos años. Finlay fue ignorado por esa propaganda.

Con la mirada cavada en el mármol, inmóvil en su pedestal de granito, la pura bondad con que transitó por el mundo reflejada en el rostro y en las manos, el benefactor espera, en esa fina estatua, la hora en que su ejemplo estimule a otros hombres para servicios tan grandes como los que él rindió. Pues ese médico cubano, a quien sus contemporáneos llamaron loco y a quien sus colaboradores despojaron de una gloria legí-

tima, salvó millones de vidas en las más dispersas regiones del globo. Si le fuera dable levantarse ahora sobre su propia imagen, descender, subir hasta una de las alturas de la ciudad donde amó y sufrió, vería el espectáculo de un jardín de techos y paredes, la mayoría de tonos claros, extendiéndose por los cuatro puntos cardinales; vería a su Habana en marcha hacia más allá de lo que fueron, cuando él vivía, sus fronteras naturales, toda vivaz y alegre, sonora, libre de la amenaza de la fiebre que tantos cementerios llenó y tantos hogares abatió en otros días.

En su última expansión la ciudad ha llenado cuantos huecos dejó antes entre los diversos núcleos de población que antaño la rodeaban. Ya no hay, de hecho, solución de continuidad desde el Morro, rodeando la bahía, hasta el otrora lejano Santa Fe, por donde se dice que merodeaban corsarios y piratas en pos de lugares en los que guardar sus tesoros. Saltando sobre el Almendares, La Habana se fuga hasta más allá de las playas de Marianao; todas las zonas deshabitadas entre el Vedado y Marianao son hoy un gran panal humano. Trepano por las rocas del oeste del río, hermosas residencias se yerguen entre jardines.

Al antiguo puente de piedra llamado propiamente “Almendares” siguió el que durante algún tiempo llevó el nombre popular de “Pote”, encaje de hierro, móvil él, que levanta su piso para dar paso a los barcos, casi todos de recreo, que pululan por las orillas de la antigua Chorrera. Esos puentes acabaron siendo insuficientes, y hubo que labrar un túnel bajo el Almendares. Mansiones de sorprendente riqueza van desde las orillas del mar hasta el antiguo camino de hierro de Marianao. En las amplias avenidas, alguna de ellas como la Quinta, *boulevard* de singular belleza y esplendor, la sucesión de palacetes es tan impresionante y prolongada que el visitante acaba preguntándose cómo es posible que haya una ciudad semejante en medio del trópico, en una isla que no tiene altos hornos ni una historia de minas de plata y oro como las de México o el Perú. Estallan a cada paso, bajo el purísimo azul del cielo, las cargas de rosadas adelfas o el rojo vivo de los flamboyanes; se ven los cuidados jardines como remansos de ternura en medio de los días agitados.

Más allá, siempre hacia el oeste, están el Country Club, con su profusión de palmeras y sus recoletas calles cubiertas por los higuerones,

como si fueran amorosos túneles de hojas; y el Biltmore, gloria del trópico, donde hasta la luz del sol parece estar cuidadosamente administrada para que forme parte de los jardines. Y el mar, el mar por todos lados, el mar irrumpiendo de pronto entre los árboles, brillante como un reguero de gemas; el mar con sus veleros, con sus pequeñas e inesperadas enseadas llenas de yates grandes y menores; el mar siempre presente, aunque no se vea, con su peculiar olor de mujer y su generosidad, inundándolo todo, aliándose al cielo, a las piedras, a las flores y a la impresionante belleza de la mujer de La Habana.

Desde el Almendares hasta Santa Fe, por la línea de la costa, La Habana se llama Marianao; esto es, esos terrenos pertenecen al municipio de Marianao. Pero nadie se da cuenta, excepto cuando asuntos administrativos lo despiertan a uno a la verdad. Ahora La Habana se ha volcado allá. A menudo los automóviles que cruzan los puentes tienen que esperar el paso de algún yate, y es entonces cuando puede apreciarse la expansión de la ciudad; pues en minutos de espera las avenidas cercanas se llenan materialmente de vehículos. La Habana no resiste el límite del río. Su potencia de ciudad pide más campo, más espacio cada día. Por donde se vuelvan los ojos se la verá creciendo, bien hacia sus lindes, bien hacia arriba. Millares y millares de obreros trabajan en construcciones. El cemento que se fabrica en el país no abastece las demandas nacionales; ninguna cantidad de ladrillos es suficiente para lo que se consume. Quien dejare de ver un barrio durante algunos meses lo encontrará transformado cuando vuelva.

No pudiendo sujetarse a sus límites naturales, la ciudad salta y busca albergue en los campos cercanos. Así, en el círculo agreste que la rodea han ido apareciendo pequeñas fincas que son modelo en su género. En parcelas de tierras que no son la explotación agrícola, de media, de una, de dos caballerías –la caballería tiene unos ciento veintiséis mil metros cuadrados– los cubanos pudientes cultivan la belleza del buen vivir con un señorío deslumbrante, aunque sencillo.

Esas pequeñas fincas se ven desde el aire, cuando uno ve La Habana, y causan una impresión de sueño de hadas. Por entre las manchas de los árboles, muchos de ellos florecidos, se ve la impresionante claridad de las construcciones, mediterráneas en la limpieza de sus líneas y colores,

y al lado las azules piscinas rodeadas de vegetación. Uno piensa sin querer en los espléndidos días romanos de Tiberio, cuando los quírites, que habían heredado con la cultura griega el arte de vivir, construían quintas en las orillas de los lagos y en las escarpas de las costas. E inevitablemente la alegría de encontrar resucitada en medio del trópico la sabiduría más honda, la que embellece y justifica el tránsito de vivir, lo posee a uno y lo conmueve sin que acierte a darse cuenta.

He ahí explicado el júbilo con que el visitante recibe en su alma a La Habana. Esta ciudad pagana, en el mejor sentido de la palabra, es directa en el mensaje con que sorprende a quien le ve. Es como una mujer hermosamente vestida que pareciera, sin embargo estar desnuda, o como una mujer hermosamente desnuda que pareciera, sin embargo, estar vestida.

Pocos años atrás, antes de esa salida de la ciudad hacia sus afueras, los lugares de diversión nocturna de La Habana estaban en el casco de la vieja población. Por las orillas de los muelles los cornetines chillaban sonos, congas y boleros. Algunos de esos sitios pretendían mantener entre grotescas medias luces el turbio encanto de los puertos; otros querían meter en la ciudad el campo cubano, y entre gruesas paredes de enormes edificios ofrecían copias de bohíos agrestes, con gallos embalsamados y faroles de carretas. Pero cuando a partir de 1944 La Habana pareció enloquecer entre los cantos de piedra, esos centros de diversión se situaron fuera o se resucitaron los que habían languidecido y muerto repetidas veces. De manera que hoy el habanero o el visitante traspone la vena de agua del Almendares, cruza por nutridas avenidas y va a dar a sitios que fueron quintas de recreo o de veraneo de familias ricas.

A despecho de las orquestas, los largos trajes y las complejidades de la vida moderna que conlleva siempre una multitud agobiada por los negocios y la política, que quiere divertirse y hallar escenario campesino sin que carezca de ninguna de las ventajas de la ciudad, en esos sitios es posible entrever a Cuba y a La Habana encadenadas por la gracia de la mujer y la palmera de las llanuras tropicales. Lo cual quiere decir que aun en el barullo del baile, o en la cadencia de la danza, si se prefiere así, está uno en La Habana y en el campo.

En algunos de esos sitios, abiertos bajo el cielo, las pistas de bailar y las mesas donde se come, se bebe y se charla están de hecho en un

jardín; y cuando la noche es fresca y clara uno puede levantar el rostro y ver allá arriba, en las estrellas de Cuba que parecen estar más cerca de la mano que las de ningún país, el reflejo animoso y enamorado de los ojos de las mujeres; puede uno seguir el lento vuelo de la luna, que en ocasiones parece detenerse sobre el cogollo de las palmeras para admirar, como cualquier hombre apasionado, la extraordinaria y natural belleza con que esplenden allá abajo las cubanas.

En estos suburbios de la ciudad, como en su viejo corazón de piedra, palpita una eterna juventud y una constante ebriedad de vivir. La Habana no parece estar construida de ladrillos y cemento, sino de carne, salvable y brillante carne de mujer. Esa ebriedad de vivir que transparenta es como el gozo presente en los años frescos; una afirmación jubilosa, alegre, pero sin vicio. Es inmoral, tal vez, detenerse sólo en los multicolores rincones de los llamados “repartos”, porque en La Habana hay también infinidad de gente que vive estrechamente, padeciendo el calor de las habitaciones diminutas y pobres. Pero es que aun ahí la constante alegría habanera se sobrepone a la estrechez. José Ramón Cantaliso, el personaje más cubano y habanero de los poetas de esta tierra, no enfatiza su hambre, sino que la canta. La muchacha a quien se le preguntó en mi presencia qué estudiaba, no se compungió ni hizo alarde alguno de tristeza cuando respondió, con una encantadora sonrisa y con la picardía de sus dieciséis años brillándole en los lindos ojos, al tiempo que mecía los brazos para remarcar sus palabras con el gesto: “Estudio la batea”, esto es, “mi oficio es lavar ropa”.

Sí, en el lujoso reparto como en el llamado “solar” de las casas de vecindad, La Habana tiene algo vivo, que la sitúa en un mundo aparte entre las capitales conocidas. Yo he sentido con frecuencia esa fascinante sensación de la selva de piedras que vive como si fuera ser humano. Aun vacías de transeúntes en la medianoche, las calles habaneras dan la impresión de tener ojos y oídos. Tan vivo es ese sentimiento que hace algunos años, hallándome en México, me asaltó de pronto el violento deseo de ver en el silencio y la soledad de la madrugada esas calles, de hablar con ellas, de sentir las palpar. Al amanecer estaba volando hacia La Habana.

En los repartos lujosos esa vida es, desde luego, más atractiva y segura de sí misma, como es más atractiva la misma hermosa mujer cuando se ve limpia y bien peinada que cuando cruza ante nosotros con el traje desgarrado y el pelo al aire.

Por la línea del litoral, desde Cojímar, puerto de pescadores situado a espaldas del Morro, hasta Santa Fe, varias millas hacia el oeste, La Habana se desborda también. En los cálidos días del verano va más hacia el este; llega a Playa Veneciana, a Tarará, a Santa María, a Guanabo. Pero sus playas naturales están entre Cojímar y Santa Fe. Una y otra, extremas, son lugares de más piedra que arena, si bien el juego constante de sol y agua les da ese peculiar tono de mar adolescente que tan a lo vivo se siente en Cuba. Por Cojímar desembarcaron tropas inglesas en 1762, y a la vista del viejo castillo allí construido pasaban los cubanos contrabandos de armas, al amparo de la noche, durante la guerra libertadora, entre 1895 y 1898.

La entrada de Santa Fe, en la cual desemboca el río de Jaimanitas, estuvo también guarnecida; y sobre el abigarrado bosque de casas que ahí se ha construido, especialmente después de 1933, pasan los aviones que llegan de México y de América Central. Siguiendo la línea entre ambos puntos, las playas de la ciudad se encuentran entre la margen oriental del Almendares y la del Biltmore. La mayoría son propiedad de asociaciones privadas; algunas están abiertas al público, pero mediante cuota de entrada. Todas tienen costosos y amplios edificios con las más diversas instalaciones; ahí se come, se bebe, se juega a los bolos o a la pelota vasca. En los meses de verano obreros y empleados llenan las soleadas playas.

Esta búsqueda del mar por los habaneros es un movimiento de hace relativamente pocos años. A pesar de que siempre hubo en La Habana una presencia activa o pasiva del mar, y de que tan pronto como la amenaza de los corsarios desapareció, las flotas pesqueras de la ciudad se lanzaron a conquistar lejanos predios de agua para sus negocios, lo cierto es que a ciudad vivió de espaldas a su mar hasta bien entrado el presente siglo. Las familias con medios económicos preferían veranear en tierra; muchas de ellas tenían casa puesta en el Cerro o en Guanabacoa; otras se iban a los ingenios en los días calurosos. Se construyeron

baños en las escarpas del Malecón, que eran en realidad grandes hoyos cuadrados en la roca donde el bañista esperaba la resaca de la ola sin arriesgarse a meter un pie en la orilla; y después se abrieron baños en el Vedado, al final norte de la calle “E”, todavía llamada calle “Baños” por muchos habaneros.

Donde se advierte sobre todo ese desbordamiento de la ciudad sobre su mar es en la profusión de barcos de recreo que ahora se ven en todos los rincones de la costa habanera que pueden ofrecer refugio a las embarcaciones. Desde Cojímar, donde Ernest Hemingway mantiene anclado su yate *Pilar* cuando no está siguiendo las corrientes por donde nada la aguja, hasta Jaimanitas, en todas las entradas de la costa, haya río o no lo haya, pululan los mástiles de naves privadas, algunas de las cuales son costosos y modernos refugios flotantes de gente que buscan en la soledad del mar y en el silencio de las aguas el alimento espiritual que la ciudad, ya demasiado activa y resonante, le niega durante los días de la semana.

Protegida por una pequeña punta, la ensenada de Cojímar se ve bajo el sol como un delicioso rincón en que se mezclan los trajines de un portezuelo de pescadores y los de un suburbio de gran capital. Amarrados al muelle o disminuidos por el espigón, los yates de recreo esperan allí la hora de la salida. Escaso tramo hacia el oeste está la bahía de La Habana, en la cual está el Muelle Internacional, sede de yatistas cubanos y extranjeros. Durante todo el año en ese muelle se suceden los yates; los que hacen la carrera Saint Petersburg-Habana, los que cruzan en pos de pesqueros más abundantes el canal de la Florida y vienen en busca de la pesca de fondo a las costas cubanas, los “estrella”, que regatean de año en año frente a La Habana, con su grácil vela bailando sobre las olas, pasto para los golosos alisios del nordeste.

Saliendo de la bahía, proa al oeste, flanqueando la ciudad, se llega en escasa media hora a la boca del Almendares, nidal del grueso de la flota de yates que hay en todo el litoral. Más allá, en cada club de playa amarran sus barcos los fanáticos de la pesca; y se ve un montón de ellos en la pequeña rada del Biltmore, donde el Atlántico parece estar a ras de tierra; y un número mayor, por fin, en la boca del Jaimanitas.

Cuando la estación de agujear llega, mediado el mes de abril, de todos esos rincones salen, tan ansiosos como antaño debieron sentirse los corsarios, docenas y docenas de yatistas que empiezan a cruzar las aguas frente a la ciudad. Si han salido temprano tienen el privilegio de ver el nacimiento del sol por encima del jardín de los techos: pueden ver el lento y sensual despertar de La Habana; ese instante de pasajera pavidéz en el cual la capital cruza la frontera entre el descanso de la noche y la actividad del día. Si han ido a rabirrubear a las bocas de Guanabo y retornan cuando todavía es de noche, o si el curricaneo tras los bonitos se prolongó tanto que vuelven en las primeras horas de la noche, la vista de la ciudad pagará con creces la escasez de las piezas, si es que han tenido, como cualquier pescador, un mal día.

Pues vista desde el mar, cuando todavía es lo bastante temprano para que a través de todas las ventanas se distingan las luces de las casas. La Habana es un regalo de los dioses. Todo el cúmulo de sus viviendas cobra el aspecto de jardines de luz en un balcón de montañas. Los colores de las paredes se diluyen contra un cielo de fondo claro, aunque no haya luna; la interminable hilera de focos del Malecón saluda de lejos, como afirmando que ahí hay orden y belleza a la vez. Parpadean los anuncios luminosos, pasan raudas las luces de los automóviles que cruzan por el Malecón. Y el iluminado jardín se extiende y se extiende bajo la noche, cada vez más allá y más allá, hasta perderse por el recodo de Jaimanitas, otrora refugio e piratas según el decir de la gente, y ahora recalada final de los que piratean al mar sus bellas criaturas de redondos ojos y móviles colas.

De todos esos sitios el más característico para mí es el Almendares. En cinco o seis años el Almendares ha llenado sus orillas de muelles para yates, como ha visto animadas sus márgenes por construcciones luminosas y alegres, en las cuales hay un perenne trasunto de Costa Azul. Sería cansarse ponerse a contar las hermosas embarcaciones que se apretujan, una contra otras y ésa contra otras más, en las inmóviles aguas. Desde antes de cruzar el puente de “Pote”, en la margen oriental se ve un nudo de mástiles y cascos; después, más allá, siguen los de menos arboladura, los que pueden cruzar el puente sin necesidad de hacerlo levantar.

Gente de pueblo pesca en las bases del antiguo puente de los tranvías; río arriba se sigue navegando, entre un camino orillado de barcos y de barcos, de más barcos, de proas y cascós y popas, un mundo de motores que roncan, de patronos que lavan pisos y arreglan avíos de pesca, de marineros que secan ropa, de calafateadores que martillan sin cesar, de yatistas que entran en los muelles y saludan en voz alta, con la camaradería que sólo da el mar, a los pinches de otros yates o al pescador que cruza en bote hacia la orilla donde un automóvil espera.

Al atardecer el sol que cae hacia Jaimanitas lamina de tonos morados el agua del río. Desde la casa de un amigo contemplo el grato espectáculo. Alguna grúa levanta su brazo de hierro en la orilla del Vedado; un montón de arena denuncia allá la fiebre de construcciones que sacude al que alguna vez fue el barrio digno y satisfecho de la gran ciudad, el barrio de los señores de fortunas nada audaces, pero bien seguras. Sus casas de claros tonos se ven desde esta orilla de Miramar, dorándose al sol que declina. Allá abajo un nido de pinos cambia su verde color por el negro que va cobrando a medida que las sombras avanzan; se ven sus penachos meciéndose en el agua. Se ven los automóviles cruzar por el antiguo de piedra, son los que van a la ciudad. Se ven los que cruzan hacia Miramar; son los que usan el túnel y el puente de "Pote". A través del encaje de hierro de este último se adivinan los mástiles de los yates anclados en el pequeño seno que forma el río con la piedra de la orilla oriental.

Hay silencio, un hermoso silencio al favor del cual, lento, cauteloso, tan despaciosamente que apenas se le ve moverse, el camino del mar. Oscurece. Rojizos reflejos del sol ensangrientan a lo lejos, sobre el Atlántico, fajas del cielo habanero. Poco a poco, una a una, las luces del Vedado comienzan a encenderse en las ventanas. Para hacerles juego una asoma, solitaria y brillante, sobre la boca del río. Veo alzarse el último puente; veo avanzar hacia afuera una embarcación. Es algún habanero loco que ha salido a tal hora a curricanear estrellas.

La región de occidente: mar y luz y palmeras

Como un arado cuya punta de hierro mirara hacia el este y cuyas agarra-deras se dirigieran al oeste, al final ligeramente dobladas hacia el sur, Cuba aparece tendida sobre el telón del mar como si estuviera clavada en una gran pradera móvil.

Los geólogos afirman que la isla se hundió varias veces, o por lo menos que las fracciones que la iban formando estuvieron durante millones de años sumergiéndose y emergiendo; y afirman también que desde hace más o menos quinientos siglos quedó formada casi como la vemos ahora. Si hubiera algo de cierto en la teoría que explican algunos misterios de la tierra, diciendo que cada determinado número de miles de años uno de los Polos acumula tantos millones de toneladas de hielo que al fin determina violentos movimientos del globo, entonces habría que convenir que Cuba estuvo situada alguna vez por donde hoy está Groenlandia.

Si fue así, esta isla fascinante no guarda ni en los más recónditos meandros de su tierra recuerdo alguno de los fríos glaciares ni de las blancas y peladas llanuras que acaso fueron parte suya una vez. Pues si alguna porción del globo es en su esencia el trópico, con un trópico refinado y culto, que sobre el blanquizco pedestal de la palma eleva el verde de las hojas a la contemplación de los hombres, esa porción es Cuba.

La isla es semitropical, y en toda su extensión no hay un volcán ni esos paisajes de vértigo con que los profanos imaginan el trópico. Con tres principales centros montañosos, y algunos de menor categoría, distribuidos a lo largo de sus más de ciento diez mil kilómetros cuadrados,

Cuba abunda en terrenos llanos, de rica capa vegetal casi siempre; en valles abiertos o cerrados, donde la constante humedad permite el seguro crecimiento de la caña, del tabaco, de las frutas de la zona o del pasto para ganado vacuno. La isla no tiene lugares desérticos y apenas algunos cuadros de áreas rocosas; ni abundantes lagos le sustraen superficie a la producción ni peladas montañas de lava hacen golfo de climas ardientes.

De sus seis provincias, las tres occidentales están en la parte más estrecha; en algún paraje de esa parte, entre el océano Atlántico, que la baña al norte, y el mar Caribe, que la baña al sur, no hay más de treinta y cinco kilómetros. Esto quiere decir que, a la vista u oculo, el mar está presente en toda esa porción que va desde el extremo este de la provincia de Matanza hasta el cabo San Antonio, que es el límite occidental de Cuba.

Acaso esa presencia del mar explique la sorprendente luminosidad del paisaje cubano en la zona ya dicha; una luminosidad tal que en las cercanías de Coliseo yo he podido distinguir a distancia de tres kilómetros el color amarillento de una penca de palma que empezaba a secarse, pendiente de la copa. Sólo tal luz, por otra parte, puede ser la razón del hechizo que tiene el paisaje de la llanura cubana. Pues en la amplitud de un horizonte que no es absolutamente plano, que no es cansadamente igual, la criatura de Dios siente el regocijo de poder dominar la extensión, de alcanzar con la vista hasta más allá de donde podría llegar un peligro. La hermosa luz de Cuba toca el instinto de seguridad del corazón humano, y lo exalta; y ya exaltado, el hombre se entrega a admirar esos juegos de verdes con que el campo cubano se ofrece; el claro verde esmeralda de la caña, ondeando hasta perderse bajo el cielo; el oscuro verde de las palmeras, el múltiple verde de los mangos, de los naranjos, de las ceibas; y aquí y allá manchones de rojiza o negruzca tierra irrumpiendo por entre la vegetación, rojas y negras tierras aradas en espera de las lluvias para la siembra del maíz o de la yuca.

En esas tres provincias de occidente están los lugares más conocidos de Cuba, sin duda no sólo por su hermosura sino porque en tales llanuras se concentró durante mucho tiempo la mayor parte de la población cubana. “Subiendo” desde Vueltabajo (“subir” es el término con que los

campesinos de estas islas aluden a la dirección por donde sale el sol), ahí están las tierras del tabaco, las que antes que ninguna dieron fisonomía a la sociedad rural cubana; pues el tabaco de Vueltabajo, que desde hace siglos mantiene el título del mejor del mundo, tuvo la virtud de crear un tipo humano, que fue el veguero, el viejo “camará” de voz lenta y acentuada, de largas patillas y sombrero jipijapa, de la llamada “filipina” blanca sobre blanco pantalón, de duros zapatos de vaqueta, usados a menudo para bailar el zapateado al son de las guitarras. Ese veguero que sirvió de modelo para el viejo Liborio, símbolo de Cuba en sus primeros años republicanos, hombre de machete al cinto y de gallo en el brazo, entró en las ciudades de Europa dibujado junto a la guajira,¹ en las estampas de las cajas del buen habano; tras él se veía un bohío, y hermosas matas de tabaco, grandes como palmas reales por la virtud de la infantil perspectiva del dibujante, se abrían en arco para dar paso a la criolla escena.

Al andar de los años, y a la sombra del tabaco vueltabajero, ha ido difundiéndose por todas partes la fama de Viñales. Yo he estado allí y confieso que tantas veces como he ido me he mantenido en silencio largo tiempo, incapaz de articular palabra. Atardecía en el primer encuentro con ese paisaje inesperado. La impresión que tuve fue que de pronto, sin saber cómo ni cuándo, me hallaba frente a la bahía de Río de Janeiro; pero ya no era bahía, porque el mar se había solidificado en tierra sembrada de maíz y tabaco, aunque los macizos de piedra seguían emergiendo de lo que un tiempo fuera agua. Al favor del sol esos macizos cambiaban de color, y cambiaban también los pequeños y tranquilos valles que los rodean. De súbito sentí que aquel extraño mar, con sus guardianes de piedra, inmovilizado inesperadamente, era un paisaje de otra edad geológica; un paisaje que no llegó a evolucionar, guardado ahí, casi en un extremo de Cuba para que los hombres supieran un día cuán bello fue el planeta en pretéritos tiempos. Hasta la yerba que crecía al pie de los hermosos mogotes tenía aspecto de vegetal naciente.

Con el tiempo me ha tocado volar a menudo sobre esa región de Vueltabajo, y al ver desde arriba los lomos redondos de la Sierra de los Órganos, sus retorcidas, gigantescas y blancuzcas espaldas, he sentido

¹ Campesina cubana. Por extensión es guajiro todo el nacido fuera de La Habana.

de nuevo aquella impresión. Los geólogos afirman que la erosión gastó las tierras calizas acumuladas entre columnas enormes y las arrastró hacia otros lugares; otros dicen que tales columnas fueron superpuestas ahí por grandes cataclismos ocurridos hace millones de años. Allá ellos. Si las entrañas del globo se removieron coléricas un día y emergieron abruptamente desde los abismos de fuego para asomarse al cielo de esta isla fascinante, o si oleadas de sismos arrastraron sobre ríos de tierra, en estupenda traslación, esos mogotes que hoy están clavados ahí, lo importante es que los dioses que repartieron lo bello y lo feo dejaron en Cuba un espectáculo inolvidable. A la luz de esos valles de Viñales el corazón silencia, aplastado por la impresión de que nada puede haber igual sobre el planeta. Nada, ni siquiera lo que pueda superarlo.

Casi toda la región norte de la Provincia de Pinar del Río es montañosa; y abundan los ricos aunque diminutos valles entre las montañas. La plataforma marina que va desde la punta de zapato de mujer que forma la Península de Guanacahibes, con su extremo final en el Cabo San Antonio, hasta la hermosa Bahía Honda –aunque siga, si bien muy estrecha, más allá, y traspase La Habana y Matanzas– es rica en pesca y desde su fondo se levantan de tarde en tarde cayos acogedores utilizados por carboneros y pescadores; pero lo que es propiamente la costa, resulta pobre para sembrar. La tierra llana que da al mar torna a ser generosa en las cercanías de La Palma; y ya va creciendo en fertilidad, siempre cogida entre las montañas y el océano, hasta desembocar en las ricas regiones de Bahía Honda, Cabañas y El Mariel.

Es en el sur de la provincia donde cada terrón vale un tesoro. Hacia el sur están las vegas del mejor tabaco que jamás se haya fumado, los activos y hospitalarios pueblos de vegueros, la capital de Vueltaabajo, los múltiples ríos descendiendo hacia el golfo de Batabanó; y más al sur, una vez pasada la línea de la costa caribe, la enorme plataforma del golfo de Batabanó, que desciende desde Cabo Francés, dirigiéndose hacia el sureste, deja en su seno a la Isla de Pinos y avanza después, este franco, por el costado sur de una cadena de cayos y arrecifes, hasta más allá del extremo oriental de la Península de Zapata. Cayos innumerables resaltan del bajo mar de esa extensión enorme; el agua es clara y apenas rizada por las brisas del sur o del oeste. El centro vital de esa zona es Batabanó,

pueblo de pescadores, en cuyo largo muelle de madera bailotean los balandros y las goletas dedicadas a la búsqueda del bonito o de la esponja.

En el golfo de Batabanó nos internamos cierta vez tres amigos. Pero no lo hicimos en yate ni en embarcación que pudiera tener lujo o comodidad; tomamos una goleta de pescadores de bonitos, tan tosca y austera que había que vivir día y noche sobre cubierta, porque no teníamos ni dónde meternos a descansar del sol. Dormíamos amarrándonos un brazo o un pie para que los bandazos no nos sacaran del colchón. Al amanecer del primer día arrimamos a un cayo para pescar sardinas; en bote extendimos la red; después, cuando la recogimos, juguetonas toninas giraban alrededor nuestro como peces domesticados. Todo el bote se llenó de sardinas. Aquellas piezas de plata caían, moviéndose sin cesar, en el centro de la pequeña embarcación, y en los saltos con que se agitaban iban soltando escamas a millares. Como el sol comenzaba a salir, la columna de escamas brillaba como un chorro de perlas.

Por el escaso mar, de poco fondo, navegamos curricaneando en pos de manchas de bonitos; recorrimos la larga línea de los cayos, pargueando; en Ávalos, de verdísimas aguas lamiendo las arenas, vimos un viejo cañón de piratas, donde, al decir de los marineros, un buscador de tesoro encontró, tras destupir la boca, diamantes y esmeraldas y oro. Toda esa cayería fue, al parecer, refugio de bucaneros, los cuales navegaban por el sur para buscar el abrigo de Isla de Pinos, llamada todavía por mucha gente como la bautizó Stevenson en su perdurable novela, *La Isla del Tesoro*. En la cayería de Monterrey bajamos a cazar corúas. Recorrimos en bote los canales y los canalizos; desde el bote disparábamos a las bandadas que pasaban a pocos metros sobre nosotros, chillando escandalosamente. Por los intrincados manglares resonaban, multiplicándose, los ecos de los disparos. Un mar gris y ancho se abría frente a nosotros, hirviendo bajo el sol.

Fueron días inolvidables aquellos. Bien temprano freíamos sardinas y, descalzos, jubilosos, acechábamos la señal de la pilos cordeles de curricán que tendíamos a popa. Al atardecer, cuando hasta los peces parecen retirarse a lugares solitarios, oíamos a la marinería contar historias de ciclones o de pescas milagrosas.

Navegando a sotavento de la cacería alcanzamos la altura de punta del este, extremo sur oriental de Isla de Pinos. En esa punta hay una cueva con dibujos rupestres de los aborígenes; pero hay también historias de piratas y la historia del padre de Andrés Isla. Un fresco medio día de enero, a la sombra de ciertos guayabales, parapetado tras un amago de colinas, Andrés Isla, el prófugo, hablaba conmigo en medio del campo pinero. Yo era el primero y el único hombre, fuera de sus amigos de la isla, que se veía con él en largo tiempo. De buena estatura, delgado como un sable, casi negro el lacio pelo echado hacia atrás, marfileño el color, duros y activos los brillantes ojos oscuros, estrecha de sien a sien la frente, estrecha la boca y fina la barbilla, el hombre a quien docenas de soldados perseguían me decía, cogidas las rodillas con las manos:

—Mi padre, señor, tenía el “aquél” de los varones.

Su padre fue “pichón, de gallegos”, que se internó en las selvas del sur y se hizo troglodita en la Cueva del Este. Allí vivió hasta su muerte, quemando carbón, y allí crió a sus hijos. Luchando una vez con un ciclón fue lanzado en tierra y se le quebró el brazo izquierdo; y ni por eso abandonó la cueva. Cuando la naturaleza quiso curarlo, se curó. A menudo el pequeño Andrés y sus hermanitas encontraban en el fondo de la caverna monedas de plata; eran restos de las que amontonaban allí los piratas de los siglos XVI y XVII. En los lugares de bajo fondo vieron restos de viejos barcos hundidos y hasta cofres deformados por las sales del mar. Nada de eso, sin embargo, despertó codicia en el corazón del muchacho. Cuando al paso de los años su mala fortuna le llevó al presidio, fue por haber muerto a un hombre, no por desear lo que era suyo.

—Pero, eso sí, yo sí sé dónde están los buques que se perdieron por aquí —me decía.

Andrés Isla huyó del presidio. El presidio está allí, en la isla, gigantesca reunión de edificios circulares que se levantan en la llanura del norte, cerca de Nueva Gerona, capital de esa tierra embrujadora. Es punto menos que imposible la fuga del infierno de piedras y centinelas. Pero él la realizó. Mes tras mes, las patrullas de guardias rurales lo buscaron por todos los rincones de Isla de Pinos; jamás daban con él. Sin embargo todos los campesinos, especialmente los de la costa sur, veían al prófugo diariamente; todos lo escondían, todos le daban de comer, todos mentían a los soldados; y lo hacían porque querían a Andrés Isla.

—Es que por donde yo paso, señor, no se pierde ni un boniato —explicaba él.

Lo querían porque en las silenciosas noches del sur, donde la soledad tiene un imperio, Andrés les hacía relampagueantes visitas y les recitaba poemas, unos poemas llenos de estrellas y de ángeles que él componía en lenguaje cargado de palabras contrahechas pero brillantes. Después, libre ya, Andrés repetía ante mí esos poemas en mi casa de Arroyo Naranjo. Nunca hombre alguno fue más hermoso en su simpleza ni más varón en su infantil alma de campesino y pescador. Es claro que en la costa sur de su isla, donde entre árboles y ciénagas pululan los cerdos salvajes y las vacas casi cimarronas y donde florecen leyendas de piratas, aquel prófugo de corazón tan limpio representaba la luz de la aventura.

—¿No crees tú —me preguntaba el presidente de la República, en presencia de su ministro de Justicia, el día que yo le describía a Andrés Isla y le contaba mi entrevista con él entre los matojos de guayabos— que a ese hombre deberíamos darle oportunidad para que transformara su personalidad legal? Así no tendría que cargar en el porvenir con un asesinato.

Pero yo pensaba que nadie puede vivir al tiempo que su leyenda crece independiente de quien la creó. Así, cuando un médico eminente obtuvo en la isla firmas para que se indultara al prófugo, se le dio el indulto. Hoy viven juntos él y su leyenda. Y ambos son libres.

En los primeros años del siglo, Isla de Pinos fue de hecho una posesión estadounidense. A centenares vivían allí los matrimonios de agricultores yanquis; a centenares se levantaban por los campos, en medio de las siembras de naranjas y toronjas, las casas de piedra, con techos pintados de rojo o de verde. Hoy el viajero se sorprende con la enorme cantidad de hogares en ruinas, muchos de ellos destruidos por los incendios. Pues cuando en 1925 Cuba obtuvo de Estados Unidos el reconocimiento de que la isla le pertenecía y era, por tanto, cubana, la gran mayoría de sus moradores estadounidenses abandonó las plantaciones y las viviendas. En la isla se dice que algunos dejaron hasta la cristalería, los cubiertos, la mantelería y las sábanas. Nunca más volvieron. Las casas se fueron destruyendo. Sólo unas cuántas familias han quedado allí, como si quisieran cuidar hasta lo último el pequeño “cementerio ameri-

cano” que a la sombra de viejos pinos conserva, bajo sencillos túmulos de mármol, los restos de los que dejaron su cuerpo en el encantador lugar.

Isla de Pinos está al sur de La Habana, a veinte minutos en avión. Tiene forma de corazón con la punta vuelta al oeste. Con la excepción de las costas del sur, que dan al mar Caribe, todas las demás descansan en la vasta plataforma del golfo de Batabanó, razón por la cual son ricas en pesca. La isla fue en un tiempo famosa por sus maderas de pino; y lo es ahora por sus mármoles, de los cuales hay uno rojo matizado de blanco que se ve admirable; por sus naranjos, sus toronjas, sus melones y sus pepinos. Las cotorras abundan en sus bosques. Por el río Júcaro nadan los manatíes; en la ciénaga de Lanier, que divide la porción norte de la sur, matan caimanes carboneros. Castigada por el fuego, que día por día humea en el horizonte y por las noches ilumina los antros de las montañas, la arenosa tierra gris del norte parece estéril a la simple vista; sin embargo, su generosidad se desborda en las dulces naranjas o en los finos melones. Toda la región sur es una selva, separada del mar por la más hermosa y larga playa de Cuba, tierra de hermosas y largas playas.

En el norte está Nueva Gerona, típica ciudad del interior cubano, amplias las calles, altas las casas de portales espaciosos. En los cafés discuten viejos y jóvenes sobre las noticias que llevan los diarios o la radio; por las aceras pasan mujeres de carnes rotundas y ojos iluminados; el sol cae a chorros; una de esas insufribles “motorolas” levanta sobre el silencio del lugar una canción de moda. Subiendo al costado de Nueva Gerona, por el río Las Casas, se ven en sucesión hermosas construcciones de cuidados jardines, restos del esplendor con que vivieron los plantadores estadounidenses.

En las cercanías, una ancianita yanqui cuida el jardín de plantas tropicales que creó su muerto esposo; cuida las más extrañas especies de árboles de la India, de Ceylán, de Madagascar y el Ecuador. En el desván de la vieja casa de madera donde ella vive solitaria, cultivando el recuerdo del marido, un macizo majá duerme de día. A veces despierta en la tarde, hecha ya su digestión de ratones, y pesadamente desciende por la escalera, ondula en la sala, se asoma a una puerta y toma, con toda calma, el camino de la diminuta selva. A los asustados visitantes, con su

español graciosamente estropeado por la prosodia inglesa, la anciana les explica:

—Vino aquí chiquitita y la dejé vivir, porque mi religión me prohíbe matar aunque sea animales. Dándole de comer se acostumbró a mí. Ahora es mi única amiga sobre la Tierra.

Y con pardos ojos alegres, contempla las raras especies que su marido trajo de remotos mares.

Allí, en Isla de Pinos, cerca de Nueva Gerona, descubrí una linda playa, limitada al oeste por un peñón de negro mármol y al este por el pedregoso pie de una estribación. Está sola: apenas la visita alguna gente en verano. La arena es blanca y negra, gruesa pero limpia. Tiene un nombre sugestivo, la Playa de los Flamencos. Volando hacia Cuba la he visto, repetidas veces, pequeña, amorosa, acogida a sus dos flancos de piedras. Uno que otro anochecer, en países lejanos, he soñado tener una casita ahí, un diminuto rincón en el camino de las brisas, frente al escaso mar. Porque no siempre pudo Dios reunir, en tan domésticas medidas, tanta belleza ennoblecida por el acuerdo del sol y el mar y la distancia.

Batida por el ojo la costa sur de la región occidental, hay que volver a la costa norte, a Cayo Paraíso, casi frente a la Mulata. Es un cayo que cabría en la mano. Tiene sus pinos y tiene su playa, en la cual rompen lentamente las olas. Por su alrededor, y por los canalizos que lo separan de otros cayos y de la costa, he pasado largas noches lanzando cordeles en pos de rabirrubias.

La rabirrubia es de la familia de los pargos, pica a profundidad entre doce y veinte brazas, en tibias corrientes de ocho a diez millas y siempre en las noches oscuras, las de la luna nueva preferentemente. Su rápida y doble picada la hacen inconfundible. Junto con ella acuden a la carnada roncós y gallegos, cajíes y cabritillas, chernas del alto y hasta cazones; a menudo es una morena la que muerde, se enrosca en las piedras del fondo y tira hasta reventar el cordel. En la madrugada se oyen los ahogados gritos de los pescadores que celebran una rabirrubia de tres libras; comentan, allá en proa, su buena suerte, mientras acechando la picada, acá en popa, uno espera confiado en dar la sorpresa de la noche.

De rato en rato el marinero trae café. Allá va una luz. Es un barco carbonero que se acerca a un cayo a recoger el fruto de seis o siete días de trabajo realizado por un par de hombres entre los intrincados manglares de la cayería. A la luz del amanecer buscamos por entre los matorrales algún ave de los mases a la cual dispararle. Con el sol tomamos la ruta de la Altura.

Hace pocos años la Altura no existía. Los fanáticos del mar pasábamos por allí sin darnos cuenta de que había un riachuelo que daba entrada, por entre los mangles, a un lugar de tierra rica en minerales y apta, por tanto, para el ganado; que detrás de un mísero cayito comido por el mar, las escarpas de grandes piedras reservaban buen sitio para abrigar una casa, y que inmediatamente después de esas escarpas había una playa de buena arena y mejor fondo, casi siempre limpia y casi siempre segura. Ahora está la casa sobre la escarpa; otra casa, gemela, corona la pequeña eminencia junto a la playa; crecen las rosadas adelfas entre las dos y el sol hace brillantes los colores que adornan las casas. Desde un mirador construido en la parte más alta de la costa se domina el atrayente paisaje marino, el inmenso mundo verde y azul del golfo. Al amanecer y al atardecer, garzas blancas y grises revolotean sobre una laguna cercana y transitan después por ella, con sus cómicos pagos de rústico metido de pronto en gran salón.

De la Altura se sale hacia La Habana por tierra o por barco. Es preferible ir por tierra, porque el espectáculo de Cabañas, visto desde los cerros que la rodean, no se repite a menudo en la vida. Va uno con los ojos puestos en el cañaveral, sobre el que ondea un cielo sin manchas y en el que estallan con frecuencia las copas de las palmeras; y de pronto columbra allá abajo, como si se tratara de una enorme bandeja llena de esmeraldas, un rincón de la bahía. Aquel amoroso maridaje del mar y de la vegetación, que es tan peculiar de Cuba, alcanza en Cabañas proporciones de gran obra de arte. Pues la tierra se recoge en femenina curvatura, y el mar avanza en potente ansiedad, y el cielo cargado de luz pone en esa cósmica fiesta de amor su parte de benevolente amparo, abierta la gigantesca pupila del firmamento, como para enseñar a los hombres a que río tengan la cobardía del pudor, porque el recato es feo cuando el amor es limpio.

En un largo trayecto de sorpresas Cabañas sigue ofreciéndonos su hermosura aquí, allá, más allá; y cuando uno cree que se ha alejado la ve acercarse de pronto, iluminando un recodo del camino. De súbito se muestra casi entera, fija y móvil, inmensa, límpida. Cada palabra dicha es una imprudencia. No pueden hablar los hombres donde hablaron los dioses.

Pero a Cabañas sigue el Mariel. Cuando se deja atrás este último punto, por una carretera bordeada de árboles, se siente el cansancio de tanta opulencia natural y la alegría de escapar a un hechizo que podría mantenernos clavados allí, como un tronco, toda la vida. Sin embargo, esa hermosura se adueña otra vez de todo el horizonte en la carretera central, por las cercanías de Candelaria, cuando se viaja en cualquier día seco de verano. Coreada por montañas que a lo lejos levantan sus azules murallas, la llanura de Vueltabajo se domina en toda su extensión, ondulando bajo los innúmeros palmares; crece la verde yerba jugosa a orilla del camino; interrumpen el paisaje, y lo adornan, las manchas de tierra roja; los activos pueblos de la ruta deslumbran al sol. Todo el camino, hasta San Juan y Martínez, es sorprendentemente bello. Al retorno, la carretera cobija con su túnel de ramas y nos deja en La Habana, entrando por el Country Club, donde las largas filas de palmeras hacen guardia a un cielo brillante.

En la zona que hemos recorrido abundan los pequeños pueblos llenos de vida, y ciudades de buen tamaño, como Pinar del Río. La gente vive de comerciar, de sembrar tabaco, de extraer minerales y de pescar y enlatar langostas y bonitos, de cortar madera y hacer carbón; trabajan en fábricas de hilados, en enlatadoras de frutas y de jaleas, en los campos de caña y en los ingenios, en plantas de cemento y en la siembra y cosecha de frutos menores. En Viñales, en San Diego de los Baños, en Isla de Pinos, turistas y habaneros reciben baños termales y sulfurosos. Los habaneros ricos tienen hermosas fincas en la zona.

Hacia donde vamos ahora, por la línea de la costa, no se advierte otra actividad que la del pequeño agricultor, la de los centros de veraneo y la de los desmontes de piedras en las canteras. Pues tal zona, por lo menos en la orilla del mar, no había nado en producción hasta que se comenzaron los trabajos para tender la Vía Blanca entre La Habana y

Varadero. El núcleo de playas de Tarará, Guanabo, Marbella, Playa Hermosa, Cuba, Venenciana, Santa María –una misma línea de fina arena, sólo dividida por nombres– estaba prácticamente deshabitado hace algunos años. Ahora se levantan allí millares de casas, y esos lugares son, en propiedad, grandes villas marinas, si bien durante los meses de invierno apenas empedernidos viciosos del mar transitan por sus calles.

Entre La Habana y Guanabacoa no hay ya distancia. Guanabacoa casi se queda al margen del camino, pues su centro queda más al norte de la esquina por donde la carretera se dirige hacia Guanabo. Esta Villa de Guanabacoa, que en los comienzos de la Conquista fue refugio de indios y después de negros esclavos, tiene su historia; desde ella se combatió a los piratas de Jacques de Sores y a los soldados de Su Majestad británica cuando ocuparon La Habana. Aquí vemos, por primera vez en Cuba –aunque el caso se repetirá en otros pueblos– estatuas de mambises con pesados sombreros de mármol.

La industria italiana de la estatuaria para la exportación debe haber sido servida por gente muy dada a reírse de nosotros, los americanos. Acaso un tricornio de general no desluzca en la cabeza de un héroe a caballo; pero un sombrero de cogollo de palma esculpido en pesado mármol sobre la testa de un mambí a pie, puesto ahí por los siglos de los siglos, es una condena inmerecida. Es claro, nuestras poblaciones querían estatuas; y nos mandaban cualquier cosa. En cierto pueblo antillano hay la de un señor cuyo nombre la generalidad ignora; le llaman “don Gregorio”, como pudieron llamarle “don Agapito”. Los campesinos creen que ese señor llevó el ferrocarril al poblado, otros afirman que construyó la iglesia que se ve cerca de su estatua.

Lo cierto es que la estatua iba para algún país centroamericano, de donde la habían encargado para honrar a un gobernante; de paso por el puerto más cercano al pueblo, el señor ministro de tal país, que viajaba acompañando al monumento, recibió un cable en el que le informaban que el gobernante había sido derrocado. El hombre pensó que si desembarcaba en su tierra con tan evidentes pruebas de su adhesión al caído iba a pasarlo mal; y ordenó que echaran a los muelles los grandes cajones. Algún agente de aduanas se equivocó y mandó los cajones a la estación de ferrocarril, de donde viajaron hasta el pueblo. Allí, el paso

de los meses y la lluvia pudrieron las maderas. Un día el jefe de estación contó a un munícipe que aquellos deshechos cajones encerraban el misterio de algún crimen; fue el munícipe a investigar, acompañado por el jefe de la policía y por algunos valientes que les acompañaron; uno de ellos, señor muy viajado, opinó que se trataba de una estatua. En el pueblo no había estatua alguna; parecía que el buen Dios había enviado ésa para que pudieran lucirla.

Fue y vino la gente para verla, hasta que algún chusco dijo que se parecía a don Gregorio. ¿Quién era don Gregorio? ¡Hombre, pues, don Gregorio, el bondadoso anciano que recomendó la siembra del cacao por aquellos parajes! En sesión solemne, el Ayuntamiento resolvió aprovechar aquel regalo del cielo. Bajo la dirección del respetable señor que había viajado, unos albañiles levantaron el pedestal; después, con enorme trabajo –pues el pedestal quedaba demolido cada vez que el pesado don Gregorio lo aplastaba con su humanidad de bronce– lograron colocar al desconocido gobernante centroamericano en su puesto. La gran tarea consistió en añadirle el brazo derecho, que debía ir erecto; pero a fuerza de ingenio lo soldó al hombro un herrero llamado Celestino. En los bordes del saco del buen Gregorio –o de don Agapito– comenzaron a hacer panales las avispas, y los muchachos del vecindario tuvieron un punto en el cual probar la certería de sus piedras.

Las estatuas tienen en nuestras tierras larga y ridícula historia. El caso de mi pobre don Agapito –digo, don Gregorio– no es único. Por los muelles de Barcelona, siendo jovenzuelo, me paseaba yo una mañana, cuando de manos a boca me con un terrible guerrero a caballo, en bronce bestia y caballero. El monumento no tenía pedestal. Estaba en tierra, rodeado de florecillas multicolores. Frente al aguerrido jinete me dije: “Yo conozco esta cara”. Pero me hallaba a tantos millares de kilómetros del sitio donde infinidad de veces había visto producida en grabado la efigie de aquel centauro, que mecía la cabeza en gesto de duda.

–Señor –pregunté a un viejo catalán, a quien vi acercarse y entresacar de las flores los tallos ya secos–, ¿me puede decir de quién es esta estatua?

–Sí, cómo no; es del fundador de los muelles –me aseguró toda seriedad.

Pero yo no me atuve a tan somera información. Recordé que en la capital de mi país había visto los pedestales de una estatua que jamás llegó allá; eran los de un monumento ecuestre que para honrar a un dictador se había ordenado a Barcelona. Investigué a fondo. Resultó que el tirano había muerto cuando ya su figura vaciada en bronce estaba lista para ser embarcada en el populoso puerto catalán; y allí se quedó. Los pedestales habían salido antes. Descubierta la estatua por obra de los años –como le ocurrió a don Gregorio en la estación de aquel pueblo antillano–, allí se fue quedando, en los muelles de Barcelona, hasta que se creó la leyenda de que él había fundado los “docs”, como en su vivo dialecto me lo había dicho el viejo catalán.

Cierta vez otro dictador quiso una estatua y se recogió entre los empleados públicos algo así como cien mil dólares para encargarla; pero alguien recordó que en Barcelona, aguerrido y marcial, estaba el anterior, condenado a galopar por los siglos de los siglos en aquella inmóvil bestia de metal; entonces un sagaz y aprovechado miembro de la pomposa “Junta Pro Monumento al Benefactor” aconsejó la solución salomónica del caso: que se le cortara la cabeza a la estatua y se pusiera en su lugar la del nuevo “general”; al fin y al cabo los uniformes, los sables y los caballos son siempre iguales en los regímenes semibárbaros. La genial idea no pudo cumplirse, sin embargo. Pues en eso estalló en España la hecatombe de 1936 y, urgidos de metal para las balas, los barceloneses fundieron al terrible jinete.

En los pueblos de Cuba abundan diminutas estatuas de mambises. En Cienfuegos hallé la de un general que nació donde nací yo. Se llamaba Pío Gil, y allí está ahora, bajo el sol de fuego y las lluvias, junto a unos railes de ferrocarril. Las cabezas de Maceo y de Martí proliferan en los parques del interior. No hay figura con frente amplia y ancha, bigotes y perilla, que no haya sido reproducida bajo el nombre de José Martí. Aquella fina expresión de poeta y de sufrido apóstol con que el grande hombre transitó por entre las miserias del mundo, elevándola hasta la grandeza con la sola virtud de su presencia, no ha podido ser captada todavía por escultor alguno; como no lo ha sido Antonio Maceo, a quien sólo aciertan a figurarse dando una carga, cuando la verdad es que la grandeza del caudillo no estuvo en ser, exclusivamente, un centauro

que demolía batallones enemigos al golpe de su machete libertador. A Maceo me lo figuro yo en pie, alto como un gigante, apoyado en su corcel de guerra, una mano en la empuñadura del sable, oteando con su característica altanería los campos de Cuba. Pues Maceo era siempre una fuerza, sólo desatada cuando llegaba la hora de combatir; y en las estatuas y en los bustos no nos dan esa potencia interior que lo animó a ir desde el oficio de arriero hasta el panteón de los héroes.

De Guanabacoa, partiendo el valle, o por la Vía Blanca, vamos hacia Guanabo. El poblado se ve de golpe cuando se llega a un altozano en la orilla del mar; allá están las casas, de techos blancos, verdes, rojos, y a su fondo el mar, un mar de azul celeste, en ocasiones verduzco y blanquecino. A Guanabo iba yo cuando estaba formándose allí la ciudad que es ahora; me llevaba un joven y notable cirujano, infortunadamente muerto en la flor de la vida. Al andar del tiempo el doctor tuvo casa en Guanabo y me la ofreció para pasar en ella un invierno. En esa misma casa vivió dos o tres meses Rómulo Gallegos en su último exilio.

Cierta borrascosa mañana de invierno fui llamado por un alto industrial. Según él, un extranjero muy importante necesitaba hablar con Gallego; pero nadie debía saberlo. Si yo podía facilitar la entrevista, se me agradecería, mas no debía hacer preguntas. Así se convino. Camino de Guanabo iba yo gastándole chistes al misterioso desconocido, a quien el industrial y yo acompañábamos. Pues aquel hombre se parecía al general Eisenhower, como una gota de agua a otra gota de agua. No había sol en la playa; a lo lejos se veía, cerúleo y batiente, el mar de los días de viento norte. Gallegos, alto, torpe en hablar, de pelo escaso ya, con su sonrisa entre natural y forzada, su voz profunda y el eterno cigarrillo entre los dedos de la mano derecha, salió a abrir, atendió a las presentaciones y luego se fue a una pequeña casa en el patio, donde habló con el desconocido más de una hora. Nunca he querido saber lo que allí se dijo y ni siquiera he tratado de averiguar el nombre de aquel socias de Eisenhower.

Entre las escasas fotografías que duermen en los cajones de mi hogar hay una diminuta, en colores, tomada en Guanabo. Vestida con chaqueta guatemalteca, una bella mujer, en cuya sonrisa se hospedaron el sol y la dulzura de la isla fascinante, sostiene a un rubio niño que da su

primer paso. El niño aprendió a caminar en esa playa; y la mujer que lo cuidaba le estrujaba cangrejitos en las rodillas “para que viajara mucho por la mar cuando fuera más grande”.

Ella había aprendido ese sortilegio en Baracoa, de donde era nativa. Su abuela, india yucateca de las traídas a Cuba como esclavas a mediados del pasado siglo, se internó en las montañas de Oriente y vivió hasta pasados los cien años, cazando venados y pescando en los ríos; se llamaba Carima Yarayó; comía miel de abejas en los panales silvestres, guiaba su cayuco hasta el poblado, sin más compañía que la nietecita, a quien crió en los bosques y a quien enseñó a cazar, a pescar, a subir en los árboles. Y cuando internaron a la niña en un colegio de monjas, la anciana cazaba pajarillos en los bosques, sin hacerles daño, se acercaba con ellos a las tapias del colonial edificio donde se alojaban las escolares, y soltaba las avecillas como quien suelta un mensaje de amor con alas propias. La niña veía volar los pajaritos y sabía que su abuela rondaba por allí.

Frente a las bocas de Guanabo amanecimos cierta vez dos empedernidos pescadores. Habíamos estado rabirrubiano y, agotado de sueño, mi amigo se echó a dormir cuando columbró los primeros claros del día. El patrón no quiso levantar ancla, acaso porque también estaba cansado. Mirando el mar, yo preferí no acostarme. De pronto entre el barco y la orilla empezaron a jugar las toninas; eran centenares, y sin duda perseguían sardinas. Saltaban, felices; se empujaban, se hundían. Sólo les faltaba gritar para demostrar su júbilo. En eso, atraído quién sabe por qué oscuro instinto, mi compañero despertó; mejor aún, abrió los ojos, porque no llegó a adquirir conciencia cabal de lo que le rodeaba; y así, entre dormido y despierto, alcanzó a ver las toninas, a las cuales confundió con agujas. Fanático del agujero, corrió hacia popa, donde yo contemplaba en silencio el espectáculo, y con ojos desorbitados, agarrándose por los hombros comenzó a dar grandes voces:

—¡Un mar de agujas; Dios mío, un mar de agujas, un mar de agujas!

Se quedó sin voz, tanta era su emoción. Pues en el semisueño en que se hallaba, vio pulular en las aguas todas las agujas que él habría querido pescar en su vida; las vio venir hacia él, rodear el barco, brindársele a su ansioso cordel. A pesar de la desilusión con que volvió a acostarse,

yo disfruté su bello error, porque sé bien cuánta emoción consume un momento así en el alma de un pescador de raza.

Por los camellones de la Vía Blanca, camino de Santa Cruz del Norte, iba uno dejando atrás bulldozers y aplanadoras; atravesaba la Boca de Jaruco, se internaba en un sembrado de henequén y caía al fin en manos del alcalde. Este alcalde, rubio, de mirada triste y mano cordial, iba y venía a su pueblo, a La Habana, buscando que le hicieran carreteras, pidiendo acueductos, reclamando que le arreglaran un parque. Fabricó un hotel, al fin, al extremo de un somero malecón que da a la rada de su pueblo; y en él se hospedan los pescadores que corren la aguja entre el Mariel y Santa Cruz del Norte. Pero su sueño era levantar un enorme hotel más allá, en el llamado Torreón de Jibacoa.

Yo llegué al torreón, llevado por el alcalde, una tarde de verano. En el poblado de Jibacoa se toma una carretera de tercer orden, bastante mala, que lleva a la playa; ese camino será sustituido por el tramo de Vía Blanca entre Santa Cruz del Norte y la playa. Excepto que a la salida de Santa Cruz se transita por el firme de grandes cerros, y desde ellos se domina el hermoso valle en que descansa la pequeña ciudad, y se ve el mar, nada hace sospechar al visitante en qué extraordinario lugar va a encontrarse.

El paisaje es más bien árido. Arbustos espinosos, resecos por el verano, cubrían esa tarde la escasa llanura. De pronto cuando veíamos al fondo las primeras casas de la playa, modernas, graciosas, de piedras casi todas, el automóvil tomó una entrada hacia el este y comenzamos a trepar por el flanco de un cerro. Feo el cerro. No vegeta en él esa frenética vida de la flora tropical que se espera ver en Cuba. La tierra es pedregosa, amarilla; los troncos, raquíticos; la brisa, escasa. Aunque desde que dejamos atrás el Central Hershey íbamos viendo ascender de categoría el paisaje, pensábamos que el alcalde, enamorado de su región, iba a defraudarnos. Subimos al firme; y nada nuevo. Hay una campana por allá, y un llamado bosque de algo que ni es bosque ni es peladero. Para afear más el sitio unos flamencos de metal, de gorda pata y pesada cabeza, aparecen clavados en el pedregal. De pronto, el alcalde dijo:

—Bajemos aquí y vayamos hacia allá.

“Hacia allá” era hacia una vereda de piedras que terminaba abruptamente en el filo de una roca. Y caminamos. Jamás pudimos sospechar aquello. En el borde del peñón, vertical paredón de roca que se eleva desde el fondo mismo de la playa acaso unos sesenta metros nos dimos de pronto con el mar, un mar morado, rojo y verde, multicolor, lago de estaño hirviente bajo el sol, a la distancia.

Entre el paredón y la orilla, precisamente a nuestros pies, en el vértigo del abismo, habría unos cien metros de paisaje, un estrecho pasadizo cubierto de lindas casas y de uvas caletas. Pero hacia el oeste se abría en cuadro, dirigiéndose al norte, una amplia playa de doradas arenas, y detrás un río de boca casi ciega, y más hacia allá una terraza que se perdía en la distancia, y tres piedras gigantes de pie en ella, como tres centinelas. Con sonrisa llena de socarronería el alcalde nos miraba de lado. No quisimos ni pudimos decir nada. Sentados en la roca, bajo un árbol esquemático, dejamos correr la tarde.

Y ya nos íbamos, porque debíamos bajar a la playa antes de que cayera el sol del todo, cuando el alcalde nos llamó, a veinte pasos de allí, para que viéramos el lado sur. Íbamos esperando cualquier paisaje complementario. Pero no era eso lo que había, sino una vista cubana, entrañable, esencialmente cubana; un vasto escenario de llanuras y de cerros sembrados de tafia y de palmas reales, límpido, luminoso, sin fin. A lo lejos se alcanzaban las tierras en barbecho, esas tierras pardas y rojas que en Cuba tienen tan humana atracción. Los diversos tonos el verde alcanzaban allí su más enternecedora categoría. Por los firmes de los cerros corría la luz. Y nosotros estábamos clavados en tal lugar sin que pudiéramos decir qué era más bello, si el paisaje del mar, veinte pasos hacía el norte, o el de la tierra, veinte pasos hacia el sur.

Entonces habló el alcalde y nos detalló su sueño. En ese lugar, ahí mismo, donde nos hallábamos, vería él levantarse un gigantesco hotel algún día; en la cabeza del cerro habría un aeropuerto, de manera que los turistas volaran en derecho desde Miami hasta el Torreón de Jibacoa. El Torreón queda justamente al sur de Miami, en línea recta. Se dragaría la boca del río, allá abajo, para que anclaran en él los yates de los pescadores de agujas. Por la Vía Blanca La Habana quedaría a cincuenta kilómetros. Habló largo y tendido, con su voz lenta y opaca. Al

fin caía enteramente el sol. Viéndole hundirse en las aguas, desde el borde del peñón, advertimos cómo teñía con los resplandores de su vida moribunda toda la superficie del mar, que se tornaba de nácar, rojiza, lila, amarilla, azul. Obscurecía cuando descendimos. Yo volvía pensando que toda la belleza cubana, en Viñales, en Isla de Pinos, en Cabañas, en el Mariel, en La Habana, habían sido ensayos de Dios para llegar al Torreón de Jibacoa. Pues ahí reunió la tierra y el mar en dos paisajes de esplendor inigualable, juntos y sin embargo separados por la cuchilla de piedra de un peñón gigante.

Ya abajo vi la vertical pared en cuya cima me hallaba poco antes; y al verla tan erguida, tan recta y tan lejana en la altura, me acometió vértigo. Esa noche, al dormirme, sentí el miedo atroz de la caída y la alegría de pensar cuán dulce y hermoso debe ser morir en sitio semejante.

A menudo he vuelto a Jibacoa y siempre subo al Torreón. Jamás me canso de hacerlo. Como en aquella pequeña Playa de los Flamencos de Isla de Pinos, ahí querría tener un rincón para vivir. Pero es locura pedir tanto a la vida. Bajo a la playa. En verano la gente trajina, los automóviles se amontonan en las pequeñas calles del lugar, las muchachas pasan en parejas, hablando con su dulce acento de azúcar.

Cierto día acompañé a unos amigos hasta Jibacoa. Tenía sed y no sabía qué beber. Pedí entonces al dependiente del bar que me sirviera en un vaso hielo, limón, azúcar y ginebra.

—¿Para un Tom Collins? —preguntó él.

—No. En vez de agua mineral, póngale sidra —pedí.

Mis amigos hallaron grata la bebida y la bautizaron con mi nombre; la llamaron “Don Juan”. Acaso eso sólo quede de mí, cuando el andar de los años gaste mi recuerdo. Y me gusta pensar que, si queda, ese menjunje nació al pie del Torreón de Jibacoa.

De Jibacoa a las montañas orientales

Sobre una carretera de desvío –muy buena, ciertamente– es fácil ir de Jibacoa a Matanzas cruzando por Aguacate, en cuyo pequeño y agradable parque he estado alguna vez admirando, a la luz del amanecer, una estatua a la madre.

La enorme bahía de Matanzas resplandece bajo el sol: la ciudad, tierra de poetas, de escultores y de artistas, se extiende por las orillas del mar y trepa lentamente las colinas. A un costado, cavado en enorme anfiteatro de monte está el Valle del Yumurí, cantado por los rapsodas, lleno de luz, tierno en los colores, por cuyo centro se desliza un río que a poco andar desemboca en las aguas de la bahía.

Siguiendo la línea de la costa se advierten en las cercanías gigantes moles de una gran fábrica de artisela levantada por dos hermanos de origen estadounidense. La gente de Matanzas dice que es la mayor del mundo. Pudiera ser. Por lo menos, como es muy moderna, produce barato y vende en el propio Estados Unidos. En los días de ensayo uno de los hermanos propietarios me enseñaba en sus oficinas de La Habana cierto dorado tejido salido de las complicadas máquinas, y yo me deslumbraba como un niño admirando el brillo metálico y la finura de la fibra con que habían sorprendido mi ignorancia en la materia; y otro día, a bordo de su yate, mientras su gentil esposa nos servía un whisky con soda, el hermano menor me contaba que llevaban ya catorce millones de dólares invertidos en la planta; y esto, un año antes de que empezara a producir.

Matanzas es bastante grande y activa, pero como la riqueza se ha distribuido mucho en Cuba, aunque haya aumentado, esta región no parece tan activa como lo fuera en los últimos años del pasado siglo y en los primeros del actual: puerto de embarque para el azúcar de toda la zona, en la bahía pululaban los barcos; por sus llanuras cruzaban los trenes de cañas y de mercancías. La bahía se ve ahora vacía. Los enormes caserones palaciegos de otros días se han convertido en casas de vecindad; el gran Teatro Sauto, cuyo esplendor fue proverbial, ha degenerado en sala cinematográfica. La ciudad merece todavía su título de Atenas de Cuba, porque su gente es fina, culta, agradable, y conserva con esmero sus viejas bibliotecas y su amor por las letras y la música. Pero el atractivo para el extranjero se ha desplazado hacia otro lugar de la provincia, hacia Varadero, que queda hacia el oeste, en la costa norte de la pequeña península de Hicacos.

De Matanzas a Varadero se va por la orilla del mar, utilizando la Vía Blanca, y entonces se cruza algún que otro pequeño pueblo de pescadores o se dejan atrás manchones de pinos que crecen en las arenas; o se va por la carretera central y en Coliseo teatro de una célebre batalla en la guerra última contra España, se toma un desvío para dirigirse, norte franco, a Cárdenas. De Matanzas a Coliseo ondulan, interminables, los sembrados de caña; de Coliseo a Cárdenas se ven los oscuros horizontes poblados de henequén. La gran bahía de Cárdenas está cerrada al oeste por la península de Hicacos; de manera que desde los muelles de la ciudad es posible ver a la distancia los techos de las casas de Varadero. Llena de trajín, Cárdenas –en cuyos cielos ondeó por vez primera la bandera de Cuba, en mayo de 1850–, tiene calles rectas y anchas; y en una época, cuando por vez primera la visité, un comité de mil vecinos recogía dinero para mantenerlas asfaltadas.

En Cárdenas tuve entonces una extraña experiencia. Visitaba yo una casa de salud y hallé que uno de los médicos andaba desesperado porque se le moría una enferma y necesitaba transfundirle sangre. No había por aquellos días bancos de sangre ni se conocía el plasma sanguíneo. “Yo soy donante universal, doctor, y puedo ofrecerle la cantidad que necesite”, le dije. Casi antes de que terminara, el médico me espetó esta pregunta: “Cuánto cobra por quinientos gramos?” “¿Cobrar?”, inquirí

yo asombrado. Al parecer, el galeno me había tomado por un expendio ambulante de hematíes y leucocitos. Yo sabía que había quienes vivían de vender su sangre; pero me resultaba absurdo que me confundieran con uno de ellos. “¿Cuánto? ¡Pronto!”, insistía el médico.

Le expliqué que yo no fabricaba sangre ni traficaba con ella; le dije que tomara la que le hiciera falta. Pero él me dijo que si no cobraba no usaría mi sangre. Ocurrió que al final se convenció de que debía salvar la vida de su enferma en vez de discutir tonterías sobre el comercio en que quería meterme; y la enferma se salvó, con lo que no pude yo volver a Cárdenas porque el marido de la candidata a cadáver, hombre pálido, bajito, de brillante mirada, que vendía carbón en una carreta de la cual tiraban dos mulos, me persiguió con increíble tenacidad para que calmara su gratitud, aceptándole un reloj o cosa parecida.

Mejor me había ido de Matanzas, donde un grupo de jóvenes médicos de mi amistad habían usado mi sangre en el caso de una parturienta grave y celebraron el hecho contándome casos raros, entre ellos el muy patético de cierta mujer campesina a quien el marido, tan blanco como ella, dejó acostada en su cama del Hospital de Maternidad, porque le parió un niño casi negro. Llorando a mares, la mujer, que estaba enamorada de su marido, confesó a uno de los médicos que el negro mayoral de la finca en que el matrimonio trabajaba la había seducido, que ella estaba necesitada de darle un hijo a su marido y que hasta ese momento había vivido convencida de que el hijo no era del mayoral. Confundida en sus sentimientos dejó de ser madre y abandonó al niño. De allí mismo, del hospital, se lo llevó una vieja negra, a quien poco antes se le había muerto el único nieto que tenía.

La mañana en que me relataron el tremendo episodio, la pasé aturdido. Desde las ventanas del Hospital de Maternidad se veía Matanzas entera; a lo lejos brillaba el sol en la bahía. Sobre todo aquel paisaje espléndido gravitaba la angustia de aquella pobre mujer que no sabía distinguir sus sentimientos. Pensaba yo que acaso ella había vuelto al campo en pos del marido, que él la echaría de su lado, que vagaría por la hermosa tierra de su isla, tan propicia a la felicidad, buscando amparo para su dolor. Según me habían contado, al principio ella gritó que aquel niño, no era suyo, que se lo habían cambiado; el marido, en cam-

bio, no dijo palabra, sino que miró a la criatura, después a la mujer, con los ojos iluminados por un resplandor siniestro; y se fue en silencio, mientras ella lo llamaba a voces.

Al tiempo que rodaba el automóvil hacia Varadero, iba recordando esos episodios y relatándoselos al amigo que me acompañaba; así se hacía corto el viaje. Cayó la noche y la brisa empezó a refrescar. Los cocuyos iluminaban por momentos los matorrales del camino; los claros troncos de las palmeras se destacaban a la luz del vehículo. El campo cubano, libre de serpientes, de tigres, de lobos, ese confiado campo en que jamás acecha peligro alguno, empezaba a dormir amparado por la luz de las estrellas.

La península de Hicacos, de estrecho nacimiento, se tiende seis o siete kilómetros en dirección nordeste. Contra su orilla norte ha estado acumulando el océano, durante miles de años, un mundo de blanca, brillante, fina arena; y ahora esa arena cubre una extensión enorme, mar adentro, y sobre ella se mece un agua azul, transparente, que deja pasar la luz del sol como si se tratara de un cristal delicado; la playa así formada es Varadero. Desde Kawama, que toma el nombre indígena de una especie de tortuga gigante, la playa va derechamente, reverberando al sol, imponente en su luminosa belleza, hasta cerca del final de la península. Racimos de troncos de pinos realzan la claridad del cielo; viejas casas de madera se agolpan casi al pie del agua; infinidad de muchachas y de niños corren en bicicleta por las callejas del lugar; y allá a lo lejos, en una eminencia coronada por el depósito del agua que fue levantado con apariencia de castillo medieval, está la gran puerta por donde se penetra a los terrenos privados de Irene Du Pont, el hombre que puso de moda a Varadero en los círculos de millonarios norteamericanos.

Irene Du Pont de Nemours era un vástago de aquel noble francés amigo de George Washington, a quien en la guerra de independencia estadounidense le tocó suministrar pólvora a los soldados de la Unión. El primer Du Pont se despojó de abolengos y fundó una fábrica de pólvora, transformada al andar de los siglos en una gran industria química conocida en el mundo entero, planta de pinturas, de materiales plásticos, laboratorios de investigación internacionalmente famosos. De heredero

en heredero, la dirección del enorme imperio industrial vino a caer en Irene Du Pont de Nemours. A fines de la tercera década de este siglo, este vástago de aquel noble francés visitó Varadero y decidió establecer ahí su vivienda de verano. En Varadero no había agua; y él tendió, al costo de muchos millares de dólares, un acueducto, cuya tubería maestra atraviesa por el fondo la bahía de Cárdenas; hizo calles, fabricó una carretera de Cárdenas a la playa; parceló tierras y empezó a venderlas, cobrando precios bajísimos. A las contadas construcciones de madera que tenían allí unas cuantas familias de Matanzas y de Cárdenas, empezaron a sumarse casas de todo tipo. En poco tiempo, Varadero era un activo centro de veraneo. Ahora es de hecho una ciudad.

Irene Du Pont de Nemours escogió una buena parte de esas tierras, hacia el extremo nordeste de la península, en los lindes de una salina que está al final; y allí fabricó su casa, en la cual pasaba unos cuantos meses cada año. Dicen que la casa está llena de cuadros admirables, de costosas esculturas. Yo hubiera querido ver tales obras de arte; pero la mansión estaba cerrada. Visité los jardines. Bajo los árboles frutales se extendía el verde césped siempre recortado; algunos jardineros trabajaban atterrando arbustos de flores, mientras a sus pies correteaban las iguanas; otros emparejaban el campo de golf; otros, más atrás, cuidaban en una pequeña ensenada las embarcaciones de la familia.

Mientras los turistas embellecen su vida con la estancia en tal lugar o con el recuerdo de ese paraíso cuando están al frente de sus negocios en Norteamérica, el incansable mar se mece suavemente, una hora y otra hora, sobre la playa maravillosa. Yo veía ese eterno movimiento de amor desde una ventana del hotel en que me había hospedado, al rojo resplandor del amanecer o al crepúsculo amarillo y azul del muriente día. Todos los tonos del mundo se habían dado cita allí. Un vigor inusitado, espléndido, salvaje, resplandecía en medio de las manchas de color. La brisa de la tarde rizaba el agua, un agua de tal transparencia que da la impresión de la pureza perfecta. Iba cambiando a lo lejos la superficie del océano, él mismo despidiendo colores como si quisiera arrojar de sí cuantos había recibido del sol durante el día, y yo evocaba la claridad de la luna, en ese mismo Varadero, muchos años atrás, al amor de la cual una fina y bellísima joven cubana, cuyos ojos tenían el color

de las algas, charlaba conmigo en voz baja, ambos tendidos sobre el césped, ambos posesos de esa especie de oculto y sagrado temor que hace florecer la luz lunar en el corazón de los enamorados.

El hotel en que pernoctaba fue levantado al costo de más de dos millones de dólares. Es una construcción gallarda, amplia, adecuada al paisaje de mar, sol y playa que se domina desde sus pisos altos; las paredes del vestíbulo, de la barra y de algunos corredores están decoradas por Hidalgo de Caviedes, cuyo fino humor y cuyas claras líneas parecen estar en su elemento en la brillante atmósfera de Varadero.

Cuando se dejan atrás Varadero y Cárdenas y se toma de nuevo la carretera central, con rumbo hacia el este, se atraviesan entonces las llanuras de Colón, por donde entre marchas y contramarchas, atacando hoy y escabulléndose mañana, los soldados libertadores cruzaron camino al extremo occidental de la isla. Las planas tierras sembradas de cañas y palmeras son las hijas del sol. A largas distancias se distinguen los colores. Multitud de pueblos y ciudades se agrupan por toda la extensión; caminos y líneas férreas atraviesan la llanura en todas direcciones.

Esas llanuras son la frontera entre la porción central y las tres provincias de occidente. Rumbo al este, ya no se verán más, si no muy de tarde en tarde y en pequeñas manchas, las rojas tierras de los llanos. Hasta los límites orientales de Matanzas se siente la mágica luz que inunda el paisaje cubano; de ahí en adelante habrá luz, pero de otro tono; los verdes serán más definidos; abundarán los pliegues de la tierra, los cerros y las montañas; se verán con frecuencia ríos más o menos impetuosos, pues hacia el oeste la tierra se mantiene humedecida por agua subyacente, pero apenas hay corrientes y en ocasiones se cruzan muchos kilómetros sin ver un arroyo.

En los bordes de las llanuras tengo un amigo cazador. Cierta vez convine con él ir desde La Habana para pasarnos tres días en los bosques en busca de venados. Ocurrió, sin embargo, que tuve que demorar en la casa de otro amigo y llegué retrasado a la cita. Tardé años en conocer mi buena fortuna. Había ido yo a Mayajigua, en la frontera de las provincias de Santa Clara y Camagüey, viajando desde Caibarién en uno de esos trencitos cubanos de inolvidable incomodidad. Quería visitar San José

del Lago, donde los matrimonios de las dos provincias que por allí se tocan van a pasar su luna de miel. Mostrándome la fuente de aguas termales, que él me elogiaba mucho, un conocido mío de La Habana que pasaba allí sus vacaciones se propuso presentarme a los huéspedes y golpeó en la puerta de uno que a su decir llevaba doce años yendo cada verano al lugar. Cuando el desconocido abrió, nos tiramos uno en brazos del otro. Era mi viejo amigo de la cacería.

Llevábamos mucho tiempo sin vernos y su rostro en nada había cambiado, lo cual él atribuía a las aguas de San José del Lago. De pronto, como si todo hubiera sucedido un día antes, el veterano cazador me dijo que había sido suerte mía no haber llegado a tiempo para la salida, porque me evité un doloroso espectáculo. Ocurrió que esa mañana, cuando llegaron al bohío del práctico que debía conducirlos a los lugares propicios para levantar las piezas, hallaron dos cadáveres tendidos en la humilde sala de la vivienda, y entre los dos la madre de rodillas, los codos clavados en el piso, regado el pelo ante sí, seca de llorar desde la tarde anterior. En un minuto de imprudencia, el hermano menor, que tendría doce años, había dado muerte al mayor, que podía tener dieciséis; y antes aún de que el eco del disparo se hubiera apagado, volvió el arma sobre sí y se deshizo la cabeza. El padre había ido a la ciudad y no volvió en toda la noche. Mi amigo y sus compañeros estaban allí cuando retornaba. Al cabo de tanto tiempo mi amigo contaba aquello con los ojos llenos de lágrimas. Desde tal día abandonó la caza, y de su amor a los perros sólo daba muestras un hermoso “chao” que estaba criando, cuyo retrato me mostró con orgullo.

Por donde vive ese amigo, casi en las lindes orientales de la provincia de Matanzas –un lugar llamado Los Arabos–, están los pozos petroleros de Motembo, de los cuales se saca nafta pura sin llevar el aceite a refinerías: y hacia el suroeste y el sureste están la Ciénaga de Zapata y Cienfuegos. La Ciénaga es una enormidad de tierras fangosas, que penetran en el mar Caribe en forma de zapato –de ahí el nombre–, en las cuales viven centenares de familias dedicadas a la quema del carbón y, en otros tiempos, a la caza del caimán. Al parecer, la Ciénaga es un sitio casi fabuloso, de dura vida, donde se requiere luchar enérgicamente para no perecer de necesidad; pero un médico de las cercanías

me contaba en La Habana que hay zonas en que la mal afamada Ciénaga es un paraíso tropical, de gigantescos árboles, abundante pesca y fácil cultivo, y que en esas zonas los campesinos viven con refrigerador y radio, muy al tanto de todas las comodidades de la vida moderna. No sería extraño; el cubano tiene un misterioso don para saber vivir y para tornar amable el ambiente que le rodea. Trabajador y convencido de lo que quiere, entre acumular dinero y hacerse grata la vida prefiere lo segundo, sea campesino de las tierras cenagosas o habitante de las grandes ciudades.

Cienfuegos es una de esas grandes ciudades de la isla. Hermosa, juvenil, levantada a impulsos de la gran riqueza azucarera del pasado siglo, de calles amplísimas y bien cuidadas, de parques y edificios impresionantes, demora al margen de una bahía dilatada, en la costa del sur; tiene mucho trajín comercial, y aunque su puerto no es tan bueno como parece a primera vista, pues las aguas de la bahía resultan bajas y sólo aprovechables para la navegación gracias a los canalizos que los prácticos conocen a ciegas, por ahí se embarcan el azúcar y el tabaco, de la zona sur de Las Villas y por ahí se reciben las mercancías que consume una gran parte de la provincia.

La provincia se llama Las Villas por las ciudades que la pueblan, que son varias. Al sur, además de Cienfuegos, poco más hacia el este, está Trinidad, un pedazo de las pasadas centurias en medio del vivaz paisaje de las poblaciones de Cuba; están también por ahí, aunque tierra adentro, Sancti Spiritus, cuyo nombre religioso y latino denomina a una ciudad movida y emprendedora. Casi desde Cienfuegos hasta las orillas de Sancti Spiritus, un macizo de montañas se opone, como un dique gigantesco, a la marea de la luz que domina en las llanuras de las provincias occidentales. Por entre esas montañas cruza el trenecito que lleva a Trinidad, partiendo de la capital de la provincia, oficialmente llamada Santa Clara, popularmente conocida como Villa Clara.

Desde Santa Clara hasta Cumbre la línea férrea es la misma que va de La Habana a Santiago de Cuba y corre casi paralela a la carretera central; en Cumbre toma rumbo sur franco, entra en los terrenos desiguales que sirven de antepecho al macizo montañoso de Trinidad y busca después los flancos de las lomas, a través de un paisaje inolvidable. El ca-

mino podría hacerse en automóvil o el viaje en avión, pero desde la vía férrea se ve tal suma de valores imponentes y pintorescos a la vez, esto es, de belleza profunda y armónica en el conjunto y de rasgos atractivos, adornando la totalidad del horizonte, que vale la pena tomar el tren, a pesar de sus innúmeras paradas, de sus malos asientos y de sus insoportables ruidos. Además en ese tren viaja el pueblo; se le oye expresarse, comentar a gritos cuanto sucede, discutir sin tregua.

En mi último viaje, una ancianita de obscura piel, castellana a juzgar por el acento y por el fervor con que se expresaba, iba proclamando que en la voluntad de Dios estaba todo previsto y ordenado; a la criatura del Señor no le quedaba más papel en este mundo que aceptar con resignación cuanto el Omnipotente quisiera enviarle, bueno o malo, pues en ambas direcciones estaba probando al hombre para saber si era digno de Él; si abusaba de lo bueno, no era Su hijo, sino un malvado servidor de Luzbel; si renegaba de lo malo, daba muestras de que Satán había puesto en su corazón la semilla de la ingratitud y el espíritu de la rebeldía. Vestida de negro, blanca la cabeza, arrugadita, la anciana tenía, sin embargo, una voz enérgica y no paraba de hablar; y su prédica era, en cierta medida, una versión popular de lo que siglos atrás predicara por conventos de Castilla, Santa Teresa de Jesús.

Sus palabras soliviantaron el hedonismo cubano, que jaba en aquel tren, a mis espaldas, en las carnes de unos cuantos criollos. Se armó la interminable discusión. Alegaba la vieja, terca en sus argumentos; y al responderle los señores que gritaban de los cuatro extremos del pequeño vagón, se oían pasar, al compás del traqueteo del trenecito, todos los argumentos históricos que, a juicio del hombre común, indican que la suerte de la humanidad depende de la energía, el optimismo, la inteligencia y la voluntad de progreso de nuestra especie. Toda la confianza del cubano en sí mismo, su ímpetu para luchar, su fe en el conocimiento, ese cúmulo de sentimientos realista y a la vez generosos que forman el trasfondo de su genio nacional salía en palabras, a voz en cuello; a la vez que la tenacidad española y la persistencia del fanático se hacían evidentes en el dale que dale de la anciana.

Mientras adentro se discutía, yo iba bebiéndome el paisaje. Cruzábamos tierras abruptas sembradas de pastos, de boniatos, de plátanos. No

se veía tierra roja, sino parda. No había llanuras, sino inacabable número de cerros perdiéndose en un horizonte azul de altas montañosas. No se advertía la impetuosa, brillante, desata luz de las llanuras occidentales, sino una tocada de cierto tono gris perla, capaz sin embargo, de destacar en la distancia las manchas de los pequeños bosques, olas oscuras, líneas de los ríos que serpenteaban entre del paisaje, pétreas eminencias peladas, poderosas voces de los pasados milenios que venían sacudiéndose desde el fondo de las noches geológicas y habían acabado ganando un lugar entre los picos labrados por la erosión. Parecían animadas por el vigor primigenio de la creación, orgullosas de la fuerza que necesitaron para irrumpir desde las profundidades de la tierra hasta la claridad del sol. Allí quedaban, al paso del trenecito, esas eminencias duras, negradas a alimentar un árbol, enormes castillas naturales, huesos rebeldes del esqueleto terráqueo.

Abandonándolas y faldeando montañas, el trenecito llegó al fin a Trinidad. En pocas horas habíamos hecho el tránsito del siglo xx al xviii, o a lo sumo a los años iniciales del xix. Viajando a través del espacio logramos remontarnos en el tiempo. La sensación que experimentábamos era realmente extraña. Recorriendo viejas tierras europeas o países americanos en que los días coloniales parecen paralizados, uno visita los pasados siglos sin traspasar su propia frontera mental. Pero el caso en Cuba resultaba distinto. Pues en pocos lugares del mundo se vive tan a la hora como en Cuba y aun siente uno que carga más hacia el porvenir que hacia el presente. Todo da en Cuba la sensación de que el mañana se acorta tan vertiginosamente, que no podemos demorar en el hoy, y mucho menos, desde luego, en el ayer. Trinidad resultaba un pozo inesperado, un aislado universo de pequeñas dimensiones, donde el paso de los siglos era más lento.

La villa había sido fundada en los primeros años de la Conquista, cerca del mar, al amparo de las montañas; y a menudo fue objeto de la codicia filibustera. Poco a poco, sin embargo, empezó a crecer; mas no con esa ansia de ganar el porvenir que se nota en el más remoto caserío cubano, sino con un terco apego al pasado, con vehemente amor por cuanto significara tradición. Las viejas calles están empedradas como las dejaron hace una centuria, o más; las casas bajas, de ventanas enre-

jadas con labradas maderas, de puertas sujetas por macizos goznes de hierro, parecen ser el albergue del silencio y de la soledad. Grandes palacios de piedra denuncian el poderío de los que fueron señores del azúcar en los años finales del siglo XVIII y los iniciales del XIX. Una puntiaguda torre, en las afueras de la ciudad, eleva a los cielos la plataforma desde la cual se vigilaban los campos de caña y el trabajo de los esclavos.

Las calles tienen nombres de pueblos españoles; la “de la Amargura”, “de los Dolores”, la “del Crucificado”. Se siente allí la pasión con que la Iglesia católica mandaba que los hombres desdeñaran acicatear por sí mismos el andar de los tiempos. Ciudad inmigrante, traída desde la vieja España piedra a piedra y calle a calle, ahora poblada por una raza de cubanos que tiene muy poco en común con el resto de los que habitan la isla, allí está, “ala sin ave”, como la llamó una poeta, caída en medio de las montañas.

Profundamente triste, como lo sería la momia de un ser querido guardada en los desvanes de la casa familiar, Trinidad conmueve a los visitantes de vocación arqueológica. Es bueno que esté ahí, en un costado de Cuba, para que los cubanos sepan cómo sería hoy su patria si ellos no hubieran tenido ese espíritu emprendedor y progresista que los anima.

Con su belleza de cadáver conservado, me disgusta Trinidad, me disgusta el aire de miseria que la domina, el aspecto de zombies con que trajinan sus hombres por las empedradas calles, su silencio sepulcral, la osamenta de los flacos caballos que los campesinos amarran a las puertas de los comercios, los inefables nombres de ventorrillos y bodegas; todo eso que parece bucólico, pero que en realidad no lo es, que parece tranquilo cuando en verdad resulta la estéril paz de la muerte.

Como llovía, y no era posible salir de Trinidad en avión, hubo que volver al tren, con lo cual repasamos el paisaje, como quien repasa una hermosa lección. El Agabama corría sucio en un hondo cauce que parecía nidal de piedras gigantescas, y por entre la lluvia se veían brillar penachos de palmeras. Una tras otra se alineaban las pequeñas estaciones. Al cabo de cinco horas llegábamos a Santa Clara.

Creciendo a un ritmo inesperado, la capital de la provincia se mantiene llena de gente, de viajeros de comercio, de campesinos, de visi-

tantes que llegan a acordar negocios o a llevar enfermos. De manera que se hace difícil hallar hotel. Hay uno antiguo, frente a la estación del ferrocarril. Yo viajaba con un amigo, hombre difícil para dormir, de sueño liviano; hallamos una habitación de dos camas que, para su desdicha, daba a la calle, y por tanto, al estruendo de los frenazos, los pitidos y los desahogos de vapor en que se entretienen los maquinistas de trenes.

Esa noche hubiera sido realmente patética si no hubiera tenido una irresistible gracia de sainete. Pues mi suspicaz amigo se asomó a la ventana en cuanto llegamos a la habitación, vio el tráfico de las máquinas y los vagones, e hizo llamar al encargado del hotel para preguntarle si él creía que ahí se podía dormir en paz. Claro que se podía dormir; la habitación era fresca, las camas buenas, el hotel de mucho crédito, y en cuanto a los trenes no había ni qué pensar, porque no pasaba ninguno hasta las seis de la mañana, hora en que llegaba el central procedente de La Habana. Y era cierto. Pero el taimado hotelero se callaba una interesante información: la de que durante toda la noche calentaban locomotoras, las movían, arrastraban convoyes detenidos, los cambiaban de vías, trabajaban en los talleres y había cháchara constante entre máquinas, carboneros, serenos y mecánicos.

Absolutamente incapacitado para darse cuenta de que ese trajín jamás acabaría, mi amigo se levantaba cada media hora, tomaba el teléfono y mantenía un adolorido diálogo con el señor que hacía guardia en la carpeta del hotel. Yo sólo oía la queja de mi compañero, que en la más inocente de las actitudes demandaba que se le cumpliera lo ofrecido. A mí me parecía que resultaba difícil complacerlo, pero él creía que no. Mi risa no perturbaba su tenaz demanda. Al otro día durmió como un bendito durante varios cientos de kilómetros, mientras avanzábamos hacia Camagüey.

Santa Clara es grande y activa, pero no tanto que no pudiera dar en ella con ciertos viejos amigos. Además, tenía que ver a Iván. Iván tendría siete años y yo unos treinta cuando iniciamos nuestra amistad. Su padre había sido el primer encargado de la planta en que se reunían las aguas albañales de la planta, sin costo alguno para el Estado, había levantado un hermoso parque, donde crecían los eucaliptos, los pinos, los naranjales. Hombre singular, activo y generoso, el padre de Iván me

contó cierto día que su hijo había tendido entre los dos una barrera de resentimiento y que eso le hacía sufrir lo indecible. Yo prometí ayudarlo. Amistoso, entregado a la lucha social en servicio de sus congéneres, el padre daba más importancia a sus amigos que a Iván, según pensé yo; y era cosa de que Iván se sintiera tan importante como todos los profesionales, dirigentes políticos, literatos y artistas con quienes departía el padre.

Empecé por dedicarme a Iván, por hacerle regalos que ostensiblemente le estaban dedicados, e inventé una historia de cierto sanguinario tigre al que el niño y yo, sin ayuda de nadie más, deberíamos dar caza; además, le di el título de capitán; era el corajudo capitán Iván, cazador de bestias feroces, y había que tratarlo con el respeto y la deferencia que merecía su grado. Cuando estuve seguro de que el plan daba buenos resultados, le aconsejé al padre que lo siguiera; e Iván fue desde entonces invitado a pasear en automóvil con su papá, a tomar helados en el café, a ir al cine sin otra compañía que la paterna. Cuando volví a verlo era un gigantón, estudiaba medicina y se llevaba fraternalmente con el padre. De su casa, fresca, hermosa, con amplio portal de mosaicos y madera, salimos hacia Camagüey.

Es una fiesta atravesar a buena marcha los campos de Cuba cuando sobre ellos resplandece el sol; da alegría cruzar los pueblos de la carretera, tan bulliciosos. Hacia la costa norte habíamos dejado a Sagua y a Caibarién; Sagua, la de los afamados ostiones que todo el país come, la del cristalino mármol tipo “boticino” que lleva su nombre; Caibarién, la de los cangrejos moros, de carapachos rojos y amarillos, tan succulentos y finos, pescados en el fondo del mar, unas cuantas millas afuera del puerto. Algunos kilómetros antes de llegar a Caibarién se pasa por Remedios, la ciudad donde murió trágicamente, todavía joven, Alejandro García Caturla, el mejor dotado de los músicos sinfónicos cubanos, hombre de gran carácter, poderoso espécimen de creador, cuya vida intensa y rica está esperando un biógrafo de talla.

Mientras en la provincia habanera la economía tiene las múltiples facetas que impone un gran centro consumidor –que es la capital–, y por sus campos, además de la caña inevitable, pululan las fábricas, se produce la papa, se siembra el maíz, se crían aves y ganado lechero, en

la provincia de Matanzas predominan la industria azucarera y sus derivados. Fuera de la gran planta de artisela, y acaso de alguna que otra enlatadora de frutas, sólo cañas, ingenios y alambiques se ven.

En las cercanías de La Habana crecen los suburbios industriales, las fábricas de caucho, de cervezas, de tejidos; todas las que se combinan en las complicadas exigencias de la construcción moderna, los centros de transporte, los grandes sectores comerciales, los bancos y las numerosas oficinas del Estado. En Matanzas la fuente de trabajo es el azúcar, son las mieles, los alcoholes; pues el petróleo de Motembo no ha podido desenvolver mayores fuerzas y la artisela es reciente. En Las Villas la economía es más diversa. Se produce tabaco y se industrializa, la pesca es un renglón importante, hay zonas ganaderas de verdadera categoría; la ciudad de Santa Clara tiende a ser un núcleo industrial de proporciones serias, y acaso sólo la carencia de agua abundante ha impedido que ya lo sea. En Las Villas hay regiones todavía sin explotación; hay bosques, playas, mármoles; la población de la provincia pasa, con mucho, de un millón de habitantes, tiene tierras altas y llanas, buenas aguas, comunicaciones fáciles.

En la provincia camagüeyana predominan el azúcar y la ganadería, si bien algunas zonas, como las de Ciego de Ávila y Morón, producen piñas, papas, naranjas y algún tabaco. Hubo un tiempo, cuando Camagüey, que hoy tiene nombre tan indígena, se llamaba castizamente Puerto Príncipe —esto es, el puerto del príncipe—, en que fue el centro cultural más importante del país; sus jóvenes hablaban latín, en las casonas de los señores se reunían orquestas sinfónicas; se estudiaba a Homero en griego y se hablaba francés corrientemente. De ahí surgieron grandes escritores cubanos, llamados a culminar poéticamente en Gertrudis Gómez de Avellaneda y filosóficamente en Enrique José Varona.

De la economía actual de la provincia, predominantemente pastoril, se desprende como flor natural el carácter de sus habitantes, bien destacado en el panorama psicológico cubano. Menos expresivo, más introvertido que el resto de sus compatriotas, el camagüeyano tiene un caudal de recelo y orgullo que difícilmente gasta en su tránsito por la vida. Convencionalmente racista y tradicional, en las calles de la capital provincial se ven pasar hermosas muchachas rubias con más abundancia que

en otras ciudades y entre sus tejados sobresalen más de veinte campanarios de iglesias. Camagüey conserva una tenue atmósfera pretérita.

Desde la terraza del hotel, ciertos amigos historiadores y abogados me mostraban los rojos techos del perímetro urbano. Por entre ellos se veían múltiples copas de árboles y más allá, a la distancia, la llanura de pastos y cañaverales. A mí me parecía estar viendo una postal de principios de siglo. Sin embargo, en esa atmósfera irrumpen numerosas expresiones de la activa vida moderna; las calles bien pavimentadas, las tiendas cuidadosamente organizadas, las bellas mujeres de paso resuelto. Como me decía un chofer de la ciudad, al tiempo que me mostraba el parque de majestuosas perspectivas que hay en las afueras, camino de Santiago de Cuba: “Las cosas cambian, señor; ahora van de noche al cabaret las mismas familias que por la mañana van a misa”.

En las costas camagüeyanas, al norte y al sur, hileras de cayos guardan a pescadores y a fabricantes de carbón. Dicen que en Cayo Romano hay reses cimarronas, y que son pequeñas por la falta de buenos pastos y de abundante agua; cuentan también que desde las cercanías de Morón, muy al este de tal Cayo, llegan los venados en horas de marea baja. Los jardines de la Reina, en las aguas del sur, abundan en canalizos tapiados arriba y a los lados por la vegetación de la cayería; por tales canalizos serpean las barcas de los pescadores, que cargan de presa fina, porque las aguas son bajas. Esa zona ha sido pasto de ciclones, uno de los cuales, el que destruyó a Santa Cruz del Sur, causó tales estragos que la gente lo recuerda con horror.

Sobre tal costa estuvimos perdidos, un joven aviador cubano y yo. Habíamos ido a Oriente en *Vultee*, pequeña aeronave de dos pasajeros y un motor, y tuvimos la extraña suerte de que el compás se dañara justamente cuando ascendíamos para esquivar una nube que se nos echaba encima. El piloto no se dio cuenta de que empezaba a girar. Era nuestro plan hacer tierra en el aeropuerto internacional de Camagüey para tomar gasolina, de manera que llevábamos el tanque casi vacío. Como la isla es estrecha, al salir de la nube íbamos viendo una costa abajo, a nuestra derecha; y creíamos, confiados, que se trataba de la orilla del Atlántico. Pero de pronto el piloto observó, vio unos picos que no parecían ser los de la Sierra de Cubitas, porque estaban muy a la distancia. Mientras

tanto, se nos secaba el tanque. Columbramos una chimenea a proa, y tras breve consulta descendimos sobre un terreno de espinoso marabú. Estábamos al este de Manzanillo, al pie ya de las estribaciones de la gran Sierra Maestra, y cerca del batey de un ingenio, de manera que volábamos otra vez hacia Oriente. Quiso nuestra fortuna que el hijo del dueño del ingenio tuviera avión, razón por la cual había allí alguna gasolina.

Tres años después de aquella experiencia el joven piloto en cuyas manos estuvo mi vida perdió la suya, al timón de un Lodestar, mientras se aprestaba a tomar tierra en un aeropuerto de Guatemala. En esa ocasión volaba hacia Costa Rica para formar en las fuerzas revolucionarias que comandaba José Figueres. Me tocó a mí, precisamente, ser portador del dinero que Figueres envió, victorioso ya su movimiento, para la viuda del infortunado piloto y para la familia de su copiloto. Cuando entregaba ese dinero a los deudos, en La Habana, recordaba yo la noche en que los dos desaparecidos estuvieron a despedirse de mí, horas antes de su muerte; el largo rato que uno de ellos demoró hablando con sombrío acento de una premonición, y su despedida tan cubana, tan sin énfasis: “Bueno, ya sabe; sí nos toca lo peor acuérdesse de nuestras familia.”

En los días de nuestra aventura a bordo del *Vultee* el aeropuerto internacional de Camagüey apenas tenía movimiento, lo cual ha cambiado ya. Situado en una llanura, con aproximaciones que ofrecen el más amplio margen de seguridad, en él enlazan innúmeras vías; aviones que van para el sur del continente o que vuelan hacia Estados Unidos, los que recorren las islas antillanas, los que cruzan de La Habana a Santiago de Cuba, ahí hacen parada. Día y noche se oyen roncar los motores. Una avenida de dos vías lo comunica con Camagüey. En esas avenidas se fabrican vistosas casas. Restaurantes de baile sirven para entretener y en sus cercanías deben esperar algunas horas el paso de su aeroplano.

Siguiendo esa doble vía del aeropuerto se toma la carretera de Nuevitas, vasta bahía, en forma de saco profundo, defendida de los vientos del norte por la cayería, a partir de la cual empieza, recorriendo la costa hacia el sureste, una sorprendente cadena de bahías hermosísimas, seguras y amplias, por las que tiene salida la variada producción de la provincia de Oriente.

Oriente es la punta del arado cubano. Las manseras están en Pinar del Río; las grandes cuchillas, en la tierra oriental. De este a oeste se alza

el sistema montañoso en que se encuentran Baracoa y las ciudades del noroeste; al sur, la Sierra Maestra. Las faldas de las sierras penetran directamente en el mar Caribe y van a descansar en un fondo que está a seis kilómetros y medio bajo el agua; de manera que ese gigante paredón de rocas es el contrafuerte geológico de la isla. Como si ellos fueran el sustento de ese incomparable cielo de Cuba, en los picos descansan las nubes.

Al norte de sus anchísimas bases duermen complacidos los valles y las llanuras donde la gentil palma señorea. Si las tierras tuvieran alma, tales valles y tales llanuras sabrían que de los embates de los mares y de los espantosos cataclismos que reducen a peñascos moles de piedras, los preservan esas montañas cuyos picos siempre húmedos se pierden, incontables, en neblinosos horizontes. Corren las aguas por sus empinadas faldas, se albergan en sus socavones el hierro y el cobre, crecen al favor de la humedad los generosos árboles, las palomas y los sinsontes anidan en sus troncos y en los yerbajos se guarecen los recelosos guineos.

Acaso sólo el hombre que vive en tales alturas padezca angustia, pues año tras año el agricultor que allí llega para establecerse en los pequeños valles se ve perseguido por los geófagos y tiene que abandonar el bohío que ha levantado con mil trabajos, o tiene que enfrentar su machete a los fusiles de sus perseguidores. En ese escenario gigantesco, solitario como todo lo grandioso, la lucha por la tierra cobra tintes sombríos. A medida que aumentan la población y las comunicaciones y se hacen más valiosos los terrenos, a la vez que más numerosos los campesinos necesitados de lugares dónde producir de manera independiente, aumenta también la codicia de gentes cuyos abuelos alguna vez tuvieron supuestos títulos de propiedad en esas alturas inaccesibles; surgen entonces los abogados, los escrutadores de archivos, los buscadores de añejos amparos reales o cédulas de concesión de tierras; un juez sentencia sobre lindes en lugares que nunca ha visto ni jamás verá, y con las certificaciones de tales sentencias desalojan a los esforzados campesinos que abrieron caminos entre las piedras de los picos, que desmontaron los bosques e hicieron productivos los lienzos de terrenos más o menos fértiles. A menudo los campesinos se rebelan contra esa justicia tan injusta, y truenan las escopetas o los máuseres entre los

tremendos ecos de las montañas. Es de notar que en esas luchas jamás muere un geógrafo.

Para llegar desde las llanuras camagüeyanas hasta esa poderosa muralla natural hay que recorrer algunos centenares de kilómetros. Se cruza por poblachos escuálidos, muy diferentes de los que se hallan desde Pinar del Río hasta Camagüey, por ciudades de inusitada actividad y amplitud, como Holguín, o por grandes burgos abandonados, de calles enfangadas, como Bayamo. En Holguín tiene estatua el general Calixto García, que hizo todas las guerras contra España y en cuya frente había un pequeño agujero tapado con algodón. Por ahí le había salido la bala con que intentó suicidarse cuando se vio rodeado del enemigo. Es su nombre el que se ha inmortalizado en la frase “llevarle un mensaje a García”, pues fue a él a quien se dirigieron los jefes militares estadounidenses para arreglar la llegada a Cuba de las fuerzas que debían participar en la guerra de 1898. Aguerrido y estudioso del arte militar, no movía tropas con la celeridad de un Gómez o de un Maceo, sino que usaba gran número de fuerzas, columnas de miles de hombres, con las que dominó la región oriental en la última guerra y apoyó los desembarcos de Shafter y las acciones comandadas por Lawton y por Wheeler. A la muerte de Maceo fue ascendido a lugarteniente general del Ejército libertador. Murió en Estados Unidos, terminada la guerra. Su hermosa estampa de patriarca se yergue labrada en mármol en medio de un parque, su ciudad natal.

Bayamo fue la cuna del himno cubano y la primera ciudad importante que tomaron las fuerzas mambisas al iniciarse la guerra en 1868. Ardió toda. Había sido fundada en los días de la Conquista y dio mucho que hacer a las autoridades coloniales, debido al prolongado comercio que mantenía con extranjeros. Está situada al sureste de Holguín, en una orilla del valle del río Cauto y al amparo de la Sierra Maestra. Es un importante centro ganadero y lechero, como Holguín es centro de una zona productora de frutos menores.

Desde Bayamo la carretera central corre hacia el este hasta Palma Soriano; de ahí, esquivando la mole montañosa de la sierra, buscando los pasos más bajos, desciende en dirección sur hasta Santiago de Cuba. Entre seis y diez kilómetros antes de llegar a Palma Soriano, el visitante va

presintiendo un espectáculo de grandiosa hermosura. La saludable vegetación lo anuncia; lo anuncian la fina luz que rueda desde las montañas, el límpido cielo entrevisto por entre los árboles. Se desemboca de pronto en un claro de la vegetación. A lo lejos se advierten tonos azulencos manchados por sombras de palmares; es el valle, el mismo gran valle del Cauto, aunque tenga otro nombre.

Ruedan en infinita sucesión las tierras planas cubiertas por los pastos y los pequeños bosques; se pierde en la distancia la mirada; colma el limpio sol de Cuba la enorme artesa a cuyo final se adivinan las alturas de la Sierra de Nipe, mientras hacia la diestra mano, más cercanas, imponentes, negras de tan azules, trepan hasta la total desaparición las empinadas tierras de la Sierra Maestra. Es inolvidable el espectáculo. Crece en el pecho un agobiante sentimiento de gratitud por tanta belleza. Mira uno y no se cansa. El menor ruido sería un crimen. Mísero y a la vez grande, el hombre se siente allí sembrado en los siglos, bajo los infinitos ojos de un Dios todo generosidad. Desde el suelo en que se está, hasta los cielos que lo cubren, inaudibles cantos suben, en brillantes oleadas, y todo ese vasto escenario se alza en músicas hasta la fuente misma de la luz que le da vida.

¡Cuán pobre ha de verse poco después, comparado con éste que el propio Dios creó, para su regocijo, el templo que han levantado los hombres a la Virgen de la Caridad del Cobre! La iglesia se alza sobre la Villa del Cobre, en un altozano, y los ocho de septiembre se cuentan allí a millares los peregrinos de toda la isla que la visitan. La construcción no responde a estilo alguno; el pueblo que está a sus pies no puede ser más pobre. A orillas de terrosos callejones se levantan las casas, en su gran mayoría de maderas, destartaladas, oscuras. Niños de enfermizos rostros se ven en las sombras de las habitaciones.

Al cabo de largos años de utilizar el lugar como atracción de los creyentes, los sacerdotes pudieron haberlo embellecido sembrando árboles, cuidando jardines, formando comités de vecinos para que dieran otro aspecto al sitio. Pero ni siquiera con la iglesia y sus alrededores lo han hecho. Detrás de la Sacristía se venden oraciones, cintas de seda medidas al tamaño de la imagen, velas, medallas, rosarios; una copia de la Virgen ha sido paseada por todo el país para recolectar dinero con que hacer

al lado del templo un gran hotel –que la curia llama “albergue”– para hospedar a los peregrinos; pero no se ha pensado en mejorar el bajo nivel de vida en que se debaten los habitantes de la villa.

Durante largo tiempo el lugar fue zona minera –y de ahí el nombre y las faldas de la sierra están horadadas por viejos túneles, muchos de ellos cegados ya por los derrumbes; pero el cobre ha dejado de extraerse y la gente apenas tiene donde trabajar. Las tierras estériles, rojizas, secas, no responden al cuidado del hombre.

Fui a El Cobre la primera vez para complacer a una señora de mi afecto que me pedía hacer “una obra de caridad”; y consistía tal, obra en bautizar a una muchacha de algunos quince años, a la cual llamaba ella Mimí. No tenía otro nombre ni apellido paterno o materno. Había nacido en las inmediaciones de la Gran Piedra, pedrejón de acaso cincuenta metros de largo que corona una eminencia de la Sierra Maestra, a más de mil doscientos metros de altura.

A cambio de tres pesos y tras unos cuantos latines entreverados de padrenuestros, agua rociada y óleos en la frente y en la barbilla, Mimí pasó a tener nombre y apellido. El bautizo le dio suerte, porque a poco viajó a La Habana; al amparo de la santa mujer que tomó a pechos la tarea de darle nombre y costumbres sociales. La muchacha ayudó a su suerte con un carácter entero y agradecido. Por La Habana, muy señorita, muy correcta, bien vestida, me sorprendió cierto día con una gentil voz que demandaba: “Bendición, padrino”. Yo la bendije al tiempo que recordaba al sacerdote que la bautizó, quien me aseguró muy seriamente que si a la criatura le faltaba el padre –lo que le faltó siempre–, yo debía educarla en el respeto y la fe en la “Natita Madre Iglesia”.

Cuba. La gigante mole de la Sierra Maestra se quebró para formar un anfiteatro de enormes terrazas; y probablemente el arrastre de los ríos, al hilo de milenios, fue llevando tierra de las propias montañas para formar con ella esa platea que termina en las orillas de la irregular bahía. Desde, las alturas de Quintero, por la propia carretera central, le ve la ciudad asomada a las aguas. A la luz del atardecer blanquean las casas. A su alrededor montan guardia las alturas. La Vista viaja de los techos de Santiago al tumulto de las lomas. El paisaje se va deshaciendo en el lento desvanecerse del día; comienzan a parpadear las luces de la ciu-

dad. Sólo la bahía esplende mientras azulea como acero recién cortado. Los remotos resplandores del sol tornan pálidos, en dirección hacia El Cobre, los firmes de la Sierra, cuyos perfiles se recortan contra mi cielo de cristal que segundo a segundo va haciéndose oscuro. Cuando entramos en la ciudad es ya de noche.

Santiago de Cuba fue fundada por el Adelantado don Diego de Velázquez. Habiendo llegado desde La Española, el colonizador estableció primero la villa de Baracoa, en el extremo oriental de la isla; y luego, dejando atrás los interminables picos de montañas que corren desde Baracoa hacia el oeste, como un águila que buscara nidos de rocas en las alturas, dio con el anfiteatro y la bahía en que hoy está Santiago de Cuba y allí se asentó la primera capital de Cuba. Al paso de los siglos, las lomas fueron poblándose de cafetales; los valles de plantanales, maizales, pasto de ganado; se descubrieron minas en sus cercanías, se fundaron otros pueblos en los llanos que quedaban al norte. Manganeso, cobre, hierro salieron de las entrañas de sus sierras; se sembró caña de azúcar, se tendieron caminos. La provincia se hizo próspera y con ella la ciudad que la encabezaba.

La ciudad ha sufrido un cambio notable en los últimos tiempos; tiene sus calles pavimentadas con hormigón, todas sus aceras nuevas, amplias avenidas de moderno trazado. Llena de gracia, estampa de un limpio puerto tropical propicio a aventuras de buena ley, por sus calles desfilan millares de gentes atareadas y las muy bellas y sugerentes mujeres santiagueras, cuyo atractivo mayor reside en la sutil contradicción que se observa entre la figura y la expresión. De ojos brillantes, sanas bocas bien dibujadas, esbeltos cuerpos de saludables carnes, tienen tal expresión de decencia, inocencia y virtud que se impone como un insospechado contrapunteo del cual surge, con natural limpieza, la impresión de que esas mujeres nacieron para formar una auténtica raza de madres.

Desde el alto del Boniato –Puerto Boniato le llaman en Santiago, fieles al genio del idioma que bautizaba con el masculino las puertas que la naturaleza abrió en los altos cercos de las montañas–, a 1.375 pies sobre el nivel del mar, se ve allá abajo a Santiago, brillante, lleno de color como un enjambre de palomas posado en la campiña. Casi todo el escenario de lo que fue en Cuba la corta guerra librada por estadouni-

denses y cubanos contra España, se domina a vista de pájaro. Hacia el sureste, cubierto por la Sierra Maestra, está Daiquirí, puerto dedicado al embarque de minerales por donde hicieron tierra las primeras tropas estadounidenses.

El *Maine* había volado el 15 de febrero de 1898; el Congreso estadounidense había acordado el 13 de abril la histórica “Resolución Conjunta” en que se reconocía el derecho de Cuba a ser independiente. Tres años llevaba ya la nueva rebelión contra España, que se libraba a todo lo largo de la isla. El 21 de abril, Madrid rompió relaciones con Washington; dos meses después, la escuadra de Estados Unidos navegaba por las aguas del Caribe, al pie de las alturas de la Sierra Maestra, y a su protección se acogía el numeroso convoy en que se transportaban hombres, armas, víveres, medicinas y municiones. Operando en tierra con sus fuerzas cubanas, el general Calixto García había rodeado Santiago tomando todos los caminos que podían llevar a la ciudad, en cuya bahía estaba anclada la escuadra española del almirante Cervera.

En la noche del 20 de junio tropas cubanas asaltaron y tomaron Daiquirí; en la mañana del 21 comenzaron a desembarcar los soldados de Shafter. De manera que fue Daiquirí, pequeño puerto perdido entre las aguas del Caribe y las lomas ferruginosas, el lugar escogido por la historia para que hiciera planta el poder militar llamado a rematar en América un Imperio de cuatro centurias. Daiquirí se conoce hoy en todo el mundo, pero no por virtud de ese hecho, sino porque allí nació un cóctel que había de universalizarse pronto. A mí me tocó conocer al padre de tal cóctel, el mismo que por primera vez lo hizo en el mostrador de un cafetucho visitado por marinos en el puerto que le dio su nombre. Murió en La Habana, allá por 1940, mientras sacudía cocteleras en la barra del Hotel Plaza. Era ya un anciano cuando le llegó su hora de rendir cuentas al Dios de los bebedores, y los que fueron sus habituales parroquianos en sus últimos años le acompañaron al Cementerio de Colón entre eructos de ron mezclado con azúcar, zumo de limones y gotas de amargo.

Desde Puerto Boniato se adivina una abra que debe ser la de Siboney, por donde también desembarcaron fuerzas estadounidenses, protegidas por columnas cubanas, el día 23 de junio. Tal día era vísperas de

San Juan. Ya se alcanzaban a ver los soldados estadounidenses; las tropas españolas se concentraban en sus cuarteles o tomaban posiciones en los pueblos cercanos. En Santiago había hambre. La prolongada guerra había devastando la riqueza de la región.

En Siboney hay una especie de sencillo monumento que recuerda el desembarco y los nombres de los oficiales y soldados que murieron en el campamento organizado allí. El lugar es una pequeña playa de negras arenas, cavada en semicírculo al costado de una estribación de la Sierra; en los últimos tiempos se han fabricado allí hermosas casas y la gente pudiente de Santiago veranea en tal sitio. Almendros, pinos y cocoteros rodean al club de madera que usan los bañistas. Hacia el nordeste trepa el camino de la Gran Piedra. De sanos aires y buenas aguas, el sitio es propicio para la salud; y en él vi yo transformarse en fuerte a un niño que había nacido seismesino, casi incapacitado para vivir.

De noche, a fin de aprovechar una hora de luna creciente, fui a reconocer el monumento que perpetúa el recuerdo del desembarco estadounidense. Iban conmigo dos cubanas santiagueras, una de las cuales, por la piel, los ojos y la figura, parecía haber llegado de tierras nórdicas. Docenas de chivos dormían entre las piedras, al pie de los bronce del monumento. La luna sobre el negro mar, el silencio sobre el dormido caserío, las oscuras moles de las montañas y los cabros triscando, mudos, por las cortantes rocas de la costa, hacían pensar en un país remoto, extraño, sede de solitarios pastores pertenecientes a una raza ya perdida. Digamos, un rincón en los mares de Grecia, tras el ocaso del señorío de Atenas, pero en pie todavía las columnas de sus templos.

El día 24 atacó el general Wheeler en Las Guásimas, a pocos kilómetros de Siboney Igual que en todas las acciones de esa guerra, columnas cubanas participaron en el ataque. Los españoles se retiraron a las Lomas de San Juan, en la orilla oriental de Santiago. Abriéndose hacia el este, fuerzas estadounidenses avanzaron en la noche del 30 de junio, al pie de la sierra, para situarse al nordeste de Santiago y atacar El Caney, mientras otras columnas avanzaban en derechura hacia las Lomas de San Juan. Ambas batallas se dieron, simultáneamente, el primero de julio; las dos consumieron infinidad de vidas. En El Caney, que domina un panorama de tierras llanas y fértiles, las fuerzas españolas, al mando del

general Vara del Rey, resistieron más de ocho horas de bombardeos incessantes, sólo amparadas por las defensas del fuerte El Viso, que todavía, desmanteladas, desafían la lenta y destructora artillería de los años. El fuego español fue criminal en las Lomas de San Juan, donde al final se impuso el valor de los atacantes, entre los cuales descolló la expresión fiera y el talante imponente de Teodoro Roosevelt.

Santiago de Cuba, sin embargo, no se rindió sino después que la escuadra del almirante Cervera, a quien se le ordenó abandonar la bahía, fue destruida a cañonazos el día 3 de julio. Como grandes bestias heridas de muerte, los buques españoles fueron perseguidos a lo largo de la costa, abatidas sus torres, perforadas sus santabárbaras, silenciados sus cañones; algunos encallaron, ya casi inútiles, al pie de la Sierra Maestra. Cervera y los oficiales que sobrevivieron fueron recibidos a bordo del buque insignia norteamericano con los honores que las marinas de guerra del mundo rinden a los vencidos en buena lid. Mutilados, con los pocos antes vistosos uniformes hechos andrajos, pero orgullosos como españoles de cepa pura, esos marinos enterraron los restos del imperio español en las Américas.

El día 16 de julio, cuando la Iglesia católica celebra la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, se rindió la ciudad. Grueso hasta la obesidad, el general Shafter recibió la entrega. Los dioses de la historia habían querido que el secular Imperio muriera a las orillas del mar en que nació. Desde Santiago de Cuba, a pocas leguas marinas por esas mismas aguas del Caribe, estaba Santo Domingo de Guzmán, desde donde los estandartes de la Conquista, las cruces de los misioneros y los odores que aplicaban las leyes de las Indias se esparcieron por todo el continente. Como la criatura humana, que al morir solicita, aunque sólo sea con el recuerdo, los lugares por donde discurrió su infancia, el colosal Imperio se derrumbaba cerca del nido donde fue empollado.

Eso pensaba yo mientras contemplaba abajo, disolviéndose al sol de la tarde, los parajes por donde transitaban estadounidenses y cubanos en pos de la muerte. Refrescaba en Puerto Boniato. A mi izquierda tenía el mundo de montañas que iba a hundirse hacia el este, por Baracoa; a mi frente, como un cristal, la bahía santiaguera; a mi derecha las alturas de la Sierra del Cobre. Una pareja hablaba de amores a la sombra del pe-

queño restaurante que corona la altura. Lentamente me dirigí al automóvil.

La noche empezó a caer cuando llegaba a las primeras casas de Santiago. Pero todavía podía verse, sobre la almena de un cuartel, la bandera de la estrella solitaria, sacudida por la misma brisa que había sacudido una vez las barras y las estrellas del pabellón estadounidense, y durante siglos la gualda y oro de España, y antes aún el pendón morado de Castilla.

LIBRO SEGUNDO

El drama y los actores

El umbral de sí misma

Este pueblo se fue formando, sobre un fondo escaso de indígenas, con el aluvión de los conquistadores hispanos y los negros esclavos. Los pequeños núcleos de donde irradió la naciente población cubana fueron los centros de autoridad establecidos por los españoles, las minas –en poco tiempo abandonadas–, y las tierras cedidas a los colonos que querían trabajarlas. Igual a lo que ocurrió en toda América, indios y negros y españoles se cruzaron entre sí. Como raza pura el indio no tardó en desaparecer; en cuanto al esclavo, llegaba a veces a números más altos que el español. La mayor importación negros quedó establecida, al principio, en los alrededores de La Habana, que a fines del siglo XVI era el punto central del desarrollo económico en los tiempos que siguieron al fracaso de las explotaciones mineras. Por supuesto, La Habana era también el lugar de fijación de la mayor inmigración blanca. Estas condiciones cambiaron cuando se abrieron al cultivo de la caña las que hoy son provincias de Camagüey y Oriente, pues entonces hacia allá se lanzó también el torrente humano que podríamos llamar de importación.

En el tremendo choque de dos culturas que se produjo en América –pues dondequiera que había indios, no importa cuál fuera su grado de desarrollo, recibieron el impacto de la cultura hispánica–, los indios quedaron o aniquilados o sometidos. Violentamente se les transformó su ámbito, su religión, su concepto del régimen social y político, su economía, su lengua misma quedó sometida a otros hasta poco antes desconocidos.

Donde el indio pervivió quedó sin embargo situado en su paisaje, perseguido por el recuerdo de los lugares donde adoró a sus dioses, rodeado por la historia de su raza, que se mantenía viva en los relatos, en la lengua, en la manera de vestir, en los alimentos; todo lo cual, aunque hubiera sido adulterado, tenía –y aún tiene– reminiscencias de su pasado. Aun cuando hubiera deseado someterse a la fuerza que lo doblegaba, el indio sustentaba la nostalgia de su vencido señorío en la contemplación de cuanto le rodeaba. Su permanencia en el mismo suelo donde antes floreció su cultura era un obstáculo demasiado poderoso para que pudiera olvidarla y aceptar la que le imponían. Así se explica que haya regiones del continente donde a pesar de que convive con el “ladino” mantiene su alma solitaria y adusta; siembra el maíz como lo sembraron sus abuelos cinco siglos atrás, reza en su lengua materna a dioses que tienen apariencia cristiana pero alma indígena, se niega a ver médico, porque sólo cree en el curandero de su raza, rechaza al maestro de escuela; en una palabra, se conserva reacio a la cultura de sus conquistadores. Como se dice comúnmente, el indio no es dinámico en la integración americana; es estático.

Con el negro no sucedió lo mismo. El negro fue substraído de su ambiente; se le arrebató, de golpe, al meterlo en las sentinas de los barcos que lo trajeron a América, el paisaje africano, el amigo de la infancia, la madre y el padre, la fauna y la flora. Aquí no había elefantes ni leones; los árboles en que moraban sus dioses africanos no se hallaban en Cuba. A menudo entre la dotación de esclavos en que caía, ni siquiera había quien hablara su lengua nativa, y sólo en los casos en que la importación se hacía masivamente desde un mismo punto del África era posible conservar, aunque siempre desfigurados por influencias de otros grupos raciales parecidos, la religión de los abuelos y algunos rudimentos del idioma.

Si el negro hubiera sido apresado y esclavizado en su propia tierra acaso se hubiera reconcentrado en sí mismo y se conservaría hoy como era hace trescientos años. Pero un mecanismo de defensa psicológica lo llevó a adaptarse con gran rapidez al nuevo ambiente. Sus habituales reacciones frente al medio africano desaparecían aquí al cabo de la segunda generación por la ausencia de los estímulos que allá las desata-

ban. No resulta extraño, pues, que el hijo del esclavo no heredara su lengua si no tenía con quién hablarla; que no temiera al león ni al elefante si jamás los vio en Cuba; que tuviera por amigos a otros hijos de esclavos que crecían como él en ambiente nuevo y con nuevas sensaciones, o a los hijos del amo –lo cual ocurría a menudo. –Todo eso explica que el negro resultara a la postre incorporado al pueblo que iba formándose, y que se comportara como un tipo humano dinámico en el concepto de la cultura occidental, no estático como el indio.

En cuanto al mestizo de indio y español o de indio y africano, el fenómeno de incorporación se producía por otros caminos. Pues con la rápida desaparición de la raza aborigen los retoños tenidos con blancos y con negros pasaban al cuidado de éstos. Por otra parte, en el torrente de diversas sangres y colores que fue formándose al paso de los años, el aporte de mestizos del indígena no era muy cuantioso.

Desde luego, este proceso fue lento; porque la afluencia inmigratoria de españoles y de africanos duró más de tres siglos, pero no debe echarse en olvido que lo que podríamos llamar fenómeno de adaptación a Cuba –entendiéndose por tal, no ese movimiento exterior de sometimiento a un hecho, sino su reconocimiento inconsciente, natural y por tanto con vivas raíces en la estructura sentimental del individuo–, iba produciéndose a compás con la llegada de los inmigrantes, o mejor dicho, cada vez que éstos se multiplicaban en nueva generación nacida en el país. Tampoco debemos olvidar que, aunque en menor número que en otros lugares de América, el español y el negro se cruzaban aquí.

Claro que la sola convivencia o la mescolanza racial no forman un pueblo. Pero es el caso que aún antes de que se produjeran esa convivencia y esa mescolanza, españoles, negros e indios comenzaron a actuar juntos en empresas que los unirían sentimentalmente. Así, cuando Jacques de Sores asaltó y tomó La Habana en 1555, negros e indios acudieron, bajo el mando del gobernador, a darle batalla al pirata francés. Además del trabajo común de la lucha común, e imponiéndose en lo profundo de la psicología de cada grupo por encima de la división que establecía la separación de la gente en castas –amos, hombres libres y esclavos–, estaban otros factores; estaban la geografía, los nombres de las plantas y de los frutos, las pequeñas historias de cada nascente caserío,

todo lo cual era materia de aprendizaje para el español que venía de la Península, mientras en apariencia no lo era para el niño que nacía en Cuba.

Hijo de esclavo o hijo de amo, se nacía habanero o santiaguero; y ese hecho no podía ser transformado. Así, pues, llegó el día en que se era cubano, no español; el día en que al nacido en Cuba se le distinguía en su manera de hablar, en sus propios rasgos físicos, en sus reacciones, en la vestimenta. El cubano estaba hecho a un paisaje que no era el de España, a alimentos que no eran los de allá, al trato con gente que se comportaba en forma distinta a la de la Metrópoli, a producir cosas que allá no se producían.

Por otra parte, en el periodo inicial de la formación de Cuba, que es propiamente el siglo XVII –pues el XVI fue el de la Conquista, el XVIII el del desarrollo nacional y el XIX de lucha por la independencia–, las autoridades coloniales tuvieron que resolver por sí solas, “según el mejor y leal saber y entender”, muchos de los problemas que se le presentaban al país; pues en tal época fue grande el aislamiento de la isla en relación con España, al extremo de que hasta noticia tan importante como la muerte de un monarca y el ascenso al trono de su heredero tardó casi ocho meses en llegar de Madrid a La Habana; en septiembre de 1665 murió Felipe IV, y en mayo de 1666 vino a saberse en Cuba.

Durante la primera mitad del siglo XVII, los cubanos, negros y blancos y mulatos juntos, cansados de padecer ataques y asaltos de piratas, se lanzaron a piratear por el mar de las Antillas; lo cual indica que si empezaron unidos una tarea de defensa de sus nacientes centros de población y de trabajo, unidos llevaron también a efecto la tarea de ataque al enemigo común, más allá de las costas cubanas. Además, aquel aislamiento de que ya se habló, obligaba a las autoridades a tomar en cuenta el sentimiento, la necesidad y la psicología del criollo, si llegaba el caso de actuar sin instrucciones o respaldo de España. En una palabra, el hecho cubano fue diferenciándose del hecho español, demandando un tratamiento para sí, distinguiéndose en el mapa del vasto Imperio americano. Al terminar el siglo XVII Cuba era ya Cuba, aunque ella misma lo ignorase.

La primera manifestación organizada de esa diferenciación de carácter, a la vez económico, político y social, se produjo en 1717, cuando

quinientos o seiscientos vegueros, esto es, productores de tabaco, entraron en son rebelde a La Habana, sin que los rechazara la guarnición, que fue tomada sorprendentemente por los asaltantes. Sucedió que en España, gobernada desde principios de siglo por un francés, el borbón Felipe V, se quiso organizar la hacienda real; Luis XIV, el Rey Sol, envió a su nieto comisionados franceses para llevar a cabo esa tarea, y éstos aconsejaron establecer el monopolio del tabaco. Los vegueros se rebelaron, destituyeron al gobernador de la isla, lo metieron en un barco, junto con los funcionarios del monopolio, y lo enviaron a España.

La lucha por la libertad en el comercio del tabaco duró años. En 1723, seis años después de la primera rebelión, y al cabo de una serie de órdenes y contraórdenes reales que acabaron dividiendo a los vegueros, unos mil de éstos recorrieron los lugares aledaños a La Habana, destrozando siembras y quemando bohíos y almacenes. Atacados por soldados del gobernador, hubo muertos, heridos y prisioneros; y doce rehenes pagaron con sus vidas la insurrección. Ahorcados en el camino de entrada a La Habana llamado de Jesús de Monte, estuvieron allí hasta que las aves de rapiña dejaron sus huesos pelados.

A partir de tal momento la autoridad colonial se irá haciendo cada vez más fuerte en Cuba: Claro, el país crece por dentro; la riqueza nacional aumenta sin cesar, aunque no con la rapidez que tendrá desde fines de siglo en adelante; la producción se amplía. Ese mismo desarrollo de la autoridad unirá más a los cubanos. Cuando, en 1763, después de haber tomado a La Habana y haberla gobernado desde mediados de 1762, los ingleses aceptaron cambiarla por La Florida y la ciudad tornó al régimen español, cien señoras de lo que en la época se llamaba “lo más granado y distinguido de la sociedad”, firmaron un documento dirigido a la reina española, acusando al que fuera gobernador hispánico y a las autoridades que con él mandaban en la colonia en los días del ataque inglés, por las debilidades y la incapacidad con que actuaron en la defensa. Además de esta otra expresión organizada, ya típicamente política, del sentimiento cubano, hubo fuertes quejas de los habaneros, porque los funcionarios españoles no supieron o no quisieron aprovechar la buena disposición de los nativos para evitar la caída de la ciudad. Evidentemente, todavía no había pugna entre cubanos y españoles, pero

la había ya entre los cubanos, campesinos vegueros o vecinos de La Habana, y las autoridades españolas que gobernaban en Cuba.

Al acercarse el último cuarto del siglo, tres acontecimientos iban a dar forma aunque mucho más tarde, a ese naciente, sentimiento hostil entre criollos y peninsulares: en 1776 Estados Unidos inició su guerra contra la Gran Bretaña; en, 1789 el pueblo francés se rebeló y decapitó a su monarca; en, 1791 Haití comenzó su sangrienta revolución. Ya desde 1784 España empezó a perseguir los libros de los enciclopedistas; un año después, en 1785, se prohibió el estudio de las leyes en la Universidad de La Habana. El último censo de la centuria arrojaba una población superior a doscientos setenta y dos mil habitantes, masa grande para la época en una colonia española. Entre esos doscientos setenta y dos mil hombres y mujeres, niños y ancianos, blancos que eran amos y blancos que no lo eran; negros que eran esclavos y negros que eran libres, mulatos, extranjeros, españoles, seres que sufrían y amaban y luchaban, estaba ya formado el núcleo de la nacionalidad.

Sobre tal núcleo comenzaron a gravitar los tres acontecimientos mencionados arriba; unos directamente, otros indirectamente. Enviados estadounidenses llegaron a La Habana, bajo los más diversos títulos, a estimular un movimiento separatista en la isla; alguno de ellos se atrevió a proponerle al gobernador colonial, por los días en que España había caído bajo la bota de Napoleón, que se proclamara independiente de la Metrópoli en la seguridad de que Estados Unidos respaldaría esa actitud. No pudiendo conseguir tanto, propagó en varios círculos la utilidad de una acción cubana para incorporar la isla a la Unión norteamericana.

Por su parte, la Revolución francesa iba, además de difundir sus ideas en la isla –como en toda América–, a debilitar directamente el poderío español, primero con la guerra que terminó en 1795 y después con la ocupación de la Metrópoli por los ejércitos del emperador, lo cual dio pie para los grandes movimientos liberadores de todo el continente. En cuanto a la revolución haitiana, sus efectos iban a ser múltiples; pues a la vez que la destrucción de la riqueza azucarera y cafetalera de esa colonia francesa hacía volver los ojos a Cuba y se reflejaba en el violento desarrollo del país como productor de azúcar y de café, influía sobre el

ánimo de los negros estimulándoles a luchar por su libertad, y sobre el ánimo de los amos, estimulándoles a mantener más sujetos a los esclavos para que no se repitiera en Cuba la hecatombe de Haití; y lanzaba sobre Cuba a centenares de familias francesas y dominicanas hechas a una vida espléndida, capacitadas para dirigir nuevas empresas agrícolas o culturales. En fin, esos tres acontecimientos, conjugados en una hora crítica, cuando ya la nacionalidad cubana estaba formada y pugnaba por manifestarse, mantenían el alma nacional en un constante y peligroso vaivén.

Al fin, tras el siglo de la Conquista, el siglo de la formación y el siglo de desarrollo nacional –pues, como los niños. La nacionalidad tomaba bríos en sí misma antes de aprender a expresarse–, Cuba hizo lo que podríamos llamar su primera manifestación oficial frente a España. Era 1808. Trescientos años atrás, en 1512, Diego de Velázquez había llegado a la isla con su séquito de escribanos y soldados, la había declarado propiedad de su rey, en cuyo nombre la había conquistado; dijo que los indios que la habitaban eran vasallos del monarca español y que sólo a Su Majestad pertenecían las tierras que iban de las montañas orientales a los confines de occidente.

En esos trescientos años, trabajando en las vegas del tabaco, hospedando en La Habana a bergantes, fulleros y tahúres de las flotas, repeliendo ataques de piratas, cosechando azúcar de la caña que el esclavo cultivaba en las llanuras, multiplicándose sin cesar, creando a la vez riqueza y miseria, padeciendo epidemias, amando juntos, juntos sufriendo, hijos de indios y de negros y de españoles habían formado un pueblo y ese pueblo empezaba a recorrer el camino que había de conducirlo al gobierno de sus propios destinos. Todavía tal pueblo no tenía su poeta, pero no tardaría en aparecer; no tenía el filósofo que lo haría pensar en sí y para sí, pero ya ese filósofo estaba en el umbral de los tiempos. Ningún escritor era capaz de ahondar entonces en lo recóndito del alma formada, pero pronto iban a surgir varios; el maestro capaz de madurar la idea naciente se formaba a esa hora.

Decíamos que era 1808. El torrente de la Revolución francesa había tramontado los Pirineos y rodaba por España. El rey fue llevado preso a Bayona. Los españoles formaron una junta gobernante en Sevilla, la

cual actuaba en sustitución del monarca legítimo y, por supuesto, desconociendo a las autoridades francesas. Cuando en Cuba se tuvieron noticias de los sucesos, el Ayuntamiento de La Habana se dirigió a la Junta de Sevilla, recordándole que los cubanos merecían igual trato que los españoles. Como el hijo que un día, al choque de cualquier incidente, recuerda al padre que ya él es hombre y ha llegado la hora de considerarle tal, Cuba reclamaba que se reconociera su mayoría de edad.

Dos años después, en 1810, el Consejo de la Regencia de España e Indias convocó a las Cortes de todo el Imperio, pero estableció diferencias entre la manera de elegir diputados en España y la de elegirlos en América; allá, el pueblo los designaría, aquí sería el Ayuntamiento de cada capital, escogiendo entre tres candidatos. Volviendo por sus fueros, el Ayuntamiento de La Habana opinó que tal diferenciación era injusta, a pesar de lo cual envió un diputado. Pero cuando en 1811 se puso a discusión en Cádiz el problema de la esclavitud, y el grupo de azucareros, madereros y ganaderos criollos vio en peligro su fuente de trabajo barato, la voz que se alzó de la isla no era la del hijo que reclama respeto, sino la que desautoriza al padre cuando éste desconoce sus intereses o sus ideas. Las Cortes, según el acaudalado grupo de criollos que regía la economía cubana –entre los cuales, desde luego, habría alguno que otro peninsular– debían cuidarse mucho de querer hacer reformas en la institución de la “esclavitud civil”, pues antes era cosa de considerar la esclavitud política de las provincias americanas.

En ese momento Cuba podía hablar así y aún con mayor energía, pues era ya un pueblo formado, con bases mucho más poderosas que la gran mayoría de las colonias españolas en el Nuevo Mundo y, en cierto sentido, con mejores fundamentos de país que la propia España. A pesar de que su organización social descansaba en la esclavitud, y de que para esos días, precisamente, la masa esclava era mayor que la blanca e infinitas veces mayor, desde luego que el grupo de amos; a pesar de que tales esclavos tenían el estímulo de lo sucedido en Haití, donde sus hermanos se habían sublevado y habían creado una República –que no tardó en dividirse en el Imperio de Henry Christophe al norte y la República de Alejandro Ption al sur–, la riqueza de Cuba y su papel de mercado abastecedor de azúcar tenían tal importancia mundial, que las

potencias europeas y Estados Unidos mantenía la mirada puesta en la isla, cada una interesada en que no se repitiera aquí lo que se había dado en Haití.

La Habana era ya una gran ciudad; el país debía tener unos seiscientos mil habitantes, puesto que el censo que habría de levantarse seis años después arrojaría seiscientos treintidós mil. Los dueños de ingenios, de cafetales, de hatos y de bosques en producción vivían lujosamente, en palacios de piedra que se levantaban en la capital, en las ciudades del interior y aun en medio de los campos de caña. La potencia económica cubana era tal, que cuando poco más tarde se regularizara la administración pública, la sola aduana de La Habana daría, por derechos de importación y cobrando aranceles muy bajos, hasta setecientos cincuenta mil pesos en un año, cifra grande para la época.

Ocho años después de ese enérgico recordatorio en que los cubanos decían a las Cortes de Cádiz que antes de hablar de esclavitud civil había que ocuparse en enmendar la esclavitud política de las provincias americanas, un cubano iba a comprar, para hacer la travesía entre La Habana y Matanzas, un buque de vapor; otro montaría máquinas de vapor en su ingenio. La riqueza que se extraía de un suelo fértil abonado por el trabajo esclavo era tanta y aumentaba de tal manera, que se empleaba en adquirir la diabólica energía llamada a transformar en pocas décadas la economía nacional. Cuarenta años después del día en que, hacia 1819, un ingenio cubano produjo azúcar con máquinas a vapor, esa máquina haría antieconómico el mantenimiento de los esclavos; y tal hecho iba a desencadenar los acontecimientos que comenzaron en 1868 y durarían hasta 1933.

Entre 1810 y 1830, el Imperio español en América se cae a pedazos. Francisco de Miranda, el Precursor, teje sin cesar en Inglaterra, en Estados Unidos, en Francia y hasta en Rusia la gran intriga que habrá de preceder al estruendo de las armas; después surgen de la entraña americana las estupendas figuras llamadas a encabezar a sus pueblos: Simón Bolívar, José de San Martín, el cura Hidalgo y Morelos. Toda la agitación de esos años, decisivos en la historia del mundo, resuena y se refleja en Cuba. Las corrientes políticas nacen en la isla y empiezan a definirse; son principalmente tres, pero dos de ellas representan en verdad distintas mani-

festaciones de una sola aspiración. Estas dos son el autonomismo y el anexionismo; la primera reclama libertades autónomas dentro del régimen español, la segunda quiere libertades dentro de Estados Unidos. El sentimiento autonomista, como el anexionista, tiene sus mayores partidarios entre azucareros, cafetaleros, comerciantes, ganaderos y madereros; es la gente que teme a la sublevación de los esclavos, si Cuba resulta libre. Para una parte de esos grupos, el anexionismo ofrecía más estabilidad, pues en Estados Unidos había libertades públicas y comerciales, había un mercado comprador seguro y había, también, esclavos.

Partidarios de la independencia eran los pequeños propietarios, profesionales, trabajadores blancos y negros libres, si bien no faltaban entre ellos azucareros de visión avanzada. Todavía resultan escasos en 1820; pero cuando se ve a toda la América en armas contra España, se organizan y actúan, como lo hacen los otros. Los autonomistas envían memoriales y hombres a Madrid para difundir su idea en la Corte; los anexionistas envían delegados a Washington y logran interesar a funcionarios estadounidenses; los independentistas establecen contacto con emisarios de Bolívar y conspiran en organizaciones clandestinas.

Años confusos y apasionados se viven en algunos círculos cubanos. Muchos personajes emigran, entre ellos el poeta José María Heredia, cuyos versos no han de tardar en recorrer el mundo traducidos a varias lenguas; el padre Félix Varela, maestro de filosofía que formó a la juventud habanera de la época; el escritor José Antonio Saco, de obra vasta y seria. Señores del azúcar van a Bogotá a pedir ayuda para la independencia del país; otros publican periódicos dentro y fuera de Cuba; otros organizan en México y en Colombia expediciones que no salen. La lucha está planteada ya. Podrá esperar decenas de años para estallar en la superficie; podrán demorarla medidas más o menos fuertes de gobierno, concesiones más o menos hábiles, el mayor o el menor miedo de los que, a través de la economía, manejan la vida del país. Pero ya Cuba es Cuba y ha empezado a recorrer su camino interior.

Debido, sin duda, a que en todo lo que había sido el Imperio español fue la parte que más lógicamente desarrolló sus riquezas y la que más a tiempo fue pasto de las fuerzas creadoras con que el capitalismo surgió en el mundo occidental, Cuba resultó una paradoja en medio del

ámbito colonial hispánico. En la Plaza de Armas de La Habana, el visitante puede ver a Fernando VII en figura de mármol, de pie, en una mano el cetro y en otra lo que debe ser la Constitución que tantas veces burló, la espalda cubierta por el manto real, la cabeza ligeramente inclinada, como si quisiera ver al transeúnte con la muerta mirada de sus ojos. Ese Fernando el Deseado, prisionero que fue de Napoleón, ahogó en sangre a España y a América; desleal, desconocía hoy su compromiso de ayer; reacio a toda idea de progreso, se apoyó en unas masas ignorantes que gritaban en las calles de Madrid “¡Vivan las caenas!” para degollar a cuanto liberal de nota hubiera en España; enfurecido contra América, vació en patíbulos y prisiones los hogares en Venezuela, en México y en Colombia, en Argentina y en Chile, para sostener el Imperio sumiso. Sin embargo Cuba lo honró con una estatua en La Habana.

Pero es que debido a su mayor desarrollo económico, Cuba pudo comprar, durante el régimen absolutista de Fernando VII, las libertades que se le negaron al resto del Continente español. Pagando en buenas piezas de oro a través de contribuciones e impuestos, los cubanos ricos, que necesitaban comercio libre, buena administración bajos aranceles, los obtuvieron de Fernando, muy necesitado en esos años del dinero de Cuba para atender a la Guerra en América y a los gastos del reino en España.

Esa contradicción de la historia siguió dándose en Cuba. Pues al morir el monarca y sucederle un régimen liberal, Cuba pasó a sufrir la tiranía que España podía ejercer aquí, libre de preocupaciones con el resto del Imperio, que se había independizado ya. Por donde se dio el caso de que en Cuba había libertades políticas cuando en España había persecuciones, y persecuciones cuando en España había libertades.

Convertido ya en pueblo fuerte y rico –su población iba a llegar, hacia 1840, al millón de habitantes–, con puertos de gran movimiento y ciudades de importancia, con nacientes centros de actividad que se ampliaban cada día, Cuba aprovechó los años de libertades públicas para difundir por todos sus ámbitos ideas y noticias. Se contaban por docenas los periódicos; florecían dondequiera las sociedades de ilustración; las familias pudientes viajaban a Estados Unidos y a Europa; el cubano se acercaba con interés a cuanto significaba progreso. Mucho antes que

en España y, desde luego, que en cualquier país de los que habían sido sus colonias, precisamente en 1837, los guajiros del campo cubano vieron pasar por las puertas de sus bohíos el trepidante convoy de un ferrocarril.

Ahora bien, en ese millón de habitantes, y acaso más, que poblaba la isla, una gran parte tenía que reclamarle a la vida todo cuanto le es dable reclamar al hombre. Pues tal parte no era considerada como de seres humanos, sino como de bestias de labor. Sujeta a un régimen estricto de explotación, no podía ir a donde le placiera, ni vestir como quisiera ni comer lo que se le antojara; no podía escoger sitio para dormir ni trabajo que realizar. Todo estaba reglamentado para el esclavo, como lo estaba para el preso. Sólo había una diferencia entre éste y aquél: que éste había delinquido y la sociedad lo castigaba por ello, mientras que el esclavo no había cometido más delito que el de nacer de un color dado. En el estamento más bajo de la comunidad cubana había, pues, una carga explosiva.

Abruptamente, esa carga estalló. Entre 1843 y 1844, dotación tras dotación de esclavos se sublevó, especialmente en la provincia de Matanzas. Al grito de “libertad, muerte y fuego”, los rebeldes pasaban por los ingenios apellidando guerra, convocaban a sus compañeros a la lucha y se internaban en los montes. Casi ningún ingenio escapó a la conspiración. Alanceados como animales, los sublevados morían por centenares; pero pocos días después, o un mes después, se repetían los levantamientos o se descubrían nuevos complots. Las autoridades coloniales se llenaron de pavor; los autonomistas y los anexionistas se asustaron tanto como ellos; y unas y otros acusaron a los ingleses de estar tramando el alzamiento negro en Cuba para acabar con la esclavitud en la isla.

La fuerza creadora del capitalismo iba superando en todo el mundo a una sociedad fundamentada en la energía humana, incapaz ya de resolver los problemas generales, como llegaría el día en que el capitalismo no podría resolver los que se planteaba la humanidad. Por aquellos tiempos, el capitalismo estaba en el esplendor de su vigor juvenil. La máquina a vapor permitía mayor producción y más barata. Una máquina hacía el trabajo de cien hombres y consumía menos. Inglaterra ne-

cesitaba vender máquinas, pero también necesitaba que los mercados consumidores de sus productos, que la era industrial multiplicaba, estuvieran formados por ciudadanos de capacidad adquisitiva alta; los esclavos consumían poco, y a veces menos que poco.

La sublevación de los negros de Matanzas no conmovió a la población blanca independentista; esto es, no la conmovió inmediatamente, pero los brutales espectáculos de represión que dieron las autoridades coloniales iban a tener consecuencias más tarde. Al cabo de un prolongado y complejo proceso en el que toda tortura fue usada, se fusiló en Matanzas a los considerados jefes de la conspiración. Entre ellos estaba Plácido, el poeta. Ahora se lee, en las paredes del Hospital Civil de la ciudad, una lápida de mármol señalando el lugar en que cayó. El sitio está en un ligero altozano. La tierra se levanta inmediatamente desde la orilla de la bahía, y allá abajo se ve el mar, bruñido por el sol. Cuentan que Plácido caminó hacia el patíbulo, al son de los tambores, recitando su plegaria: “Dios de inmensa bondad, ser poderoso...”. Y que las mujeres y los hombres lloraban viéndole ascender penosamente su camino del calvario. Se movía con gran trabajo, porque el maltrato había acabado con sus fuerzas.

En alguno que otro centro cultural del país encuentra uno reproducida la imagen de Plácido. A juzgar por la pequeña quijada, debió ser corto de cuerpo, seguramente magro. Tenía una frente enorme, el negro pelo largo, la nariz indecisa y la boca fina. Se llamaba Gabriel de la Concepción Valdés y era hijo de un negro libre, peinettero de oficio, y de una artista española. Cantó con la naturalidad de un pájaro. No había nada extraordinario ni en su poesía ni en su vida, excepto ese gracioso don del canto. Pero era el primer hombre de alguna notabilidad artística que regaba con su sangre el camino de la libertad cubana. Y como era poeta, el pueblo aprendió sus versos, lo cual resultaría a la postre más peligroso que la conspiración en que, sin prueba alguna, se dijo que había formado. A causa de los sucesos en que su muerte fue parte, la trata de esclavos quedó legalmente liquidada, si bien perduró de hecho, con la complicidad de las autoridades coloniales.

No se liberaron los esclavos que había en Cuba, pero los hacendados comenzaban a temer que si los siervos africanos seguían aumentando en

número gracias a la importación desbocada que se había mantenido en los últimos sesenta años, la conjura podía repetirse con resultados funestos para ellos. Lo cual quiere decir que, desde el bajo y espantoso lugar que ocupaban en la sociedad, los esclavos habían llevado su voz, de manera por cierto escalofriante, hasta los palacios de los amos. Para la fecha había en Cuba más de medio millón de esclavos, lo cual representaba una gran inversión de capital. De tal capital los hacendados, los cafetaleros, los madereros no querían perder un centavo. Podían arriesgar lo invertido si seguían trayendo africanos. Pero no querían que ninguno de los que ya estaban en su poder pudiera liberarse. Para conjurar el peligro sin hacer concesiones mayores descubrieron que bajo el título de “colonos” podían traer esclavos chinos, de los cuales vinieron a la isla varias docenas de millares.

Por entonces comenzaron a sucederse en Europa acontecimientos que acaso condujeron los hechos contra la voluntad de los que en España cuidaban de mantener la política que convenía a la feudal burguesía cubana; estallaron en el Viejo Mundo las revoluciones liberales de 1848; cayó la monarquía francesa. Era el renacimiento de la gran ola de 1830, que volvía sobre sus pasos. Los ricos de Cuba se asustaron y rápidamente se organizaron para salvar sus bienes mediante la anexión a Estados Unidos, donde la esclavitud parecía establecida para siempre. Junto con los cubanos conspiradores, que formaron centro de trabajos en La Habana, en Camagüey y en otras ciudades, y que llegaron a acuerdos con los cubanos emigrados que desde las agitaciones de 1820 se habían establecido en Estados Unidos, luchaban por salvaguardar sus intereses algunos españoles comerciantes y azucareros. Todo el núcleo director de la vida cubana, especialmente en lo económico y en lo intelectual, puso manos en la tarea. Los emisarios iban y volvían, presurosos; los periódicos se distribuían en secreto; se organizaban cuantiosas colectas para financiar una operación de guerra que permitiera destruir con rápido golpe el poderío militar español en Cuba y declarar la independencia de la isla para proceder de inmediato a declarar el país anexado a la potencia vecina en condición de estado de la Unión.

El movimiento tuvo una importancia que no puede exagerarse. El miedo a la abolición de la esclavitud, que podía serle impuesta a España

si la ola liberal trasponía otra vez los Pirineos, llevaba a los esclavistas cubanos a buscar el amparo de un régimen de libertades, en el cual, sin embargo, la esclavitud era una institución. Pero los designios de la historia no están previstos por los hombres, sobre todo cuando éstos carecen de una filosofía política que les permita estudiar los acontecimientos con la precisión con que se estudia el plano de un edificio o la musculatura del cuerpo humano. Tres o cuatro años antes, su miedo estaba en que se dejara a la esclavitud sin límites posibles. Al tiempo en que trabajaban, en silencioso afán, por la anexión a Estados Unidos, la crisis económica convertía en carga la abundancia de esclavos en los cafetales de la zona oriental, y en las regiones azucareras el empleo de máquinas para fabricar azúcar iba dejando sin trabajo a los siervos.

En medio de esa febril actividad política surgió la voluntad de la historia encarnada en un hombre que ni siquiera era cubano. Se trataba de un general español, que había sido poco antes presidente de la comisión militar que juzgó a muchos de los negros conspiradores de Matanzas. Se llamaba Narciso López, y a él iba a tocarle el papel de crear el símbolo de la nacionalidad cubana, esa bandera de franjas azules y blancas, con su nivea estrella en campo de sangre, tras la cual durante muchos años correría el pueblo, machete en mano, forjando su República. Cuando esa bandera llegó a flotar en el corazón del cubano, quedó iluminado para siempre el oscuro instinto de que Cuba no era ni podía ser España o su colonia.

Narciso López había nacido en Venezuela y allí se había hecho, casi un niño, soldado del ejército español. Acudió a las armas precisamente en el año de la gran derrota de Bolívar, en 1814, cuando los horrores de la guerra a muerte inundaban de espanto al país. Con la fuerza y la violencia de un toro, combatió sin cesar hasta ganar el título de “la primera lanza del ejército de Su Majestad”. En la estatura y en el vigor muscular recordaba a Páez, el dios de la lanza; y contra Páez combatió en su patria. Salió de Venezuela después de Carabobo; vino a Cuba, se estableció en España, donde participó en las guerras carlistas de parte de la reina Isabel II; fue senador por Sevilla, volvió a La Habana y fue alto funcionario del régimen colonial. En 1848 había organizado una conspiración apoyado en guarniciones de muchas ciudades del inte-

rior y en círculos de azucareros e intelectuales. Al mismo tiempo, otros núcleos preparaban la insurrección con ánimos de abolir la esclavitud y declarar la independencia del país. De manera que a las puertas de la segunda mitad del siglo Cuba se sacudía por dentro, lista a buscar un rumbo nuevo.

Una tras otra, las conjuras fueron cayendo en conocimiento de las autoridades coloniales. Narciso López huyó de Cuba y se refugió en Nueva York. Allí creó la bandera de la estrella solitaria. Un poeta y un escritor –este último, autor de la notable novela de la época, *Cecilia Valdés*– le ayudaron en esa tarea. Con tal bandera desembarcó en Cárdenas el 19 de mayo de 1850, al frente de una expedición infortunada. Cien años después hubo allí una hermosa ceremonia; los altos poderes del Estado fueron a rendir homenaje al emblema de Cuba; formaban, gallardas, las tropas de infantería de marina y los soldados, volaban arriba los aviones y el cañón tronaba. 1950 se llamó en la isla el “Año de la Bandera”; y hasta en las más remotas viviendas campesinas se veía de lejos, clavado en las puertas, el símbolo nacional.

Ése fue el homenaje de Cuba al venezolano que le dio su pabellón. Él había muerto en septiembre de 1851, hecho preso en las costas de Pinar del Río; pues quince meses después de haber atacado, por primera vez en la historia de la colonia, al poder español con ánimos de hacer de Cuba un país libre, volvió a la carga con una nueva expedición que entró en la isla a la vista de lo que hoy es La Altura, en la provincia de Vueltaabajo. Se le dio garrote en La Habana. Con certera visión del porvenir, aquel hombre duro, de hombros cuadrados, a quien un grabado de sus años mozos muestra erguido, fiero el rostro, de bigotes, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza cubierta por el morrión de los lanceros, dijo tranquilamente: “Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba”. Y no los cambió.

La bandera de Cuba ilumina y adorna hoy el cielo de esta tierra. A veces la hacen con colores muy fuertes, y entonces no expresa en realidad lo que ella es. El rojo de su triángulo es menos oscuro que el que a menudo le imponen; su azul debe ser claro, como el cielo cubano. Alegre, casi tierna, es viril, sin embargo. Cierta día, camino de Jibacoa, iba yo con amigos y amigas. De pronto, al llegar a una de las pequeñas pobla-

ciones de la ruta, una cubana alta, de pelo y ojos negros y brillantes, de blanca sonrisa, pidió que detuvieran el automóvil y bajó a la carretera. Durante algunos segundos miró, embelesada, hacia arriba; sonrió después, con esa especie de luz que se asoma a la sonrisa cuando ésta viene desde lo hondo; levantó una manó, la llevó a los labios y lanzó un beso sonoro, al tiempo que decía alegremente, casi con júbilo: “¡Nadie es más bella que tú en, el mundo!” Y como había dicho “nadie”, con lo cual insinuaba que se dirigía a un ser vivo, uno de los viajeros quiso saber a quién enviaba ella ese saludo. “A mi bandera”, respondió con toda sencillez. En la clara mañana, mientras el automóvil jadeaba, yo iba pensando en Narciso López, que la creó y la calentó al fuego de los primeros combates en que trapeó a la brisa de Cuba.

Algunos historiadores afirman que López fue anexionista; y pudo haberlo sido. Es el caso, sin embargo, que en Camagüey había estallado, poco antes de su última invasión, otro movimiento encabezado por Joaquín Agüero, que era francamente independentista. Agüero murió fusilado, como iban a morir muchos más en los años que seguirían, antes de que estallara la gran revolución de 1868. Porque a partir de las invasiones de López, y aunque éstas habían fracasado, estaba en marcha la voluntad cubana de ser libre y ya nadie podría poner un alto a lo que era la voluntad de la historia.

Diecinueve meses después de haber muerto en garrote Narciso López, nacía en La Habana un hijo de españoles que estaba llamado a desatar, cuarenta años más tarde, el último gran movimiento popular del país para echar a España de la isla. Ese recién nacido se llamó José Martí. La casa en que le dieron a luz se conserva hoy como monumento nacional; es humilde, pequeña, y para los cubanos tiene categoría de altar. Cuando ese niño abrió por vez primera los ojos que más tarde iban a tener, acaso por herencia mongólica de la madre canaria, un rasgado peculiar que los hacía tristes, ya correteaba por las montañas de Oriente otra criatura, nacida en 1845; era mulato, hijo de mestizo venezolano y de negra cubana. Se llamaba Antonio Maceo y con el tiempo sería un hombrón enorme, de gran peso interior, voz de huracán y ánimo de león. Como José Martí, a él le reservaban los dioses la tarea de ir a la cabeza del pueblo en la lucha final contra España. En 1865 llegaban a Santiago de

Cuba las tropas españolas que abandonaban Santo Domingo. Habían padecido una guerra sin cuartel; salían de allí, la que fue primera colonia del Imperio en América, maltrechas y vencidas, y con ellas entraban en Cuba varios oficiales dominicanos que habían servido a las armas de Su Majestad. Entre tales, flaco, seco en sus maneras, de bigote y perilla, estaba Máximo Gómez, a quien los cubanos verían entrar en La Habana al frente del Ejército Libertador, treinta y tres años más tarde.

La revolución cubana, que iba a estallar en 1868 y duraría, con algunos paréntesis de paz superficial, hasta septiembre de 1933, venía impuesta por el desarrollo del país, por factores geográficos y por razones internacionales. Cuba se asomó al siglo XIX con una personalidad nacional ya vigorosamente definida en lo económico y en lo humano, con centros de población llenos de actividad, con cultura seria, aunque no ampliamente difundida, con problemas propios; más cerca de América que de España, separada de la Metrópoli por el “ancho mar”, como dijera el poeta Heredia, estaba demasiado alejada del centro político español para que se viera forzada a seguir sus vaivenes; y debido a su poderío económico y a su lejanía de España, a la vez que interesaba a los grandes poderes como mercado consumidor y productor, resultaba accesible a las corrientes políticas del siglo, lo cual no ocurría, por ejemplo, con las provincias navarras.

Durante toda la primera mitad del siglo los cubanos trataron de hallar el camino correcto que les permitiera expresar el genio nacional; pero la dirección del país –que no estaba precisamente en manos de los capitanes generales españoles ni de su Corte de altos funcionarios, ni se hallaba, sino sólo en apariencia, alojada en Madrid– confundía a Cuba con los intereses que manejaba. De ahí que la mayor fuerza de los movimientos que se organizaban en la isla y en el extranjero estuviera dirigida a obtener la autonomía o la anexión de Cuba a Estados Unidos. El terror a perder el capital invertido en esclavos fue el gran móvil de los trabajos anexionistas.

Pero he aquí que la misma fuerza que iba desplazando la mano de obra servil, el crecimiento de la era industrial con la expansión de las máquinas, dejó a los ricos azucareros cubanos sin horizonte político cuando, operando en la misteriosa forma que toma la historia para pro-

vocar los grandes sismos sociales, desató en Estados Unidos la Guerra de Secesión, hasta ese momento la más destructora y costosa que había conocido la civilización occidental. A partir del día en que Abraham Lincoln, a quien Martí llamaría después “el leñador de los ojos piadosos”, llegó a Washington desde las praderas de Kentucky para hacerse cargo de la Presidencia de la Unión, los anexionistas cubanos no podían seguir soñando con el respaldo oficial norteamericano. Acaso trataron de hallar ayuda en los estados del sur, en las horas de victoria de las fuerzas Confederadas, cuando los caballos del general Lee parecían a punto de beber el agua del Potomac. Pero el sur perdió la guerra. Cuba no podría ya ser estado de la Unión y conservar la esclavitud. La burguesía de la isla dejó de soñar con la anexión.

Mas he aquí que pronto tendría que dejar de soñar también con poseer esclavos, porque en los ingenios iba propagándose cada vez más el uso de la máquina, y las máquinas hacían mejor y más económico trabajo que los esclavos. Para sólo sembrar caña, para cortarla y acarrearla a los ingenios, resultaba raro el esclavo. Además, la ruina de los cafetales, cuyo grano había perdido precio en el mercado mundial porque grandes plantaciones en el Brasil y en Centroamérica lo producían en cantidades mayores que lo que el consumo demandaba, había dejado a millares y millares de africanos y asiáticos sin empleo y a sus amos sin bienes suficientes para mantenerlos. El precio del trabajo servil descendió enormemente. Muchos adalides del anexionismo volvieron sobre sí, y en documentos públicos proclamaron que Cuba debía ser independiente. La mayoría, sin embargo, no se atrevió a tanto y comenzó a organizar un llamado “Partido Reformista”, cuya finalidad era conseguir para la isla un *statu-quo* legal que le permitiera gobernarse por sí misma dentro de la nación española.

Pero a contrapelo de ellos, la historia cavaba su túnel. La Metrópoli convocó a comisionados de Cuba y Puerto Rico para que en Madrid se recordara qué medidas debían tomarse en beneficio de la unidad entre la Península y sus provincias ultramarinas. La reunión fracasó. Acaso de haber tenido buen éxito hubiera demorado los acontecimientos, aunque no los habría evitado. Pues sucedió que al tiempo que los comisionados cubanos abandonaban las costas de España para volver a su isla, sobre

la economía mundial se desataba una de esas crisis que son atinentes al capitalismo. De golpe, el azúcar y el tabaco perdían precio. Atosigadas por los gastos que la acción militar española en América –ataque al Perú y a Chile, guerra de Santo Domingo– había hecho en la hacienda oficial cubana, las autoridades coloniales se vieron sin recursos. La crisis fue extendiéndose por toda Europa y por todo el Nuevo Mundo. Madrid elevó los impuestos cubanos. En las ciudades y en los campos la gente se quedaba sin trabajo; los comercios cerraban, los terratenientes hipotecaban sus fincas, los esclavos resultaban una carga insufrible. Al empezar el año de 1868 toda Cuba estaba lista para iniciar un cambio total en su vida.

En la zona oriental se hacía sentir la crisis más que en La Habana. Los cafetales estaban arruinados hacía tiempo; la producción de azúcar requería capitales enormes y, dada la situación, los prestamistas cobraban intereses muy altos. Además, aquella esquina montañosa de la isla estaba lejos de la capital, y por tanto tenía menos costumbre de sufrir la autoridad de los capitanes generales. Hasta se había dado el caso, treinta y tantos años antes, de que un gobernador militar de Santiago había, de hecho, desconocido al representante de Su Majestad en La Habana. El peso de la organización represiva española era menor allá; las costumbres se conservaban más austeras. En esa zona comenzaron a conspirar dueños de ingenios, ganaderos, madereros, todos los cuales eran, por otra parte, hombres cultos. Se organizaron y extendieron sus trabajos hasta Camagüey.

En Manzanillo vivía un abogado y hacendado que en sus horas de soledad escribía versos. Si se consulta su retrato se aprecia de un golpe que tenía una naturaleza íntima, resuelta y dura. Alta la frente, cuadrada la mandíbula, fina y larga la boca sobre la que sombreaba el bigote, fijos los ojos sobre enérgica nariz, ese hombre debió ser parco en palabras y hecho a mandar. Se llamaba Carlos Manuel de Céspedes. Por toda su vida corre una luz oscura, una especie de infortunio que conmueve. Se advierte lo mismo en el rostro de los que fueron adalides de la revolución de 1868; se ve en Francisco Vicente Aguilera, de mirada triste sobre largas barbas patriarcales, en Ignacio Agramonte, cuyos adoloridos ojos parecen haber visto la entraña de la muerte.

La revolución debió haber estallado a fines de 1868; pero las autoridades españolas estaban sobre la pista de la conjura, y a principios de octubre ordenaron la prisión de los jefes. Cuando Carlos Manuel de Céspedes lo supo, convocó a sus amigos y se dirigió hacia su ingenio “La Demajagua”. Al amanecer del día 10 proclamaba la guerra de independencia cubana, una guerra que en su primera etapa iba a durar diez años y que iba a consumir, como en una hoguera, gran parte de la riqueza nacional, empezando, desde luego, por el ingenio de aquel que la inició. Ahora se ve allí, en el sitio donde nació la patria cubana, una gran catalina de hierro, a la cual el tronco de un jagüey ha tomado entre sus fibras, como si quisiera fijarla para siempre al suelo. En Manzanillo está la campana del ingenio, la misma que se tocaba para señalar la hora en que debían levantarse los esclavos, la hora en que debían ir al laboreo de las tierras, la hora en que debían comer, la hora del retorno a los barracones. Fue durante muchos años la campana de la esclavitud; pero Céspedes la hizo repicar en la madrugada del 10 de octubre de 1868 y cuando los esclavos corrieron a preguntar qué sucedía, el amo les respondió que desde ese momento eran libres y que en Cuba se iniciaba una guerra para que nadie más volviera a ser esclavo. Por donde el símbolo de la opresión vino a convertirse en la voz enérgica y sonora de la libertad.

Cuéntase que cuando, en la noche del día once, seguido por menos de cuarenta valientes, entre los cuales se contaban algunos que habían sido hasta horas antes sus esclavos, Céspedes atacó el poblado de Yara y fue rechazado por el fuego de una guarnición que lo esperaba allí, volvió su caballo hacia la manigua y se internó en ella. Al cabo de bastante andar, en un claro del bosque contó a sus hombres. De los que habían salido con él de “La Demajagua” sólo doce quedaban. Céspedes, el abogado, el poeta, el hacendado de rostro duro y doliente, habló como un romano de los días heroicos: “No importa”, dijo, “con doce hombres me basta para libertar a Cuba”.

Y tuvo razón. No la vio él libre, sino en las tierras que estuvieron bajo el gobierno de la revolución. Pero con su férrea voluntad había puesto a la isla fascinante en el umbral de sí misma.

Y llegó el día en que Cuba atravesó ese umbral.

Las guerras libertadoras

La revolución que estalló el 10 de octubre de 1868 fue sangrienta y devastadora durante diez años; fue todavía más sangrienta y devastadora cuando se renovó en 1895. En su última etapa, al resurgir en 1930, resultó menos dada a la destrucción de vidas y bienes, fundamentalmente porque entonces la lucha se libró contra los aliados cubanos de poderes extranjeros, no contra soldados extranjeros y aliados cubanos, como había ocurrido en 1868 y en 1895.

En sus inicios el movimiento estuvo encabezado por los grandes terratenientes de la porción oriental de la isla y sostenido por las masas esclavas y por el pequeño propietario de esas regiones. La gran mayoría de los jefes fueron señores de alcurnia, apellidos ilustres, si bien no participaban, como los adalides del anexionismo, en el reducido círculo de los que gobernaban la economía del país. Al terminar ese primer episodio de la revolución, ninguno de los que la encabezaron quedó en la posición de antes. El mayor número de ellos murió, bien en combate, bien fusilado, bien asesinado; todos, sin excepción, perdieron cuanto tenían al comenzar la lucha. Céspedes cayó abatido en San Lorenzo, en ocasión en que se hallaba solo, ya destituido cómo presidente de Cuba libre por el Congreso que se formó. Y se mantuvo en la manigua; Aguilera murió en el destierro, arruinado, prácticamente solitario; Ignacio Agramonte, el más destacado de los generales cubanos de esos días, cayó en combate y sus restos fueron quemados y aventadas las cenizas.

Durante la toma de Bayamo, ocurrida en los inicios de la guerra, el pueblo cantó por vez primera, con la letra actual, la canción nacional,

que aún en nuestros días se llama Himno de Bayamo. La había compuesto con anticipación Perucho Figueredo, hacendado, poeta y músico. La escribió expresamente para que al estallar la revolución se convirtiera en el canto de guerra de los cubanos libres; y sin darle letra la fue haciendo popular en todos los círculos de la ciudad. Cuando las fuerzas criollas entraron en Bayamo, entre los vítores y las descargas comenzó Figueredo a distribuir, desde lo alto de su caballo, la letra de la canción; y mujeres y hombres, blancos y negros, levantaron sobre sus voces emocionadas las simples palabras: “Al combate corred, bayameses, que la patria os contempla orgullosa; no temáis una muerte gloriosa, que morir por la patria es vivir[...]” Años después esa canción resonaría por toda la tierra de Cuba, por todos los rincones de América, cuyos pueblos hicieron de la revolución cubana un estandarte de libertades propias.

Es un himno hermoso y viril, sin tener, sin embargo, solemnidad alguna. De pronto, por su fondo pasa un trasunto de la Marsellesa, algo así como si a lo lejos tronaran los mismos cañones que se oyeron en Valmy. Pero cierta dulzura humana se impone a ese fondo, domina el tumulto y alegremente campea allá arriba, como sobre la tierra cubana la libre estrella en que estalla la palma. El Himno de Bayamo tiene ahora una imponente introducción de cornetas; es para mí una desgarrada y corta evocación de los que cayeron en la lucha, como si tocaran a silencio por los muertos; súbitamente, del fondo de esa llamada solemne surge el alegre canto, se alza la voz del pueblo: “Al combate corred, bayameses, que la patria os contempla orgullosa[...]”

Perucho Figueredo murió en patíbulo, como murieron millares de cubanos. El gobierno español cometió el error de llevar a los campos de Cuba libre la misma pasión destructora que puso en la lucha de Venezuela. Las familias que habían sido pudientes morían de hambre en los bohíos de la manigua; los campesinos eran ultimados a bayonetazos en medio de los caminos reales; no se respetó edad ni sexo. Muerto ya Agramonte, la multitud persiguió a su viuda, con fiereza para arrebatarle su hijo de meses y matarlo. En uno de los cementerios de La Habana apareció rayado el cristal que cubría la tumba de un periodista español, acérrimo enemigo de muchos jóvenes estudiantes, niños casi todos, fueron por esa sola causa. Ahora, cuando, cada 27 de noviembre

llega el aniversario de aquel crimen, el pueblo va al humilde monumento que se levantó en el lugar donde padecieron y les rinde homenaje de flores; y como el cubano tiene corazón, ese día rinde homenaje también al oficial español que quebró su espada para no llevarla manchada con sangre de inocentes. Con su dulce expresión de alma tierna, desde una fina estatua de bronce en la que se le ve sentado, cerca de allí, a escasos metros, el poeta Zenea parece ver, sin cansarse, hacia el Castillo de la Punta, donde recibieron muerte vil tantos cubanos. Él también la recibió.

Excepto en las ciudades mayores, que no alcanzó a tomar, la revolución impuso sus armas en Oriente, en Camagüey, y entró en las Villas. Media Cuba estaba en su poder. España movilizó decenas y decenas de millares de soldados, armó a sus aliados cubanos y los lanzó en guerrillas sobre los independentistas; fueron los tristemente célebre guerrilleros, a quienes hicieron buena compañía los voluntarios españoles. Por donde unos y otros pasaron, pasaban la inclemencia, el incendio y el espanto. Alimentada de armas desde el extranjero, la revolución se mantenía indoblegable, golpeando aquí, allá; enterrando héroes y formando conciencia de libertad.

El mundo vio con asombro esa lucha, en la que los cubanos se batían sin más ayuda que la de los pueblos que admiraban su heroísmo. En su gran mayoría, los gobiernos se mantuvieron neutrales o algo peor; pero de Estados Unidos, de Santo Domingo, de México, de Venezuela, de Colombia, del Perú, militares unidos salían hacia Cuba libre, comerciantes y banqueros daban dinero a los agentes revolucionarios, escritores y poetas mantenían una activa propaganda en favor de los combatientes. De las ciudades cubanas que estaban bajo dominio español salían noche tras noche jóvenes ilustrados, médicos y abogados, de casas ricas; atravesaban los campos o se iban a otro país, del cual embarcaban para las provincias en armas.

Batallas que fueron modelos de acción militar, algunas de ellas demolidoras para el prestigio de los ejércitos españoles, como la de Palo Seco; acciones de leyenda, como el rescate de Sanguilly; gestos de heroísmo y de abnegación escalofrantes, hicieron de la guerra de los diez años un fundente poderoso para la nacionalidad cubana. Pasaría el

tiempo, entrarían y saldrían los años de paz que siguieron al Zanjón y al agotamiento de la llamada “guerra chiquita”, pero el recuerdo de esas batallas que habían librado cubanos para hacer a Cuba libre, de esas acciones que habían tenido por escenarios potreros y cerros de la isla, de esos gestos que se multiplicaron por las tierras de Las Villas, Camagüey y Oriente, y el orgullo que tales recuerdos alimentaban, irían formando en el alma cubana un fuerte sentimiento patrio, simbolizado ya en una bandera, en un himno y en una república que no existía, pero que había existido.

Cuando al cabo de una década de lucha incesante, cruel e intensa, agotados económicamente más que moralmente, los revolucionarios acordaron aceptar la paz que España les ofrecía, el espectáculo que podían ver los partidarios de la independencia resultaba desconsolador. Mientras hablaron las armas apenas se había trabajado en los campos de Cuba libre, y la miseria era señora de toda la extensión en que la revolución dominó; las hijas de los grandes señores habían emigrado y habían tenido que trabajar en talleres o que sostener a los ancianos, cosiendo; las antiguas mansiones de los amos de la caña yacían en ruinas; los que fueron esclavos vagaban por los caminos, aprendiendo el uso de una libertad que desconocían, pidiendo trabajo o en última instancia, internándose en los bosques con sus armas para tomar posesión de un pedazo de tierra que les permitiera vivir; los trabajadores y los pequeños propietarios se movían hacia las ciudades, muchos de ellos a pedir trabajo y muchos a pedir pan. Tal parecía que Cuba jamás volvería a ser lo que fue. Sobre todo se pensaba que, muertos los adalides del pueblo, nadie podría ya convocarlos para volver a la guerra, porque los que durante la Colonia habían tenido autoridad debido a su riqueza, su cultura y su prosapia, habían desaparecido.

Era un error. En su incesante trabajar, la historia halla siempre la manera de vencer cuanto obstáculo encuentra en su marcha hacia un porvenir mejor. Desde la caverna en que se defendía a golpes de mazo del oso o del tigre, mísero e ignorante, apenas capaz de articular palabra, la historia ha ido llevando al hombre hasta el dominio de los aires y de las aguas, hasta los rascacielos y la televisión. A menudo no se la ve actuar, pero actúa sin un segundo de descanso. De la propia devastación de Cuba

libre habían salido los que renovarían la lucha más tarde; sólo que se requería la perspectiva del tiempo para que tales hombres fueran vistos por su pueblo con la estatura necesaria para encabezar la acción otra vez. La historia los había hecho, a puro mandoble de machete; y la historia los iría agigantando.

A medida que transcurrían los años, y a la vez que la larga paz iba haciendo más lejana y, por tanto, más increíble la atmósfera de sacrificios y heroísmos que en la guerra acaba tornándose natural, ciertos nombres se le iban figurando al pueblo símbolos de amor a la patria. Se evocaban los episodios de tal o cual combate, frecuentemente embellecidos por el relato de quien había estado presente o por alguien cuyo hermano participó en él, y se recordaba que lo había dirigido el general tal o el comandante cual.

Máximo Gómez, por ejemplo, había mandado las acciones más sonadas de la guerra. No había entrado en ella con prestigio de hacendado; ni siquiera era cubano. Peor aún, en su país había combatido contra los dominicanos cuando éstos se sublevaron en 1863 para echar a los españoles de su tierra. En la retirada española, Máximo Gómez llegó a Cuba hacia 1865, escasamente tres años antes del estallido de la revolución; y estaba explotando un pequeño fundo agrícola cuando se dieron los sucesos del 10 de octubre.

Gómez había nacido con el genio de la guerra. Era duro en el trato, parco en hablar, corto de vista, regular en la estatura, de pocas carnes, altivo, rápido al pensar y de un valor seguro y prudente. Nadie tenía acceso a su intimidad. Desterrado en Cuba, comenzó a sentir la nostalgia de la patria que él no había aprendido a amar, y poco a poco fue poniendo en la tierra cubana la callada y fuerte pasión de que hubiera sido capaz por la suya, acaso aumentada con la sensación de que había procedido como mal hijo de su país. La historia le reservaba el título de último libertador americano, a él, que había blandido el machete al servicio de los opresores de su patria.

Hombre terriblemente atormentado por un puntilloso sentido de su dignidad personal y por una fuente de ternura que a su parecer no era compatible con la carrera de las armas, vivía en guardia sobre sí mismo, lo cual lo hacía hosco y a la vez delicado. Muchos años después, José

Martí y él salían al amparo de la noche de la casa que el viejo soldado tenía en Monte Cristi, para embarcar hacia Cuba, donde tal vez les esperaba la muerte. La señora de Gómez le pidió que besara a su hijita, la última, que dormía plácidamente. “No, porque es un crimen turbar el sueño de los niños”, respondió el general. En tal momento aquel centauro cruzaba el umbral de la ancianidad; esa hija era el encanto de su vida, la alegría de sus mañanas. Se iría a la guerra sin besarla, “porque es un crimen turbar el sueño de los niños”. Otra vez, ya en Cuba, ordenó el incendio de un poblado cerca de La Habana; pero los niños de la escuela salieron en fila a pedirle que no lo hiciera, y el terrible jefe de las fuerzas libertadoras se fue de allí, tapándose los ojos con el sombrero para que no le vieran las lágrimas; y como al llegar a la estación de ferrocarril hallara a un soldado que hacía algo indebido, le pegó repetidas veces con su sable. Era que estaba colérico consigo mismo porque había sido débil.

Gómez resultó un dios de las batallas. Planeaba cada acción meticulosamente, conocía a cada uno de sus hombres, adivinaba la reacción del español. “El arte de la guerra consiste en saber cómo, por dónde, con qué y en qué número viene el enemigo”, decía sintetizando toda la sabiduría militar. Sus marchas y contramarchas eran asombrosas. Lo exigía todo del soldado, pero lo exigía todo de él mismo. Era disciplinado, férreo. Ponía a su servicio el terreno, la estación, la fauna. “Mis mejores generales son julio, agosto y septiembre”, afirmaba aludiendo a los meses de más lluvias en Cuba; y durante la última guerra, cuando ya habían muerto Martí, que fue el guía político de la revolución, y Maceo, que fue su brazo derecho, mientras operaba en La Reforma se movía de tal manera, que las tropas españolas tuvieran que acampar, durante las noches, en los lugares donde más mosquitos había, con lo cual obligaba al español a espantarlos haciendo hogueras que lo denunciaban a los certeros tiradores cubanos. Ordenó cierta vez a sus soldados que no tiraran a matar, sino a herir, “porque un muerto se queda en el campo abandonado, mientras que un herido inutiliza a los que han de llevarlo; necesita acémila, hospital, médicos, medicinas”.

Sabía llevar a sus hombres al combate y conducirlos a la victoria, pero sabía también formular la alta estrategia militar de la revolución.

Durante los años de paz que mediaron entre 1878 y 1895, soñó con llevar la guerra al occidente de Cuba, más allá de La Habana; y cuando volvió a la isla otra vez así lo hizo; acompañó a Maceo hasta las puertas de la capital, en cuyos alrededores se quedó operando, sorprendiendo al español, hoy aquí, mañana allá, realizando los increíbles movimientos que le dieron en todo el mundo fama como el más grande guerrillero de todos los tiempos. Él solo tuvo sobre sí, en las provincias las de Matanzas y de La Habana, más soldados españoles que los que jamás había habido en toda la América del Sur; y los batió sin descanso, los burló, los maravilló. En la última guerra cruzó la isla de oriente a occidente propagando por donde pasaba la maldición del fuego. No dejó un cañaveral en pie. Fue la célebre “Campaña de la Tea”, más peligrosa para España que todos los ejércitos mambises. “Cuando Cuba sea pobre, España no tendrá interés en ella y la abandonará”, decía. Y asoló a Cuba con los incendios, cuyos resplandores seguían el rastro de la caballería revolucionaria.

Era sentencioso, agudo y astuto. Su mirada de águila penetraba el misterio de lo que ignoraba. Muchos años antes de que se descubriera la radio escribió, refiriéndose a la batalla de Palo Seco, que el tronar de los disparos, los ayes de los heridos, relinchos de los caballos, el toque de las cornetas; todo ese ruido debía hallarse en algún lugar del espacio. Tenía pocas letras, pero era un gran escritor natural. Muerto Martí, escribía esa misma noche a un amigo: “La revolución seguirá y triunfará. Yo creo que la revolución americana se hubiera hecho aunque no hubieran existido Washington ni Bolívar.”

No era un político, sino un revolucionario. Cuando escribe sobre los hechos y los hombres de la guerra toma por personaje a un negro que había sido esclavo y fue su asistente, el negro Eduá. Al declararse la guerra entre Estados Unidos y España, el capitán general de la Isla le envió una carta, pidiéndole que depusiera las armas y se uniera a él en la lucha contra las fuerzas estadounidenses, “que pertenecían a otra raza”. “Todas las razas son iguales. Yo no he venido a Cuba a pelear ni siquiera por la independencia de los cubanos, sino por la libertad de todos los hombres de la Tierra”, contestó él. Fue intransigente en su credo. El pueblo quiso hacerlo su primer presidente, pero él no quería imitar a Washington ni a Bolívar en eso.

Viejo ya, encanecido, flaco, sobre el caballete de la nariz los espejuelos de metal, confundidos entre sí el copioso bigote y la perilla, blancos ambos; áspero de perfil, huesudas las mandíbulas, el generalísimo Gómez entró en La Habana, cabalgando su corcel, al frente de las tropas mambisas. Era 1898. Treinta años atrás había dado en la Venta de los Pinos la primera carga al machete de la revolución. El pueblo deliraba a su paso; las mujeres sembraban las calles de flores. Jamás había visto él la capital de la isla. La calzada por donde entró lleva hoy su nombre. Desde su silla de montar, adusto, el general estaba librando su carga final sobre la gloria. Había entrado en Cuba como oficial de la reserva española; había terminado la guerra de los diez años tan pobre, que pocas semanas después lloraba en Jamaica, “porque ustedes me pedían pan y yo no tenía pan que darles”, escribió a una de sus hijas.

Murió en 1906. Lo mató su popularidad, pues habiendo hecho un viaje a Santiago de Cuba, la gente se apiñaba para estrechar su mano y tenía la mano ligeramente herida; sufrió una infección que lo venció, a él, el invicto en las batallas. Hoy tiene estatua en La Habana; está al comenzar la Avenida de las Misiones y tiene al fondo el Palacio Presidencial. Desde un hermoso caballo de bronce, que clava en el suelo sus cuatro patas y al cual se le sienten los bríos en la forma como la cola, tirada hacia una anca, denuncia el inicio de la marcha en los combates, el general parece contemplar a sus batallones que avanzan a la distancia. Tiene en su diestra mano el sombrero, la brida en la izquierda. Monta a la manera incorrecta en que lo hacen los campesinos de su tierra natal. Sobre el claro cielo de Cuba se destaca su perfil agresivo, esa línea de águila barbada que tanta impresión causó en sus soldados. Los días de su cumpleaños el ejército le rinde honores en el viejo cuartel de La Cabaña, y desde allí pueden verle, adusto, seco, casi a punto de ordenar a sus batallones: “¡Al machete!”.

Gómez era un anónimo cuando empezó la guerra. No tenía haciendas, no tenía nombre ilustre. Al hacerse la paz del Zanjón, nadie hubiera pensado que él sería el jefe vencedor de las fuerzas libertadoras que exactamente veinte años después entrarían en La Habana. Pero así sucedió. Porque la desaparición de los aristócratas, de los terratenientes y de los burgueses que acarreó la revolución en su primera década,

llevó a la dirección de la lucha a gente de pequeña clase media, a pequeños propietarios, profesionales de clientela pobre y burócratas.

Uno de esos pequeños propietarios era Antonio Maceo, mulato, esto es, de una raza oprimida y despreciada. Antonio Maceo tendría veintitrés años cuando Carlos Manuel de Céspedes se rebeló en “La Demajagua”. Conducía entonces las arrias de caballos y mulos de su padre, mestizo de negro, indio y español, nacido en Venezuela y llegado a Cuba durante la emigración venezolana que provocaron las luchas por la independencia de aquel país; con esas arrias llevaba a Santiago de Cuba los frutos de la propiedad familiar. Antonio Maceo era una hermosa figura de hombre, alto, macizo; tenía solidez interior, porque no padecía, como Gómez, contrastes en su psicología. De frente alta, si bien no ancha, fiera mirada que a veces se hacía risueña, amplias las ventanas de la nariz, retorcido el áspero bigote, tenía una poderosa quijada cuadrada y erguía siempre la cabeza, como quien quiere aparecer altivo ante los demás.

Cuando dejó los campos en armas y anduvo por el destierro vestía impecablemente, tocado de bombín, a menudo bastón en mano. Era cuidadoso de sí. No quería ver una mancha en su traje ni oler si no era a buena agua de azahar. No fumaba, no bebía; jamás hablaba de sus aventuras galantes. En los combates su voz era un trueno, pero en la vida común tenía tono bajo flexible. Sus amigos contaban que era con ellos delicado como una dama con otra o como un adulto con un niño, pero en la guerra resultaba duro y no titubeaba en mandar a los hombres a morir; más aún, los hería con una palabra o con una mirada de sus ojos, que el humo de las batallas enrojecía hasta hacer imponentes.

Al conocer los acontecimientos de 1868, Antonio Maceo abandonó las arrias de la propiedad familiar y se ofreció a las fuerzas revolucionarias. Entró como soldado; iba a ser el más grande de los generales de su país. Bajo el mando de Gómez aprendió el arte y la ciencia de combatir. Llegaría la hora en que tendría que sustituir a su maestro en la jefatura de un departamento, y lo hizo con amargura, pero con espíritu disciplinado. La atronadora violencia en el ataque al enemigo y la consciente disciplina en toda hora iban a ser sus más destacadas virtudes en la guerra. Cuando finalizaba la década sangrienta, al tiempo que por los caminos del territorio que hasta poco antes había sido campo de la re-

volución, los generales y los soldados se encaminaban hacia sus hogares o hacia los puertos en que habían de ir al destierro, Antonio Maceo, que no había cumplido todavía treinta y tres años, respetado ya entre sus compañeros, desconoció la tregua y levantó de nuevo la bandera de la rebelión. Fue bajo unos mangos, en Baraguá, donde convocó a los que quisieran luchar; y por ello ese acto se conoce en Cuba con el nombre de la Protesta de los Mangos de Baraguá. Era tal vez una locura, pero heroica. El nombre de su autor corrió de boca en boca; causó espanto en las filas españolas, que confiaban en la paz, y enardeció a los cubanos. En la hora de su caída a la revolución le surgía otro líder; un líder que, como Gómez, no procedía de ilustre prosapia, no había tenido ingenios ni cafetales. El capitán general español se entrevistó con él, con aquel a quien la prensa peninsular y habanera llamaba “filibustero” y “el mentado general Maceo”. Maceo demandó la libertad de los esclavos y pase libre al extranjero para él y los suyos. No quería nada para sí.

Por los ámbitos de la paz se difundió su nombre. Había ascendido grado a grado a general, pero también había recorrido el trayecto entre el soldado y el político. Su desarrollo había sido tan armónico y natural como lo requería la historia. Como en el caso de Máximo Gómez, ya en el destierro vio crecer su prestigio incesantemente, hasta llegar a figurar entre los tres hombres que habían de dirigir la renovación del movimiento libertador. Se le quiso matar en Haití; fue herido en Costa Rica por fanáticos españoles. Cuando Martí tuvo listo todo lo necesario para iniciar la guerra, a principios de 1895, le escribió diciéndole que sin él era imposible llevar la libertad a Cuba y que debía embarcar, “aunque sea en una uña”.

A bordo de una goleta, Maceo salió de Costa Rica; entró por Baracoa con trece compañeros; fue perseguido con ferocidad y salvó la vida milagrosamente. Pero su solo nombre era la guerra, y cuando las fuerzas españolas, que seguían su rastro vinieron a caer en cuenta de sus movimientos, era ya tarde. Maceo las batió en Peralejo. Hecho un huracán sobre el caballo, seguro de sí mismo, Maceo era en los combates la fuerza de la tierra desatada. Había salido de la década sangrienta con trece heridas, algunas de ellas gravísimas; pero nadie creyó jamás que aquel cuerpo de gigante, lleno de poderosos músculos, podía ser abatido a tiros.

Le llamaron el Titán; el Titán de Bronce le dicen hoy. Los negros de Cuba le decían, simplemente, el general Antonio. Después de Peralejo dio la batalla de Sao del Indio; más tarde encabezó la invasión hacia occidente, que en justo homenaje al héroe partió de los Mangos de Baraguá.

Desde el 22 de octubre de 1895 hasta el 22 de enero de 1896, a lo largo de una ruta de más de ochocientos kilómetros, vadeando ríos, trasponeando lomas, evadiendo trampas, combatiendo, atacando, retirándose, con una fuerza que en ocasiones iba hambreada y que llevaba tras sí gran impedimento; dejando a la espalda enemigos y delatores; atravesando una isla que por largos días no ofrecía más terreno que enormes llanuras y que a veces no tenía cuarenta kilómetros de anchura; escurriéndose por las célebres trochas, líneas españolas compuestas de fortines distantes entre sí mil metros nada más, de costa de mar a costa de mar, Maceo marchó y contramarchó, todo aquel ejército a su cuidado, pues a él confió Gómez el mando de las tropas. Cruzado de ferrocarriles y de carreteras, de telégrafos y de destacamentos españoles, el territorio enemigo se hacía cada vez más impenetrable, especialmente a medida que los invasores se acercaban a La Habana.

Pasma pensar que esa marcha pudo llevarse al cabo. Pasma pensar que la fuerza invasora se mantuvo unida; que no cejó un pie, que fue capaz de concebir la hazaña y de realizarla. Cuando Antonio Maceo penetró por las calles de Mantua, la más occidental de las poblaciones cubanas, España había perdido la guerra. Pues la tea fue con él; devastador incendio recorría la isla de un confín a otro confín y los hombres empobrecidos por el fuego, sin paraje en que trabajar, acudían a las filas del ejército libertador. Gómez lo había dicho antes que Lenin: “Sólo los pobres son buenos revolucionarios”.

La marcha de la invasión llenó de asombro al mundo. El nombre de Maceo resonó en Francia, se repitió en Inglaterra, era dicho a diario en las dos Américas. Se había convertido en el caudillo por excelencia, en el símbolo de la revolución. “Dos balas bastan para poner fin a la guerra de Cuba”, dijo Cánovas del Castillo, primer ministro español. Aludía a Maceo y a Gómez. Un anarquista italiano lo creyó capaz de hacerlo, fue a España y disparó las dos balas sobre él.

El prestigio de Maceo no conocía paralelos. Millones de oprimidos, en Cuba y en todas partes, veían en él un ejemplo y una esperanza. Era mulato y comandaba un ejército libertador; había sido arriero y su machete tenía en vilo a un imperio multiseccular. Sin embargo, Maceo respetó su gloria. Su título era el de lugarteniente general; por encima suyo estaba Gómez, y Maceo, que era implacable en la demanda de disciplina, obedecía sin un reproche cualquier orden de Gómez o del poder civil de la revolución. Pudo haber dicho: “Quiero el mando supremo”, y lo hubiera tenido. Jamás fue capaz de pensarlo. Era un gran capitán, pero era un gran cubano.

En diciembre de 1896, menos de un año después de haber llevado su cabalgadura desde los Mangos de Baraguá hasta el extremo occidental de la isla, “el general Antonio” cayó en una acción sin importancia. Los españoles tardaron en saber que había muerto; así, los cubanos tuvieron tiempo para llevarse el cadáver y enterrarlo secretamente. Allí, junto al hijo mayor del general Gómez, que había muerto abrazado con él, su poderoso cuerpo esperó hasta el final de la contienda, cuando Cuba entera pudo ir a rescatarlo. Hasta el lugar donde al fin reposó aquel incansable va ahora, desde La Habana, una hermosa avenida de dos vías, que termina en el monumento donde se hallan sus restos.

La gente del pueblo visita ese monumento los 7 de diciembre, fecha en la cual se conmemora la muerte de cuantos dieron su vida a la patria; allí van tal día los altos jefes del ejército, el presidente de la República, los ya ancianos veteranos que combatieron a las órdenes del héroe. Yo he estado ahí, una oscura noche en que las estrellas parecían caerse a racimos desde el cielo cubano; he ido a veces a dialogar en silencio con el general, a preguntarle de qué elevada luz estaba hecha su alma de hombre grande. Y he estado allí también en un aniversario de su caída. Mediaba la tarde; entre ministros y oficiales, el presidente ocupaba un palco; frente a él, un silencioso mar de cabezas se movía lentamente, escuchando a un anciano orador. Yo llevaba al lugar, para que lo conociera en su día propio, a Rómulo Gallegos, quien después de la prisión a que fue sometido en Venezuela cuando un golpe militar derrocó el régimen constitucional que él encabezaba, llegó a Cuba a tiempo para presenciar el homenaje popular que todos los años se le rinde a Maceo.

Pidiendo paso a la multitud fuimos cruzando; de pronto una voz gritó: “¡Es el presidente Gallegos!”. Y el homenaje al Titán lo fue, en la persona del autor de *Doña Bárbara*, a la patria de Marcos Maceo, padre del “general Antonio”.

El “general Antonio” también tiene su estatua; y a poco andar del sitio donde, sobre un caballo encabritado, sable en mano, parece que carga contra el enemigo, tiene otra Mariana Grajales, la mujer que le dio vida. Vaciada en bronce se ve a la madre de Maceo empujando a su último hijo. Tuvo once varones; a todos los hizo jurar que darían la sangre por Cuba, y un día en que acabando de enterrar a uno de ellos le llevaron otros dos malheridos, cogió al más pequeño por debajo de los brazos y lo levantó. “¡Y tú, empínate, que ya es tiempo de que pelees por tu patria!”, le gritó. De tal vientre nació el héroe.

Gómez y Maceo hicieron la guerra; el que preparó la conciencia del país para librarla fue José Martí, sin duda la más atrayente personalidad que hayan producido los pueblos de lengua española. Vivió escasamente cuarentaidós años, si bien al final, caído en las entradas y en la frente el crespo pelo que tuvo en su mocedad, devorado el rostro por una tristeza interior que se le transparentaba en la mirada, parecía haber transpuesto los cincuenta. Aunque estuvo en presidio y fue deportado a España cuando apenas era un niño, a poco de empezar la guerra de los diez años, resultaba de hecho un desconocido cuando los capitanes de las armas libertadoras las rindieron en el Zanjón. Nadie hubiera sospechado entonces que aquel joven vehemente y a la vez triste que daba lecciones de literatura en Guatemala, al tiempo que en Cuba se ponía alto a la lucha, estaba llamado a unir en un haz todas las fuerzas dispersas en la isla y en destierro y las iba a lanzar como una catapulta sobre las murallas del viejo Imperio español, que al tremendo golpe empezarían a derruirse.

José Martí, como expresión carnal de la forma firme en que trabaja la historia, es de los más curiosos y completos que pueden darse. Había nacido con la sensibilidad necesaria para ser, como lo fue, uno de los más grandes poetas y tal vez el más grande y original escritor de su habla en el siglo XIX. Era hijo de un hogar español, modesto pero dependiente del orden colonial; su padre, sargento de artillería primero y después

ínfimo funcionario de orden público en La Habana, resultaba un típico representante de la fuerza opresora en Cuba. Forzado por el malpasar de los suyos al trabajo desde casi su infancia, Martí estaba llamado, por el ambiente en que nació y creció, a una vida mediocre, o por sus características de escritor, desarrolladas luego a la par en la oratoria, a ser abogado –carrera que estudió, pero que no ejerció– o redactor de algún periódico habanero. Sin embargo no sucedió así. Pues conjuntamente con su extraordinario don artístico, aquel jovenzuelo había traído al mundo una buena carga de genialidad política y un sentido natural de la justicia personal y colectiva que iban a llevarle, necesariamente, a la causa de la revolución.

Aun así no se le llamaría hoy, en todos los pueblos que hablan español, “el Apóstol” –con cuyo nombre se le conoce tanto como con el suyo propio, si a base de sus condiciones naturales no hubiera desarrollado un carácter admirable, que era a la vez duro como el cuarzo para mantener una idea y ponerla en acción, tierno como una mujer apasionada al expresarla y sometido como un potro bien domado a su brillante y sutil inteligencia. Convencido de que debía entregarse sin reserva a su papel de guía, puso su emoción, sus talentos y su carácter al servicio de la libertad de Cuba sin parar mientes en nada más. De exquisitos sentimientos, abandonó a sus padres, a sus hermanos, a su hijo sin quejarse jamás de la separación –si bien en sus cartas, a través de hermosas y sentidas palabras se advierte su perenne sufrimiento por tal causa– y recorrió sin una vacilación su camino de patriota.

Martí vivía desterrado en Nueva York cuando empezó a llamar la atención de sus compatriotas a causa de sus extraordinarias dotes de orador. Al parecer, sabía usar, en sorprendente armonía, la sobriedad del gesto y el calor de la palabra para desatar sus brillantes y castizos párrafos. Hacía tiempo que en lenguaje español no se oía un verbo de tal elocuencia. Era atrevido y a la vez clásico en la forma. Convocaba con sus palabras mundos, océanos y ejércitos; y a todos los hacía desfilar de un trazo, ante los atónitos oyentes, y del fondo de la historia extraía sentencias claras, cuya sencilla grandeza embriagaba a las gentes. Pálido, más bien bajo y delgado, vestía con humildad y su natural tristeza se iluminaba a menudo con cierta dolorosa sonrisa apenas esbozada. Usaba

casi siempre traje negro. Era amoroso con los ancianos y los niños, fino con las mujeres, tierno con todos. En sus últimos años hablaba poco, pero escribía nerviosamente; sólo en la tribuna estallaba su rutilante palabra.

Leyendo la copiosa obra que él dejó es posible descubrir el secreto que hizo de tal hombre una figura tan excepcional. Pues poniendo a un lado sus condiciones naturales, que acaso otros tuvieron y no supieron usar, en la vida de Martí la voluntad de ser quien fue actuó en todo minuto. Inclinado desde su más temprana juventud a trabajar para provecho de los otros, la dureza de la lucha, en la que surgen siempre envidias, calumnias y mezquindades, pudo haber herido su sensible alma de poeta y haberlo llevado a aislarse. Pero Martí descubrió a tiempo que el político o el que dirige pueblos no puede confundir a los hombres con la historia; los hombres parecen a menudo débiles, ingratos y crueles; la historia no toma en cuenta esos detalles. Si aspiraba a ser sujeto de la historia, Martí tenía que actuar como lo hace ella misma.

Sin fe en los hombres, Martí adivinó, por genial intuición característica del gran político, que el pueblo no es una simple suma de hombres, como el cuerpo humano no es una simple suma de órganos o de tejidos, y que es el pueblo quien hace historia. Su fe en la historia se tradujo, pues, en fe en el pueblo, y con ella se aplicó a la gran tarea de levantar a los cubanos en guerra contra España, convencido de que su obra se realizaría de manera ineludible. Día tras día, durante largos años, halagó el sentimiento heroico de Cuba y acabó identificando al cubano con la epopeya. Como en su voz la expresión estallaba con la fuerza y el resplandor de un relámpago, la usó para describir, casi siempre en una sola frase de vigor excepcional, belleza perfecta, a los héroes y las batallas en que ganaron gloria para ellos y libertad para sus patrias; o para pintar a la República, todavía por forjar, tal como él, con su caudal de ternura y de dignidad, entendía que debía ser.

Tal vez por mágica adivinación de poeta conocía el arte de gobernar y era, por tanto, un maestro de naciones. Parecía que hubiera presidido docenas de países. Él sabía a ciencia cierta que los jefes de pueblos tienen que silenciar su conocimiento del corazón humano, esconder a los ojos de todos la dificultad del procedimiento, engañar con nobleza;

sabía que la guerra no era tan hermosa, deslumbrante y embriagadora como él la pintaba. Pero tenía que convocar a los cubanos para que la hicieran.

De la dramática contradicción en que él vivía, haciendo cada minuto y cada hora y cada día el sacrificio de su más profunda intimidad; cantando su fe en la historia y en el pueblo que la hace, pero silenciando su poca fe en los hombres; predicando la hermosura de la guerra, que es la destrucción y la muerte y el dolor; hermo­seando con matices conmovedores la función del gobernante, que deja el alma seca y estéril; de tan silenciosa pero agobiante lucha en sí mismo, surgía esa melancolía de su rostro, fácil de advertir en las fotografías que de él quedan. Una tem­plada y digna amargura que en ocasiones conmueve y parece a punto de sacar lágrimas se difunde por su pálida frente, por sus ojos un tanto lánguidos, por la boca que el bigote no deja ver, pero que se adivina caída de tristeza.

Jamás usó Martí una palabra que no fuera hermosa ni apeló a un sentimiento que no fuera digno. Transitó por el mundo con el dolor de quien conducía a los demás a un sacrificio ejemplar, aunque necesario. Su vida entera iba a ser, y lo fue, una enseñanza sin paralelo. Era un convencido de su propia inmolación. Y marchó a ella consciente, sin un titubeo, sin la menor demora.

Con claro sentido de organizador, cuando comprendió que los cubanos del destierro lo miraban ya como su paladín, organizó el Partido Revolucionario Cubano, enroló en él a todos los partidarios de la independencia, comenzó a recabar fondos, publicó un periódico que fue el vocero del partido; en memorable carta a Máximo Gómez le ofreció la jefatura militar de la revolución, y se movió sin cesar, de Nueva York a Tampa, donde había un núcleo de millares de cubanos que trabajaban en las tabaquerías de la zona; de Tampa a Costa Rica, a Jamaica, a Santo Domingo, a Haití, siempre con su centro de actividades en Nueva York. Enviaba correos secretos a Cuba, evadiendo la vigilancia española, sin responder a las calumnias de que era objeto por parte de la prensa oficialista de la isla, trabajando siempre, de día y de noche, y escribiendo a toda hora –ya cartas para los revolucionarios, ya artículos para el periódico de la revolución, ya crónicas para diarios de Sudamérica–. Vivió en un vértigo pasmoso. Al empezar el año 1895 ciento nueve grupos

conspiradores de Cuba que se habían afiliado al Partido Revolucionario recibieron la orden, escrita y firmada por Martí, de iniciar el movimiento libertador. Tal orden fue envuelta en un cigarro puro. La revolución estalló el 24 de febrero de 1895. Martí no la vería triunfar.

Desde que se entregó por entero a la obra de la independencia de Cuba, José Martí se anunció a sí mismo la muerte. La premonición de su caída sacude sus páginas, pasa por ellas enlutándolas y marcándolas con el signo de la muerte. A medida que la hora decisiva se va acercando, se le ve marchar hacia la tumba. Es un largo camino de suplico el suyo. Su tono se convierte en el de un moribundo; la trágica ternura de quien habla desde el borde del sepulcro pone en su voz un acento tan conmovedor, que insensiblemente los que le rodean empiezan a llamarle “el Apóstol”. En sus últimos meses, una palidez mortal saca luz de su rostro; los ojos se le ahondan, más tristes y dolientes cada día, y el tema de su caída aparece en cada carta.

El 25 de marzo de 1895 Cuba está ya en guerra; ese día escribe a un amigo: “Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado”; y a seguidas, a su madre: “Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?” Para él, la cita con la historia se resuelve en la muerte. Menudean las frases amargas pero valerosas: “Yo no me cobijaré con la sombra del árbol que siembro”. “Para mí, ya es hora”. Uno no puede leer esas páginas sin que las lágrimas tiemblen en el borde de los párpados, porque si hijo alguno de mujer debió vivir para ver su obra fue él, el que predicó amor en medio del odio, el que jamás dijo de nadie nada feo, el que acertó a despertar en toda América un sentimiento de fraternidad tan vivo y poderoso que hizo a estos pueblos más hermanos de lo que jamás lo habían sido. En él se habían reunido el valor del héroe, la delicadeza de una madre, la ternura de un niño y la hermosura del mundo. Podía aceptarse la muerte del héroe, pero no que mataran a la madre, al niño y a la hermosura.

Cayó en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895. Había llegado a Cuba en bote, acompañado por Máximo Gómez y por otro dominicano y tres cubanos; en la obscura noche tempestuosa, él mismo remó. Durante poco más de un mes viviría en el campo en armas, con el equipaje lleno

de medicinas para curar a los heridos. Los soldados mambises le llamaban “Presidente”, y él vivía, como una criatura, embriagándose de Cuba, cuya tierra no había visto desde hacía lustros. De pronto, habiéndose apartado las tropas para poner emboscada a una columna enemiga, él oyó cornetas, montó a caballo, ordenó a un amigo que cargaran y se lanzó sobre las filas españolas. Una bala le destrozó el cuello. América se espantó con su caída y en el continente y en las islas los hombres se miraban, callados, y aseguraban que otro podía ser, que era mentira.

Fue verdad. Máximo Gómez trató de rescatar el cadáver. El oficial español que recogió su cuerpo escribió a Gómez una nota, diciéndole que lo llevaba herido y que trataría de curarlo. Era masón y hablaba de Martí llamándole “el hermano Martí”. Sin duda iba sin vida ya. Pero fue un premio para su luminoso corazón que el enemigo en cuyas manos estaba su cuerpo le llamara “hermano”, a él, que predicó tanto la fraternidad entre los hombres. Sepultado en una población del trayecto y después en Santiago de Cuba, lo desenterraron para comprobar que ése era su cadáver.

Poco más de medio siglo después transportaron sus restos a una tumba fastuosa y fea. A decenas y decenas de millares el pueblo se congregó, allí mismo, en Santiago, bajo el ardiente sol de verano. En medio de un silencio impresionante, en saludo, frente a los ojos, el arma de los soldados, firmes los viejos veteranos de la guerra, caídas las frentes de los embajadores y ministros extranjeros, angustiosa la respiración de hombres y mujeres, el presidente de la República avanzó en un claro, él solo, con los restos de Martí en las manos y sobre ellos la bandera cubana. En el puerto comenzaron a tronar los cañones de los buques de guerra, las cornetas cantaron su doliente funeral. Por las mejillas de mujeres y de ancianos corrían las lágrimas. Parecía que Cuba estaba enterrando por primera vez a su Apóstol. En los más apartados rincones del país, pegados a la radio, los cubanos oían el trueno de la corneta que sollozaba en Santiago.

Debido a que fue el último de los pueblos americanos que acudió al arma para conquistar su independencia, y debido al heroísmo que derrochó en su guerra de los diez años, todo eso operando sobre el prestigio que desde sus primeros tiempos tuvo La Habana en el mundo occidental, Cuba se había convertido en la novia de América. Al final del siglo,

sobre tal condición había puesto Martí el brillo singular y atrayente de su personalidad, difundida por todo el Continente gracias a su cautivante estilo de escritor y al amor con que cultivó la atención americana, dedicándose a cada uno de los países del Hemisferio. Al morir él, América temió que la renaciente lucha quedara parada en seco. No fue así, sin embargo. Gómez y Maceo, auxiliados por militares y civiles de pro, mantuvieron la guerra encendida y la acrecieron con increíble audacia. En poco tiempo los soldados mambises cruzaron las fronteras provinciales y avanzaron hacia occidente, sembrando el fuego libertador a lo largo de la isla.

La guerra volvió a cobrar el ímpetu salvaje de otros tiempos; pero esta vez estaba animada por el espíritu que le insufló Martí. Los cubanos sabían ya que querían una República, pero no una República vulgar y cotidiana, sino la que su Apóstol les había mostrado en aquellos discursos deslumbrantes, dichos con lengua que alcanzaba el tono de la lengua de los dioses. Los jefes en armas empezaron a hablar como lo hacía Martí, y entre las órdenes del día proclamadas en los campamentos resplandecían a veces sentencias martianas.

Otra vez el Hemisferio vio reflejadas en Cuba sus ansias de libertades, y desde Chile y Argentina hasta México, por la tierra continental y por las islas, comenzaron a movilizarse hombres y mujeres y niños de todas las razas y de todas las patrias para recabar ayuda a la revolución cubana. Hubo comités revolucionarios en capitales tan lejanas como París y Nueva York, periódicos mambises en lenguas extranjeras. De todos los confines del mundo se veía la prócer figura de Antonio Maceo marchando hacia el oeste, siempre hacia el oeste, arrollando columnas españolas; el diario más españolista de Cuba se alarmaba y clamaba que Máximo Gómez estaba “golpeando con el cabo de su machete en las puertas de La Habana”.

España proclamó la política de “la última peseta y el último hombre” para Cuba y envió a Valeriano Weyler, general de corazón prusiano, a que pusiera fin al avance cubano. Weyler llegó a La Habana con la decisión de secar en la tierra y la isla la última semilla de rebelión; procedió a concentrar a todo habitante en determinadas ciudades que sus tropas podían defender, a fin de que los patriotas no tuvieran el favor del campesino. Fue la llamada “reconcentración”, hazaña monstruosa, antece-

dente de lo que medio siglo después serían los campamentos de trabajos forzados en Europa. Llevando consigo bestias, gallinas y perros, atraillados en familias, con los niños enfermos o a cuestas y los ancianos agotados por las marchas, millares y millares de cubanos comenzaron a abandonar los fundos en que habían nacido y crecido, los lugares donde moraron sus abuelos y donde cuidaban las tumbas de sus muertos. Mientras ellos caminaban a concentrarse en las ciudades, los patíbulos se levantaban en todo el país y las descargas cegaban día y noche vidas de “infidentes”. Llegaron las hambrunas y tras ellas las epidemias. Se calcula que más de doscientos mil cubanos de todas las edades murieron entonces.

Pero la “reconcentración” no abatió el espíritu de los combatientes. Impetuosos, poseídos por la santa cólera que dan las grandes causas, los mambises siguieron avanzando, destrozando al paso batallones y columnas españolas, quemando cañaverales con espantoso heroísmo. Cayó Maceo y España esperó que con su cadáver quedaría enterrada la revolución. La revolución prosiguió. Nada podía detenerla. Aumentaron las hambrunas, las epidemias, el indescriptible sufrimiento en todo el país. Pero no disminuyó el coraje libertador. Madrid acabó llamando a Weyler.

En febrero de 1898, cuando sólo faltaban nueve días para que la rebelión cumpliera tres años de iniciada, una bomba hizo volar el *Maine* en el puerto de La Habana. En Estados Unidos se dijo que los españoles lo habían hecho adrede y en España se dijo que fueron los estadounidenses. De la costa del Atlántico a la del Pacífico, de las fronteras canadienses a las mexicanas, Estados Unidos comenzaron a oír el grito de guerra el de “remember Pearl Harbor”. A fin, movieron su escuadra, de “remember the *Maine*”, como cuarentaidós años después oirían llenaron los transportes con soldados, bloquearon a Cuba y desembarcaron cerca de Santiago, en cuyas cercanías se dieron los combates de El Caney y de las Lomas de San Juan, desde las cuales dominaron la ciudad.

Santiago era un escenario de confusión. El hambre y las epidemias habían tomado señorío de la ciudad. Llena de refugiados, abarrotados los cuarteles por soldados españoles, en cuyos rostros había marcado la guerra su espanto, la capital del Oriente cubano denunciaba, de un golpe, cuán feroz era la contienda, con cuánta saña defendía España el último

jirón de su Imperio transmarino y con qué tenacidad se lo disputaban los cubanos. En la boca del puerto fue cañoneada y destruida la escuadra del almirante Cervera, hecha astillas por los obuses de las naos norteamericanas. Cuatro siglos de Colonia española se derrumbaban al golpe de esos disparos. España yacía vencida. Su bandera se replegaba. Los mambises avanzaban sobre esos pliegues. Máximo Gómez entró en La Habana, cabalgando su corcel. El recuerdo de Martí y de Maceo flotaba sobre la multitud que recibía con lluvias de pétalos a los libertadores.

Cuatro años permanecieron en Cuba las tropas estadounidenses en son de protectoras. La isla fue gobernada por un gobernador militar designado por el presidente de Estados Unidos. Se procedió a reparar los daños de la guerra, a sanear el país, a cegar los lugares donde proliferaba el mosquito que transmitía la fiebre amarilla, a devolver soldados mambises a sus hogares; se convocó a elecciones para diputados constituyentes que redactaron la Constitución de la República, y a elecciones para elegir al presidente que debía gobernar, por primera vez, desde lo que había sido el Palacio de los Capitanes Generales españoles.

A la muerte de Martí, en su cargo de delegado del Partido Revolucionario Cubano había quedado don Tomás Estrada Palma, presidente que había sido de Cuba en armas en los días postreros de la lucha de los diez años. Prisionero del enemigo en aquella época, había sido llevado a España; después pasó a Honduras, donde casó, y luego a Estados Unidos, donde fundó un colegio. Era ya casi un anciano cuando el voto de su pueblo lo fue a sacar de Nueva York para que echara sobre sus hombros la honra y la tarea de gobernarlo. Bajo, de perfil resuelto y enérgico, blancos el pelo y el grueso bigote, era tenaz y honesto. Llegó a Cuba por Oriente y recorrió la isla entre aclamaciones atronantes. El 20 de mayo de 1902 tomó posesión de su alta investidura. En las ciudades y en las aldeas reventaban los cohetes, atronaban los vítores, hombres y mujeres se abrazaban llorando de júbilo. Para el pueblo, Cuba era ya independiente.

Pero no lo era todavía. Veintiocho años más tarde la lucha volvería a brotar. Y al cesar el rebrote sería cuando Cuba alcanzaría en verdad el gobierno de sí misma.

La lucha final

Por las calles de las ciudades y de los pueblos cubanos se ve pasar de cuando en cuando algún anciano cuya estampa se distingue en el vaivén de las multitudes o en la soledad de una plaza. Lo curioso es que el que camina a paso lento por La Habana, erguida la cabeza, casi siempre enflaquecido por los años y limpiamente vestido, aunque su ropa sea pobre, tiene mucho de común con el que da sus despaciosas caminatas, con igual aire y similar empaque, por las calles de Camagüey o de Santa Clara. Es que son veteranos, esto es, soldados, clases y oficiales de la guerra libertadora.

Blancos o negros, en mejor o en peor posición económica, con grado de general o de sargento, todos tienen el sello de una época y de una actitud. Se les ve erectos, dignos, muy señoriales; y cuando pasean en pequeños grupos o cuando concurren a actos en que se conmemora la gran hazaña, se saludan con hidalga cortesía, hablan bajo y miran con cierta altivez ya en desuso. En Cuba deben quedar algunos centenares de esos gloriosos ancianos. Díganlo o no, su presencia denuncia la satisfacción moral de quienes cumplieron una tarea hermosa. Es probable que la gran mayoría crea que al proclamarse la República quedó totalmente independiente y, por lo tanto, librada a sus propias y exclusivas fuerzas.

Pero no ocurrió así. Durante un tercio de siglo más, Cuba tuvo que luchar para salvar el último obstáculo que tenía por delante si deseaba disfrutar de su verdadera independencia política, en el grado en que pueda existir a estas alturas una independencia de tal tipo. Pues de su posición de colonia española el país pasó al grado de semicolonía; y hasta

que se dio la victoria de la llamada “revolución de 1930” no pudo romper los invisibles muros del semicolonialismo. Como es claro, quedan rezagos de esos muros; mas lo cierto es que en lo fundamental han sido echados abajo, como lo fueron las viejas murallas con que el Imperio hispánico rodeó siglos atrás a La Habana.

Desde principios de la pasada centuria el comercio azucarero cubano se encauzó hacia el mercado norteamericano, razón por la cual el capital estadounidense fue entrando en la isla hasta llegar a dominar, ya desde los años finales del siglo, la industria que ha sido tradicionalmente el nervio de la economía criolla. A causa de esa invasión de capitales, por una parte, y a causa de razones de estrategia política mundial y de razones de política doméstica –muy vinculadas en su día, estas últimas, al problema esclavista de la Unión–, Washington empezó a gravitar sobre los destinos de Cuba en forma tan pesada que hubo ocasiones en que el porvenir de la isla estuvo a punto de resolverse a las orillas del Potomac.

A poco de comenzar el siglo XIX, Estados Unidos adoptó la conducta de respaldar a España contra los cubanos si éstos se sublevaban, a fin de evitar que Cuba cayera en manos inglesas; a mediados de ese siglo, los estados del sur apoyaron las invasiones de Narciso López, esperanzados en que el movimiento fuera anexionista; los gobernantes de Washington vieron más tarde con fría neutralidad la guerra de los diez años. Llegaron hasta proponer la compra de la isla a España. En 1898, por fin, intervinieron en la guerra y ocuparon militarmente el país durante cuatro años. Al abandonarlo dejaron pendiente sobre el cuello de la naciente República la Enmienda Platt, en virtud de la cual podían volver, en ciertas condiciones que los inversionistas estaban en aptitud de provocar cuando quisieran, a tomar posesión militar de la isla; además, establecieron la base naval de Guantánamo y fue sólo en 1925 cuando se aclaró la situación legal de Isla de Pinos, el más importante de los territorios adyacentes de Cuba.

El miedo de los cubanos a perder de nuevo su independencia política por aplicación de la Enmienda Platt, los hizo vivir, durante más de treinta años, con la mirada siempre puesta en la persona del embajador estadounidense en Cuba, cuya palabra o cuyo silencio a favor o en desfavor de un gobernante era de tanta importancia como en los días ante-

riores al 20 de mayo de 1902 podía serlo una orden de Madrid para el capitán general español o para las altas autoridades de la colonia.

En 1933 el gobierno de Franklin Délano Roosevelt puso en práctica la Política del Buen Vecino, en virtud de la cual los embajadores de la Unión no podían seguir comportándose en la América Latina como procónsules de un Imperio que enviaba la escuadra y la infantería de marina tras su moneda; pero antes de esa época –a pesar de que en Cuba algún embajador estadounidense prosiguió la vieja costumbre después de 1933–, los representantes de Estados Unidos en la isla blandían la Enmienda Platt ante los ojos de los presidentes y de los ministros cada vez que necesitaban defender los intereses de sus compatriotas invertidos en el país.

Las inversiones, que alcanzaron a más de mil quinientos millones de dólares –cantidad enorme para esos años–, en mayor medida eran en ingenios de caña, grandes centrales que resultaban feudos económicos, y servicios públicos –teléfonos, luz, gas, tranvías–. Los centrales importaban y exportaban por sus puertos propios, como en la buena época feudal podía hacerlo un barón; negaban a los trabajadores el derecho de asociarse y de pedir mejores jornales; llevaban de Haití o de las Antillas inglesas cientos de miles de jornaleros, a quienes contrataban por pagas de miseria a cambio de horarios bestiales de labor, y no admitían en la industria al cubano; su omnímodo poder alcanzaba a tener, prácticamente bajo sus órdenes a los destacamentos de seguridad pública de la zona, y los empleaban sin misericordia; forzaban el voto en sus áreas a favor de los candidatos dóciles a sus conveniencias y acumulaban dineros en las bolsas de esos candidatos.

La República había nacido gloriosamente para caer sin honra en una situación de miseria y de impotencia que desesperaba a sus mejores hijos. No era el pueblo estadounidense el autor de tanto y ni eran unos cuantos capitalistas que querían sumar dólar tras dólar en sus ganancias, sin importarles para nada la felicidad del pueblo ni el prestigio de su propio país; y tanto ganaban con sus métodos de explotación en Cuba, que podían derrochar dinero en Washington para que sus propósitos fueran respaldados allí.

Sería injusto, desde luego, culpar sólo a esos capitalistas estadounidenses, y a los políticos de su país que les servían, por las desdichas de Cuba. Ni unos ni otros hubieran podido acumular tanto mal si no hubieran contado con la complicidad o la debilidad de los que gobernaban en la isla. Por uno de esos fenómenos históricos que aciertan a comprender el político o el filósofo, los propios jefes del Ejército Libertador, que alcanzaron rango de presidentes de la República, sirvieron de instrumento para la nueva esclavización. Trepando sobre los hombros de sus compañeros y de su pueblo, alcanzaron el poder para disfrutarlo o para ejercerlo como mayorales de la flamante Metrópoli.

Esto es cierto para todos, desde don Tomás Estrada Palma hasta Gerardo Machado, el último de los presidentes-títeres de aquel periodo. Don Tomás, hombre honesto en la administración de fondos públicos, tiene, sin embargo, un final lamentable, casi ignorado por el pueblo: solicitó una intervención militar estadounidense en 1906 y dejó al país sin instituciones, mediante una maniobra legalista incalificable, para que la República cayera, sin lucha ni gloria, deshecha a los pies de los soldados del Tío Sam. Cuando 1908 esos soldados se replegaron a su tierra, pasó a ejercer el poder otro veterano, el general José Miguel Gómez; y a éste le sucedió en 1912 uno más, el general Mario García Menocal, que gobernó hasta 1920. El segundo presidente civil de Cuba, Alfredo Zayas, procedía como sus antecesores, de las filas del veteranismo; había estado preso en Ceuta por sus actividades antiespañolas, y su sucesor Gerardo Machado, militó en la guerra de 1895.

En buena ley moral, todos esos hombres pueden ser calificados como antiespañoles, pero no como patriotas. En mayor o en menor grado, todos sirvieron como agentes de un poder extranjero que mantuvo a Cuba, hasta 1933, en condición de semicolonía. Sin la complicidad, la debilidad o la cobardía de esos cubanos, nada hubieran podido hacer los capitalistas y los políticos estadounidenses que explotaban el suelo y el trabajo de Cuba.

Hay que observar que Cuba no aceptó esa situación sin protesta. Un gran tribuno y escritor, veterano él también, había lanzado la consigna justa para evitar los males de la dependencia nacional: “Contra la injerencia extraña, la virtud doméstica”. Hablaba de virtud, porque

el medio de penetración de los capitales extranjeros era, sobre todo, el dinero. Con dinero se allanaban obstáculos se compraban tierras, se obtenían beneficios de orden legal; expresión distinta –como distintos eran los tiempos y diferentes las circunstancias–, Cuba pasaba por una experiencia que ya habían conocido todos los pueblos de América: los libertadores que lucharon contra España acababan –claro que con nobles excepciones– sus gloriosas carreras aliándose a los ricos criollos o a los ricos extranjeros, en cualquiera de los dos casos, para dejar a las grandes masas en la miseria, la ignorancia y la desesperación en que habían yacido.

Al mismo tiempo que de plumas y bocas cubanas, contra esa traición a Cuba surgió de Estados Unidos, donde un buen número de periodistas, ensayistas y sociólogos protestó por la explotación a que era sometida la isla fascinante. En menos de treinta años, y conjugada con los males que día por día iba acumulando sobre el país ese estado de cosas, la protesta se haría continental y pondría en pie de nuevo a los cubanos para llevarlos a terminar su guerra de liberación –que había quedado inconclusa, primero en 1878 y después en 1898–, y acabaría siendo factor de primera magnitud en la formulación de la política hemisférica de Franklin Delano Roosevelt, conocida como política del “Buen Vecino”.

El cubano tiene hoy una actividad desbordada, casi ciega, con la cual arremete en pos de lo que busca. Por aquellos días de la naciente República, el cubano era un desesperanzado. Pues ello ocurría en el campo de empresas y negocios dominados por los grandes capitalistas estadounidenses, lo estaba por el comercio y los pequeños industriales españoles, para quienes el tránsito del país entre la Colonia y la República no había significado cambio alguno. Como en los días coloniales, en las bodegas y en los almacenes se trabajaban catorce, dieciséis horas; los dependientes eran familiares del dueño, traídos de Galicia, de Asturias o de Cataluña en sus años púberes y hechos a la tarea tras el mostrador o entre las estibas, domesticados por una disciplina que se mantenía año tras año sin una sola debilidad.

Llegaba el día en que esos dependientes comenzaban a ganar un sueldo mísero y podían darse sus vueltas por la ciudad en las tardes de los domingos; y llegaba también el día en que se les aumentaba el sueldo

para que cuidaran el negocio, porque el tío se retiraba a la aldea donde debía recibir cada mes el giro de La Habana en que se le enviaba su parte de los beneficios del negocio. Claro, desarraigados en temprana edad de su ambiente, muchos de esos jovenzuelos se hacían al aire cubano, al habla, a las costumbres; y se quedaban, formaban hogares en el país, tenían hijos cubanos. Eso sucedía, sobre todo, entre los que llegaban a Cuba en son de trabajadores, sin más amparo que sus brazos y su voluntad de abrirse paso, y entre los que se dedicaban a las tareas del campo, regularmente procedentes de las Canarias.

De hecho, el cubano era un desterrado en su patria; la República no había resuelto ninguno de los problemas fundamentales; los gobernantes criollos estaban incapacitados para actuar en exclusivo servicio del pueblo. La revolución libertadora comenzada en 1868 no había terminado. El país daba tumbos, de agitación en agitación. Los obreros declaraban huelgas; los negros se debatían entre la miseria y la discriminación, y al fin se alzaron en la región oriental, corriendo el año de 1912; se le dio al movimiento carácter racista, y en realidad se trataba de una lucha social, pues millares de negros, muchos de los cuales habían combatido en las filas libertadoras, carecían de tierras para trabajar y de la más elemental seguridad en una República que ellos habían contribuido a forjar. Surgió en 1917 una insurrección de liberales contra conservadores, mientras éstos se hallaban en el poder; la intranquilidad cundió en 1923 en los centros estudiantiles.

A raíz de la plétora económica producida por la primera guerra mundial llegó el descalabro, la “moratoria”, como todavía se le llama en Cuba; quebraron los bancos, los comercios; las fortunas deshacían en horas. Los veteranos se sublevaron en Las Villas. Los estudiantes ganaban cada vez más la calle con sus propagandas contra el estado de cosas en que se debatía el país. En rígidos consejos de disciplina condenaron a varios de ellos a la expulsión de la Universidad, lo cual equivalía a destruir sus vidas. Poco más tarde la situación económica, que había mejorado en el país después de la estrepitosa caída que sucedió a la guerra mundial, sufrió el golpe de la crisis que a fines de 1929 se desató en Estados Unidos.

Puede que los cubanos consideren esa época y la analicen desde un punto de vista distinto, según el partido o el gobernante que se encontrara en el poder en un momento dado. Pero la verdad es que ni los partidos ni los gobernantes contaban en el proceso histórico que va desde 1902 hasta 1933. El país era tratado como una semicolonias inexorablemente. Pero a medida que aumentaban en el pueblo las fuerzas opuestas a dicha situación, se hacía más evidente la crisis nacional. La gran crisis económica de 1930, llamada a durar más de tres años, agudizó la pugna y definió de manera categórica los campos adversarios. Es probable, incluso, que ni los herederos de los libertadores ni los herederos de la Colonia supieran a cabalidad qué papel estaban jugando. Pero lo cierto es que otros se aprestaban a librar la etapa final de la revolución libertadora.

De un lado se situaron, con muy escasas excepciones, los grupos que habían disfrutado del poder durante los años que sucedieron a la proclamación de la República. La formación de ese núcleo fue evidente, incluso, en un acuerdo de los partidos tradicionales llamado “cooperativo”, para dar todo su respaldo al gobierno encabezado por Gerardo Machado. Machado había sido soldado y había conquistado altos grados en el ejército mambo; se dedicó después a la política y a la compra de centrales eléctricas, que vendió más tarde a la Bond and Share. Era alto, de anchas espaldas, de pelo gris que peinaba a un lado; usaba lentes de concha, tenía ancha la nariz y ancha también la boca. Correspondía a ese sector de los antiguos libertadores, a quienes hemos calificado de antiespañoles aunque no eran patriotas. Su voluntad de poder era brutal. Estaba llamado a encabezar el agrupamiento de las fuerzas semicolonialistas, y con su caída se derrumbaría el último bastión que debían conquistar los cubanos si querían dar remate a la gran revolución empezada en 1868.

Frente a ese conjunto de anticubanos se situaron todos los que en Cuba sabían o intuían que había llegado la hora de librar la batalla definitiva para conquistar la independencia. Encabezado por jóvenes estudiantes de la Universidad habanera, en ese disperso ejército formaron profesionales honestos, la clase media que necesitaba conquistar fuentes de riqueza para sí, los trabajadores, esclavizados por las grandes empre-

sas extranjeras y muchos campesinos. La lucha comenzó abiertamente en septiembre de 1930, y sus primeros disparos costaron la vida a un estudiante a quien sus compañeros ascendieron al cielo de los mártires. De inmediato la contienda pasó del campo político al patriótico; los estudiantes reconocieron que sus adversarios eran una alianza de medradores extranjeros y cómplices nacionales, cosa que denunciaron enérgicamente. Esa denuncia fue bien recibida en América, que estaba viendo entonces en Sandino a la encarnación del héroe continental, y comenzó a ver en los abnegados muchachos de Cuba a los herederos de los libertadores.

Situada así la lucha, Machado acudió al respaldo de los capitalistas estadounidenses y de los funcionarios de aquel país asociados a ellos; los estudiantes acudieron a la opinión pública de las dos Américas y tuvieron de su parte la simpatía de los que en el sur y en el norte consideraban que la isla era objeto de una explotación incompatible con el progreso del mundo y con el empuje de las ideas democráticas.

La lucha no fue a librarse en los campos, como había ocurrido en las etapas anteriores de la guerra libertadora; fue en las ciudades, y sobre todo en La Habana, donde se dio la batalla; una batalla líquida, terrorista, de sorpresas, en cuyos sangrientos episodios tuvo mucha parte la tradición anarquista española, llevada a Cuba por inmigrantes que dejaron España en los primeros años del siglo para probar fortuna en la isla. En los cines, en las escuelas, en los desfiles patrióticos o en los actos gubernamentales, los estudiantes irrumpían de pronto, trepaban sobre una tarima o sobre el escenario, y desde allí sacudían la conciencia del pueblo pidiéndole que se pusiera en pie contra la tiranía doméstica y sus amigos extranjeros. La policía se adelantaba, sonaban los disparos, la gente huía. Cazados a tiros en las calles o asesinados en las cárceles, los muchachos de la Universidad y de los institutos veían afluir nuevos compañeros a sus huestes. En respuesta, ellos mataban policías y agentes del gobierno; ponían bombas en los sitios más inesperados; pegaban fuego a los cañaverales, provocaban insurrecciones campesinas cuyo final producía racimos de ahorcados en los árboles del hermoso campo cubano.

Cuando la tormenta cesó, los jóvenes directores de esa gran lucha alcanzaron, por otros o directamente, el poder gubernamental. Como todos los equipos que gobiernan, cometieron errores, si bien resultó enorme el bien que hicieron al país desde el poder. Los pueblos tienden a aumentar los errores de los gobernantes, y eso ha impedido que los verdaderos caracteres de aquella larga batalla se aprecien en su real valor. Pero sin duda tocó las lindes de la epopeya y tiene episodios de impresionante grandeza.

Durante toda la lucha, agrupados en un llamado Directorio Estudiantil, los universitarios llevaron la bandera de las reivindicaciones populares; pedían libertades públicas, previo abandono del poder por parte de Machado; derecho de huelga y mejores jornales para los trabajadores; liberación política real y liberación económica de Cuba. Creado el clima propicio para la insurrección, la clase media partidaria de un cambio de situación, formada por profesionales, comerciantes criollos y nacientes industriales –todos necesitados de un régimen que favoreciera la liberación económica–, cerró filas en una organización secreta de tipo celular, dedicada, sobre todo, a la acción terrorista para derrocar la tiranía. Fue la célebre “ABC”, que se convirtió más tarde en partido político y desapareció del escenario cubano sin alcanzar el poder. En poco tiempo, los actos de terror hicieron vivir a los cubanos en un clima de heroísmo, de violencia y de miedo. Soldados, policías y asesinos a sueldo perseguían a tiros a los audaces jóvenes; y éstos hacían lo mismo con los soldados, policías, asesinos a sueldo y altos funcionarios del gobierno. El presidente del Senado fue muerto a escopetazos mientras iba en su automóvil, y en el cementerio se había minado el lugar donde debían enterrarlo, para volar con una carga de dinamita al gobierno en pleno. Sobre ese tema años después harían en Hollywood una película de la que fueron protagonistas Jennifer Jones y John Garfield; tan audaz e increíble fue el plan de los conspiradores cubanos que parecía la obra de un típico autor de argumentos cinematográficos.

Durante tres años se mantuvo ese clima inaudito. Viejos generales concertaron alzamientos; por Oriente desembarcó una expedición que llevaba armas suficientes para una sublevación popular; las cárceles se mantenían llenas de hombres y mujeres; muchos cubanos se acogían al

destierro para salvar sus vidas, otros salían para escapar al asesinato y entraban al país de nuevo subrepticamente. Se formaron juntas revolucionarias con representaciones de diversos sectores sociales y políticos. Mientras tanto, la crisis iba paralizando la vida económica de Cuba; la dieta del pueblo iba reduciéndose a sólo harina de maíz; las viandas que cosechaba el campesino no tenían precio; los alquileres bajaban a cantidades de miseria. Valientemente, el pueblo hacía frente a ese estado de cosas y cada vez eran mayores las zonas humanas ganadas para la revolución.

Al fin la situación se hizo insufrible. Convencido de que era necesario adoptar nuevos procedimientos en las relaciones de su país con la América española, el presidente Roosevelt envió a Cuba un embajador especial para hacerle saber oficialmente al dictador criollo que Estados Unidos no seguiría apoyando la antigua política de “la escuadra tras el dólar”; en consecuencia, Machado comprendió que perdía la ayuda de sus poderosos aliados, y entonces convocó al pueblo para “luchar contra el imperialismo estadounidense”. Cuando los cubanos advirtieron que de las fuerzas conjuradas contra su país, la que resultaba psicológicamente más fuerte –porque tenía en sus manos el derecho de intervención militar que le reconocía la Enmienda Platt– había resuelto retirarse del campo, arremetieron con nuevos bríos. A causa de la actitud del gobierno nacional, volviéndose contra quienes habían sido sus cómplices y beneficiarios en la explotación y el medro, el embajador especial estadounidense se acercó a la alta oficialidad del Ejército y le dio la noticia de que Washington no seguía apoyando a Machado.

Fue un golpe mortal para la dictadura, pues el Ejército de Cuba estaba formado mayormente por hombres que consideraban al gobierno de Estados Unidos como la máxima autoridad en asuntos de la isla; era un Ejército colonialista, casi tanto como si hubiera sido una fuerza constabularia. Movida por el embajador especial, la alta oficialidad comunicó a Machado que no seguía obedeciéndole como presidente. La dictadura cayó a pico. Agotado por la tensa situación de los últimos años, el presidente había envejecido; se veía canoso, arrugado, si bien todavía altanero y duro. Rápidamente, antes de que el pueblo conociera sus planes, se dirigió al aeropuerto de La Habana, donde tomó un avión que lo

dejó en la posesión británica de Nassau, pequeña isla del grupo de las Bahamas.

En un segundo de restallante júbilo, el pueblo salió a las calles, poseso del odio que comunica la cobardía del enemigo hasta minutos antes implacable. La Habana se estremeció de un barrio a otro: se alzaron los incendios; resonaban los tiros de quienes perseguían a policías y criminales del régimen caído; saltaban a pedazos las vidrieras de las tiendas; la multitud corría enloquecida hacia las casas de los gubernamentales destacados, y ya en ellas destrozaba muebles, libros, ropas, papeles. La ola de cólera popular se extendió a toda la isla y conmovió al país entero.

Eso sucedía el día 12 de agosto de 1933. Sin embargo, la verdadera victoria no se alcanzaría sino tres semanas después, el 4 de septiembre, al producirse el alzamiento de las tropas de infantería y marina de todo el país, encabezadas por los sargentos y los cabos: fue el histórico “golpe de los sargentos”, un hecho inesperado; una de esas sorpresas que la historia reserva para probarles a los pueblos que el optimismo de los luchadores tiene fundamentos legítimos, pues a menudo la semilla que ellos siembran germina en los más sorprendentes parajes.

Entre los papeles que se amontonan ante mí para ir consultando al tiempo que escribo, se encuentra la reproducción de una fotografía tomada ese 4 de septiembre de 1933 en el campamento militar de Columbia. Este lugar se halla en Marianao, y aunque en aquellos días parecía alejado de La Habana, hoy es de hecho parte de la capital. En la mencionada reproducción se ve, asomando la sonrisa en un bosque de cabezas de soldados y de periodistas, estudiantes y revolucionarios civiles, a un sargento de abundante pelo negro recortado a la manera “Valentino”, salientes pómulos, la tez un poco oscura, el rostro más bien flaco. Una guerrera caqui cubría el pecho del militar y se advierte que abrazaba con genuina emoción a los que le rodeaban. Se trataba del “Sargento Batista”, jefe de aquel golpe audaz con el cual iba a culminar un movimiento revolucionario que había tenido sus precursores y sus mártires desde un siglo antes, que había estallado en 1868, que había rebrotado en 1895 y que había llegado a su final esa madrugada. El propio sargento Batista ignoraba eso.

Desde el día en que Diego de Velázquez puso pie en tierra cubana, hasta ese 4 de septiembre de 1933, la isla había sido, con uno u otro nombre, colonia española o semicolonias estadounidense. Hasta ese momento, para servirlos o para combatirlos, los cubanos habían tenido que contar o con los españoles o con los estadounidenses. Madrid primero, y Washington después, habían sido los puntos de mira de los criollos, la meta de sus esperanzas o el objeto de sus odios. El gobierno que resultó derrocado ese día había sido formado a voluntad del embajador especial de Roosevelt. Ni ese embajador, ni interés estadounidense alguno intervino en la selección de los hombres llamados a gobernar como resultado del golpe.

Hay que insistir en las sorpresas que da la historia. Pues los jefes militares del 4 de septiembre no eran patriotas. El curso de los años se encargó de demostrarlo. En sus inicios, el llamado “golpe de los sargentos” no tenía carácter político. Sus autores ignoraban lo que la historia sabía, y el propósito que perseguían era imponerse a los oficiales, a los altos jefes del Ejército y al gobierno provisorio para que se les acordaran a ellos y a los hombres de fila mejores sueldos, mejores cuarteles y autorización para usar quepis y polainas a todos los soldados. Como se ve, se perseguían meras reivindicaciones de grupos sin tomar en cuenta para nada a Cuba y a su pueblo. Veinte años después de aquella madrugada, los que encabezaron la acción en el orden militar seguían ignorando que el 4 de septiembre de 1933 se dio la última batalla de la larga guerra de independencia. ¿Cómo se explica, pues, que contra la voluntad de los jefes, el 4 de septiembre se convierta en una fecha de tanta importancia histórica?

La respuesta es que Cuba se hallaba inficionada por el virus revolucionario. Confundidas en la atmósfera política que parecía poseer el pueblo desde la caída del dictador, las aspiraciones de los distintos grupos sociales presentaban claros aspectos de revolución general. La sublevación se ideó, se planeó y se realizó en veinte días, en su transcurso los jefes se pusieron al habla con los jóvenes del Directorio Estudiantil. En el primer contacto, éstos le dieron el tono político de que carecía. Así, cuando los sargentos insurgieron victoriosos al amanecer de aquel 4 de septiembre, entre ellos pululaban los líderes universitarios, los cuales

iban a una transformación de Cuba más profunda de lo que en general se temía, y mucho más, desde luego, de lo que podían sospechar Batista y sus compañeros de cuartel. Desde los umbrales de Columbia fue desconocido el gobierno provisorio, al que sucedió uno colegiado de cinco miembros.

De los que integraban ese régimen colegiado, el más conocido en Cuba y en el exterior era Sergio Carbó, periodista brillante que había combatido la dictadura de Machado en una memorable campaña de prensa y que, obligado a huir del país, volvió arma al hombro en una desafortunada expedición revolucionaria. Sin embargo, no iba a ser Carbó quien surgiera de la llamada “pentarquía” con figura de caudillo nacional, sino Ramón Grau San Martín, médico y profesor universitario, extraña figura de político nato, que escondía bajo su suave y amanerada expresión un carácter tozudo, una excepcional dosis de astucia y de conocimiento del fenómeno social cubano y un corazón lleno de repugnancia contra las fuerzas anticubanas que habían estado oprimiendo a su país.

Estimulada por la atmósfera revolucionaria, la vitalidad cubana –que al cabo de un tercio de siglo parecía adormecida– se galvanizó en una hora, se revolvió, iracunda, y el pueblo trató de ganar de la noche al día cuanto se le había negado. Del interior empezaron a llover noticias alarmantes; obreros y campesinos se adueñaban de las centrales azucareras, y el Ejército no sólo lo dejaba hacer, sino que fraternizaba con ellos. Ante tales nuevas, cruceros estadounidenses comenzaron a moverse rápidamente hacia aguas cubanas. Un cinturón de cañones iba a rodear la isla. Washington no reconocía al gobierno revolucionario. Roosevelt iniciaba entonces su nueva política en la América española, pero ni él ni sus altos funcionarios podían ver con buenos ojos que Cuba, el mejor predio de los capitalistas estadounidenses, empezara a írseles de las manos. Pues lo mismo que muchos de los actores cubanos del drama nacional, Roosevelt pensó que lo que se daba en Cuba era una contienda política doméstica, cuando lo cierto es que se trataba de una acción de retaguardia en la lucha por la independencia. La reacción de Washington fue de sorpresa, primero, y de cólera, después. El viejo bastón del primer Roosevelt revolcaba sobre la isla. En esa situación, el régimen colegiado se deshizo; pero Grau San Martín dijo que no abandonaría el poder y quedó él solo a su frente.

Aunque era por aquellos días hombre de unos cincuenta años, Ramón Grau San Martín parecía más joven. Delgado, de pelo negro que peinaba a los lados, de fácil y atrayente sonrisa, larga nariz encorvada y ojos brillantes, había sido profesor universitario y nunca había intervenido en la política. Fue otra de las enseñanzas de la historia, pues ese médico, hijo de españoles y con ligero acento peninsular en el hablar, resultó rotundamente cubano; y no habiendo ejercido la política al uso, tenía el instinto de lo que era el poder. Ejerciendo ese instinto gobernó con la arbitrariedad de los revolucionarios pequeño burgueses. Estaba rodeado por los jóvenes estudiantes que habían iniciado, mantenido y realizado el movimiento, y en el hervidero de ideales que era ese grupo nacían y salían a la calle los decretos que iban demoliendo, minuto a minuto, las murallas semicoloniales que limitaban el progreso de Cuba.

El gobierno revolucionario desconoció la Enmienda Platt, autorizó la organización de los obreros y reconoció su derecho a la huelga, proclamó la igualdad ciudadana de la mujer con el hombre y prohibió la discriminación; consagró el derecho del cubano al trabajo, exigiendo que cada nueva plaza se le diera a un natural de la isla —y para poner en vigencia tal decreto, embarcó hacia su país de origen a cientos de miles de antillanos cortadores de caña y a millares de españoles dependientes de comercio—; sometió las centrales a la ley cubana: les prohibió usar subpuertos privados para importar y exportar, declaró zonas urbanas las pequeñas poblaciones nacidas a la sombra de los ingenios; rebajó el precio de la energía eléctrica y los alquileres de casas; limitó las horas de trabajo y regularizó las de las mujeres y los niños; estableció jornales mínimos muy por encima de los habituales y respetó todas las libertades públicas. En cuatro meses escasos puso en manos del pueblo las fuentes de riquezas y de trabajo y redujo el poder de los grandes capitalistas extranjeros a los límites que debían tener en un país que dejaba de ser dependencia semicolonial. Con tales decretos quedó consagrada la revolución libertadora. Ya Cuba era de los cubanos, aunque en detalle hubiera mucho que hacer todavía. El alcance de esa tarea iba a verse pocos años después en la transformación del pueblo, que de una colectividad cansada o escéptica o sin esperanzas se convirtió en activa, impetuosa y optimista.

En tres meses la semilla de la gran revolución libertadora floreció espléndidamente. Pero los enemigos extranjeros y criollos de Cuba no se dejarían vencer. En enero de 1934, sirviéndose de Fulgencio Batista como instrumento, esos enemigos derrocaron al gobierno revolucionario; bajo el mando de su flamante jefe, el Ejército pasó a ser un partido armado en el poder, al servicio de los intereses coloniales y explotadores. Fulgencio Batista y el grupo de militares y de civiles que le rodeaba no podían comprender la razón histórica de los acontecimientos en que ellos mismos eran actores. No sólo les faltaba cultura para apreciar los hechos; les faltaban, además, esos sentimientos limpios y refinados que hacen a los hombres amar a su patria y servirla por encima de todo.

Para ese grupo, lo importante era disfrutar el poder por las ventajas personales que reporta; y en aquellos días el capital que operaba en Cuba era, sobre todo, estadounidense, de manera que poniéndose a las órdenes de esos capitalistas era como más fácilmente podían acumularse riquezas. Eso explica que al cabo de once años de ejercer arbitrariamente la máxima autoridad del país, Fulgencio Batista y casi todos sus amigos –que eran pobres el 4 de septiembre de 1933– contaran entre los más respetables millonarios de Cuba, mientras que ninguno de los problemas fundamentales que tenía el pueblo por delante fue resuelto o siquiera abordado. Desde que cayó el gobierno revolucionario en enero de 1934 hasta casi once años después –cuando Fulgencio Batista y sus secuaces tuvieron que entregar el poder a Ramón Grau San Martín, electo por abrumadora mayoría–, en Cuba no sólo no se realizó ninguna obra seria, sino que se trató por todos los medios de echar abajo la legislación revolucionaria o se rehuyó su cumplimiento. Todos los horrores de los métodos colonialistas, sin exceptuar el asesinato político en gran escala, se repitieron en esos años sombríos.

Pero el pueblo había visto su revolución triunfante: la guardó en su entraña, la calentó con su sangre y luchó para mantenerla victoriosa. Coléricamente enterraba a sus muertos, con cólera reclamaba sus derechos. Derrocando presidentes, halagando a los peores instintos de la soldadesca, enriqueciendo a amigos e interviniendo en toda suerte de negocios, Fulgencio Batista trataba de sostenerse en el poder. Un día amanecía fascista, otro comunizante; se proclamaba hoy hombre del centro y mañana reaccionario empedernido. Su conducta política dependía

de su interés personal. No hay en toda su historia una sola prueba de que alguna vez pensara en Cuba y pusiera los destinos del país por encima de los suyos. Pero la presión popular, conjugada con la situación internacional de preguerra, lo llevó, en 1939, a permitir que se convocara a elecciones para redactar una Constitución. Taimadamente aceptó esa ley de Leves; jamás, sin embargo, la admitió como buena.

Pues esa Constitución consagraba la independencia política, económica y social de Cuba; y él no concebía la independencia de su país. Era un alma colonialista, con los ojos puestos en Washington, de donde procedía el dinero. Para él, Cuba era tierra de paso, lugar donde podía hacer fortuna, tal como lo pensaron en sus años los funcionarios españoles o como lo entenderían los administradores extranjeros de los grandes ingenios. Mas, he aquí que la política del Buen Vecino, fortalecida por la cercanía de la guerra, había ido dejando poco a poco a los capitalistas estadounidenses casi sin fuerzas políticas en Washington; y eso debilitaba la posición de Batista en Cuba. Al jefe militar cubano, punto menos que abandonado por sus socios extranjeros, no le quedó más camino que aceptar la flamante Constitución, que se puso en vigor en 1940. Inmediatamente después, mediante un sonado fraude electoral, ascendió a presidente de la República. Cuatro años más tarde el que se suponía ser sucesor suyo fue derrotado en elecciones y alcanzaba el poder el llamado Partido Auténtico, que llevó a las urnas la candidatura presidencial de Ramón Grau San Martín.

Este primer gobierno constitucional “auténtico” fue duramente combatido por sus adversarios, pero nadie podría negar que a su impulso se produjo una asombrosa transformación de Cuba. Cuatro aspectos de esa obra gubernamental son dignos de mención: el auge de las grandes masas hacia el bienestar, mediante una política social enérgica combinada con medidas económicas que favorecían a todas las clases; un plan de obras públicas gigantesco, que cubrió todo el país, y que se mantuvo en ritmo creciente; la posición internacional, digna y fuerte, sostenida con tanto brillo como si Cuba hubiera sido una gran potencia, y las irrestrictas libertades públicas, que se mantuvieron sin mácula. Pero esa obra de gobierno tuvo una falla lamentable: la ausencia de honestidad administrativa. Hubo ministros que salieron del cargo cargados de millones,

e infinidad de funcionarios de pequeña categoría se enriquecieron en sus puestos.

Este hecho no sólo perjudicó el crédito de “autenticismo”, sino que además provocó una descomposición social que fue *in crescendo*, con alarmante efervescencia, hasta hacer crisis a principios de 1952. Pues a la vez que un sector de la ciudadanía se revolvía airado contra esa falta de honestidad y la combatía en el terreno político, otro sector –el núcleo de gente de baja calidad– se sentía llamado para ser quien se beneficiara en los cargos públicos. En unos –la gran masa, enamorada siempre de los sueños que sembraron en ella sus héroes–, la deshonestidad administrativa de “autenticismo” creaba patrióticos sentimientos de repulsa; en otros –el pequeño grupo de piratas disfrazados de líderes opositores–, la conducta del partido en el poder estimulaba sus innobles apetencias. Así fue como dos móviles opuestos reunieron en un solo frente a todos los adversarios del partido gobernante.

Sin embargo, era tal la obra “auténtica” que el candidato presidencial de ese partido ganó las elecciones de 1948 en todas las provincias, hecho que se daba por primera vez en Cuba. Ese candidato fue Carlos Prío Socarrás, que llegó al Palacio Presidencial de cuarenta y cinco años, precedido por un pasado de luchas y experiencia de legislador y de gobernante. Alto, de cabeza encanecida, perfil judaico y sonrisa fácil, con conocimiento de los problemas del Estado y habilidad política, pero sin temperamento de gobernante, mantuvo las conquistas sociales de su predecesor, amplió su plan de obras públicas, sostuvo el prestigio internacional de Cuba y las libertades democráticas y creó instituciones fundamentales, llamadas a afirmar el desarrollo económico del país y a garantizar la honestidad administrativa. En su propio régimen se inició la marcha hacia ese objetivo. Aunque algunos se enriquecieron, es lo cierto que el mayor número de los ministros y de los hombres que le rodearon volvieron a sus hogares, o pobres o sin haber aumentado sus fortunas. Sin embargo, de la campaña moralizadora se hizo un instrumento político, y la pasión llevó al pueblo a pensar que todo aquel que entraba al Palacio Presidencial a charlar, siquiera, con el presidente, salía de allí enriquecido. Prío Socarrás, sin temperamento de gobernante, carecía del sentido de autoridad que tenía Grau San Martín, y la propaganda opositora le afectaba profundamente.

Esa desgana del presidente Prío se reflejaba en el partido auténtico y en la coalición de partidos que le acompañaban en el poder. El gobierno y sus adeptos se dejaban ganar por la campaña de los adversarios. Como es lógico, tal estado de cosas agravaba la efervescencia social y política. Dirigida por un líder de asombrosa combatividad, una gran fracción del “autenticismo” había puesto tienda aparte y crecía a ojos vista. A mediados de 1951 nadie ponía en duda que las elecciones próximas serían ganadas por el nuevo partido y su líder, Eduardo R. Chibás, a quien el pueblo llamaba simplemente Eddy. Pero Chibás se dio un tiro, al terminar uno de sus habituales programas de radio dominicales, y murió el 16 de agosto de ese año. Su entierro fue la más grandiosa manifestación de duelo que se vio jamás en Cuba.

Los partidarios de Chibás han cometido el error de achacar la causa de su muerte al cerco dialéctico, fríamente ejecutado, en que lo encerró Aureliano Sánchez Arango, por esos días ministro de Educación en el gabinete de Prío Socarrás. En realidad, el suicidio de líder “ortodoxo” fue causado por esa incontenible y creciente descomposición que iba adueñándose del país. El propio Chibás, como todo el mundo en Cuba, resultó objeto de la marea producida por la efervescencia general. Habiéndose desatado en el ánimo del cubano una especie de cólera, o de ardiente impaciencia, si se quiere, encaminada a transformar la moral pública, llegó el momento en que de la acusación de deshonestidad se hizo un arma habitual. Y eso tenía que resultar peligroso.

Nadie usaba de esa arma más que Chibás, paradigma del desinterés en asuntos de dinero, que había nacido rico, había actuado en política usando sus bienes privados, había hecho su carrera sin usar al “sargento político” (el buscador profesional de votos) y predicaba la honestidad con verbo quemante. Uno tras otro, los líderes auténticos fueron cayendo bajo la palabra demoledora de Chibás. Pero tuvo una polémica con Sánchez Arango, y Sánchez Arango no sólo era tan desinteresado en asuntos de dinero como su antagonista, sino que además era un estratega político de implacable frialdad. En el ardor de la lucha, Chibás cometió el error de llamar a Sánchez Arango deshonesto. El acusado pidió pruebas. Chibás no podía ofrecerlas, Y él lo sabía.

A partir de ese momento, el ánimo del combativo líder “ortodoxo” comenzó a ser trabajado por fuerzas morales tan poderosas como era el

vigor de sus sentimientos. Tenía conciencia de que había lanzado una acusación falsa; además, tenía conciencia de que ese error iba a costarle popularidad. Y resultaba que para Chibás sólo una cosa tenía valor: la popularidad. El único estímulo de su vida consistía en la adoración del pueblo. Le era indiferente tener o no tener dinero; le era indiferente tener o no tener poder y posición. Como todos los verdaderos dirigentes políticos, era un solitario en medio de la multitud. Le sobrevino la fatiga mental, y de pronto, la sensación de que perdía la fe del pueblo. Su alma fue súbitamente trabajada por una falsa conciencia de fracaso, por la idea de que su vida había sido y era inútil. Durante algunos días luchó contra la fuerza que lo dirigía a la autoinmolación. Pero al fin esa fuerza se impuso, y el gran agitador, vencido por sí mismo, expresión cabal del mar de fondo que agitaba a su pueblo, se lanzó al suicidio.

Los partidarios de Chibás no pudieron comprender, o no estaban en capacidad de comprender, que la muerte de su líder era un reflejo de lo que estaba sucediendo en Cuba. La memoria del combativo caudillo se convirtió en un estandarte electoral; e iban seguros al poder, pues Chibás muerto resultaba más aguerrido que vivo. El pueblo de Cuba adora por encima de todo a sus grandes muertos. Pero no comprendían que Cuba entera se hallaba posesada de esa efervescente descomposición, procedían con una impaciencia febril, y trataban de destruir el último reducto de prestigio gubernamental. Tenían el poder al alcance de la mano y actuaban con la impaciencia de una fuerza minoritaria.

Ésa fue una de las razones de que Cuba cayera el 10 de marzo de 1952 en un innoble pantano político y moral. Otra de las razones fue la falta de autoridad del presidente Prío. La última fue la ausencia de escrúpulos en Fulgencio Batista, que encabezó el alzamiento de los cuarteles habaneros, en una acción sólo comparable al escalamiento nocturno, con propósito de asesinato y robo, en la morada de la propia madre.

La efervescencia social que llevó a los “ortodoxos” a una especie de exaltación religiosa operó en el alma de Carlos Prío Socarrás produciendo efectos distintos; lo convirtió en hombre sin voluntad de poder. Pues él sólo acertaba a ver y oír las críticas que se le hacían, y es la verdad que cuanto hiciera, bueno o malo, era coléricamente criticado. Perdió totalmente el amor al poder, y a la sombra de ese desgano comenzaron a florecer conspiraciones en todas partes. En Fulgencio Batista y sus cóm-

plices, el efecto no fue ni la santa cólera de los “ortodoxos” ni la muerte de la fe en sí mismo, que padeció Carlos Prío Socarrás; Batista y los suyos reaccionaron como lo hacen siempre, en toda situación anormal los hombres de su categoría, lanzándose al asalto de posiciones que les den privilegios personales.

Al iniciarse el año 1952 el panorama político de Cuba presentaba un aspecto a la vez amenazador y optimista. Era amenazador porque sin duda las pasiones se habían adueñado del ámbito nacional; era optimista porque cualquiera de los dos candidatos llamados a alcanzar la Presidencia –el de los “auténticos” y el de los “ortodoxos”– era hombre honrado. Esto último lanzó a Batista y a unos pocos oficiales a la lamentable hazaña del 10 de marzo. Al cabo de más de siete años de gobierno, el autenticismo había satisfecho las necesidades más sentidas del pueblo; en las elecciones de 1952 triunfara quien triunfara, Cuba entraría en una etapa de honestidad pública. ¿Qué espacio podía quedar para Batista y su gente? La marea del progreso económico, de las libertades populares y de la moral administrativa acabaría ahogándolos. Se sintieron perdidos. Por eso produjeron el golpe de Estado.

Gobierno, oposición y asaltantes del poder se equivocaban, como lo demostró inmediatamente el pueblo. El jefe del gobierno constitucional se creía desasistido de las masas; y he aquí que a seguidas de haber sido depuesto, el pueblo aplaudía atronadoramente los cortos cinematográficos en que aparecía Prío Socarrás. La oposición “ortodoxa” creyó que su fuerza estaba en seguir predicando odio santo contra los “auténticos”, y la opinión pública comenzó a reclamar la unidad de todas las fuerzas democráticas del país para enfrentarse a la usurpación militar; y como la “ortodoxia” no oyó esa voz, acabó fraccionándose en varias partes. Los asaltantes del 10 de marzo creyeron que el pueblo deseaba un cambio, cualquier cambio, y que iban a contar con su respaldo; han tenido que gobernar derramando la mejor sangre cubana, dando muerte a centenares de hombres, torturando, aterrorizando, porque sólo podían acceder al gobierno mediante el uso de la violencia, ya que el pueblo entero los repudiaba.

Especialmente, repudiaba a Fulgencio Batista; y con razón, pues ese hombre encarnaba lo peor de Cuba, en la misma medida en que Martí

encarnaba lo mejor. Así como Martí usaba como instrumentos de lucha política el amor, la verdad y el talento, Batista usa el odio, la calumnia y la astucia. Aquél suscitaba y movía en los cubanos la pasión por la gloria, el respeto a la dignidad humana, el fanatismo de la libertad. Éste sólo promueve el apetito de dineros o de placeres, el desprecio y el maltrato a la ciudadanía, el servilismo de la peor ley. Para Martí, Cuba no podía ser un campamento gobernado a toques de corneta. Para Batista, en Cuba sólo tienen derecho los soldados; creó para ellos una bandera, como si se tratara de un ejército de ocupación, y les hace saber día y noche que ellos son los dueños del país. Martí vivió y murió para dar a los cubanos patria, libertad, grandeza. Batista vivía para denigrar, esclavizar y envilecer a Cuba.

A menudo se ha dicho, en varios países de América, que Fulgencio Batista había nacido fuera de Cuba. Es posible que esto sea verdad. Pues ni su aspecto, ni su voz, ni su acento, ni su conducta parecen de cubano. Hombre de coquetería casi femenina, está siempre en pose, cosa que no es normal en Cuba; su voz baja no es la habitual en la isla; su acento resulta cortante, y el del cubano es dulce y suave. Pero donde menos parece cubano es en su conducta. El peor de los cubanos se respeta a sí mismo y respeta esos valores morales que hacen posible la convivencia entre gente civilizada, como son el odio al crimen, el odio a la traición, el odio a la calumnia. Fulgencio Batista tenía como medios constantes de su acción política el crimen, la traición, la calumnia. El cubano es brutalmente sincero. Fulgencio Batista era un simulador a toda hora. Su falta de respeto por sí mismo es tanta, que después de haberse pasado más de diez años afirmando que la Constitución de 1940 era obra suya, la más brillante joya de su carrera, la desconoció y mancilló tranquilamente para alcanzar el poder por la vía del asalto. Hasta pocos días antes del golpe de marzo, pronunciaba discursos proclamándose como el más resuelto y celoso guardián de la Constitución.

Como en el cuento del campesino de Missouri, que ve en el parque zoológico una jirafa y aseguraba con voz monótona, que ese animal no existía, uno ve a Cuba gobernada por Fulgencio Batista y se niega a creerlo. Sin embargo, es cierto.

Pero, ¿por cuánto tiempo?

Las altas voces del pueblo

La evolución política del pueblo cubano reseñada en los tres capítulos anteriores se le hace evidente al extraño que visita la isla, aun a despecho de la selva de opiniones contradictorias que encuentra a su paso.

Se le hace evidente porque el cubano es un animal político. Pero sin duda un pueblo no podría alcanzar el desarrollo político que uno nota en Cuba si no hubiera sido impulsado por la expansión de la economía y por la fuerza de la cultura. La historia de la economía cubana requiere un voluminoso tratado, cosa de la cual pretende apartarse en varias leguas este libro, y la historia de la cultura demanda un trabajo que el autor no está en capacidad de realizar.

Desde luego, economía y cultura están entrañablemente enlazadas, pues no hay duda de que tan pronto el ser humano dispone de medios, usa una parte en la adquisición de conocimientos, bien para sí mismo, bien para sus hijos. Y aunque la cultura no está, como por herencia de conceptos coloniales se ha creído en los pueblos latinoamericanos circunscrita a las letras y a las artes, por la difusión de letras y artes comienzan los pueblos a poner interés en las ciencias. Las ciencias aplicadas ayudan a aumentar el bienestar, y el bienestar pone al hombre en mejor disposición para recibir la obra de los literatos, los poetas, los pintores y los músicos.

En Cuba no hubo cultura expansiva, porque no entraba en la política colonial española llevar el alfabeto al último poblador de sus posesiones. Pero hubo cultura para los círculos exclusivos. Esos círculos estuvieron formados por los mismos que tenían mayor poderío económico,

a menos que irrumpieran entre ellos hombres y mujeres que, salidos de las capas más oprimida del pueblo, se impusieran por sus talentos. El caso no era difícil, dado que la cultura predispone el ánimo contra las barreras raciales, sociales o políticas. Así, en Cuba se vio a los grandes patriarcas de las letras acoger en sus círculos a esclavos negros o libertos que escribían poemas o novelas; y desde que los cubanos comenzaron a elaborar serias tareas culturales se aplicaron a servir a un ideal de justicia social, a menudo expresado en el afán de crear una República libre para todos sus habitantes.

El siglo XIX vio una poderosa manifestación de la cultura cubana. Era la de una minoría, pero estaba dirigida al bien de la mayoría; y el resultado más apreciable de la obra que realizó estuvo en las guerras de independencia. Poetas, filósofos, escritores y educadores formaron, en el mejor sentido de la palabra y en el más amplio, a los directores del gran movimiento libertador. Ya al final del siglo, un hombre que era a la vez poeta, filósofo, escritor y educador, encabezó la guerra de 1895; fue José Martí, a quien le tocó personalizar todas las gamas de la cultura cubana resumidas en un político de gran talla.

Es el caso, sin embargo, que los exponentes de la cultura cubana no podían iniciar el capítulo de obras nacionales que expresaran lo cubano, puesto que el alma nacional estaba entonces en formación. Su papel tenía que ser el de intérpretes de ansias y necesidades criollas, y nada más. Escritores y poetas populares usaban, cierto acento generalizado en el pueblo; mas no llegaron a crear monumentos de la literatura o de la pintura, simplemente porque no podían levantarlos con los materiales que el pueblo aportaba. La única rama de las artes que se distinguía desde sus inicios de los patrones españoles, era la música popular, influida por el ímpetu africano. Pero esa música estaba relegada a los barracones de los esclavos, y no se la dejaba entrar en los salones.

Abstracción hecha de la Universidad y de las pocas escuelas oficiales, el movimiento nacional por la conquista de la cultura comenzó a fines del siglo XVIII, cuando se organizó la Sociedad Económica de Amigos del País, que tomó a su cargo la difusión de la enseñanza, la creación de escuelas, el establecimiento de concursos literarios, científicos y de índole parecida; al mismo tiempo, se fundó el *Periódico de La Habana*. Esas

muestras de voluntad al servicio del conocimiento general eran resultado del poderío económico que desde la invasión de los ingleses iba cobrando el país.

Entre los últimos años del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX nacieron los filósofos, escritores y poetas que iban a iniciar la gran época de la cultura cubana; nacieron también entonces los fundadores de la medicina y de la economía nacional, hombres de singular carácter y dedicación al bien del país. De ellos vamos a referirnos a cinco: el presbítero Félix de Varela –1788-1853–, escritor y profesor de Derecho Político, autor de un tratado *Elencos de filosofía* y otro de *Lecciones de filosofía*, cuya vida estuvo consagrada a combatir el régimen colonial, a propagar la sociología, la moral y la educación; el maestro José de la Luz Caballero –1800-1862–, alma atormentada por sentimientos de altura, educador singular, por entero entregado a difundir los valores éticos entre sus compañeros y sus alumnos; el notable escritor José Antonio Saco –1797-1879–, de cultura enciclopédica, sociólogo, polemista terrible, combatiente aguerrido contra la colonia, el más destacado defensor del padre Las Casas, en cuya obra están expuestas todas las posibilidades de progreso del país; José María Heredia –1803-1839–, cuya corta vida fue cauce de una expresión poética tan singular, tan fuerte y tan sugestiva, que en poco tiempo sus poemas fueron leídos en diversas lenguas; y Cirilo Villaverde –1812-1898–, el novelista de la Cuba colonial, cuya novela *Cecilia Valdés* pinta de manera inolvidable la vida criolla en pleno siglo XIX.

El padre Félix Varela encabezaría la lista de los grandes paladines de la cultura cubana llamados a morir en el destierro, a ser encarcelados o a sufrir la persecución de las autoridades españolas. De activa vida política, dedicó todas sus energías al país, como lo hizo José Antonio Saco, como lo hizo José de la Luz y Caballero, como lo hicieron José María Heredia y Cirilo Villaverde. El poeta Heredia tuvo una historia patética, en la que se mezclan los días de triunfos en México y los de miseria y tuberculosis en buhardillas de la imperial ciudad. Villaverde colaboró, con el poeta Teurbe Tolón, en crear la bandera de la estrella solitaria que ideó Narciso López.

Félix Varela fue un escritor severo, como cuadraba a su sacerdocio, menos escritor que ideólogo y luchador social, si se quiere. Su importancia como pilar de la cultura cubana no está en las páginas que llenó, sino en las ideas que propagó con admirable tesón, en las enseñanzas que difundió y en la abnegación con que se entregó a ellas. En punto a apostolado por la educación política le igualó José de la Luz y Caballero, quien se dio en cuerpo y alma a la educación moral y científica hasta hacer de su profesión de maestro un símbolo, todavía vivo en Cuba. Mente cultivada, hombre estudioso, escritor de estilo muy puro, a través del cual se expresaba con extraordinario vigor, sus aforismos sobre ética del maestro son admirables y ejemplares.

Resulta curioso observar al cabo de los años que cuanto iba a decir más personal de los escritores cubanos del siglo XIX —esto es, José Martí— estaría implícito, a veces con sorprendente identidad en el pensamiento, en los aforismos de José de la Luz y Caballero; si bien en José Martí las ideas se expresaban con tal gallardía y tan embriagador encanto personal, que todo cuanto dijo parecía nuevo. De ahí que yo me atreviera cierta vez a afirmar de él lo que se dijo de Juan Jacobo Rousseau, que lo que aportó a la Revolución Francesa no fueron ideas nuevas, sino un nuevo estilo. Eso, el estilo, fue lo característico en José Martí; y con él arrastró al pueblo a la lucha y demolió un Imperio de cuatro siglos.

Como escritor, el más completo y notable del grupo fue, sin duda, José Antonio Saco, de estilo vigoroso, de conocimientos amplios, formidable en la polémica, cáustico a veces, hecho a manejar gran cantidad de datos e informaciones que sabía exponer con natural don de escritor. Su obra es vasta y seria; y el valor de cuanto dijo no está sólo en la honestidad científica, en su estilo limpio y bravío, en la riqueza de los conocimientos con que acometió la tarea de exponer los problemas de Cuba ante cubanos, españoles y extranjeros; está también en la certeza con que vio los fundamentos de esos problemas en la compleja formación política, económica y racial del país.

José María Heredia fue un caso de vigor poético nato. Escribió desde niño. Sus padres habían nacido en la cercana isla de Santo Domingo, y él mismo estuvo a punto de nacer allí. Tradicionalmente los Heredia se habían distinguido como gente culta. El poeta tuvo un aliento sin-

gular, una fuerza interior que se desarrolló sobre sólidos conocimientos de literatura clásica, transmitidos por el padre. Así se explica que en él resucitara la lengua de los grandes poetas de la antigüedad, si bien teñida por los resplandores iniciales del romanticismo y situada en América, cuyos imponentes paisajes, cuya dramática historia y cuyo porvenir cantó en odas inmortales. Desde los más remotos tiempos, el verso fue siempre la mejor embajada de los pueblos; y Heredia no tardó en ser conocido fuera de Cuba, en sorprender a lectores extranjeros. A partir de sus primeros poemas se saludó en él a uno de los más altos clásicos de la lengua española en América.

Cirilo Villaverde no fue un gran escritor, sino un gran novelista, extraordinario expositor de la sociedad colonial y del régimen esclavista con que se gobernaba a Cuba. El ambiente social de la burguesía comercial y azucarera de la época, el de los barrios pobres, el de los hampones, el de los negros esclavos y libertos y los mulatos despreciados; la vida en los campos de caña y en los ingenios, los criterios de los grupos más diversos; todo eso resalta en su novela *Cecilia Valdés*, cuya intriga está concebida y desarrollada con singular maestría. Entre las escasas novelas escritas durante el siglo XIX en América que han logrado perdurar, está *Cecilia Valdés*. Es tan excelente como pintura de la sociedad colonial, con sus diversos y contrapuestos matices, y tan buena como construcción de argumento, que las frecuentes caídas de estilo en el lenguaje y las menos frecuentes imitaciones de fuentes europeas en la descripción del paisaje no le quitan una astilla en su prestigio de obra excepcional.

Cada uno dentro de su época, y cada uno, según las circunstancias de su temperamento, Varela, Saco, Heredia, Luz y Caballero y Villaverde tienen, además de sus sobresalientes cualidades en sus respectivas obras, el rasgo común de haber puesto sus vidas y sus inteligencias al servicio del pueblo. Con contadísimas excepciones, tal hecho seguirá produciéndose en la historia del país; los artistas, los poetas, los escritores cubanos serán fieles a esa tradición.

El desarrollo de la cultura en los inicios del siglo XIX se da en todos los géneros; sin embargo, ni el teatro –al que los cubanos, y sobre todo los habaneros, son ardientes aficionados desde la centuria anterior–, ni la pintura, ni la escultura producen figuras apreciables. La música, género que,

como se dijo ya empieza desde los primeros tiempos de la Colonia a distinguirse de los moldes europeos, aunque, desde luego, como es de acento popular tarda en manifestarse con la altura con que lo hizo la poesía en el caso de Heredia, la filosofía y la educación en los casos de Varela y Luz y Caballero, y en las letras en los de Saco y Villaverde. Es preciso reconocer, eso sí, que cuando lo hizo manifestó más cubanidad en la expresión y, por tanto, en la intención, lo cual se explica por la raíz popular con que se distinguió desde el principio o, para decirlo en términos más apropiados, por la insurgencia de ritmos y tiempos de origen africano que el pueblo injertó en la música traída por los conquistadores.

La llamada “música típica cubana” del siglo XIX no representó, sin embargo, lo cubano en total; y por las mismas causas alegadas en el caso de las bellas letras, sería absurdo pedir que así hubiera ocurrido. Cuba estaba entonces en lucha. Los valores populares iban acercándose poco a poco a la superficie, pero tardarían mucho en irrumpir sobre ella y dominar el panorama criollo. Por razones de su origen, la buena música —que en todo caso fue, en aliento, inferior a la buena poesía— debía madurar como voz criolla, antes que el poema. Pero por lo mismo que ella estaba gestándose desde mucho antes, tendría que ser, como fue, expresión parcial de la cubanidad.

Así, las danzas cubanas, algunas de las cuales han quedado como páginas clásicas en el acervo criollo, eran la descripción melódica de una Cuba colonial, tierra de dulces paisajes, de vida lenta, de amorosas siestas a la sombra de las palmeras o de plácidas noches de luna a la orilla de arroyos cristalinos. Fue la música de la burguesía terrateniente; la de las magníficas viviendas en los ingenios, frescas y cómodas, amplias de portales, iluminadas por un sol de encargo; fue la que convenía con la criolla tierna, de grandes ojos negros y pálida tez, que hablaba un español de azúcar y sonreía con gracia sin igual. Hoy, al cabo del tiempo, se reconoce, sin embargo, que esa música fue cubana y contribuyó a difundir por el mundo el prestigio de la isla y a concretar en el país el sentimiento de la nacionalidad.

Resulta curioso observar que antes de que se destacaran los autores que afirmaron la cubanidad en las danzas habaneras o criollas de la época; antes, por lo menos, de que sus nombres se conocieran amplia-

mente, los cubanos se conocieron como ejecutantes gracias, sobre todo, a dos violinistas de color; negro uno, mulato el otro. El negro fue Brindis de Salas, cuyo padre, de igual nombre, había sido músico muy conocido en La Habana, el mulato, Joseíto White, hijo de un acaudalado francés de Matanzas. Además de gran violinista, White fue compositor; y su muy fina danza “La Bella Cubana” es una pequeña obra maestra del género.

Brindis de Salas y White fueron contemporáneos; y aunque el último nació antes –en 1837, mientras que el primero nació en 1852–, murió algunos años después: Brindis de Salas en 1911, en Buenos Aires, y Joseíto White en 1918, en París. Grandemente apreciados ambos como ejecutantes, Salas tuvo más color y a la vez una vida mucho más interesante, si bien menos fecunda que la de White. Se le llamó el “Paganini cubano”, y arrebató a los públicos; se dice que llegó a ser músico de cámara de la Corte alemana; fue hecho barón, se le condecoró con la Legión de Honor, y desde San Petersburgo hasta París paseó por todas las capitales europeas entre aclamaciones. Vida de grandes contrastes, murió de frío y de hambre en una solitaria calle de Buenos Aires, donde años antes su público, lleno de admiración, le había regalado un Stradivarius.

Poco antes de que muriera el poeta José María Heredia nació en La Habana el primer compositor cubano cuya obra sería conocida en los círculos de la alta música, con su centro entonces en París. Fue Nicolás Ruiz Espadero, llamado más bien Espadero a secas. Todas las referencias coinciden en considerarlo un excelente pianista. Sus piezas se editaban aunque él jamás salió de La Habana. Al morir Gottschalk, los editores franceses de las obras póstumas del músico americano encargaron a Espadero que las prologara; lo cual indica que, además de la larga amistad que le unió al autor de “Ossian”, en la capital musical del mundo se le respetaba como a un maestro. Sin embargo, Espadero no fue un compositor cubano en el estricto sentido de la palabra. No le interesó su país desde ningún punto de vista. Prófugo de la realidad criolla, ni siquiera la percibió musicalmente, aunque es posible que en su obra se halle alguno que otro acento melódico que vagamente evoque a Cuba.

Cubano fue, en cambio, Ignacio Cervantes, discípulo de Espadero, pianista y autor distinguido, sin duda alguna la más alta figura musical

del país en el siglo XIX. De rígida cultura académica, muy joven todavía –había nacido al mediar la centuria, en 1847–, se hizo respetar en París como ejecutante y como compositor. De su obra, que fue bastante numerosa, perduran sus “Danzas” para piano y su “Scherzo Capriccioso”, acaso la más notable producción cubana de todo el siglo y una de las más finas de la música americana de la época.

Ignacio Cervantes fue un músico notable por varias razones. Conocía la técnica de su arte, estaba situado dentro de su tiempo, y su buen gusto y su talento de creador lo dirigieron hacia valores musicales límpidos y originales dentro de la expresión de lo suyo, que era lo cubano. En ese sentido fue fiel al pueblo, y resultó serlo también como hombre, puesto que en el corazón de la capital colonial, necesitado de producir dinero para su familia, destinaba la recaudación de sus conciertos, en los años últimos de la guerra de 1868, al fondo de la revolución, conducta que le valió el destierro. En el destierro siguió dando conciertos a beneficio de los que en los campos de Oriente y de Camagüey luchaban por crear la República.

Esa música cubana del siglo XIX, que expresaba la parte de la sociedad criolla formada por la burguesía, tuvo un expositor de grandes dotes al finalizar la centuria. Se trató de Eduardo Sánchez de Fuentes, temperamento melódico excepcional, discípulo de Ignacio Cervantes, aunque no heredó de su maestro la severa conciencia artística que distinguió al autor de “Scherzo Capriccioso”. En 1890, cuando apenas acababa de cumplir los dieciséis años, Sánchez de Fuentes escribió la primera “habanera” cubana de alta categoría que le dio la vuelta al mundo. Se trató de la habanera “Tú”, finísima melodía, canto de cisne de un grupo social que desde que terminó la guerra de los diez años en 1878, venía siendo desplazado por la pequeña clase media del país y, a la vez, por los nacientes capitales imperialistas. Sánchez de Fuentes mismo procedía de aquella clase. Ni en la habanera “Tú” ni en la criolla “La Linda Cubana” –de tanto éxito como “Tu”– ni en lo restante de su obra, abandona el autor su dedicación a aquella Cuba de ensueño, tierra generosa para los que vivían del trabajo esclavo, país delicioso para quien nacía con todos los bienes del mundo a sus pies. No se advierte en la música de Sánchez de Fuentes ni el más ligero atisbo de la expresión tonal o

rítmica con que el pueblo iba acercándose a la superficie social. Cinco años después de haber sido escrita “Tu”, la guerra libertadora contra el poder metropolitano iba a iniciar su última etapa. Su música no presagía esa tormenta.

Sin embargo, la habanera “Tú” y la criolla “La Linda Cubana” perduran y perdurarán a pesar de su categoría de piezas más bien ligeras, en la memoria musical de Cuba, como expresiones de una época ya superada. Son y serán populares en el sentido en que el pueblo las canta y las cantará siempre. Al andar de los años, las dos, con su delicioso aire de romanza y su contagiosa sonoridad en el piano, con su atractivo ritmo de tropical languidez, se han convertido en algo así como piezas clásicas en la música menor cubana.

Mientras poetas, escritores, educadores y músicos producían, unos y otros, expresando las ambiciones, las esperanzas, las derrotas y las victorias de la clase dominante, el pueblo iba labrando su cauce artístico. Innúmeros pequeños dioses pululaban entre las grandes figuras de la cultura, llenando huecos, cada uno arrimando al edificio de la nacionalidad la piedra que le tocaba. Maestros, abogados, médicos, periodistas, compositores y toda suerte de gente desconocida, pero preocupada y laboriosa, trabajaban en camino hacia el porvenir. Al quedar herida de muerte la clase dirigente tras el esfuerzo de la guerra de los diez años, los sobrevivientes de mayor cultura, de más conocida capacidad o de más renombre, se dispersaron por América y por Europa. Cuba entró en un tránsito que había de conducirla hasta la etapa final de su lucha contra España. En los años del tránsito, la personificación de su cultura fue José Martí. Él resultó ser el fruto más sazonado y el de más esencia nacional entre todos los que produjo un siglo de actividad cultural.

El político José Martí engrandece la figura del escritor José Martí; la aumenta, engrosa su caudal y la ilumina con el resplandor del martirio. Pero, aun si no se hubiese transformado en el alma de la revolución cubana, por su sola obra de poeta, de crítico, de cronista, de maestro y de escritor –de hombre de letras y cultura, en fin–, Martí tendría un lugar prominente en el panteón de los grandes de América.

Lo primero que sorprende y atrae en su obra escrita es el estilo. Escribía con la vehemencia con que estallan los astros o revientan las fuentes

de agua, por vez primera, en la soledad de los bosques. Pero esa vehemencia estaba estrictamente embridada, sometida al propósito de decir algo concreto. Era, pues, un extraordinario artista de la expresión; y, sin embargo, no era un virtuoso, puesto que su prosa tenía un dinamismo vital impresionante. Dónde había él adquirido esa manera de escribir es algo que no está claro todavía. Algunos críticos remontan sus raíces a Gracián, a Teresa de Jesús y a Quevedo, a quienes sin duda leyó. Pero es el caso que ya antes de cumplir los diez años escribió, desde el campo donde pasaba unos días de vacaciones, una carta a su madre, y en esa carta se advierte con toda claridad el estilo en que mucho tiempo después escribiría sus inmortales páginas. Todo el Martí adulto, como escritor, está en germen en las escasas líneas de esa carta. Además, es interesante observar que ya a los dieciséis años, cuando estuvo preso, había escrito una pieza de teatro en verso; que cierta esquela escrita desde la cárcel, también a su madre, conserva el espíritu de la anterior y anuncia el lenguaje y la intención de su obra futura; y que si en el resto de su vida sus condiciones para el manejo de la expresión madurarán, no habrá cambio fundamental en su estilo.

A la vez que es profundamente expresiva y lujosa, su manera de escribir es precisa, personal y eminentemente castiza; castiza aun cuando reproduce el lenguaje de los hombres de la tierra americana, cuando usa nuevos nombres de plantas, animales, lugares. El antiguo y casi olvidado valor de muchos giros castellanos se mezcla en él con el nuevo de los pueblos de América. Y todo ello ocurre con una sorprendente naturalidad y al compás de una música interior de admirable hechizo.

En el estilo de Martí está el secreto de sus hazañas como escritor, orador y político. Pues aunque no aporta ninguna idea a los conceptos filosóficos o políticos de la época, envuelve su mensaje, o lo deja que se produzca envuelto en su maravilloso don de expresión, con un relumbré que ciega y atrae a la vez. Toda la fuerza y toda la suntuosa belleza del continente americano, con su embriagador aliento, están en Martí. Cada frase suya es una obra perfecta, nueva y deslumbrante.

Escribió mucho, sin cesar, hasta la hora de su muerte en los campos de Cuba; escribió sobre todas las materias. Fue infatigable. Era un observador sagaz, de admirable penetración y naturalmente hecho a relacio-

nar las partes de cualquier asunto con el todo universal y especialmente, americano. No hubo actividad sobre la Tierra que no le mereciera un juicio. Además, escribía siempre como un maestro de pueblos, que descubría y exponía con generosa bondad cuánto útil, bueno y bello hubiera en la obra de los hombres. Pasaba sobre lo inútil, lo malo y lo feo con una grandeza apostólica.

Todavía no se conocen a fondo las fuentes de los conocimientos que adquirió Martí. Estudió lo que cualquier otro joven cubano de su época; y no hay duda de que estudió menos que muchos otros a quienes la fortuna favoreció desde la cuna. Su destierro en España, siendo todavía un mozuelo, debe haberle ayudado a formar su estilo, pues era la época de actividad cultural estimulada por la primera República española; la de los Salmerón y Castelar. Pero en Martí parece haberse dado el caso de una concreción, diríase que casi biológica e histórica, de la sensibilidad, la atmósfera y la capacidad de su pueblo en el momento en que ese pueblo hizo su mayor esfuerzo por manifestar su voluntad y su genio nacional.

Antes de encabezar la revolución libertadora de su país en la etapa final de la guerra contra España, Martí inició la revolución modernista en la poesía española. Él es el iniciador de ese movimiento que iba a tener su máxima expresión en Rubén Darío. La audacia y la naturalidad con que Martí injerta en la poesía de la lengua nuevos valores, sorprende hoy. Al mismo tiempo, es el primer poeta cubano que incorpora en su poemática el alma criolla, lo cual hace sin usar términos del pueblo; su cubanidad está en el ritmo y en cierta simplicidad campesina que dan a sus “Versos Sencillos” el tono de lo cubano en esa época. Tal es su vuelo, que de pronto en medio de esos mismos “Versos Sencillos” hallamos imágenes tan vivas, ágiles y brillantes como las que cuarenta años después nos daría en sus romances gitanos Federico García Lorca. En sus versos libres cual con frecuencia ocurre también en su prosa, hay una grandeza de lenguaje bíblico.

En la crítica fue de una agudeza sorprendente, si se exceptúa la crítica de autores latinoamericanos, pues en ese caso su generosidad es tan caudalosa que todo lo encomia. Fue él quien, por vez primera entre los autores del idioma español, dijo que Walt Whitman era un poeta excep-

cional lo captó, lo comprendió; se maravilló ante el poeta de las “Briznas”, y no se cansó de propagar entre sus lectores de la América española la grandeza del vate de la nueva democracia. Otro de sus favoritos, a quien encomió cuando apenas se le conocía en español, fue Emerson.

Como cronista, nadie le iguala en nuestra lengua. Lo abarcó todo, desde el juicio de un criminal en Estados Unidos, la obra de arte en Italia, o la discusión de una ley en el Parlamento francés hasta el funcionamiento de una fábrica o la discusión pública de un problema en España, hasta las medidas tomadas por el gobierno en México. Durante muchos años escribió para periódicos de Sudamérica, y su correspondencia algunos periódicos llena varios volúmenes.

Fue expositor de historia, el más brillante juez de los sucesos y de las figuras históricas de las tierras americanas. De Lincoln a Bolívar, de los indios bolivianos a las batallas de Grant, todo lo repasó, sin que a su agudo ojo de político se le escapara un matiz. Y fue, también, un extraordinario narrador de viajes. Sus descripciones del paisaje, de la sociedad rural de la vida cotidiana en Guatemala, en Santo Domingo, en Haití y en Cuba son páginas antológicas, en las que se adelantó a lo que se ha llamado hace algunos años “literatura vernácula americana”.

Cuando preparaba las fuerzas que iban a desatar en el renuevo de la revolución libertadora, Martí fundó un periódico, *Patria*, que editaba en Nueva York. El periódico estaba consagrado a la revolución, y en él escribía Martí desde los sesudos artículos de alta política hasta la más nimia gacetilla. Comentaba la vida de la isla, las medidas metropolitanas, los movimientos económicos, y también la visita de un cubano a Nueva York; el nacimiento de un niño en la colonia cubana, o la muerte de un patriota. A la vez que se ocupaba en eso viajaba sin cesar, mantenía una activa correspondencia con todos los centros de emigrados y pronunciaba discursos en las ocasiones solemnes de la historia de Cuba.

Sus cartas son inigualables. Era un brujo para decir lo que deseaba decir. Fue un modelo único de estilo epistolar, nadie superó antes en español a Martí en esa material, y nadie le ha superado después. Su don de escritor excepcional resalta ahí. Con una frase movía a un hombre. Sabía halagar, sabía estimular, sabía conmover, y lo hacía con suma dignidad y con sobra de dulzura y bondad.

Fue un magnífico escritor para niños, acaso porque en él había un auténtico maestro, un padre natural y un poeta. Publicó en Nueva York, durante algún tiempo, una revista para niños de la *América española*, que llamó “La Edad de Oro”; y en esas páginas contaba a los niños las cosas que iba interesándolos, con ternura exquisita, en cuanto bello y bueno hubiera en el mundo, lo que nos hace comprender qué gran hombre y qué gran escritor fue José Martí. Evidentemente, el siglo XIX no dio un escritor de su talla en los dominios de idioma español. Desgraciadamente, es casi imposible que se le pueda traducir a otras lenguas sin que pierda mucho, a menos que sus traductores tuvieran el don de la palabra en la medida que él lo tuvo.

José Martí fue la culminación más alta posible, y alcanzó límites casi irreales en la dedicación al pueblo y a sus problemas, angustias y esperanzas, que se habían hecho ya tradición entre los adalides de la cultura en Cuba. Él fue “el Apóstol”, y al pueblo entregó su obra y su vida sin desmayo.

Abundaban, mientras Martí descollaba en tan varios aspectos, los escritores, maestros, periodistas, poetas, médicos, abogados, inventores cubanos que, junto con generales, coroneles, artesanos y trabajadores y con antiguos terratenientes arruinados y jóvenes de casas nobles venidas a menos, labraban en el destierro el porvenir de Cuba. Mientras tanto, adentro el pueblo esperaba y sus guías intelectuales, abogados escritores, poetas, oradores, proclamaban que la solución de los males del país estaba en la autonomía que, manteniendo a Cuba dentro de la nación española, le permitiera tratar sus propios asuntos con medidas adecuadas a sus necesidades. Abundaban también, como es claro, quienes regían la lucha y se entregaban a una tarea abstracta, y quienes eran acérrimos partidarios de la integridad española, esto es, del mantenimiento de la isla como colonia hispánica.

Entre los primeros se hallaba un escritor que nació justamente a mitad del siglo, en Camagüey, ciudad que había sido rica y culta, había visto crecer en su seno a escritores y poetas de prestigio, y tenido entre sus médicos al doctor Carlos Finlay, quien había mantenido una larga tradición de periódicos en que se debatían los problemas nacionales y locales, sostenido un círculo de música y de teatro, facilitado la propa-

gación de lenguas extranjeras. Enrique José Varona fue el resumen de ese ambiente, y a él le tocó ser la cabeza pensante de Cuba en los años que transcurrieron entre la caída de Martí y el estallido postrero de la revolución, que se produjo en 1930.

Escritor, crítico, maestro, filósofo, político, Varona era dueño de un estilo muy conciso, muy castizo, aunque sin grandeza. Empezó como poeta, poniendo al servicio de su verso toda su cultura clásica, que era mucha, y sus estudios de filosofía, que fueron abundantes. Estuvo adscrito en sus primeros tiempos al autonomismo; mas al estallar la última etapa de la guerra contra España, se tornó independentista y se fue al destierro. Le tocó mantener el periódico *Patria* durante la contienda, en lo cual heredó la tarea de Martí. Hombre probo, de conducta límpida, sirvió a su causa con verdadera abnegación. Fue un infatigable predicador de la utilidad de lo bueno y bello; su labor de maestro fue propagar entre los cubanos las ideas más progresistas de la cultura occidental. Rigió la Universidad de La Habana, y a él se debe el emplazamiento que tiene hoy, en esa especie de colina que divide la ciudad del barrio del Vedado. Alcanzó a ser vicepresidente de la República; y en 1930, cuando los estudiantes buscaban un guía moral que los condujera en su lucha contra la tiranía y contra el dominio de los procedimientos coloniales, expresaba: “Sobran ahora las palabras; ha llegado la hora de la acción”. Motivo por el cual su gloriosa ancianidad fue vejada, su hogar violado. Murió en plena lucha, con el espíritu de un jovenzuelo.

Con clara mirada, Varona comprendió lo que esa lucha significaba. Era el pueblo quien insurgía en ella; era Cuba, buscando su salida histórica, completando la obra de los libertadores. Una vez más, él estuvo del lado del pueblo. Al fin, se impuso éste; completó la larga jornada iniciada en octubre de 1868, y entró como personaje en el drama nacional, reclamando el derecho de actuar con igual categoría que la que habían tenido antes los grandes terratenientes, la aristocracia colonial, los amos del capital extranjero. Con esa irrupción popular a la superficie de los acontecimientos cubanos, el pueblo tendría sus intérpretes; es más, por vez primera se impondría su acento.

Como es claro, en esa marcha de las masas hacia el porvenir figuraban artistas, escritores, pintores; algunos habían iniciado el avance desde mucho tiempo atrás, casi desde que se advirtió la semifrustración

de la guerra libertadora; algunos eran conscientes de lo que hacían, otros no. Muchos no llegaron a cuajar del todo; muchos lo hicieron, pero hasta el momento en que les tocó morir o tuvieron que abandonar las filas. Algunos vieron madurar su obra en los días mismos en que el pueblo lograba sus fines, otros después de haberse alcanzado la victoria. De todos ellos, cuatro nos interesan: un escritor, un poeta, un músico y un pintor. No son los mejores ni los peores; no los escogemos por calidad, sino por su condición de representativos de lo cubano, si bien en algunos casos esa característica va estrechamente unida a la de notables ejemplares en su arte respectivo.

El que antes que todos empezó su tarea, y además la ha llevado a mayor amplitud, es Fernando Ortiz; “don Fernando”, como se le llama en Cuba, país en el que resulta milagroso que se le anteponga el “don” a nombre alguno. Había nacido en La Habana, durante los años de paz que precedieron a la guerra tic 1895, pero sus padres lo enviaron muy temprano a las Islas Baleares. Todavía se le nota el acento mallorquín cuando hace los graciosos relatos con que matiza su charla. Estudió sociología en la capital de España, y allí, leyendo *La mala vida en Madrid*, de don Bernardo de Quiroz, sintió el primer impulso de estudiar las costumbres ñáñigas en Cuba, fuente de crímenes y de tenebrosas leyendas que corrían por toda la isla. Enrico Ferri y Lombroso, cuya lectura frecuentó después en el idioma original, mientras era funcionario consular de la joven República en Génova, hacia 1903 y 1905, inclinó su inquietud, definitivamente, al estudio de la antropología en la isla. Al andar los años, su labor en este campo iba a ampliarse en todos los sentidos; y terminaría siendo el polígrafo nacional, especie de creador de un mundo intelectual poblado por toda suerte de esfuerzos, investigaciones, hallazgos y orientaciones. En el campo de la ciencia antropológica, que va desde la historia hasta la botánica, desde la biología hasta la semántica, desde la geografía hasta la música, todo lo tocaría Fernando Ortiz con una amplitud de mente, con una gracia de estilo, con una dedicación de sabio y con una tan respetable capacidad de trabajo, que acabaría convirtiéndose en una especie de gran Buda viviente, no sólo para la cultura cubana, sino para todo el continente.

Interesado al principio por los aspectos legales del problema racial cubano, o mejor aún, por las derivaciones que en el derecho positivo tenían las costumbres, las creencias religiosas y otros aspectos de las inmigraciones negras introducidas en Cuba por la puerta de la esclavitud, fue dándose cuenta de que ese caudal africano había impreso profunda huella en la vida del país, bien a través de sus leyendas, de su música, de sus religiones. Poco a poco, sus estudios fueron ampliándose; sus investigaciones penetraban cada vez más en lo profundo del fenómeno cubano, derivando hacia otras zonas de lo nacional, discurriendo hacia lo político, hacia lo social, hacia lo económico. Al mismo tiempo, convencido de que el hecho nacional cubano estaba integrado por distintos factores raciales, históricos y económicos, se convirtió en un empresario gratuito de la difusión cultural, asoció a los españoles del país en su empresa y fundó la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, mediante la cual llevó a Cuba cuanta cabeza española, europea y americana pudiera ser útil en la difusión de los conocimientos o del arte.

Toda esa actividad no le impidió viajar y lanzarse a la política del país, en la cual alcanzó una curul en la Cámara de Representantes, que le duró diez años, ni abrir y mantener un bufete de abogados que ganó mucha reputación.

Pero a todo ello renunció prácticamente don Fernando, cuando llegaron los años de crisis para Cuba y, más tarde, los de crisis mundial que desembocaron en la gran guerra contra el nazifascismo. Se dedicó por entero a su obra de investigador; y fue él quien abrió de par en par las puertas de Cuba hacia la lucha contra la discriminación racial, pues con sus numerosos libros, sus conferencias, con sus discursos, había convencido a la minoría preparada de que Cuba se había enriquecido con el acervo de la negritud; no se había perjudicado o desmedrado como se pensó en los días de la Colonia. Por ese camino, no resultó raro que se entregara con verdadero ardor a la propaganda contra el nazismo, que pretendía resucitar el viejo concepto de las razas inferiores, propaganda que culminó en su libro *El mito de las razas*.

La lista de obras de don Fernando Ortiz es muy larga, y sigue aumentando. En los últimos tiempos su atención ha caído en la música cubana de origen africano, y un vasto estudio que viene publicando se refiere

a los instrumentos usados por los negros de Cuba para producir música. A pesar de que todos sus trabajos tienen por objeto algún tema de interés cubano, escarba en cuanto dato hay en América, revuelve el fondo de la raíz americana, busca aquí y allá, con habilidad de erudito, para acabar escribiendo con tacto de artista y desenfado de gran señor de las letras.

Ese desentado de Fernando Ortiz se nota en cualquier párrafo suyo; en las notículas escritas, por ejemplo, para la revista *Archivo folklórico cubano*, o en lo que es, a juicio de muchos lectores, su obra más representativa, el *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Libro cuajado de informes y observaciones, de delicioso estilo que hace evocar el de los más nombrados ingenios del Siglo de Oro, está conducido por un criterio social político de la mejor ley. Su medio millar de páginas se leen ávidamente. Las infinitas disparidades que hay entre el azúcar y el tabaco, a la vez que las infinitas relaciones de ambos productos entre sí y con la historia cubana; las incontables diferencias económicas, sociales, políticas, morales y de otra índole que han producido esos dos renglones de la economía cubana y mundial, aparecen en la obra expuestas con tal gracia, con tan exquisito cuidado en el manejo de los datos y en la reproducción de las fuentes históricas, y con un humor tan humano y delicado a la vez, que el libro alcanza la categoría de clásico, a pesar de que fue editado en 1940.

Don Fernando Ortiz anda ya por encima de los setenta años. Es de buena estatura, grueso, grande la blanca y de pelada cabeza, grande el rostro mofletudo y llenos los ojos de expresión picaresca y juvenil. Así es en su trato; juvenil y picaresco. De conversación chispeante, comunica a cuanto dice un vivo calor de humanidad, un encanto natural, casi familiar, que hace inolvidable la más ligera charla mantenida con él. Activo, frecuenta amistades jóvenes, va a conferencias, asiste a exposiciones o recibe en su hermosa casa del Vedado, a un costado de la Universidad. Su cordial hospitalidad le hace a uno olvidar que está en presencia del escritor acaso más eminente que en su género vive hoy en la América española.

Aunque tal vez, de manera directa, Fernando Ortiz no contribuyó a la aparición del movimiento poético cubano que culminó en su más alto representante vivo, Nicolás Guillén, puede afirmarse que lo hizo

por vía indirecta. Pues Guillén tomó el material popular y lo llevó al verso, acentuando el origen negro de lo popular en Cuba; y quien dio categoría científica y artística a ese material fue Fernando Ortiz.

Nicolás Guillén nació al inaugurarse la República, esto es, en 1902. El hecho, que cuando se produjo carecía de importancia, excepto para la familia del nuevo niño, ocurrió en Camagüey, lo cual, en cambio, tendría enorme importancia al andar de los años para la poesía cubana. Pues Camagüey era el lugar donde más sensible se hacía la discriminación, y Nicolás Guillén había nacido en un hogar mestizo. El padre era hombre de cultura y factor político muy estimado; alcanzó a ser senador, y durante la sublevación de los liberales en 1917 fue asesinado por soldados gobiernistas. Este hecho tendría también mucho que ver en el futuro poético del hijo.

Guillén fue tipógrafo y estudiante de derecho. Empezó escribir versos muy joven. Movidó por la inquietud intelectual que se inició en los primeros años de la década 1920-1930 –sin la toma inicial de la lucha popular por insurgir a la superficie del drama cubano–, comenzó a expresar su amargura íntima –la del discriminado y la del perseguido por la violencia oficial– en poemas escépticos. Pero poco a poco su pupila poética fue iluminándose con la tragedia de las grandes masas, su oído interior fue oyendo la voz múltiple y adolorida de los desposeídos. Insensiblemente él y el pueblo se acercaron; e insensiblemente Guillén pasó a cantar los cantares de la calle, a transformar en obra poética el verbo popular, lo que en ritmo popular y con lenguaje cándido o picaresco salía de los mercados, de las casas de vecindad, de los suburbios pobres de La Habana.

A través de los años había ocurrido un fenómeno que pasó inadvertido para muchos; y fue que el pueblo acabó integrándose, que su clamor se hizo suma de clamores aislados, su voz, más sonora que la antigua voz cubana expresada sólo por los dueños de ingenios, por los trabajadores de ancestros españoles o por los funcionarios peninsulares. En la gran artesa de la historia los distintos factores de lo cubano se habían cocido; y al terminar la tercera década del siglo xx, Cuba no estaba compuesta por una superposición de castas o de razas, sin más nexos entre sí que la vecindad, sino que era un todo. Y Guillén fue el poeta de ese todo;

mejor, se hizo el poeta del todo. Había pasado la época en que la expresión de lo cubano podía hacerse captando simplemente lo español, más o menos cubanizado. Se estaba en presencia de una insurgencia de todo lo nacional, una nueva fuerza rica en sonoridades, en conceptos nacientes, en júbilo inicial, en dolor pasado, en esperanzas y amargas experiencias. No se trataba de una primacía de lo negro, pero tampoco de la antigua primacía de lo blanco, modificada por el ambiente. Era otra cosa: era lo cubano, lo integral.

Al principio se pensó que la poética de Guillén sería negroide, y se le saludó como tal. Fue error. Su poética era cubana. No había diferencias entre lo que sufrían el negro del solar y el blanco del solar, ni entre el mulato y el blanco que cortaban caña.

Si en algún momento el poeta se dejó ganar por el acento puramente negro, como en el “Canto para matar una culebra”, antes se había dejado ganar por el acento puramente blanco. Y eso pasó pronto. Pues descubrió la médula misma del dolor cubano, al cual contribuía lo racial, pero que fundamentalmente era social, era económico, era político. Su encuentro con el pueblo produjo sus admirables sonos; y después de ese encuentro, del diálogo adolorido, silencioso y sangrante con la musa popular, vino la comprensión de que el mal cubano era su dependencia semicolonial, mantenida a través de los traidores del país. Entonces su canto se convirtió en “Sones para turistas”, en “West Indies Limited”, en la alegremente desgarradora actitud de José Ramón Cantaliso, el símbolo crucificado, pero sonriente, de la tragedia cubana, y en el ruego poético a los soldados para que no mataran cubanos. Aquí, el afán integrador fue tan consciente y generoso que se sobrepuso al recuerdo del padre asesinado por la soldadesca; ese afán se expresó también en varios otros acentos; el irónico cuando puso a hablar al tambor, el patético en “Los dos abuelos”.

Por el camino de la poesía Guillén se había encontrado con el pueblo; dialogó con él, le tomó su perenne y sufrida música, se convirtió a la postre en el más representativo de los poetas de su tierra. Pero venía del seno de la tragedia; discriminado primero, huérfano a causa de la violencia oficial después. Y por los días en que él formaba su numen poético, Cuba tuvo una doctrina política a qué aferrarse, algo que resultara

tan radical como él lo necesitaba, y que sublimara, sin embargo, su propia angustia tomando en cuenta al pueblo. De ahí que se hiciera comunista. A nadie puede sorprenderle. En la hora en que Cuba emergía del fondo de la sangre, un poeta como él debía ver sólo auroras rojas. Aun en el mejor de los casos el país que encabezaba la teoría de naciones democráticas discriminaba a los negros y a los mestizos. Por otra parte, el prejuicio pequeño burgués de la juventud que dirigió el movimiento revolucionario le tomó en cuenta a Guillén que hubiera sido funcionario –y no precisamente de categoría– del régimen caído, sin entrar a considerar que su padre había sido asesinado por su filiación liberal, y que el de los liberales fue el partido que gobernó con el dictador; al tiempo que los jefes comunistas de Cuba, que figuran entre los más capaces y hábiles del comunismo internacional, siguieron al pie de la letra una indicación del Comintern, aquella de que valía más captar para los partidos stalinistas a un poeta bueno, a un músico distinguido, a un científico o a un escritor de prestigio, que a mil personas sin nombre.

De todas maneras, por lo que fuere, Guillén se hizo comunista; con lo cual empezó a ser perseguido, a sentir en propia carne el renacimiento de la angustia de su primera juventud. Se le hizo preso; anduvo exilado por México, Estados Unidos, por España y Francia. De retorno en Cuba, trabajó en revistas y periódicos de su partido. Pero ya no volvió a escribir tanto como antes, aunque su calidad fue cada vez más alta. Hecho el pacto entre los comunistas y el entonces coronel Batista, Guillén pudo vivir en paz. Viajó a Haití; viajó más tarde por casi toda la América española. Al cumplir el medio siglo de vida andaba tras la Cortina de Hierro, por Checoslovaquia y la China roja.

A mí me gustó siempre el trato con Nicolás Guillén, cuyo modesto hogar visitaba en La Habana. De color agitanado, más bien bajo que alto, macizo sin ser grueso, el poeta tiene un singular atractivo que reside, sin duda, en el equilibrio con que se mantienen dentro de él la bondad y la ternura casi infantiles y la cautela y la energía de un caballero adulto. Su largo pelo gris, de medio siglo, y su sonrisa de niño simbolizan bien el equilibrio. Es muy cuidadoso en su convivencia con los amigos, acaso porque es susceptible y teme que lo hieran. Años atrás jugaba billetes y charadas con entusiasmo pueril, porque tenía una suerte loca y a me-

nudo se sacaba premios. Muy consciente de su propio valer como poeta y como figura política no se lo hace notar a los demás, sin embargo. Es callado, pero duramente leal a sus ideas políticas, a su destino poético y a sus amigos. Pero no es un fanático, refugio de los débiles.

La magia del estilo de Guillén no está en las palabras; su cubanismo no se halla en lo que describe. Es algo más profundo. Está en el ritmo y a la vez en la esencia. Con límpidas voces castizas tomó del aire sonoro de su isla el ritmo popular, tan a menudo expresado en la música del país, y lo sometió a su arte de poeta, a su ciencia de poeta, a su sentimiento adolorido de cubano. Escribió en palabras la música nacional; la vertió al lenguaje humano, elevándola sobre sí misma mediante la depuración de cualquier mancha original. No resulta extraño, pues, que al producirse en Cuba –por los días en que Guillén comenzaba a interpretar al pueblo en sus versos– un movimiento musical que buscaba vida en las fuentes populares, en la enorme e hirviente cantera de la música cubana de origen negro, los más capaces cultivadores de esa música nueva escribieran motivos sinfónicos sobre poemas de Guillén. De ellos, el más fundamentalmente creador, cubano y universal, fue Alejandro García Caturla.

De no haber sido muerto en 1940, cuando tenía treinta y cuatro años, García Caturla hubiera, sin duda, reemprendido alucinante carrera de creador, la cual había entrado en una época de cansancio poco antes, y de la que iba saliendo cuando resultó víctima de un crimen estúpido en el lugar donde ejercía como juez. La nueva etapa que anunciaba su obra póstuma –una “Berceuse Campesina”, editada tres o cuatro años después de su desaparición–, indica a las claras que la especie de receso a que se entregara un lustro antes le había servido para analizar, seguramente con la pasión y la firmeza que eran en él características, el impetuoso y original estilo con que se abrió paso a la admiración de los melómanos. Esa “Berceuse Campea”, clara hasta la nitidez, enérgica y hermosa, representa la integración musical cubana, la suma de la melodía criolla del siglo XIX y de la potencia sonora del pueblo contenida en los seguidores de Guillén.

García Caturla fue en la música cubana un caso de fuerza natural de tanto vigor como lo fue en la poesía José María Heredia. Como él,

comenzó a escribir muy joven, y como él, apenas salido de la pubertad ya se le respetaba en círculos selectos. Produjo mucho, entre los veinte y los treinta años, y se le editaba lo mismo en Nueva York que en París. Varias de sus obras fueron estrenadas en la capital de Francia.

Vigoroso como un torrente, su estilo era dominante y arrollador en cuanto tema tocara. En sus manos se transformaban los instrumentos. No necesitaba baterías africanas para dar la sensación de Cuba, ya fuera en “La Rumba” o en la “Primera Suite Cubana”, ya en su “Comparsa” o en su “Danza del Tambor”. Y sin embargo, era entrañablemente, diríamos fidelísimamente cubano. Nadie puede confundirse escuchándole. Cuba alentaba en su obra. De manera casi milagrosa era a la vez tormentoso y suave, poderoso y fino. Nadie podría medir cuánta hermosura quedó cegada con su muerte.

Cuando Caturla murió, ya en Cuba iba levantándose un movimiento musical de serio porvenir, del seno del cual han surgido numerosos jóvenes que trabajan con ejemplar ahínco, y muchos de ellos con encomiable acierto. Pero un Alejandro García Caturla no nace cada lustro; ni siquiera cada veinte años. Para fortuna de su obra, esos nuevos compositores que tanto hacen por encontrar lo cubano en el fondo de la tempestad sonora con que la isla se estremece día a día, tienden en él a abreviar, y además un caudal melódico con qué regalar el oído de su pueblo.

Alegre, enérgica, vivaz; o adolorida, suave, tierna, la fuente musical de Cuba, que es el pueblo, tiene siempre un resplandor de luz, reflejo de la que baña todo el año su tierra. Es luz para pintores. Sin embargo ha sido en los últimos tiempos cuando en Cuba se ha producido un movimiento pictórico apreciable en cantidad y en calidad. Aunque en el siglo pasado se estableció la academia oficial de dibujo, pintura y escultura; aunque desde entonces uno que otro aficionado fue enviado Europa, en verdad los primeros pintores cubanos de méritos empezaron a verse poco después que la nueva República habilitó a algunos jóvenes como secretarios, cancilleres o auxiliar del Servicio Exterior. De vuelta a Cuba, muchos de ellos trajo su obra, otros sus aprendizajes, otros sus inquietudes; todo lo cual cuajó cuando se iniciaron las corrientes llamadas a conjugarse en el movimiento popular de 1930. Entonces, de las filas

del pueblo acudieron gentes iluminadas por la vocación. Se creó una escuela libre de pintura y escultura, y la pasión plástica penetró profundamente en la conciencia cubana.

Muchos pintores buenos, vehementes, enamorados, aparecieron y crearon grupos; muchos modelistas se dedicaron a sacar formas de las piedras. Entre 1939 y 1945 se formó una pléyade de jóvenes que poco después exponían en el Museo de Arte Moderno y en galerías privadas de Nueva York; algunos lograron mercado hasta en París. En cuanto a la escultura, unos cuantos muchachos fundaron en Matanzas una especie escuela libre que no tardó en dar buenos frutos.

Entre los pintores, el que sin duda ha resultado más nacional es Carlos Enríquez, en cuya obra no es cosa difícil hallar visibles deficiencias técnicas, pero tampoco es difícil apreciar una poderosa voluntad y un impresionante acento cubano.

Carlos Enríquez es autodidacta. Nació hacia 1900 en pueblo de la provincia de Las Villas, donde su padre ejercía la medicina, y cuando tenía diecinueve años se trasladó a Nueva York, donde vivió hasta los ventiocho. Jamás asistió a una academia de pintura, pero pintó desde niño. Con sorprendente don para el dibujo y fuerte vocación, había traído al mundo una mano capaz de comunicar el poder y la gracia del movimiento a cuanta línea trazara. Eso se advierte, sobre todo, en sus caballos, animales llenos de vigor, de tremenda energía, en los cuales el espectador adivina la furia sexual desatada; y en sus bosques de palmas azotadas por huracanes, entre cuyos troncos un viento colérico y devastador parece estar cruzando día y noche. Estos dos temas son frecuentes en la pintura de Carlos Enríquez.

A poco de haber vuelto a La Habana, Enríquez se trasladó a París, y en 1934 volvió a Cuba para consagrarse desde entonces, como lo ha hecho, a pintar a Cuba y a lo cubano en cubano. Hombre de vida muy intensa, de inteligencia aguda y carácter independiente, consumió casi toda la fortuna heredada en mantener un círculo de pintores, poetas y escritores alrededor suyo, en una casita de madera que compró en cierto barrio de extramuros. La casita está hoy agobiada por el peso de los árboles que la rodean y la cubren manteniendo húmedo el suelo y fresco el lugar. Pero Carlos Enríquez apenas sale de allí. En uno de los

portales de la casa coloca ordenadamente las botellas de ron que va dejando vacías. Por las oscuras y pequeñas habitaciones, flaco, de largo pelo, cetrino, de mirada negra y boca escéptica, el pintor deambula solitario, a veces cubierto con un largo abrigo para defenderse del frío que en las tardes invernales azota el sitio. Constantemente pinta, dibuja o esboza. Es un infatigable trabajador. Años atrás se dedicó al retrato. Y es buen retratista.

A Carlos Enríquez le faltó dominio de la técnica para ser uno de los grandes pintores contemporáneos de América. Pues su intención es poderosa, su dibujo, brutalmente vivo. Además, y acaso sin propósito, sino como expresión natural de un temperamento leal al pueblo, en su pintura está presente una ira viril por la injusticia social, si bien mezclada con una obsesión sexual que en los últimos tiempos se ha hecho más patente. Aunque pinta sin cesar, cada uno de sus cuadros se queda crudo, pero por razones técnicas; esto es, su estilo abocetado y su inclinación a usar el color como atmósfera, con lo cual sus obras parecen irreales o pobladas por seres y plantas de cristal, le restan perdurabilidad en el sentido clásico de la técnica; pero en concepción, en vigor del dibujo, en movimiento y en intención, infunden respeto. Es un creador. Y es, sin duda, el más cubano de los pintores del país.

Diez o doce años atrás Carlos Enríquez se dedicó también a escribir y produjo una novela de ambiente campesino, brutal, apasionada; novela de hombres a caballo, como su pintura. Pero no insistió en la materia. Volvió a sus dibujos, a sus óleos, a sus retratos, a sus acuarelas. Es acuarelista formidable, y ensaya el género día tras día. De su profusa labor de retratista sólo un ejemplo le queda en la oscura y diminuta sala de su casa. Se trata de una juvenil muchacha desnuda, plácida y naturalmente sentada en el suelo. De los almendrados ojos se infiere el mestizaje de la modelo. Sus transparentes carnes de cristal mezclan tonos verdes y rojos. –Véndemela –le dije un día.

Sonriendo levemente, con cierta amargura, negó con la cabeza; y después explicó: –Es el último recuerdo de un amor infortunado.

Me volví, entonces, a una pequeña cabeza de piedra negra, vetada de blanco, que desde una columnita cuadrada mira con asiáticos ojos hacia el piso. Es una típica cabeza de Ramos Blanco, el hombre que

logró nacionalizar la más innacionalizable de las artes. Teodoro Ramos Blanco había sido policía en La Habana, se descubrió con vocación de escultor y obtuvo que lo enviaran a Roma. De vuelta, lleno de Cuba, labró en piedra la fuerza creadora de su pueblo. Pero su obra ha sido escasa y de poco volumen.

—No —dijo Carlos Enríquez, adivinando mi intención—. Cuando me muera te la llevas. Ahora necesito verla todos los días.

Comprendí y no dije palabra. Si él hubiera esculpido lo habría hecho como Ramos Blanco. Además, el pintor vive solo, y esa pequeña cabeza, aquel retrato de joven desnuda...

La diminuta selva alrededor de la casa era húmeda, oscura y silenciosa.

LIBRO TERCERO

Carácter y producción

Apuntes de psicología nacional

Mientras como en un restaurante, mientras cruzo en automóvil por las calles de La Habana, o mientras espero a un amigo, sentado a la mesa de cualquier café, veo pasar a la mujer cubana y me pregunto cómo y por qué es tan bella y en qué consiste que en Cuba abunde la mujer de resplandeciente atractivo.

Habitualmente, cinco detalles se destacan en ella: el pelo, siempre bien arreglado, limpio y sano, no importa su color; los ojos, por lo general grandes, brillantes y alegres, sean negros, azules o castaños; la boca, fácil a la sonrisa, cuidada y de dibujo atrayente y sensual; la piel, brillante, saludable, grata; y el porte, impresionante, altivo y sin embargo, natural.

Los periódicos publican profusas fotografías de reuniones sociales, de matrimonios y fiestas; y en ellas sorprende el alto número de damas y muchachas deslumbrantes. Hojeando esos periódicos o admirando a la cubana en la calle, se advierte que el tipo de belleza femenina de la isla no es el mismo de Europa —o de los diversos que predominan en Europa— ni de Estados Unidos. Hay algo distinto y de mayor fuerza en la mujer de Cuba; además, ese algo ilumina con hechicero resplandor el contorno y la sonrisa de la blanca, de la mestiza y de la negra. El atractivo de la cubana tiene su razón de ser en una actitud ante la vida; es un fenómeno de origen psicológico.

Cierto día hablábamos con un habanero; sus interlocutores éramos dos extranjeros. Brillantes los ojos, abierto en la expresión, aquel habanero parecía ebrio; sin embargo no sólo no había bebido, sino que jamás bebe licor alguno. El alcohol tiene la virtud —o el peligro— de anular

las inhibiciones. Y en Cuba la gente parece vivir borracha, a pesar de que habitualmente consume poca bebida espirituosa. Es que el cubano padece el mínimo de inhibiciones de que es capaz un ser humano.

Y es ahí donde se halla la explicación del hechizo con que la mujer de la isla atrae sobre sí la atención del extraño: se expone tal como es, sin reserva ni miedo alguno, satisfecha de sí misma, con la jubilosa y total satisfacción de ser mujer y de ser cubana; y como la ausencia de complejos confiere un alto grado de salud psicológica, a la mujer de Cuba se le ve de lejos esa salud, como si llevara un sol por dentro. Segura de sí, camina con paso firme, erguida y natural, casi siempre iluminado el rostro por una brillante sonrisa. La cubana es la más femenina y sin embargo la menos coqueta de las mujeres. Atrae al hombre de manera espontánea, sin hacer esfuerzo alguno. La coquetería esconde a menudo una debilidad; es, pues, el resultado de algún complejo. A la cubana no le hace falta disimular debilidades porque si tiene complejos no los oculta.

El concepto de la belleza femenina está íntimamente ligado en Cuba al concepto de la salud, al extremo de que para decir que una mujer es fea se afirma que “está mala”; de ahí que la cubana prefiera verse envuelta en carnes a reflejar el tipo de belleza estilizada que predomina en otros lugares. Estar en salud y ser comprensiva y amorosa son aspiraciones comunes a toda cubana. Sentimental, tal vez en exceso, necesita querer y que la quieran, lo cual es la clave de que resulte tan excelente compañera y tan abnegada madre.

El hombre que se case con una cubana sabe que va a tener quien le ayude y estimule. Se dice que la habanera es maestra en el arte de arreglar un pequeño espacio para que le quepa toda suerte de muebles; y ello es cierto. Pero también es cierto que esos muebles, como la limpieza con que hace brillar el lugar en que vive, están por entero dedicados al marido o al hijo. Para la cubana, el marido y el hijo resumen su razón de vivir. Ducha en administrar el dinero, por escaso que éste sea, siempre encontrará manera de sorprender a su hombre con una corbata, con un pañuelo, y para llevarle al hijo las vitaminas, la mejor ropa, la fruta fresca.

Ese amor familiar es casi un fanatismo en Cuba. Criado con amoroso celo, el hijo quiere a la madre en igual grado que ella a él. En largos años de convivencia con los cubanos, jamás he oído a uno que no diga, hablando de amores: “Lo más grande y lo primero en el mundo es la madre”. El amor a la madre es un culto sagrado en Cuba. En la cárcel de La Habana, viejo castillo colonial llamado El Príncipe, que se levanta sobre una colina en las lindes del Vedado, un preso iba y venía silencioso y solitario sin que ninguno de los centenares de condenados que hay allí le dirigiera la palabra. Los reclusos nuevos eran llamados aparte y se les decía que a aquel hombre no se le debía hablar jamás; y nadie infringió la extraña prohibición. Es que el desdichado cometió el único delito inconcebible en Cuba, el que jamás ningún cubano sería capaz de cometer: llevado por un raptó de locura mató a su madre. Pudo haber muerto a un compañero, a su mejor amigo; por hechos así hay muchos en prisión. Pero la víctima fue su madre; y no importa que los años pasen, ese crimen llena de espanto a los moradores del Castillo del Príncipe.

El amor familiar es un poderoso cemento de unión en Cuba, y su fuente es el corazón de la mujer cubana. Es ella quien enseña al hijo a querer. Por el amor se hace luchadora, padece sacrificios; le gusta embellecerse para que el hijo la vea bonita. El hijo paga en moneda de buena ley. El cubano está atravesando un tránsito de transformación de su psicología. Pueblo al cual se le han abierto las puertas de acceso a la riqueza, a la seguridad, a la estabilidad, desde hace algunos años está tornándose impetuoso, activo, buscador del bienestar; y cuando lo conquista, lo primero en que piensa es en un hogar para la madre.

A menudo, fuera de Cuba se piensa que La Habana es un prostíbulo gigantesco. La vieja leyenda de los días iniciales, cuando la ciudad albergaba a millares de soldados y marinos díscolos y falaces, tiñe todavía por ahí la imaginación de mucha gente. No se piensa que, rendidas al trabajo y al estudio, padeciendo el calor de las fábricas, la monotonía en las oficinas, luchando para llevar al hogar una mesada con qué alimentar al padre o al hijo, centenares de miles de mujeres viven una vida honesta y sobria. Pueden contarse las muchachas que en La Habana son profesionales de sus cuerpos. Es cierto que la cubana es propensa al amor y que cuando se enamora no reconoce barreras, porque en Cuba no

hay delito en querer. Pero muy difícilmente se vende una cubana. No es el dinero lo que la atrae; es el amor.

El dinero lo busca el cubano para rendir homenaje a la mujer. A menudo he hecho abstracción de la historia para explicarme la tradicional falta de honestidad que en la administración de los dineros públicos hay en el país. Desde los más remotos días coloniales, en Cuba se enriquecen los que tienen cargos fiscales; y es de ciertos años a esta parte cuando se ha producido un movimiento nacional en demanda de la limpieza administrativa. Y he hecho tal abstracción, a medias por humor chistoso y a medias porque todos los días me asombra la opulenta belleza de la cubana. De ahí que cuando un extranjero me preguntaba por qué ocurre que en los cargos públicos se defrauda tanto dinero del pueblo, yo contestaba, señalando a la primera muchacha que pasaba cerca:

—Por eso. Pues mujeres tan hermosas requieren, aunque no lo pidan, un ambiente de comodidad y de esplendor. Su sola presencia inclina al hombre a ofrecerle lo más fino y lo más hermoso.

La superficial explicación fue a menudo bien recibida, lo cual indica que acaso haya un poco de verdad en ella. Desde luego, abundan los otros pocos necesarios para penetrar en la raíz de ese mal nacional. La propia ausencia de inhibiciones, por ejemplo. Pues el cubano no las tiene; pero a fuerza de no tenerlas se ha acostumbrado a no imponerse límite alguno. Todo lo que le parezca convencional le molesta.

Ahí está el caso de la cortesía. De manera natural, sin palabras, el cubano atiende a su amigo; y como es generoso no admite que si le queda dinero alguien pague donde él está, o brinda el buen tabaco último como si llevara docenas encima, o sería incapaz de disfrutar una hora de abundancia y placer sin que alguien lo comparta con él. Pero no es cortés, por lo menos en el sentido convencional de la palabra. Si tiene que hablar no reduce la voz así sea medianoche y cerca duerma gente; abre su radio a todo volumen, no importa que le guste o no al vecino; difícilmente detiene su automóvil para dar paso a un peatón o siquiera al automovilista que le sigue. En igual grado, el cubano es poco consciente. ¿Por que vivir en pobreza si hay dinero?

El pueblo, como tal, es de los más honrados del mundo. En La Habana toda, una gran ciudad, apenas habrá dos o tres pequeños robos al día; las calles duermen abarrotadas de automóviles sin que nadie los cuide, y a menos que haya una necesidad urgente de gomas o repuestos, como ocurría durante la última guerra mundial, por la mañana están como los dejaron sus dueños en la noche anterior. Pero con los dineros públicos su conducta es distinta. Si abundan, lo mejor es llevárselos. En dos años de ejercicio un ministro se apropió de cuarentaiocho millones de dólares y los trasladó a Miami; y cuando le preguntaron cómo había podido llevarse tanto dinero de Cuba, contestó con la mayor naturalidad: “En maletas”.

No hay duda de que, conjugada con una historia de riquezas que parece obra de milagros, la falta de inhibiciones del cubano lo inclina a la inconsciencia. No hay nada que un cubano no se sienta capaz de hacer. Ese ministro que con tan sorprendente simpleza explicaba cómo se había llevado cuarenta y ocho millones de dólares era un inconsciente; y el inconsciente a menudo alcanza alturas insospechadas. Fulgencio Batista fue un inconsciente cuando, a la cabeza de sargentos y cabos sublevó el ejército y la marina en un país que contaba centenares de distinguidos oficiales de escuela; los cubanos que se alzaron contra España eran inconscientes cuando se enfrentaron, sin más armas que algunos viejos fusiles y sus machetes libertadores, a ejércitos aguerridos, organizados y compuestos por millares y millares de bien pertrechadas tropas. Lo admirable, y a menudo incomprensible en Cuba, es que un mal como la inconsciencia resulte a veces transformado por ese pueblo en una virtud.

Acaso eso se deba al alto grado de sentido humano prevaleciente entre los cubanos. Nadie quiere en Cuba un beneficio que es en perjuicio de otra persona; y como el pueblo es en cierto modo un ente abstracto, múltiple y por lo tanto despersonalizado, existe sólo como un sentimiento. Todo es posible, pues, cuando a esa criatura invisible se le asigna una determinada actitud. El cubano es por tanto el más naturalmente individualista de todos los hombres; vive por sí y para sí, puesto que el pueblo lo tomará en cuenta si él actúa en su servicio, o no existirá si actúa en servicio de su sola persona. Resulta ser ésa una conducta

a la vez contradictoria y simple; y se advierte mejor su vigencia cuando uno ve a cualquier líder político atacar desde la oposición lo que él hizo en el poder; o al revés. Quien no comprende tal dualidad, que no es en el fondo una dualidad, se va de Cuba con el criterio de que ha visitado un país de locos.

El pueblo es un valor acomodaticio. Pero el individuo no. De ahí que el cubano repudie el asesinato y la persecución; de ahí también su simpatía por quienquiera que resulte a sus ojos víctima del más fuerte. Como un mar que se encrespa, todo el sentimentalismo del cubano se crece en favor de la víctima o del perseguido; y tenga razón o no, el perseguidor se hará odioso. Mucho más odioso, desde luego, se hará el delator. Para el cubano, delatar es lanzar sobre el débil al poderoso, a su juicio pecado imperdonable; pues es derecho del débil “defenderse”, esto es, vivir y luchar, conquistar mejor posición; llegar a donde quiere si lo merece. Si triunfa, que disfrute su buen éxito, siempre que no perjudique a nadie. A nadie en concreto, desde luego.

Hace pocos años murió cierto acaudalado señor del azúcar. Era hombre sesentón, pero gallardo, cuya estampa de cubano bien puesto y sonreído resultaba muy conocida en los altos círculos habaneros. Dejó al morir más de veinte millones de dólares y había comenzado juvenzuelo, de unos diciséis años, como cortador de caña, todo el día en la mano la mocha de acero bajo el duro sol de los inviernos. Vivía en La Habana; y cuando empezaron a usarse máquinas para producir aire refrigerado en las casas, él instaló una de ellas en el techo de la suya. Pero el motor era trepidante y la gente de la vecindad no podía dormir. Un buen día visitaron al señor varias mujeres del barrio. “No nos deja dormir su motor”, dijeron. Muy fino, hecho a las viejas maneras, él ofreció quitarlo inmediatamente. “No, eso no; nosotras queremos que Ud. disfrute de su aire fresco. Lo que le pedimos es que lo haga cubrir con algo, para que no produzca tanto ruido”, explicaron, presurosas, las visitantes.

Esas señoras estaban expresándose “en cubano”; esto es, querían un beneficio, o por lo menos que no se les causara perjuicio, pero no a costa del perjuicio de otra persona. Aquel hombre era un ser de carne y hueso, conocido, vivo, no un ente abstracto como el pueblo. A tal extremo llega esa actitud que cuando, haciendo gala de su despreocupación por

eso que se llama pueblo, un cubano detiene su automóvil en el centro de las estrechas calles de La Habana Vieja para hablar con alguien que pasa; no para mientes en las necesidades de los que le siguen ni hace caso a los incontables bocinazos con que los demás le llaman la atención. Pero si acierta a ver entre los que atruenan atrás una cara conocida, sonríe, corta su charla y parte a toda marcha mientras agita la mano en alto saludando alegremente al amigo a quien detuvo sin intención de hacerlo.

Algunos sociólogos cubanos toman tal actitud como señal de que en Cuba no hay espíritu de colectividad ni propósito de cooperación. Es un error. Cada vez que Cuba ha necesitado que sus hijos se congregaran, éstos lo han hecho. Lo que sucede es que el cubano tiene una mezcla de individualismo –exacerbado desde que ha comprendido que debe vivir de manera activa para conquistar el bienestar cuyas puertas le ha abierto el triunfo final de la revolución libertadora– y de un concepto peculiar, pero muy acertado, de lo que es útil y lo que no lo es. Sentada frente al mar en las arenas de Guanabo, mirando a lo lejos brillar el sol y desfilar cuatro o cinco yates de pescadores de afición, una rubia muchacha de Texas me decía, con cierto fondo de tristeza que les daba más fuerza a sus palabras:

–He descubierto que aquí, en Cuba, la gente sabe más que nosotros cómo emplear la vida.

Porque para un cubano el tiempo no es ese tirano implacable que padecen otros pueblos. Y si no lo es el suyo, es decir, su tiempo, tampoco deberá serlo el de los demás. Por otra parte, su concepto de la colectividad es parcial. Pues un trabajador cubano no tomará en cuenta al pueblo como tal, pero toma en cuenta a un trabajador, quienquiera que sea, no importa qué color político defienda ni a qué sindicato pertenezca. Los abogados se colegian, y los médicos y los farmacéuticos y los ingenieros; y cada grupo corre a defender los derechos de los asociados con prontitud y energía cuantas veces haga falta. Luego, no se trata de que el cubano carezca del sentido de la asociación, sino de que no se le ha enseñado a cabalidad que el pueblo contiene y expresa a todos los grupos. Su singular aprecio de la persona en sí lo hace bien claramente. Si el chofer de un ómnibus comete el disparate de arrancar antes de

que la anciana que sube o el ciego que desciende estén seguros en el asiento o en la acera, las cosas que deberá oír, dichas por los demás en voz alta y para que él las oiga, no son ciertamente agradables; todo el pasaje se indigna y arremete contra él.

Desde luego, el genio nacional está padeciendo una transformación, estimulada por las nuevas condiciones de vida que se le han presentado. Durante mucho tiempo el cubano tuvo cerradas las puertas de la riqueza en su propio país. Además, sobre él gravitaba un poder extraño, que le imponía sus costumbres, sus leyes, su voluntad. El cubano luchó contra tal estado de cosas, y desde 1868 hasta 1933 se mantuvo combatiendo. En el primer tercio de este siglo comenzó a pesar sobre él otra influencia; y la privilegiada clase colonial que durante todo el siglo pasado disfrutó un tipo de vida hecho al favor de sus riquezas y de la situación establecida, tuvo que empezar a transformar sus hábitos, a dejar de ser española en sus costumbres para norteamericanizarse.

A partir de 1933, y especialmente en los últimos años, el cubano ha ido cubanizándose. Fue un acierto del movimiento revolucionario proclamar como consigna: “Cuba para los cubanos”. Se advierte ahora con qué natural despreocupación en el país se van adquiriendo costumbres y métodos extranjeros, estadounidenses sobre todo, sin que se desfigure el genio nacional. En Cuba se admira, y sin duda se quiere de veras a Estados Unidos; pero no se le imita. La falta de cortesía que se ha señoreado de la isla recuerda bastante la que sufrió la Unión Americana en los primeros veinticinco años de este siglo, es cierto: mas si se estudian las razones de la similitud se hallarán causas parecidas, no afán de imitación, porque es de rigor reconocer que actualmente el pueblo estadounidense es de los más corteses de la Tierra; no molesta, no grita, procura no causar desagrado.

En aquellos días en que nadie sabía decir “pardon” en Estados Unidos, en que los buscavidas de Nueva York se abrían paso a codazos sin volver el rostro para ver a quién habían atropellado, todo el mundo vivía su propia preocupación; y tal preocupación era conseguir dólares, los dólares necesarios para vivir o para imponerse a los demás. Era la época de la lucha feroz; y toda cortesía holgada. En Cuba no se ha llegado a tanto, puesto que el cubano todavía procura beneficiarse sin perjudi-

car a otro; pero al reconocer que es posible conquistar el bienestar en su país, porque la revolución impuso tal criterio se ha forjado una mentalidad acusadamente individualista, que se sobrepone a la convencional cortesía.

Pero no se sobrepone a los fundamentos del genio nacional. Por ejemplo, el cubano considera que es un premio ser cubano y que por tanto debe haber un clima de convivencia para todos los hijos de su tierra. Se le reconoce a cada quien el derecho a luchar con las armas que tenga a su alcance; pero nadie puede destruir al adversario. Vencerlo, sí puede; mas que respete su derecho a vivir sin miseria y sin persecuciones. Su derecho y el de los suyos, porque un ser humano en Cuba no lo es completo sino en familia.

Si el cubano no tuviera espíritu de cooperación no se explicaría ni la pervivencia de organizaciones de clase tan poderosas como los sindicatos y las federaciones de obreros, ni la existencia de grupos de intereses comunes, como los colegios de profesionales, ni la de esas asociaciones de salud llamadas “quintas”, las cuales han resultado en cierto grado, para gran parte de la población, el problema de la socialización de la medicina. Las “quintas” son derivaciones de los antiguos grupos regionales españoles predominantes en la isla, en los tiempos de la Colonia y en el primer tercio del siglo republicano. Las rivalidades regionales de la Península se trasladaron a Cuba, y cada provincia o reino de España creó un llamado “centro” para ofrecer diversión a sus miembros; así surgieron el Centro Asturiano, el Gallego, el Andalúz, el Castellano, el Catalán, el Vasco. El Asturiano y el Gallego levantaron fastuosos palacios, ambos frente al Parque Central de La Habana; el Centro Vasco se hizo famoso por su restaurante, que está hoy al comenzar el Malecón, separado del mar habanero por el ancho de una calle. Para resolver las necesidades médicas de dependientes y empleados, especialmente los astures y los gallegos comenzaron a ofrecer a sus asociados consultas con especialistas de renombre: dieron después medicinas, levantaron más tarde pabellones para enfermos, salones de operaciones bien servidos. Actualmente, algunos de esos campos de salud son orgullo de Cuba y cientos de millares de familias, a lo largo de toda la isla, tienen médico, medicina y hospitalización por dos pesos, o poco más de dos

pesos mensuales; y a tales ventajas se han unido el disfrute de playas y el de escuelas.

El individualismo cubano llega hasta las fronteras de la convivencia, y jamás las traspasa. No puede haber duda de que un pueblo que respete ese valor social tan alto que se llama convivencia tiene un fundamental respeto por el concepto de la colaboración; y si no lo ha desarrollado al extremo de sentirse parte de un todo nacional formado por millones de desconocidos que son sus compañeros de esperanzas, de luchas y de destino, es porque la educación general no ha acertado en hacerlo. Una muestra bien clara de que el sentido de la convivencia domina sobre todo grupo social, es el hecho de que las conquistas económicas, políticas y de otra índole que han alcanzado en Cuba los grupos de trabajadores no han tenido una oposición a ultranza en los núcleos patronales. Todavía no hay en el país un partido clasista de patrones ni ha sido posible formar una central patronal.

La lucha de clases no ha alcanzado en Cuba la violencia que en otras partes. En general, los grandes amos de la economía criolla preferirían retener sus ventajas, pero no pueden negarse a que el trabajador “se defienda”. “Defenderse” tiene un valor peculiar en Cuba; no se trata de repeler una agresión, de organizar una defensa contra un enemigo: ese verbo reflexivo quiere decir algo más; expresa, con cierto matiz de malicia criolla, la consagración del derecho que todo cubano tiene a mejorar, a ascender hacia niveles superiores de vida. Así, en una discusión cualquiera en la que el menos fuerte alega en su favor, el poderoso tiene que callarse, si no es una criatura vulgar, y sonreír ante la derrota inminente cuando aquél le pregunta, en última instancia: “¿Es que yo no tengo derecho a defenderme?”

Poco más allá de Arroyo Arenas, al oeste de La Habana, camino de Pintar del Río, hay un desvío hacia el sur. Por allí se va a El Cano. Acaso tres kilómetros más allá de El Cano se llega a un cruce desde el cual es posible ver la hermosa entrada de una finca llamada “Buena Vista”. De desnuda piedra y rojas tejas, la entrada abre paso a una avenida de higuerones al final de la cual hay una plazoleta rodeada de anuncios multicolores “Mar Pacífico”, de palmeras y edificios. Se levantan ahí la “Casa de lo Bolos”, de dos pisos, y a su frente el cenador, rica construcción

emparedada por dentro de mármoles cubanos, con una barra en caoba blanca y muebles de majagua; parte hacia el norte un camino bordeado de flores, que conduce a las caballerizas y que tiene a su costado derecho un estanque en cuyas aguas nadan negros cisnes australianos, de rojo pico, cisnes blancos y patos cruzados. Por encima trajinan vistosos y chillones guacamayos. En las caballerizas muestran sus relumbrantes ojos hermosos ejemplares árabes. Hacia el sur de la placeta que tiene a su frente el cenador y la casa de bolos, una piscina, de fondo azul, sobre la que espejea el agua, sorprende al visitante con la ilusión de un mar doméstico. A un costado están las casetas para damas y caballeros; entre la hilera de ambas, la barra siempre llena de licores y bocaditos; atrás, la cancha de pelota vasca; y mucho más allá de ese rincón de sueños, todo el rodeado de palmeras, mangos y flores, la casa de madera donde dos días de cada semana se reúnen a comer treinta o cuarenta personas. El lugar es encantador; se asoma sobre él el claro cielo tropical; hay brisa siempre y el clásico buen humor cubano hace grata la estancia allí.

Pues bien, esa finca, levantada en poco más de dos caballerías de tierra, es de Miguel Ángel Quevedo, director de *Bohemia*, una revista considerada como la de mayor circulación entre las latinoamericanas; un hombre más bien bajo, de pequeña cabeza pelada a la prusiana, de larga nariz puntiaguda, grueso, de conversación escasa y lenta, siempre en la boca el tabaco criollo. Y tan bello sitio para que sus empleados pasaran allí con él los viernes y los sábados de cada semana. Blancos, negros y mestizos comen, beben, nadan, juegan a la pelota o a los bolos, montan a caballo. Quevedo no bebe ni usa la piscina ni es jinete. En cualquier país del mundo el hombre que ha obtenido tal fortuna o edificado un sitio así lo usa él y acaso lo deje usar a sus familiares y amigos; los empleados jamás traspasarían la puerta de su santuario. En Cuba no; porque en Cuba predomina cierta atmósfera de convivencia que da al país un peculiar y grato tono de un pueblo que es individualista y vive, sin embargo, con espíritu de nación socialista.

Pudiera pensarse que acaso tal concepto de la convivencia sea una manifestación de entendimiento entre grupos sociales, y nada más. Pero sucede que esa modalidad señorea sobre todo el ámbito cubano. Gente sin reserva alguna, dos cubanos discuten y se dicen cuanto tengan que

decirse, sea o no ofensivo; al final serán tan amigos como antes y ni una sombra de rencor enturbiará sus relaciones. El cubano sabe perder y lo hace con gracia. Cierta vez estaba yo frente a un político que había sido candidato a alcalde de La Habana. “Qué opina usted del electorado cubano?” le preguntaron. Y sin demorar un segundo, con la mayor naturalidad, el político respondió: “Que elige siempre al mejor; y la prueba es que votaron por mi adversario y no por mí”.

O sucede lo que presencié una noche. Estábamos festejando a un amigo en cierto cabaret habanero. Con su música acrobática, llena de saltos de cornetines, un mambo enardecía a los bailadores. Junto a nuestra mesa había una muchacha de bronceada tez, fulgurantes ojos y sonrisa deslumbrante. Era un admirable ejemplar de cubana. Pasó a su lado una pareja; rubia, de verdes ojos y esbelta figura ella; alto, de negro pelo y negra mirada él. La muchacha no podía seguirlo, porque él bailaba acaso excesivamente bien. Entonces la joven que estaba sentada comentó, con esa característica manera de hablar sin reservas tan típica de Cuba: “Él es mucho bailador para ella”. Y como la rubia la oyera, se acercó, sonriendo, se plantó allí, frente a la trigueña, y dijo con la más amable voz: “Aquí lo tienes; vamos a ver si lo haces mejor que yo”. En cualquier otro lugar aquélla hubiera sido una escena desagradable, pues resultaba evidente que no se conocían.

Pero en Cuba no hay una lógica habitual; la lógica es en Cuba una aspiración del género humano, no una ley de la vida. Súbitamente, sonriente, sin inmutarse, la que había hecho el comentario se puso en pie; y al hacerlo se vio que tenía una figura impresionante, de erguido busto, fuertes caderas, piernas admirables. Se abrazó al joven y comenzó a bailar. Era una bailadora extraordinaria. La otra muchacha se había sentado en la silla que dejara vacía la trigueña y comenzó a hacer comentarios con quienes acompañaban a la que en buena ley debía considerarse su rival. Viéndola danzar, con movimientos llenos de ritmo, gracia y picardía, dijo entre risas, realmente sin otro sentido que el que denunciaban su adorable gesto y sus palabras. “Me rompió la cara”. Lo cual en el habla habanera quiere decir: “¡Me dejó en ridículo, porque baila mejor que yo!”

Cuando terminó la pieza, la rubia y la atezada se felicitaron entre frases cariñosas, la una porque su nueva conocida bailaba muy bien, la otra porque aquella tenía un novio muy simpático, y se cambiaron nombres y teléfonos para llamarse al día siguiente. En un pueblo así, donde tales incidentes se dan con más frecuencia de lo que puede creer un extraño, no es raro que la gente se trate de “tú” sin conocerse. El tuteo cubano es la expresión más cotidiana y sencilla del espíritu de convivencia que predomina entre los hijos de la isla fascinante.

Ésa es la característica cubana que mayor y más agradable sorpresa causa al extranjero: su convivencia, cargada de simpatía y cordialidad. Siente uno, tan pronto pisa tierra cubana, que está entre conocidos. Nadie se mira con hostilidad. Cierta español, de más de setenta años, me contaba que llegó a Santiago de Cuba, siendo un niño, el día de Nochebuena; bajó del barco y vio con asombro que la gente se abrazaba efusivamente en las calles, que todos se gritaban los mejores deseos y se felicitaban las Pascuas. Él venía de una adusta aldea y no podía comprender qué pasaba. Es que el cubano prefiere la efusión a la ceremonia.

Tal vez en el fondo de tal actitud haya un poco de pereza, porque la ceremonia requiere esfuerzo; pero también acaso sea cierto recelo y hasta cierto odio contra todo lo impuesto. Algunos estudiosos han querido presentar al cubano como a una criatura poco activa, holgazana. Es una observación falsa. Quienquiera que haya estado en posición de distribuir cargos, trabajos o favores en Cuba, sabe que no es así. Al contrario, el cubano es de una persistencia abrumadora; busca sin cesar a quien pueda ayudarle a resolver el problema de vivir; no le deja dormir tranquilo, le sorprende en los más inesperados lugares, se hace de su teléfono y lo llama a toda hora. Gracias a esa persistencia el cubano resulta muy apto para cualquier cargo en que sea necesario convencer a los demás; y gracias a ella el país se nubla de profesionales, médicos que hacen su carrera con infinitos trabajos, ingenieros y arquitectos muy capaces, la gran mayoría de ellos salidos de las clases más humildes.

Hay varias universidades en la isla, con más de veinte mil estudiantes en total; y a menudo se ve a muchachas y muchachos con el libro bajo los ojos mientras viajan en ómnibus, o en la mesa del café mientras esperan que les sirvan un refresco. La voluntad de luchar y de triunfar es

una manifestación del carácter nacional. No han salido de la nada las grandes ciudades de Cuba, las enormes empresas creadas y manejadas por criollos, los centros de cultura y las privilegiadas cabezas del país.

Esos sociólogos –cubanos casi siempre– que achacan pereza al cubano, olvidan que ningún grande hombre es superior a su pueblo, así como ningún pueblo es superior a sus grandes hombres. En todas las ramas del saber, del arte y de la actividad humanos, Cuba ha dado figuras eminentes.

Por los mares de las islas, en un rincón del Caribe, me hice de un amigo cubano, muchos años atrás. Un día lo hallé en La Habana; y tras el afectuoso abrazo vino la invitación para que visitara su casa, “allí mismo”. “Allí mismo” era a seis cuadras; pero fui. La sala estaba llena de muñecas, lindas y vistosas muñecas trajeadas de rumberas de pastoras suizas, de muchachas danesas.

–¿Y tu hijo?– pregunté recordando que viajaba con él un mozuelo de diez o doce años.

–Trabaja en una oficina.

–¿Y tu mujer? Me gustaría saludarla.

–Es maestra y está ahora en su escuela.

–¿Y a qué te dedicas tú?

–Hago muñecas, mi mujer las viste cuando está en la casa y mi hijo y yo las vendemos a las tiendas o en las fiestas públicas de los pueblos cercanos.

Como esa familia hay docenas de miles en Cuba. Es inexplicable que se le llame perezoso a este pueblo. Innumerables muchachas que estudian o enseñan toda la semana visitan los domingos, en son de trabajadoras sociales, las casuchas de los barrios de extramuros de La Habana. Van en pos de enfermos, de mujeres y niños necesitados, y luego les buscan empleo o camas en los hospitales. Esas muchachas actúan así sin remuneración alguna con la esperanza de ganarse puestos en los servidos del Estado. Han cambiado los tiempos, es claro, y el cubano quiere conquistar cargos seguros. Además, las leyes de la revolución, que fijaron mejores jornales, que impidieron el despido de los obreros y libraron a gran parte del pueblo de despertar cada mañana con la angustia de pensar si ese día, al llegar a la fábrica o al campo, le dirían o no que

quedaba relevado, y los fondos de retiro que siguieron a tales leyes han creado en los cubanos, que por juventud o por otra causa no tienen trabajo, un tormentoso sentimiento de inseguridad; y para vencerlo luchan denodadamente. Tal vez en tiempos pasados no fueran así. Ahora resultan persistentes, combativos. Acaso sean activos con exceso.

Leyendo a editorialistas, comentaristas y agitadores políticos de la isla halla uno que en general los guías intelectuales de Cuba son pesimistas o tienen una falsa idea de su pueblo. La Cuba que ellos describen es un caos, un conglomerado apático o una multitud irresponsable y sin sentido nacional. Con escasísimas excepciones, la prensa y la radio difunden ese criterio. Sin embargo, eso no mella el espíritu de lucha con que el cubano se enfrenta a la vida, la fe con que abre empresas, el optimismo fundamental que le anima. “No hay problema”, dice el hombre de la calle cuando algún tropiezo detiene su camino; “el problema es morirse”. Esto es, mientras haya vida debe haber esperanza.

Y con esa voluntad de no cejar, amplía las ciudades, crea otras, levanta fábricas, funda bancos. Cada año se ve al país crecer, se multiplican las escuelas, se levantan hospitales, aumentan su circulación los propios periódicos en que con tanto pesimismo se pinta al cubano. Tal vez la explicación de ese divorcio entre lo que piensan los directores intelectuales del país y lo que sienten sus masas esté en el hecho de que todavía aquellos no se han hecho cargo de la transformación que está sufriendo la psicología nacional; acaso tenga parte en ello la circunstancia de que en su vivo deseo de superarse, de ser cada día más culto, más civilizado, más rico, el pueblo necesita el estímulo de una voz que está siempre destacando algo feo, aunque no exista lo feo, o aumentando a proporciones fermentadas el pequeño acontecimiento de cada hora.

Leyendo la prensa cubana u oyendo su radio, un extranjero creerá, en los primeros tiempos, que de momento va a ocurrir una desgracia nacional. La sensación de inestabilidad general se adueña de uno. Al extraño le resulta asombroso ver, al cabo de una semana, que todavía no han asaltado el edificio del Tesoro Nacional, que la multitud no ha entrado a saco en el palacio presidencial, que no haya siquiera un crimen espeluznante cada veinticuatro horas, que las mujeres puedan transitar a altas horas de la noche por avenidas o calles solitarias sin que nadie las ataque.

El cubano no se da cuenta de ese clima excitante que le rodea. Porque el cubano vive excitado, pero sólo en apariencia. Y su excitación –y esto es uno de los grandes misterios del genio nacional– parece ser una manera de reunir todas sus energías íntimas para dirigir las hacia la conquista de la felicidad por la jubilosa ruta del hedonismo. El cubano tiene el talento hedonista.

Siempre que he dicho la frase que acabo de escribir, los aprendices de filósofos y de sociólogos han abierto los ojos y yo insisto en que el cubano tiene el talento hedonista. Pero quiere una especial conjugación de sensibilidad e inteligencia para poseer, como lo posee ese pueblo, el don de aprehender en cada cosa la esencia jugosa del placer o el justo matiz llamado a producir el deslumbramiento del gozo. Desde su más tierna infancia, el cubano sabe distinguir entre lo bonito y lo feo, y lo expresa; entre lo bueno y lo malo, cuando estos valores se refieren a calidades. Un sabio instinto lo dirige hacia lo placentero. Vive con el cuerpo y procura no agotarlo. Disfruta el baile como raudo ascenso, haciéndole estremecer cada músculo. Conoce casi por adivinación la buena comida, la mejor tela, el perfume de categoría. Y transita por el mundo psicológicamente cómodo, porque rehúye las inhibiciones y no teme a los complejos.

Jamás receloso o reservado, el cubano ha logrado estabilizar un concepto general que hace imposible la existencia del hombre taimado, del que acecha el descuido a la debilidad de otros para beneficiarse. El cubano no puede concebir que en su presencia nadie pretenda ganarse un cliente, ofreciéndole mejor precio o mejores condiciones que los que él da, como tan a menudo ocurre por ejemplo entre choferes o vendedores de chucherías en otros países; esa competencia a gritos es para el cubano insultante y humillante, como es humillante cualquier esfuerzo por perjudicar a un rival, si no es limpio y, como dicen en el país, “leal”.

Nunca en pueblo alguno le ha sido dado a un extraño ver, como se ve en Cuba, a la gente con el alma desnuda. Es el único país donde aquel que siente miedo dice, con la tranquilidad interior de quien comenta el estado del tiempo, que es cobarde; o en que una mujer enamoradiza confiesa de primera intención que no puede vivir sin tener hombre a quien querer. El cubano nunca engaña. Puede mentir; ofrecer algo que

después se vea impedido de cumplir. Pero en lo que se refiere a sí mismo nunca engaña. Lo que le indigna, sea moral o inmoral; y lo dice sin demora ni preámbulo expone sus propósitos; y cuando tiene que hablar bien de sí mismo lo hace con tanta espontaneidad y con tanto calor como cuando tiene que dar cuenta de sus debilidades.

La sinceridad no es en Cuba una virtud; es un hecho cotidiano, simple, elemental. Así, se explica que el cubano necesite de libertades públicas, sin las cuales no podría vivir. Tratar de violentar a ese pueblo para que no proteste, no juzgue, no exprese su sentir es una locura, porque está hecho a protestar de sí mismo, a juzgarse a sí mismo, a expresar sin traba alguna lo que opina de sí. El gobernante que no respete esa manifestación del genio nacional será unánimemente repudiado.

El sentido de convivencia, el hedonismo y la sinceridad, la inconsciencia, con su secuela de escasa cortesía; todas esas manifestaciones resultan lógicas y naturales en un pueblo que detesta ocultar los complejos, porque eso lo hace infeliz. Esa tierra es el paraíso natural de los tímidos y los contenidos, de los amargados y los misógenos; de quienquiera a quien el medio donde haya crecido le haya deformado el alma con la carga de alguna inhibición. Pues en Cuba tal quebranto del ánimo no podrá perdurar.

La isla fascinante no está sólo iluminada por su brillante sol, sino, además, por la salud psicológica, por la actitud natural, sana, virginal si se quiere, del pueblo que la habita. En toda su extensión corretean un resplandor de alegría y comodidad espiritual. Nadie vive a la defensiva ni nadie ofende. La propia inconsciencia no molesta, porque se aviene uno a ella y acaba usándola como un amortiguador. Solar del afecto y de la risa, no podría concebirse Cuba sin la “coba” y el “relajo”, dos formas de la convivencia que sólo en la isla se dan y cuyos valores humanos sólo en el mercado social cubano tienen circulación.

La “coba” es la súplica popular y cariñosa, una manera dulce de pedir, libre de dramatismo, lo más lejano de lo trágico que pueda concebirse. El hijo usa la “coba” con la madre cuando quiere obtener algo de ella; la madre la usa con el marido o éste con su mujer para aplacar un brote de celos o un malentendido. El policía que detiene al automovilista porque ha infringido la ley del tránsito, espera pacientemente,

mientras llena su libreta con las generales del infractor, que aquél le “tire su coba”, esto es, le explique en son afectuoso a qué se debió la falta; y a mí mismo me ha sucedido que habiéndome quedado callado, el policía me haya dicho, asombrado de mi actitud:

—Pero, amigo, ¿por qué no dice algo?

Porque en Cuba nadie desea ser riguroso, y la mejor manera de evitar el rigor es con una “coba” a tiempo. En la lo “coba” no hay sumisión, no hay abyección. Difícilmente un cubano resiste a la “coba”. Tierra del azúcar, la “coba” es el azúcar de la convivencia.

El “relajo” es otra cosa; es el producto del odio al orden, como el “choteo” es el producto del odio a lo solemne. El “relajo” es la libertad de cada quien para actuar como desee. Alguno que otro pensador cubano que no ha comprendido el genio nacional de su país ha clamado porque Cuba se convierta en un país metódico, regido por la lógica, donde la gente llegue a sus citas cortando el reloj, donde los burócratas trabajen hasta el último minuto, donde los políticos hablen con ecuanimidad. Ignoran que Cuba fue formada por gente sin más ley que su voluntad, hecha a rebelarse contra la amenaza de la muerte inminente, y que después la isla fue, con escasos paréntesis, un emporio de riquezas cada vez en aumento; y con aquella tradición y con la facilidad para vivir, la gente que usufructuaba la riqueza no sea sometida a disciplinas y el pueblo procuraba rehuirlas, porque a él poco beneficio le tocaba del estado de cosas en que vivía; y por último, los señores no daban ejemplo en qué sustentarse para reclamar de las grandes masas conducta diferente de la suya.

El “relajo”, desde luego, tiene un límite; pues está bien que cada quien viva como le venga a bien, pero no a costa de los otros. Entre la palabra usada en Cuba y el “relax” estadounidense hay una sutil identidad; porque con el vocablo cubano se define una forma especial de descanso; es hasta cierto punto un grado de liberación de la fatiga que da estar pensando a cada minuto si a tal hora hay que ver a fulano, si a zutano le agradará esto, si a mengano no le gustará aquello. Se cuenta que a pocos años de instaurada la República, el gobernador de una provincia que era a la vez coronel veterano de la guerra, telegrafió al presidente, desde Santiago de Cuba, en éstos o parecidos términos: “Tras no hallar

en autores antiguos ni modernos una palabra que defina la situación de Cuba, he dado hoy con ella: presidente, esto es un relajo”.

A menudo los directores y líderes de opinión, políticos y pensadores, acometen la tarea de dar nuevo sentido a la vida de un pueblo. Pero si ignoran cuál es el genio nacional de ese pueblo, yerran el camino, como lo erró Benito Mussolini, que pretendió hacer de Italia, tierra de artistas, de sabios y de gente que ama la vida, un nidal de águilas imperiales erizado de ametralladoras y poblado por el estruendo de cornetas. El fascismo italiano perduró mientras los italianos no tuvieron que estrenar sus ejércitos; entonces se volvió a comprobar que Mussolini hacía edificio sobre falsos pilares, porque el genio nacional de Italia no la llamaba a las guerras de conquista. El genio nacional de Cuba no llama al orden a la isla fascinante.

Y hay que dar gracias a los dioses porque así sea. Pues en un mundo donde el orden industrial, la seriedad fabril, la lógica de las maquinarias mantiene a las multitudes bajo la amenaza de una próxima hecatombe, cuando todavía no se apagan los ecos de las anteriores –y en esto andamos desde hace varias décadas–, el libre vivir de los cubanos es un remanso encantador, una hechicera bahía moral donde la criatura de Dios halla fuerzas, alimentándose en la alegría de vivir, para proseguir con la pesada carga con que la humanidad viene fatigándose y llenándose de amargura.

El extranjero que pasa por Cuba acaba amando el “relajo”; admite desde luego que los pensadores y los políticos traten de enmendarlo y sobre todo de que no se desborde hasta convertirse en un vicio. El propio pueblo sabe, sin embargo, hasta qué límite debe usarlo, porque es a él a quien se le oye a menudo, en la voz de un mujer o de un anciano, de un letrado o de un obrero, cuando cierta medida está colmada: “El relajo con orden, caballeros”. Lo que queríamos quienes hemos aprendido en el ejemplo del cubano a amar la vida tal como es, sin falsearla para someterla a esquemas absurdos, es que en esa lucha contra el encantador “relajo” se llegue hasta un punto en que se reconozca su conveniencia y utilidad. Pues, de lo contrario, llegará el día en que oiremos otras voces advertir: “El orden con relajo, caballeros”.

Tiempo atrás, numerosos comerciantes habaneros protestaron de que se les echaría de sus negocios, porque las casas en que los tenían debían demolerse para dar paso a una nueva avenida; el ministro de Obras Públicas declaró que esos comerciantes eran retrógrados, gente sin metalidad moderna, “unos alpargateros”, en fin. Al día siguiente, los adversarios políticos del ministro fueron al salón de espera del palacio presidencial calzados con alpargatas. Mientras Chivas se hallaba entre la vida y la muerte, los altos funcionarios públicos a quienes combatía hicieron declaraciones lamentando la trágica decisión de su opositor; y las hicieron a conciencia de que todos los cubanos, aun los más acérrimos adversarios del líder en desgracia, aprobarían tal actitud. Pero el presidente del Senado, alta figura gubernamental, procedió de otra manera y fustigó al herido. En solemne reunión con acta labrada, un grupo de partidarios del líder suicida resolvió enviar al presidente del Senado, y así lo hizo, cuatro herraduras para que las usara.

Así son los cubanos. En la dramática hora del dolor o en la dura hora de la lucha por la existencia, negando la ascendencia castellana que encauza su energía por lechos de sangre y de violencia, el cubano vence a la fatalidad con el buen humor. ¿Qué podía hacer aquel ministro de Obras Públicas ante la elocuencia de sus adversarios calzados con alpargatas; qué el presidente del Senado ante la presencia de esas cuatro herraduras?

El cubano detesta la tragedia. Por una de esas aparentes contradicciones de su carácter nacional, que tanto desorientan a los observadores, ama la palabra desnuda, la acusación directa o la rebeldía contra el poderoso, contra quien detente el poder. De manera instintiva, sabe que del poder le puede venir la regulación, el orden que él teme, la persecución que odia, la restricción que repudia. El poder es una amenaza pendiente sobre su gozo de vivir sin trabas convencionales. Por eso prefiere, entre los políticos opositores, al que se enfrentan al gobernante sin la más leve sombra de temor. Pero no desea la tragedia; mientras puede la rehúye, la esquivo. El cubano no ha nacido para gastar su energía en alardes dramáticos, sino para conquistar con ella el derecho a una vida hermosa, cómoda, jubilosa. El talento hedonista lo ha llevado a descubrir el fin verdadero de la vida, que es disfrutarla con generosidad y nobleza.

Las apetencias de vivir se exaltan en Cuba. Pueblo de alegría elemental, hace su ámbito sonoro; lo llena de un encanto sin igual, tan luminoso y tan transparente como su luz, tan atractivo y bello como sus mujeres; tan lleno de fascinación como esos paisajes de sueño que a lo largo de la isla enlazan la llanura y la montaña, la tierra y el mar, el aire y la montaña.

Cuba ha descubierto el sentido de la vida que han estado persiguiendo, sin alcanzar, todas las civilizaciones del mundo occidental.

La apoteosis del hedonismo

El hedonismo es una actitud tan natural en Cuba, que el extranjero lo advierte de inmediato. El cubano ama la vida, y empieza amando el propio cuerpo, raíz y asiento del hecho vital. Son múltiples y constantes las manifestaciones de ese sentimiento; y de ellas, las más elementales y corrientes, son el baño, la buena mesa y la preocupación por la salud. El baño diario es una institución en la isla, y el negro más pobre o el campesino más aislado le rinden tributo a esa institución.

Así se explica que jamás se sienta en Cuba ese mal olor que trasciende de aglomeraciones en cualquier otro país, y a despecho del clima de la isla, que en ocasiones resulta fuerte. La buena mesa depende, como es claro, de que sean mayores las entradas económicas familiares; pero puedo asegurar que es regla sin excepción el aumento de la mesa tan pronto crecen las entradas. En cuanto a la salud, la servidumbre que le ofrece el cubano se mide por el número de médicos, que se acerca a uno por cada mil habitantes, y en el alto volumen de la industria farmacéutica del país y de las importaciones de medicinas. Ni aun el más pobre de los cubanos deja de visitar a médico al primer asomo de quebranto. La práctica constante de la profesión, que se deriva de esa atención que presta el pueblo a su salud, es lo que ha propiciado la alta capacidad que se le reconoce en todas partes al médico cubano.

Tras las manifestaciones elementales del hedonismo vienen las derivadas; esa perpetua hambre de afectos, por ejemplo, y la limitación del arte popular a dos expresiones que se realizan con el propio cuerpo, como son el baile y la música.

En Cuba se dice que “amigo es una palabra muy grande”, frase en la cual parecería ir implícito un mandato de selección. Sin embargo, no es así. El cubano está siempre dispuesto a dar y a recibir el don de la amistad. No hace reservas al conocer a una persona, no esconde su intimidad, no se guarece en sí mismo, esperando descubrir las buenas cualidades o los puntos débiles de aquel a quien ha empezado a tratar. La tradición del país es que la gente procure “caer simpática”, esto es que se muestre extrovertida, natural. Lo contrario, sería “ser pesado”, el más grande de los infortunios en Cuba. Pues quien “cae pesado” ofende al genio nacional; no ejerce la cordialidad y por tanto no recibirá su buena aura. Se puede ser introvertido –lo cual aísla en Cuba a la persona– por muchas causas, entre otras, por timidez; pero en la isla fascinante las causas no cuentan en la hora de producir la primera impresión. De manera que una persona preocupada en problemas trascendentes resulta clasificada a la misma altura que una orgullosa.

Por diversas razones puede caerse en la familia de los “pesados”, especie de leprosos psicológicos en un país donde el ser humano desea vivir calentado no sólo por el sol del trópico, sino también por una hoguera de afecto. Pudiera ocurrir que, siendo como es tan sagaz para conocerse a sí mismo, el cubano tenga la oculta sospecha de que es excesivamente extrovertido, razón por la cual el introvertido le resulte una acusación viva, una especie de fiscal; y tal vez haya ahí una causa inconsciente de su desdén por el introvertido, pues que le disgusta hallarse junto a su callado acusador.

Hacerse amigos es obra muy fácil en Cuba. No se requiere, como sucede en países de gente introvertida, el largo trato, el conocimiento íntimo de las dos partes; basta con que haya simpatía mutua. La identidad de sensibilidad, de propósitos o de ideas, la mutua admiración y el mutuo respeto no son requerimientos indispensables para la amistad en la isla fascinante. Pues ocurre que el pueblo es fundamentalmente igualitario; no reconoce la división de castas, no admite barreras tradicionales; así, pues, el movimiento de su alma hacia el afecto amistoso no está supuesto a producirse solamente en círculos limitados. Un distinguido abogado puede ser, y a menudo lo es, amigo de su limpiabotas o de un soldado, o una dama del elegante barrio de Miramar se siente amiga

verdadera de una campesina pobre. En Cuba es normal que tan pronto dos personas comienzan a tratarse empiecen a ser amigas; y ni la que necesita un servicio piensa que el corto trato es obstáculo para pedirlo, ni la que puede ofrecerlo cree que debe medirlo según el tiempo del conocimiento. En muchos otros países, el derecho de pedir un servicio y el deber de concederlo dan la medida de la amistad.

La amistad es en Cuba un fenómeno tan natural que no se mantiene viva a base de cortesía. Sin embargo, su presencia se siente en todas partes. Dos amigos se quieren y a menudo pasan años sin verse; muy difícilmente se cartean, apenas se visitan. Pero en las horas de prueba, cuando la desgracia planta su tienda en el hogar de uno de ellos, el otro llegará en alguna forma, bien a acompañar el cadáver familiar hasta el cementerio, bien a facilitar el empleo que se ha perdido, bien a hacer guardia en la cabecera del lecho, si hay enfermos; o, simplemente, ante la solicitud del otro, a quien a lo mejor no ha visto en largo tiempo, moverá cielo y tierra para ayudarlo, porque es su amigo. Sin la menor sombra de complejo o de timidez, el amigo visita al amigo para contarle su mal o pedirle su apoyo. No puede haber temor de que se le reciba mal, porque en Cuba, “amigo es una palabra muy grande”.

Hay que hacer una distinción en el caso de la mujer cubana. Ella sí cuida a su amiga; ella la obsequia, la llama por teléfono o la visita; la halaga o la elogia. La cubana tiene siempre una palabra cariñosa para otra cubana; y la halla “muy bonita”, o “muy mona”, o le parece que viste “muy bien”, o que tiene hijos “encantadores”, o que su casa “es una belleza”. Dice eso a su amiga cuando la encuentra, pero lo dice también en su ausencia. A menudo he oído a mujeres cubanas salir en defensa de una amiga no presente, y afirmar que “tiene ojos muy lindos”, si se decía de ella que era muy gruesa, o que “es muy interesante y atractiva”, si se afirmaba que no tenía buen carácter. El caso es que una mujer cubana hallará en todo momento pretexto para destacar lo bueno o lo bello de otra; jamás deja pasar en silencio la ocasión de manifestar su solidaridad con la amiga ausente.

Hay tres fuentes del vívido y fuerte sentimiento amistoso de los cubanos: la necesidad de querer, la capacidad de agradecer, y el concepto de la igualdad. La gratitud es la flor de las virtudes, y allí donde

ella se produce hay otras virtudes. Donde no crece la gratitud no hay fuente emocional alguna. En Cuba es un delito moral ser ingrato, como es un crimen no tener capacidad para querer, o manifestarse adversario del poderoso sentimiento igualitario del pueblo. “Es que no congeniábamos”, decía cierta vez, explicándonos por qué se había separado de su mujer, un escritor amigo nuestro; a lo que el negro julio, albañil y especie de escudero de otro participante en la conversación, objetó: “¿Pero, qué tiene que ver eso? Ustedes llevan tres años juntos, y el tiempo engendra cariño”. Cualquier razón es buena en Cuba para fundamentar el cariño; y nunca la hay buena para explicar el desamor.

En Cuba se agradece el amor. Agradece el hijo a la madre que le quiera, y que le haya querido y cuidado cuando todavía él no era capaz de comprenderlo; agradece la madre al hijo la más leve muestra de interés filial. Como en China, un enfermo cubano jamás cree que ha pagado a su médico, por muy bien que le haya retribuido con dinero su atención facultativa; y el padre de familia de inseguro pasar que paga en la bodega de la esquina la deuda de tres meses, le agradecerá al bodeguero, toda la vida, la fe que tuvo en él y el tiempo que le esperó. La mujer agradece a su marido que entre tantas hembras hermosas la haya escogido a ella; el amigo agradece al amigo esa especie de donación de afecto que es la amistad.

La política, las industrias, el comercio y, en general, toda suerte de actividad, está en Cuba estrechamente ligada a la amistad. No se concebiría que un gobernante escogiera sus ministros entre personas que no sean sus amigos, ni que un ministro designe subalternos entre desconocidos. Para que un banquero preste dinero, no basta la garantía de ley; es necesario que el favorecido sea su amigo o venga recomendado por un amigo. Es más, a la hora de elegir –siempre que no se trate del presidente de la República, en cuyo caso es difícil que el votante no tenga hecha una previa definición política– el cubano vota satisfaciendo requerimientos de amigos. Sobre esa base ha proliferado en Cuba la numerosa progenie del “sargento político”, esto es, el buscador de votos profesional. El sargento político mejor cotizado es aquel que con más amigos cuenta.

Sin caer en exageración, puede afirmarse que Cuba es una tierra de amigos; de donde se explica que sea tan fácil hacer y mantener amistades y que haya podido lograrse allí ese clima de convivencia de que se habló en el capítulo anterior. Pues, donde en cada persona, aun en la que es nuestra competidora en los negocios, o nuestra adversaria en las ideas, hay un amigo en potencia, no se explicaría otro tipo de relación que no sea ése. El movimiento espontáneo del alma humana se dirige en los viejos países al aislamiento en pequeños círculos. El cubano, en cambio, prefiere vivir difundido en el más amplio horizonte de afectos. Quiere querer y que lo quieran, y está siempre dispuesto a ambas cosas. Aspira a atesorar amor; y como no espera hallarlo en la eternidad, lo busca en esta tierra.

Mediante una colectiva sublimación del hedonismo, cada cubano se ama a sí mismo en los demás; y esa forma de amor se llama amistad. Tal actitud tiene sus malos resultados. El amigo se le quiere, no se le juzga, y por tanto, cuando ha cometido un hecho antisocial no recibe sanción de los suyos. Un sociólogo cubano aseguró que en Cuba no se acredita ni se desacredita a nadie. Fue un error, porque el pueblo cubano abre créditos de opinión y los retira, según sea el comportamiento de los hombres públicos; lo que sucede es que en la zona de la amistad no se advierten esas alzas y bajas de la reputación; el delincuente no teme, pues, esa terrible sanción que consiste en perder la estimación de los más cercanos y el afecto de los seres queridos.

Pero en el campo de la opinión pública hay juicio y hay sanción. Es absurdo negarlo, como a menudo lo niegan algunos intelectuales del país. La prueba más elocuente del error en que se debaten esos intelectuales, está en la historia cubana. ¿Cómo, sin una opinión sobre los males coloniales, hubiera podido forjarse la República?, ¿cómo, sin una opinión que distinguiera entre lo malo que se hacía y lo bueno que podía hacerse, se explicarían la tenacidad, la abnegación, el valor del pueblo que mantuvo tan prolongada y cruenta lucha? El hecho mismo de que varios partidos políticos hayan aparecido y desaparecido indica a las claras que esos intelectuales pesimistas no tienen razón.

De manera insensible, pero a la vez infatigable, sin que se le vea avanzar, pero sin que deje de hacerlo, Cuba se encamina hacia un estado de

moralidad pública. El pueblo que nació como albergue de malandrines, borrachos y jugadores, de marinería y soldadesca sin Dios ni ley, de mujerzuelas de los puertos y mercenarios de toda laya, está hoy muy lejos de aquellos días en que los negros “curros” salían de los expendios de bebidas a matar al primer transeúnte que cruzara por su camino; muy lejos de los días en que los campos estaban llenos de bandidos y asaltantes, muy lejos de la época en que infinidad de luces rojas denunciaban la presencia de los prostíbulos. Uno tras otro, los partidos políticos han ido incorporando a sus programas finalidades morales; y el último de los partidos, que logró interesar a la conciencia cubana se fundó, sobre todo, alrededor de un principio de moral pública: la honradez en la administración del Estado.

Yo había visto al líder de ese partido, Eduardo Chibás, por última vez, unos meses antes de su muerte. Había estado reponiéndose en Estados Unidos de una grave operación, y parecía físicamente recuperado. Nos encontramos en la finca de Miguel Ángel Quevedo, y el abrazo que nos dimos en aquel inolvidable lugar fue el último, aunque yo no lo sospechaba. Estaba allí también Rómulo Betancourt. Con su prosodia difícil y su sonrisa de niño, Chibás estuvo hablándonos de su viaje, de las cosas que dijo en Nueva York acerca de la América Latina. Parecía alegre, confiado. Todo el mundo en Cuba daba por seguro que sería el próximo presidente de la República.

La muerte de Chibás causó profunda impresión en su país, porque el hedonismo cubano se exalta ante la muerte. El amor al cuerpo, primera y elemental residencia de la vida, se traduce en amor al cuerpo ajeno. De los héroes de Cuba, los que murieron en acción son los que despiertan más respeto y emoción. Ignacio Agramonte, José Martí, Antonio Maceo, Antonio Guiterras, resaltan sobre los demás porque ofrendaron sus vidas. Pero Chibás, además, se mató cuando era un ídolo popular, justamente cuando mayor altura y mayor extensión alcanzaba su prédica contra la malversación y el fraude. En cierto sentido, su muerte fue un final wagneriano.

Y es que las consignas de Chibás habían estado golpeando en la sensibilidad nacional, en el preciso momento en que esa sensibilidad, oscuramente, pero con dolorosa sensación, comenzaba a reclamar moral

administrativa. No la había reclamado antes; y es curioso observar que ni siquiera en la etapa final de la lucha contra la Colonia y sus males, esto es, en el movimiento de 1930, se hizo hincapié en la materia. Pero al iniciar Chibás su prédica, ya Cuba había satisfecho su necesidad de libertades públicas, de independencia nacional y de justicia social. El último mal colonial que la agobiaba era ése. Mientras Cuba padeciera un Estado desordenado, habría un aspecto de la Colonia sin liquidar. Aunque parezca extraño, la lucha contra la deshonestidad en el manejo de los fondos públicos es un combate de retaguardia contra los restos coloniales. Por eso en tal lucha el pueblo se sintió tocado de manera tan viva; de ahí que Chibás fuera el último de sus grandes dirigentes nacionales.

En los primeros tiempos de la Colonia, durante los siglos XVI y XVII, el Estado español fue bastante honesto, aunque, desde luego, no podía decirse lo mismo de los colonizadores. Los funcionarios coloniales debían proceder con suma cautela en cuanto se relacionara con la administración de justicia y con el manejo de los fondos reales, pues la menor denuncia de dilapidación, fraude o malversación, era oída en Madrid, e investigada hasta las últimas consecuencias. La Corte enviaba “jueces de residencia” para que pidieran cuenta a gobernadores, tesoreros y otros delegados de la autoridad real; y era costumbre que el “juicio de residencia” siguiera al cese de las funciones. En tales días el tesoro era del rey, puesto que el rey personificaba a la nación; tocar un maravedí, era, pues, robar a Su Majestad.

Pero, además, la monarquía española era entonces sincera y lealmente católica, de manera que los mandamientos de la Iglesia eran ley inflexible para ella, y entre esos mandamientos estaba el de no robar. Con frecuencia los representantes del rey tuvieron que ser enérgicos frente a los colonizadores, cuyos desmandados apetitos de poder y de riquezas no conocían límites, razón por la cual vigilaban a gobernadores y oficiales, para que no se doblegaran a las exigencias de los colonos; éstos, a su vez, veían en los funcionarios a enemigos, y sobre el gobierno central llovían acusaciones contra ellos.

La libertad de queja, opinión y denuncias, que era el clima habitual de la monarquía española en la época, favorecía ese estado de cosas, cuyo resultado era un manejo humanamente honesto de los dineros y de

la justicia. Pero a medida que la monarquía española fue corrompiéndose, por razones que no es del caso exponer aquí, el cuerpo de servidores coloniales empezó también a corromperse, al extremo de que ya en los siglos XVIII y XIX –pero, especialmente en el último– se enviaban funcionarios a América –a Cuba y a Puerto Rico, después que Tierra Firme fue libre, y más a Cuba que a Puerto Rico, puesto que la primera era un río de oro–, como quien da un premio, pues tras algunos años de servicio en la isla se volvía a España con caudales. Desde los capitanes generales, que traficaban con el contrabando de esclavos, permitiendo su entrada en el país, a cambio de una onza de oro por cabeza, hasta el más modesto recaudador de impuestos, la enorme mayoría de los peninsulares que llegaban a Cuba como funcionarios del gobierno central, se hacían en poco tiempo de fortuna. Del dinero de los hospitales se recortaba el dedicado a medicinas, alimentos, ropas y otros gastos de los enfermos, y la diferencia iba al bolsillo de los administradores; lo mismo se hacía con los fondos destinados a los presos, o con los que habían de consumirse en el mantenimiento de las guarniciones españolas. Todo el régimen colonial fue, en tal sentido, una podredumbre; y tal podredumbre formó tradición, al extremo de que la República heredó el mal.

Se da en Cuba la circunstancia de que ese mal haya coincidido, a la vez que como supervivencia de un vicio colonial, con el momento en que la economía del país va convirtiéndose en industrial. Cuando las industrias proliferan, el fraude en el cobro de impuestos y los favores ilícitos concedidos desde el poder público pasan a ser de hecho privilegios en beneficio de unos cuantos y en perjuicio de muchos; pues el fabricante de tejidos que deja de pagar sus derechos de aduana o el impuesto sobre la venta, porque es amigo de un funcionario de la Hacienda Pública, o porque es su socio, puede vender sus productos a mejor precio que sus competidores. Y como no se roba al Estado si no es a través de negocios con comerciantes o industriales, esto es, con los llamados a pagar impuestos, o con los proveedores, la inmoralidad en la administración es una fuente de daños directos al desarrollo de la economía nacional.

Así, en Cuba coincidieron los dos aspectos del mal con la aparición de un agitador excepcionalmente bien dotado para destacar el mal y

levantar contra él un movimiento de opinión de vastas proporciones. La sola existencia de ese movimiento indica a las claras que Cuba persigue, como nación, fines morales.

Cuarenta años antes del día en que una silenciosa multitud se congregó tras el cadáver de Eduardo René Chibás, había habido en La Habana otro entierro célebre. Fue el de una figura totalmente opuesta a la del dirigente ortodoxo. Aquel hombre se llamaba Yarini y explotaba la prostitución en los barrios bajos de la ciudad. Murió a tiros, en duelo irregular con competidores franceses. El cambio que se ha dado en las costumbres públicas del país puede medirse por esos dos entierros. Además de proxeneta, Yarini era sargento político, y reclutaba a sus votantes en esa zona humana desclasada que vive a la sombra del vicio. En aquellos días en que el cubano tenía cerradas las puertas del bienestar, y por tanto las de la cultura, y por lo mismo no tenía acceso a la gran plaza donde se ventilan los problemas públicos, muchas familias ganaban malamente el pan a las sombras del lupanar, si era allí donde lo hallaban. Se vivía en los años de derrota moral que siguieron a la última guerra contra España; los años dolientes de la frustración, los años en que Cuba se les iba a los cubanos. Para esa gente de los arrabales, del pecado, Yarini era un símbolo del triunfador generoso y del hombre sin prejuicios. Nacido en familia prestigiosa, había descendido hasta ellos, pero no para ayudarlos, como ellos creyeron, sino para explotarlos. Hoy no hay un Yarini en Cuba. Hubo un Chibás. La diferencia entre ambos es proporcional a lo que ha recorrido el país en menos de medio siglo. Para tener un entierro nutrido, como fue el de Yarini, hace falta ahora pregonar todo lo opuesto a lo que hizo él.

La campaña moralizadora de Chibás no fue obra suya, creación personal. En otro momento histórico hubiera podido enarbolar el mismo estandarte sin que el pueblo lo hubiera seguido. Su razón de ser como director de un movimiento de opinión pública que llegó a tener la fuerza de un torrente, estuvo en que representaba un deseo cubano; encarnó una demanda de las masas; se convirtió en el portavoz de un anhelo general. Pues habiendo avanzado a grandes pasos, casi a zancadas, en otros aspectos de la vida nacional, el pueblo necesitaba avanzar también en ése. Luego, hay un propósito moral en Cuba.

Ese fin moral no puede medirse sólo por la inmoralidad que supone el enriquecimiento de algunos a la sombra de funciones públicas. Hay en el fondo de la actitud de los cubanos contra la administración deshonesta una razón de mucha más hondura moral, si es que ésta ha de medirse por módulos de justicia general. El cubano detesta el privilegio. La organización del sistema colonial, con su escala de beneficiados ilícitamente, puede haber creado esa especie de odio instintivo natural y potente que se advierte en Cuba, contra todo privilegio que esté fundamentado en concesiones, legales o no, obtenidas con el favor oficial. “La República no reconoce fueros ni privilegios”, afirma la Constitución; y esa frase es la expresión de un arraigado sentimiento popular.

El pueblo es enérgicamente igualitario. Ningún cubano podría concebir que haya en la vida pública alguna puerta cerrada para él o para otro cubano. No hace falta que se lo enseñen en la escuela; él crece aspirando ese sentimiento de igualdad, esa noción de que nadie nace con títulos superiores a otro. Ese concepto debió estar generalizado entre los conquistadores españoles, puesto que sin él no se hubieran alzado desde la oscuridad de sus vidas hasta la altura que alcanzaron, gentes como Francisco Pizarro, Hernán Cortés y Vasco Núñez de Balboa; pero España regimentó después a la sociedad colonial, y se nacía noble o plebeyo, con derecho a usar tales prendas o a no usarlas, según se tuviera o no “limpieza de sangre” y títulos aristocráticos.

En Cuba no arraigó esa división de la gente en castas. Pero además, el cubano está siempre en actitud de defender el derecho de otros a que se les trate en pie de igualdad; de ahí que los partidos políticos de verdadera fuerza popular comenzaron con el Liberal, cuando se vio que, ya en el poder, éste mantenía abierto el despacho del presidente para cualquier cocinera negra o para los jornaleros del campo. El torrente del pueblo entró en el autenticismo –el Partido Revolucionario Cubano– por igual causa, si bien ya en 1934 no le bastaba al cubano de la calle ser recibido en Palacio y tratado de igual a igual por el gobernante, sino que quería, además –lo cual obtuvo, por cierto– medidas que convirtieran ese sentimiento igualitario en igualdad de oportunidades para trabajar, para llegar a las posiciones de mando del país, para disfrutar de la libertad y de la riqueza.

En la popularidad de la campaña contra la inmoralidad administrativa se halla también esa voluntad igualitaria. Pues de hecho hay privilegios en favor de los funcionarios públicos cuando éstos pueden acumular dinero que no han ganado lícitamente, por lo menos en la medida en que es lícito el amontonamiento de caudales en los regímenes capitalistas. Y ese privilegio es una injusticia social; señala una negación a la voluntad igualitaria del cubano; denuncia que hay una grieta por la cual escapan todavía las desigualdades de otro tiempo, contra las cuales tantas generaciones de cubanos lucharon, con ofrenda de los bienes, la tranquilidad, la vida y el honor.

Como en todo grupo social, los partidos políticos responden en Cuba a necesidades colectivas, a demandas de la historia. La pasión política depende mucho de la importancia de esas demandas, diríase que hasta de la urgencia en satisfacerlas; pero depende también del carácter de los dirigentes. La dosis de pasión, de disciplina y de autoridad que impongan los jefes políticos determina, a menudo, el grado de fidelidad o de fanatismo de sus partidarios, y por tanto, el grado de odio o indiferencia con que sean vistos los restantes partidos y sus afiliados. Influye en lo último, desde luego, la mayor o menor saña con que una idea política sea perseguida, la manera en que sea tratada por el adversario.

Pero en Cuba la pasión política, el odio al contrincante, tiene un límite. Hablamos de las actuales características de la psicología criolla y pasamos por alto situaciones transitorias. Otras veces no fue así; pero antes, nunca llegó Cuba a integrarse como lo está hoy. Hoy es cuando el cubano es lo que él es, sin que su alma colectiva se vea deformada por presiones externas. Ahora es libre, y libremente se manifiesta. Por encima de la vehemencia y de los intereses de partido, se impone la convivencia cubana, ese respeto al derecho que la gente tiene hasta a cometer errores, esa capacidad de comprensión, esa ausencia de rencores, esa frialdad para reconocer en los adversarios el móvil de sus actos.

El cubano ama el cuerpo humano; pero sucede que el cuerpo es el habitáculo del alma, su “residencia en la Tierra”, para usar una frase feliz de Pablo Neruda. Y la atención que pone el cubano en estudiar el alma humana es cosa sorprendente, así como es sorprendente su capacidad para desentrañar las secretas raíces de todos sus movimientos.

El don de explicar por qué la gente procede así o de tal manera, no es en Cuba privativo de las personas cultas; es una cualidad nacional, una capacidad generalizada, una especie de habilidad que el cubano adquiere, sin darse cuenta, desde la infancia. Esa estupenda habilidad se aplica también al hecho político. De ahí que una vez vencido el adversario, la flor de la amistad renazca entre los que fueron rivales. Es la actitud que el pueblo resume en una frase: “Estamos entre cubanos; aquí no ha pasado nada, caballeros”.

Es posible que algún lector halle exagerada la relación de casi todas las manifestaciones psicológicas del cubano con su actitud hedonista. Pero no hay otra explicación si se quiere conocer la fuente de las reacciones de este pueblo. Ahora bien, el hedonismo cubano, ¿de dónde procede? No es español o, por lo menos, no es castellano. Y fue Castilla quien descubrió y colonizó a Cuba, aunque el gran torrente inmigratorio que enriqueció al país, especialmente entre los siglos XIX y XX, procedió sobre todo de Asturias y Galicia.

Ese don natural del cubano para rehuir lo doloroso y molesto, y la capacidad para escoger siempre, de manera casi instintiva, lo bueno y agradable; su amor pagano por el cuerpo y por el alma que en él reside, ¿qué orígenes tienen? Insisto en afirmar que tuvieron mucho que ver en ello los dos factores claves de la vida cubana: la formación histórica inicial, en La Habana, como albergue de marineros y soldados que constantemente tenían ante sí la amenaza de la muerte; y la enorme riqueza que el país desarrolló en poco tiempo.

En los años de lucha, había que arrancarle a la vida cuanto ésta pudiera ofrecer de placentero; cuando la riqueza abundó, el placer se compraba con facilidad. Se compraba en todo: en buenas casas, en ropas lujosas, en perfumes, en comida rica, en carruajes cómodos. El ambiente físico resultaba propicio a dicha actitud; pues el calor dominante imponía puertas abiertas, vestidos ligeros, fuga hacia el campo en busca del aire fresco; y para colmar esas solicitudes del ambiente, el buen hado de Cuba quiso que al cabo de prolongados cruces en su tierra se produjera un tipo humano hermoso, sobre todo, un tipo de mujer lleno de hechizos.

Además, en Cuba no gravitaron las severidades con que la Iglesia católica, servida por los instrumentos de persecución que le brindó el

Estado español, contribuyó a deformar el alma de los pueblos en otras regiones del Imperio atlántico de España. En este sentido, Cuba fue realmente una isla, por aislada. No se conocen en la historia del país sacerdotes de severa intolerancia, fanáticos religiosos; en la conciencia cubana no hay recuerdos del Santo Oficio, de autos de fe. Fue quemado Hatuey, el cacique indígena; pero eso ocurrió en un lejano rincón de la zona oriental, y no tuvo resonancias en La Habana, por entonces cabeza y corazón de Cuba. Los indios desaparecieron relativamente pronto. Y cuando empezó la importación de esclavos, la Iglesia toleró qué fueran adaptándose poco a poco a la religión católica.

No era posible forzarlos a creer en Cristo y en el Santo Padre, quemando a unos cuantos de ellos para edificante ejemplo de los restantes, porque el africano costaba dinero, mucho dinero, y no era cosa de exponer tan caro bien a la pérdida total mediante la hoguera, sólo para que, a cambio del sacrificio del amo, que había pagado por él buenos escudos, se aseguraran en la gracia del Señor unas cuantas almas rústicas. Al fin y al cabo, al indio podía obtenerse en alegres cacerías, al bajo precio de algunas jornadas a caballo, validos de perros, por entre las serranías. Por otra parte, el indio probó pronto ser una adquisición de poco rendimiento, porque no sabía o no quería trabajar; y prefería suicidarse comiendo lodo. Sobre este pequeño inconveniente estaba la prédica de los frailes dominicos, a los cuales ponía oído el emperador, y las leyes de Indias, que, para desdicha de los colonizadores, estaban siempre protegiendo a esos gentiles sucios e ignorantes.

No; el colono no podía consentir que sus negros, los negros que él había comprado a buen precio de oro, los negros que sembraban la caña y la molían, que hervían el guarapo y encajonaban el dulce –esos negros que iban haciendo rico al país y, por casualidad, a sus amos– fueran perturbados, amenazados con hogueras, espantados al extremo de que se huyeran a los bosques. El señor vicario tenía que comprender sus razones. Lo mejor era dejar al negro que poco a poco fuera adaptándose al medio cubano; que lo hiciera de manera tan lenta, tan insensible, que él mismo ignorara su pausada transformación. Hasta se le debía dejar que adorara sus propios dioses, por lo menos durante los primeros tiempos. La Iglesia debía y podía ser tolerante. Ese largo proceso asimilativo entraba, por lo demás, en sus tradiciones.

Y así se hizo. Fue un acuerdo no escrito, no especificado, sin contratos ni labrado de actas. La única constancia que nos queda de tal acuerdo es el hecho histórico en sus frutos actuales. La Iglesia católica no ejerció discriminaciones ni persecuciones en Cuba; y los resultados han sido ejemplares, evidentemente muy buenos en la integración de la nacionalidad. Pequeñas manchas en la conducta, como la prohibición de que músicos negros tocaran en las iglesias, en nada afectan el resultado final. Esa conducta llegó a ser tan amplia, que ni siquiera se persiguió a los comerciantes extranjeros, a los odiados “luteranos”, a quienes el Santo Oficio había cerrado las puertas de España y de muchos reinos de América. Si bien es verdad que de haberse dado tal persecución, las repetidas rebeldías en masa de algunas zonas, como una ocurrida en Bayamo en el siglo XVI, hubieran dejado mal parada la autoridad española en la isla. Porque el contrabando mantenido por ingleses, holandeses y franceses, en la parte oriental facilitó el desenvolvimiento económico de dichas regiones, y a menudo sólo ese contrabando evitaba que los pobladores abandonaran las nacientes ciudades.

Cuando pasaron los años de fanatismo inquisitorial, y España perdió el Imperio, ya Cuba estaba formada; además, la Iglesia católica española no fue en el siglo XIX lo que había sido antes. Puede afirmarse que una corriente de temperatura liberal había ganado el alma de la sacristía. Incontables sacerdotes habían participado en las luchas libertadoras de América, algunos de ellos, con tan alta categoría como Hidalgo y Morelos, en México. La Iglesia española no hizo esfuerzo por llevar a Cuba métodos reaccionarios. Dejó que los esclavos, los cuales aflúan al país en corriente enorme, siguieran acomodándose lentamente al nuevo ambiente; les toleró sus ritos, les permitió que celebraran sus fiestas semirreligiosas en los atrios de los templos.

En países donde no se hizo necesario llevar esclavos africanos, porque la indiada era numerosa y fuerte y más evolucionada que en Cuba —como sucedió, por ejemplo, en el interior de Guatemala, poblado por los mayas—, la Iglesia española procedió como en Cuba. Así se explica que haya similitud en el desarrollo religioso de ambos pueblos. Yo he visto en Chichicastenango, a la sombra de los volcanes, la llegada de los indios al templo en cuya puerta queman un incienso del país, el mismo

que antes del descubrimiento quemaban ante sus ídolos; los he visto alfombrar con pétalos de rosas el áspero piso de la iglesia; encender velas sobre él, colocándolas en distribución simbólica, según los viejos ritos de su raza, y dirigirse al altar para hablar allí, horas y horas, en voz baja, con la Virgen María o con Jesús crucificado, a los cuales piden exactamente, y con el mismo lenguaje, lo que sus abuelos pidieron a los dioses derribados. Para ellos éstos siguen siendo aquellos antiguos y poderosos dioses, ahora renovados, con iguales facultades, a quienes hay que rendir tributos iguales. Y eso es lo que está ocurriendo en Cuba.

El 4 de diciembre de 1951, el municipio de La Habana dio mil seiscientos permisos para fiestas. Era el día de Santa Bárbara, la patrona de los soldados en el panteón católico. Esos mil seiscientos permisos cubrían sólo las celebraciones en que habría música, cánticos y grupos de gentes hasta más tarde de medianoche. En un país nada afecto al militarismo, ¿qué ocurre para que la patrona de las armas tenga tan numerosos devotos? Pues se explica que los cubanos, enamorados del cuerpo humano, celebren cada 17 de diciembre la fecha de San Lázaro, intermediario entre los leprosos y Dios; y confunde menos poder observar, en la noche del 16 al 17 de diciembre cómo enorme fila humana se encamina, por la carretera de Rancho Boyeros, la gran mayoría a pie, hacia el lugarejo del Rincón, donde una imagen del santo ampara el lazareto que hay allí.

Pero sucede que ni la Santa Bárbara a quien tan profuso y ruidoso homenaje se hace el 4 de diciembre es la imagen católica que protege a los soldados, ni el San Lázaro, tras quien tan estoicamente van los habaneros, es el patrón de los leprosos. Se llaman así, y tienen el aspecto con que los ha difundido la Iglesia católica. Pero en realidad, son dos dioses, o la suma de varios dioses de religiones africanas. Santa Bárbara es Changó, la versión cristiana de Changó, deidad de los guerreros, los valientes, fuente de la vida, señora de los afortunados y los victoriosos; San Lázaro es Babalú-Ayé, como la Virgen de las Mercedes es Obatalá, y la de Regla es Yemayá. Al cabo de los siglos el objeto de veneración cambió en apariencia; pero el sentimiento religioso es el mismo que los esclavos trajeron de África.

Sucedió que con las creencias de los negros viajaron también sus oficiantes, sacerdotes, brujos ensalmadores, “babalaos”; sus ritos, sus misterios, su magia. Poco a poco, en las oscuras noches de los ingenios, alguno que otro blanco pobre se acercaba a los esclavos y se sentía atraído por sus sortilegios; los mulatos se criaron en ellos. Las creencias africanas, adulteradas en lo externo por la influencia católica, salían a la calle, en los días en que a los “cabildos” de esclavos les era permitido celebrar sus fiestas en plazas y calles; llevaban por delante el influjo de su música, la música sensual, vivaz, llena de fuerza, con que celebraran a sus dioses. Los curanderos africanos atendían a enfermos blancos y mulatos pobres que no podían pagar médicos. La influencia de sus ritos iba extendiéndose, muy lentamente es cierto, pero se extendía.

Llegaron entonces los días en que los esclavos fueron libres, la época en que pudieron diseminarse por el país, alcanzar los sitios más remotos sin que debieran obediencia a un amo; y con ellos iban sus brujos y sus dioses, la música de sus ceremonias, sus métodos curativos. Se presentaban las crisis económicas; aumentaban los mulatos y los blancos sin trabajo, y la miseria hermana a los hombres, de manera que cada vez más la cultura religiosa de los negros –o sus diversas culturas religiosas– se transfundían en la de los católicos. Así, cuando ocurrieron los últimos movimientos políticos que llevaron a las funciones públicas de todas las categorías a encabezar negocios y empresas a millares de hombres y mujeres, que antes habían sido desclasados o simplemente gentes sin trabajo, con ellos ascendió a mejores posiciones económicas una compleja suma de creencias, en las que se revuelven el panteón africano y el panteón católico, la fe en Nuestro Señor y la fe en oscuros y poderosos dones mágicos, cuya fuente es Changó, o es otro dios de los antiguos esclavos. La nueva clase media cubana tiene una religión desconocida en otros países: es católico-brujero.

Pero no para ahí el caso. En el siglo pasado se difundió por el mundo occidental, con la velocidad que confieren el miedo y la esperanza, una creencia que acabó tomando categoría religiosa. Fue el espiritismo. El pavor de la gente a la muerte, su voluntad de pervivir, halló de pronto gran alivio en un sistema que le permitía oír a sus deudos desaparecidos y confiar en la inmortalidad del alma. En las religiones africanas los dio-

ses hablan con tanta seguridad como hablan las almas en el espiritismo. De manera que la base religiosa del cubano, católico-brujero, resultó propicia a la extensión del espiritismo. Y éste se ligó con el cúmulo de creencias ya formadas. De donde ha resultado una dimensión más; y el pueblo cubano, claro que con sus escasas zonas de excepción, es católico, bruero y espiritista. Ha creado, pues, su religión.

Es muy difícil hallar católicos ortodoxos, de esos que le nieguen poder mágico a Santa Bárbara, la divinidad de los poderosos; es difícil hallar brujeros ortodoxos, de esos que sólo crean en los santos africanos, o en los dioses africanos, y nieguen poder a Jesús crucificado o al Santo Niño de Atocha; es difícil hallar espiritistas ortodoxos, de esos que sólo crean en las almas parlantes y les nieguen atributos celestes a San Lázaro o a la Virgen de la Caridad. Mezcladas, confundidas, manifestándose a veces una tras otra, a veces juntas, pero vivas todas en el fondo de la conciencia cubana, las tres corrientes se mantienen a un tiempo; las tres señorean el sentimiento religioso del pueblo. Las tres conviven, como conviven en Cuba, sin estorbarse, ayudándose, los hombres, los intereses y las ideas.

Es fácil observar, en las lujosas tiendas de la calle San Rafael, a una señora bien vestida que lleva como adorno, prendida al pecho, una espada de oro, de platino o de brillantes; o llegar a una casa de costosos muebles, y advertir que en el juego de colores del interior se destaca el rojo. Aquella señora o el dueño de esta casa son devotos de Changó. En hermosos hogares, como en muchos humildes, se han gastado centenares, y a veces millares de dólares, en montar un altar a Santa Bárbara. Santa Bárbara protege a sus hijos; y los triunfadores, los que llegan a millonarios o a presidentes de la República, son “hijos” de Changó, como hay otros que son “hijos” de Obatalá, “hijos” de Babalú Ayé, “hijos” de Ochún. Esto lo sabe la Iglesia católica, y lo sabe en Cuba todo el mundo.

Así como la conducta de la Iglesia católica, que se abstuvo de deformar con fanatismos y persecuciones el alma del pueblo, contribuyó a que el hedonismo acabara tomando posesión del cubano, y contribuyó a que se expandiera el clima de libre desenvolvimiento del país hasta en el aspecto religioso, el esclavo africano contribuyó también, injer-

tando en la corriente histórica de la isla dos artes que se gustan con el cuerpo. La música y el baile son, en cantidad y en calidad, las únicas manifestaciones del arte popular cubano. Y ambas son hoy, primordialmente, de origen negro.

Aunque la música llamada “negra” comenzó a producirse en Cuba muy temprano, la verdad es que su ritmo, su tonalidad y los instrumentos de percusión que le son inherentes, fueron sumándose muy lentamente a la música llamada “blanca”. Durante mucho tiempo, a pesar de que ya desde el siglo XVI se usaron músicos negros en bailes, bautizos y celebraciones de todo tipo, la música de los esclavos estuvo proscrita de los lugares donde se bailaba. Música y baile propiamente de esclavos sólo se daba en las fiestas de los “cabildos” africanos. Es más, la influencia negra que se advierte en las danzas, habaneras, y danzones del siglo XIX, no procedió de Cuba, sino de Haití, y llegó a la isla a través de los franceses expulsados de la vecina tierra, cuando allí se produjo la revolución de Toussaint y Dessalines. Mientras tanto, en amplias zonas del pueblo cubano, y sobre todo en el campesinado, seguían manteniendo primacía bailes y músicas de origen español, como el zapateado, por ejemplo, y como muchos de los que actualmente tienen vigencia en Cuba, aunque ya transformados por influencia del ambiente. Esto ocurre con las guajiras y con los sones montunos, en los cuales es fácil advertir la ascendencia hispánica o el neto contorno canario.

En el danzón, que apareció al empezar el último tercio del pasado siglo, fue definiéndose más el fondo negro, al extremo de que llegó el día en que las baterías usaban cencerro, un instrumento típico de la música traída por los esclavos, como usó palitos o clave, y maracas y guiro o guayo. Pero el danzón, tan asistido ya de factores musicales africanos, seguía siendo música blanca, o a lo sumo, ligeramente amestizada. En verdad, era el hijo de la danza; una danza más movida, con ritmo a veces más acelerado y con algunos injertos populares. El danzón tuvo categoría de música nacional cubana y logró adeptos en varios países. Ya apenas se baila en Cuba; pero en México se toca y se baila tanto como cualquiera otro tipo de música.

Lo cierto es que la expansión de la música de origen negro empezaría a producirse hacia 1920, como parte del movimiento popular que

iba a estallar en 1930, y a triunfar en 1933; y esa expansión comenzó con el son, llegado a La Habana desde las montañas de la provincia oriental y llamado a desterrar el danzón de los salones de baile. El son no era netamente africano, pero tampoco netamente hispánico. Su riqueza de ritmos permitía, y hasta cierto punto demandaba, más libertad en el movimiento de los bailadores; además, era cauce para una variada expresión de lo popular, tanto en música como en letra. Penetró en La Habana como un conquistador, al extremo de que Nicolás Guillén lo tomó como expresión de lo popular y comenzó a escribir sus “sones”, musicalizados después por Amadeo Roldán y por García Caturla. El danzón tuvo que ceder. El retroceso del danzón comenzó cuando, arrebatadas por el entusiasmo que había despertado el son, las orquestas de baile dieron por terminar el danzón con una parte de son cantada. Al cabo, se admitió que de vez en cuando se tocaran sones solos; y por esa puerta entró en los salones, y después se expandió por el mundo la infinita riqueza de la música cubana de origen negro.

Pero durante algún tiempo “los dos abuelos” musicales del país pugnaron en el ánimo popular. En medio de los días de la lucha contra la opresión política, Moisés Simons escribió su pregón “El Manisero”, que no tardó en ser cantado en todas las lenguas; Eliseo Grenet, su “Lamento Cubano” y después su “Mamá Inés”, mientras que Ernesto Lecuona retornaba a las fuentes de la antigua melodía de los dueños de ingenios, y escribía sus criollas o su “Siboney”. A la vez que las noticias de la lucha que estaba librándose en la isla circulaba por todas partes, la música popular o semi popular cubana extendía más allá de los mares una especie de sonoro perfume que ganaba la voluntad y la simpatía de los pueblos. Por entonces nació el primer baile netamente cubano que había de dar la vuelta al mundo. Fue la “conga”, creada por Eliseo Grenet.

Grenet estaba en París. Había salido de Cuba porque su “Lamento Cubano”, que no tardó en ser cantado en el último rincón de la isla, lo sindicó como adversario de la tiranía; y en París, un día, recordó el ritmo usado por los negros en los carnavales de Santiago de Cuba. Escribió su primera “conga”, y en un cabaret cubano de la capital francesa enseñó a bailarla. En poco tiempo la “conga” fue el baile de moda en Europa y en las dos Américas. La primitiva fuerza tonal que le comu-

nicaban instrumentos tales como los cencerros y las claves parecía despertar la sangre de los bailadores de un sueño secular. La músicaailable cubana se hizo dueña y señora del mundo. Después nacieron y se ampliaron otros muchos ritmos. El propio Eliseo Grenet murió cuando acababa de escribir el “sucu-sucu”, cuyo origen había ido a buscar en Isla de Pinos, donde los guajiros lo bailan desde hace tiempo en los perdidos bohíos, a la luz de lámparas rústicas y sobre suelos de tierra apisonada.

Con el “mambo”, que ha sido la última de las músicasailables cubanas de éxito universal, ocurrió algo parecido a lo que sucedió con la “conga”; nació fuera de Cuba, creado por un músico popular cubano que llevaba consigo el torrente musical que desató en su isla la incesante inmigración de esclavos. El autor del “mambo”, un joven de Matanzas, vivía en México, donde tocaba para una orquesta cubana, cuando tuvo la idea de escribir, sobre fondos ya internacionalizados por la riqueza musical de los negros estadounidenses, temas rítmicos cubanos. El mambo fue un acierto. Mucha de la locura de la posguerra, en la cual la juventud del mundo se hundía para olvidar la enorme hecatombe y los sufrimientos de toda índole padecidos durante seis años, parecía cristalizar sonoramente en esa música; a la vez, la búsqueda de la libertad que sigue a los largos periodos de regimentación alcanzaba su fin esa variedad de movimientos que tiene el “mambo”; y eso satisfacía a la generación crecida bajo el espanto de la bomba atómica. Todos los continentes se pusieron a bailar al ritmo del “mambo”.

Desde su pequeña extensión de ciento diez mil kilómetros cuadrados, desde su pequeña población de menos de seis millones de habitantes, dulcemente echada en el seno entre el Atlántico y el Caribe, Cuba se había situado entre las grandes potencias musicales. Esto ocurrió cuando se produjo la integración del pueblo, cuando, olvidando el complejo racial, el blanco admitió bailar con la música del negro y el negro tocar su música para que el blanco la bailara. Ocurrió cuando los cubanos intuyeron, o sintieron, que Cuba era una sola, y que el nexo común entre todos los cubanos consistía en la libertad; libertad nacional, libertad política para todos, libertad para que se impusiera la justicia social sin distinguir entre el color de aquellos que la merecían. Sucedió, en fin,

cuando el pueblo rompió con su esfuerzo las barreras coloniales que lo mantenían dividido, y se mezcló psicológicamente, embriagado por el júbilo de saber que cada cubano, sin que importara su color, su sexo o su edad, era libre de buscar y encontrar su propio destino en la tierra donde había nacido.

Pero he aquí que ese júbilo de la integración en lo musical se produjo en un pueblo hedonista, hecho a expresarse sobre todo a través de lo que gusta a su cuerpo. No hay baile sin música; de manera que el baile es una interpretación de la música que se hace a través del propio cuerpo; y el cuerpo disfruta bailando. El hedonismo de Cuba halló, pues, su más natural satisfacción y su apoteosis en el baile, y precisamente en el baile realizado a compás de esa música cubana, que permite a cada bailarín moverse libremente, inventar su concepto de la danza, recrear cada día el movimiento en el cauce del ritmo. Viendo bailar a los cubanos se diría que nacen con las venas henchidas de música, no de sangre. En las hermosas cubanas, además de la música, las venas van cargadas de azúcar, tal es la sorprendente dulzura que ponen en el baile.

El arte popular cubano, aquel al que de manera tan natural y espontánea se inclina el pueblo desde su más tierna infancia, es el baile, y éste es una expresión corporal de la música. El cubano es bailarín nato. Sorprende ver con qué precisión de ritmo, con qué gracia de movimiento siguen cualquier música los niños cubanos. Es inconcebible que un cubano no sepa bailar. El mundo emocional de cada uno de ellos se exalta al solo sonido de cualquier cosa que produzca ritmo; se exalta como si hubiera bebido algún filtro mágico. Como llevada por una voluntad magnética que la adormece, la cubana se entrega a la música; sus movimientos son vivos pero armónicos, cargados de una inconsciente intención picante, espontáneos, limpios, paganos. Hay un transparente, poderoso y sin embargo sano júbilo en su faz, en la sonrisa iluminada por desconocidas emociones, en los brillantes ojos que veces entrecierra, en los brazos, que mueve como si cargara estrellas entre ellos. Sin embargo, nadie la enseña a bailar; es la herencia del ritmo, de melodía interior que trae en el alma; es la carga de música de que está lleno el aire.

El pueblo cubano no moldea jarras de barro, no labra caballitos en madera, no teje, no se entretiene con el color, no hace juguetes en sus

horas de ocio. Su arte popular no es el que requiere el uso de una parte del cuerpo y una parte de la atención; es el que reclama la entrega del cuerpo y del alma; es el baile, en fin, esa locura del movimiento dentro de la tierna y embriagadora cordura de la música.

Cierta pequeña industria artificial, porque no es obra del pueblo, fabrica para los turistas maracas y pequeñas rumberas; y a tal extremo es cierto que esos símbolos del baile representan a Cuba, que en todas partes se venden y en todos los rincones del mundo aparecen de pronto, colgadas en una pared, dos maracas barnizadas, con el Morro pintado en rojo, o una rumberita de larga falda llena de vuelos adorna la mesita de sala en Oklahoma o en España. De manera instintiva, los extranjeros saben que la esencia del arte popular cubano está expresada en las maracas y en la rumbera.

La eclosión de esa manifestación del alma cubana ocurre en los carnavales. La vieja fiesta báquica es en Cuba una clamorosa expresión de lo nacional en su forma más elementalmente popular. No se trata del conocido carnaval cristiano ni de las estilizadas celebraciones del antiguo rito mediterráneo que se dan en Niza, pongamos por caso. Como en la religión y en la música y en el baile, los esclavos acabaron irrumpiendo a través de las costumbres españolas y católicas y transformaron el carnaval en Cuba. A tal extremo ha sido así, que hasta en las fechas de las fiestas influyeron, de manera que no en toda la isla se celebra el carnaval antes de las Pascuas Floridas, como lo impuso la Iglesia católica cuando comenzó a reglamentar el festival de Dionisos. En muchas regiones de Cuba el carnaval tiene lugar a mediados del año, esto es, tal como lo celebraban los esclavos cuando, obligados a trabajar en los cortes de caña, desde el mes de diciembre, sólo quedaban libres de obligaciones perentorias al terminar la zafra. Así, al pasar de los siglos, las mismas causas económicas que determinaron las celebraciones de las orgías báquicas cuando se daba fin a la vendimia –origen remoto de nuestros actuales carnavales–, hicieron que en muchas regiones de Cuba tales fiestas demoraran hasta mediados de año. En Camagüey, por ejemplo, los carnavales coinciden con la fiesta de San Juan, el 24 de junio, y en Santiago de Cuba con la del Patrón Santiago, el 25 de julio.

Pero la influencia africana en los festejos carnalescos no se advierte en ese detalle, sino en las fiestas mismas: cómo las celebran, quiénes las protagonizan, qué se hace en ellas.

La flor y nata de los carnavales cubanos se da en La Habana, y la espina dorsal de sus perfiles la forman las llamadas “comparsas”, especie de cuerpos de bailes negros, cada uno de los cuales tiene su nombre, su historia, su tradición propios y su propio estilo de presentarse, de bailar y de hacer música. Ahora visten con elegancia versallesca, con trajes llenos de finos adornos, a pesar de lo cual van bailando sus típicas danzas africanas, deslizándose en rítmicos movimientos de pies y cinturas por las calles de la ciudad, desde cuyas aceras y balcones la multitud contempla a los bailadores y premia con atronadores aplausos su presentación, el acierto en el baile, la originalidad en la música, la belleza de la farola con que cada “comparsa” encabeza su desfile.

Originalmente, cada “cabildo” africano presentaba sus danzas típicas el día de los Santos Reyes –6 de enero– en los atrios de las iglesias y en otras plazas; y acabó estableciéndose un premio para el que mostrara más coordinación, mejores trajes, música más propia. Esa costumbre fue conservándose. La rivalidad entre los “cabildos” perduró al paso de los años y ha desembocado hoy en la rivalidad entre las “comparsas”. Cuando faltan algunos meses para el carnaval, en cada barrio habanero se organizan los ensayos de alguna “comparsa”; se reúnen muchachas y jóvenes, regularmente mulatos y negros, y los tambor tradición van a tocar horas y horas, mientras el maestro de baile hace que los bailadores repitan los pasos hasta que los produzcan con la precisión y la elegancia que requiere un ballet de alta categoría.

A medida que se acerca el mes de febrero, el entusiasmo va aumentando; se mejoran los trajes, se inventa un ritmo nuevo, se corre la voz por los centros de ensayo; y la “comparsa” de los “marqueses” mejora su farola, porque desea superar a la “comparsa” de los “alacranes”, o ésta descubre entre sus participantes a una linda mulata cuyo cuerpo es un fino depósito de emoción musical, y la hace destacarse en el conjunto como si se tratara de una “prima ballerina”; o en otra comparsa de un barrio lejano han logrado atrapar a un “bongosero” de dotes excepcionales, cuyas manos arrancarán aplausos de un público que sabe distinguir entre un virtuoso de los pequeños tambores y uno que toque con arte

mediocre. El caso es llevar al desfile de las “comparsas” el mejor grupo, el más armónico, el más original, el que más se destaque, bien por la gracia del grupo, bien por un detalle. Pues el más aplaudido se llevará del premio, y el premio será fuente de orgullo, y hasta de festejos, para el barrio de donde haya salido la “comparsa”.

El resto de los carnavales habaneros se llevan a cabo con igual entusiasmo porque se dan en una ciudad alegre y entusiasta de por sí, más o menos como el de cualquiera capital de tradición latina y católica. Se celebra con desfiles de carrozas en el Malecón y en el Paseo del Prado, cada domingo, durante varias semanas; con bailes en los centros regionales, en el Asturiano, el Gallego, el Andalúz, en los clubes de las playas; con profusión de antifaces, negros dominós, trajes exóticos. Pero lo que da color, originalidad y gracia al carnaval habanero son las “comparsas”, es el injerto en la vieja fiesta báquica, modificada por la Iglesia católica, de los antiguos “cabildos” africanos con sus danzas, su música, su fuerte personalidad colectiva, su arte singular.

Vastas graderías de madera se levantan junto al Capitolio, para que las autoridades municipales y el jurado que ha de discernir los premios puedan ver de cerca el espectáculo; enormes multitudes llenan las orillas de las calles, los balcones, las ventanas y hasta los techos de las casas. Salvas de aplausos van señalando el paso de las “comparsas”, cruzan ante los ojos del espectador las iluminadas farolas, algunas de las cuales son hechas danzar, con gracia singular, por los faroleros que tienen; se las ve bailar allá arriba, moviéndose, saltando, meciéndose; y toda la noche habanera se llena de ritmos melódicos, de tambores o de voces que van cantando, con embriagadora persistencia, al son de las congas que pasan.

Las “comparsas”, versión moderna de las viejas fiestas negras de Cuba, confieren al carnaval de La Habana una categoría única. Nada, en parte alguna del mundo, se parece a esta celebración. Y en ella Cuba se agolpa, llena de entusiasmo para ver la eclosión del arte de su pueblo, un arte en el que todo el cuerpo participa; un arte generoso, creado por el genio nacional para que todos lo disfruten; el arte de un pueblo que vive con alegría, con júbilo pagano; de un pueblo que siguió su impulso y derribó las murallas de los prejuicios.

Al golpe de los tambores, las noches del carnaval habanero se pueblan de magia y de alegría misteriosa y profunda.

La aventura del tabaco

Si un extranjero se hiciera presente de pronto, cuando va terminando la tercera semana de septiembre –el día 19, el 21, el 23– en ciertas regiones de la provincia de Pinar del Río, en las cercanías de La Habana, en alguna zona de Las Villas y rincones de Oriente, vería con asombro que de trecho en trecho, sobre pequeños paños de tierra no mayores de veinticinco pies de largo por un metro de ancho, algunos campesinos de amplios sombreros y duros zapatos van meciendo el puño cerrado, como si estuvieran poniendo en vigor un rito desconocido o exorcizando bajo la luz del sol a poderosos espíritus de la tierra.

El raro espectáculo se repite aquí y allá, de trecho en trecho, en terrenos rojizos o pardos, que a simple vista parecen estériles. Algunos están limitados por siembras de boniatos o maíz, otros se hallan a orillas de viejos bohíos, cuyos pardos techos denuncian el paso de los años. Hasta debajo de uno que otro puente, en la carretera central, por los lados de Vueltabajo, he visto a veces guajiros doblados, meciendo el puño, silenciosos como sacerdotes de una nueva religión. Lo que hacen por esos días de septiembre es regar semillas de tabaco, tan pequeñas que si se abriera la mano echarían a perder los viveros. Cerca de cinco millones de ellas caben en una libra; de manera que teóricamente en cada libra de semilla laten más de cinco mil quintales de hoja ya curada.

Así, por poco que lleve en la mano el campesino, tendrá en ella una fortuna. Media onza que le quepa en el puño significaría, si la hormiga y la tojosa y la ley natural de selecciones no lo estorbaran, una cosecha de ciento cincuenta quintales del tabaco más caro que se fuma en el mundo;

si bien él no aprieta la mano para que no se le escape la riqueza que va meciedo al aire de las vegas: la cierra porque la diminuta semilla puede fácilmente salir por los huecos que dejan los dedos entre sí, con lo cual resulta más conveniente el riego sobre los viveros; y porque si la abriera, la brisa de los campos esparciría por sus dominios, como si se tratara también de aire, ese mínimo y oscuro vientre en que germina la planta. Y el tabaco, pero especialmente el jugoso y rico tabaco de Cuba es demasiado exigente para crecer, conservando sus extraordinarios atributos, en cualquier terrón adonde lo lleve el viento.

En el mundo vegetal hay pocas plantas tan tenaces para sobrevivir. Se da en todos los climas, se cosecha en todas las latitudes; en arenazos casi desérticos y en zonas donde la nieve señorea. Pero el tabaco cubano, esa calidad exquisita y única que en los cinco continentes y en los siete mares es símbolo de pureza inigualable, demanda más atención que cualquiera otro producto de la Tierra. Ni la uva para obtener el mejor vino, ni el té que beben las gargantas más delicadas requieren tanta atención, trabajo tan continuo y variado, manipulación tan esmerada como esa solanácea que los botánicos distinguieron, entre la gran familia de las nicotianas, con el apelativo de “havanensis”.

Día y noche, el veguero es un esclavo del tabaco; día y noche lo cuida, lo observa, lo vigila. Hay que roturar las tierras y abonarlas, tres meses antes de las siembras; hay que moverlas cada quince días, para mantenerlas airadas y limpias; y en septiembre, alrededor del veintiuno, la semilla se riega en los canteros, y se esparce con extremo cuidado, porque si se amontona las matitas nacerán débiles, comiéndose unas a otras. Antes de que aparezca la diminuta mancha verde claro que la anuncia, habrá que defender la semilla de las hormigas y de las tojosas. Cuarenta días después de haber nacido, y a veces mucho más tarde, las pequeñas matitas van sembrándose en surcos que se extienden, siempre rectos, a una vara uno del otro. Muchas veces, todavía en los primeros días de enero están trasplantándose matitas de los semilleros a los surcos.

Cuando el año comienza, las tierras sembradas de tabaco relumbran al sol, como si hubiera esmeraldas oscuras esparcidas en ellas. A veces amontonándose entre las vegas, a veces elevándose dispersas, las casas adonde llevarán la hoja a secar aparecen en cada recodo del paisaje,

cerradas, altas, casi siempre techadas de guano, a menudo con pararrayos en las cumbreras; algunas construidas de tablas y pintadas a colores, otras tejidas con hojas de palma, humildes, pardas y abandonadas. En los senos de esas casas, y en las vegas que se extienden por el país, cubriendo en total casi cuatro mil quinientas caballerías de tierras –unas cincuenta y nueve mil hectáreas– se amontona cada año la riqueza que producen más de sesenta y dos mil cosecheros, a las órdenes de los cuales deben trabajar entre diez y doce mil jornaleros, todos, cosecheros y trabajadores expertos en regar la semilla, en guataquear la tierra, en desbotonar la mata, en descogollarla, deshojarla, colocarla en cestos, coserla en mancuernas, colgarla en los cujes; expertos, en fin, en las complicadas manipulaciones que, desde antes de ser cultivado, determinan en el tabaco cubano esa calidad insuperable con que domina los mercados del mundo.

Pues el tabaco de Cuba, y especialmente el de la zona de Vueltaabajo, no debe su exquisita condición sólo al tipo de tierra en que se siembra, aunque de ahí parta, sin duda, el ímpetu con que se lanza a conquistar la supremacía entre todos los tabacos. Con todo y su especialísimo carácter, con ese equilibrio único entre humedad y sol, minerales y fuerzas de origen vegetal, predominio de ciertos vientos y de ciertas lluvias, todo ello cociéndose para dar una atmósfera interior que sólo allí se da, las tierras de Vueltaabajo no alimentarían al mejor tabaco que se fuma si además no estuvieran pobladas por los mejores cosecheros de la tierra, por una raza enamorada de su producto, por una clase de hombres y mujeres esclavizada al tabaco, pero esclavizada con pasión, sensible al menor cambio de la planta, sagaz, observadora, perseverante, cuya vida depende de que el tabaco se venda bien, pero cuyos sentimientos se enardecen y satisfacen cuando cosechan hoja buena, aunque el precio del mercado no compense sus fatigas.

De la gran riqueza que significa el tabaco –en la cosecha de 1945 los ingresos totales pasaron de ciento dieciséis millones de dólares, y sólo cuarenta tocaron a los cosecheros– los que lo siembran reciben poco más de la tercera parte, a pesar de que ellos suman más de la mitad de cuantos trabajan en su cultivo y en las diversas industrias a que da origen. Y la cosecha no termina cuando los tallos se deshojan, sino cuando el tabaco se ha secado ya, una vez que ha perdido el ochenta y nueve, casi

el noventa por ciento de agua que tiene en su aterciopelado cuerpo. Por donde se ve que recibiendo la menor parte para repartirla entre los más, los cosecheros no dedican el afán de sus madrugadas y el pensamiento de sus solitarias noches al tabaco sólo por lo que ganan, sino además por amor, por pasión de agricultores; porque prolonga la vida irse caminando, golpeando con los zapatos el rojo camino, hasta la casa del veguero vecino, mientras el perro ladra a una gallina en las cercanías y el sol desaparece tras los lejanos palmares para decirle:

—Compadre Secundino, toy cogiendo una quincena ligera que pa mí va a ser casi toa capote del bueno.

El tabaco es así, producto personal; estimula la personalidad, la fuerza a superarse. Lo es en el cultivo, en el largo proceso de secarlo y fermentarlo, en el de empacarlo; lo es en la elaboración del cigarro, llamado también habano, puro o tabaco; lo es en el cigarrillo. En esa virtud se parece a la uva y al vino. Cada quien tiene su “secreto” en la cosecha, en la fermentación, en el torcido, en el envase. Los vegueros, por ejemplo —cuyo nombre genérico les viene del lugar donde antes sembraban, las orillas de los ríos, en los pequeños valles— hacen pruebas, cada uno la suya, con matas enteras que cuelgan a secar en las casas cerradas; con las semillas, que mezclan o limpian, con sistemas más o menos caprichosos de arrancar los botones que crecen entre cada hoja y el tallo, y con el descogollado; pues los botones se cortan para que la mata no se “vaya en vicio”, y se deja el cogollo de las que han de producir semillas. Aun en este punto, yo he conocido vegueros que no dejan un hijo —el llamado “marrón”— para el caso, sino que cortan el extremo de la mata, una vez seca la flor, y dejan las hojas para secarlas después y probar con ellas si pueden o no aprovecharse para capas o tripa.

Por lo general, las hojas están listas para el corte —que en el idioma de las vegas se llama “la recogida”— sesenta días después de la siembra, esto es, del —trasplante, si el tabaco se cría bajo tapado y con regadío, que si es de sol y sin riego, no tiene tiempo fijo. Mientras crece, el tabaco se defiende de las plagas con arseniato de plomo, el cual se liga con harina de maíz o con arena, para hacerlo consistente. La forma de usarlo mejor es poniéndolo cuidadosamente en el cogollo, lugar sensible para el ataque. La tierra ha sido limpiada en el ínterin, y cada mata aporca-

da. El tabaco ha crecido a buena altura, de ochenta centímetros hacia arriba. Es entonces una planta erguida, de tallo fino hueco y muy recto, del cual crecen a pares, rodeándolo como una espiral, entre diez y catorce hojas, regularmente. Las hojas son amplias, venudas, suaves al tacto, con delicioso cuerpo de terciopelo. El color es verde vivo, tirando a oscuro. Resalta entre los demás cultivos, entre la clara caña, el dorado maíz, seco para la época, y la casi negra yuca. El veguero ve su siembra, que en las noches de luna adquiere tonos fantasmales, y sueña con que no llueva, porque la lluvia atraviesa la hoja abriéndole agujeros; o al contrario, si su tabaco no es de regadío, lo ve llorar por agua. Madura la hoja, comienza la recogida, en enero la primera.

Las primeras hojas en cortarse son las de abajo; después las del centro. Las de arriba, que son la “corona”, esperan dos semanas más. Cuando el tabaco es de tapado, a medida que se cortan las hojas van siendo colocadas en un cesto, separando las del centro, más grandes, por lo regular destinadas a ser “capa”, esto es, la parte que envuelve al habano. El corte se hace rápidamente, con una cuchilla. Del cesto pasan, cosidas de dos en dos por el tronco o por la vena central, que es siempre la más gruesa, a ser colgadas en “cujes”, varejones de cuatro y media a cinco y media varas de largo, y de pulgada y media a dos pulgadas de diámetro; uno a un pie del otro, los “cujes” se colocan en las casas de secar, puestos entre vigas, desde el techo, que alcanza a veces hasta treinta pies de alto, hasta el suelo.

Si el tabaco es de sol, en el mismo campo se mancuernan cada dos hojas y se ponen a cabalgar sobre los cujes, que luego son llevados a las casas. Allí comienzan las hojas a marearse, a perder agua, a dar de sí ese tósigo olor que despiden los cuerpos vegetales cuando no se han podrido. Lentamente, un día tras otro, el color de las hojas va tornándose amarillento; comienzan sus bordes a corrugarse, su aterciopelado tejido a retorcerse. Y cuando han pasado entre cuarenta y sesenta días –pues el proceso de secamiento es más largo o más corto, según el tiempo sea “blando”, lo cual quiere decir húmedo, o “duro”, que significa seco– se apean los cujes, y con su carga de pardas y ya aromáticas hojas secas se procede a hacer paquetes que se llaman “matules”, en cada uno de los cuales entran de noventa a cien hojas. Casi siempre el cosechero, y

sobre todo el pequeño cosechero, vende su tabaco al llegar a esa instancia.

El proceso de fermentación dura más o menos un mes. Los matules se apilan o colocan en montones y se les deja librados a la humedad que todavía lleva por dentro el tabaco. No ha sido posible saber, hasta ahora, cómo se produce el hecho. Desde el que podría llamarse un estudio clásico de la fisiología y la química del tabaco desde un notable investigador ruso llamado A.I. Smirnov, hasta los más sagaces estudiosos, nadie sabe explicarlo. Es claro que hay una liberación de enzimas, ¿pero cómo se produce? Los métodos cambian, porque el gusto del mercado consumidor pide aromas y colores distintos, y siguiendo la experiencia de los cosecheros perdidos en los lugares montañosos, muchos productores queman carbón en las casas, para provocar un secamiento artificial que deje a la hoja un color más claro, casi verde amarillo o verde gris, tirando al aceituna, y un aroma más tenue.

Pero lo fundamental, que es la composición de la hoja, no se transforma; y aunque se transformara se ignoraría, puesto que casi dieciocho por ciento de su estructura se desconoce. El veintiuno y medio por ciento de la materia seca del tabaco se va en ceniza, celulosa y lignita; un nueve por ciento es pectina; siete y medio por ciento son aceites y resinas, diez por ciento, ácidos cítrico y málico; casi el seis por ciento es proteína, y el resto son fenoles, ácidos tánico y oxálico, aminoácidos, nitratos, alcaloides.

El caso es que, una experiencia aquí y otra allá, una prueba hoy y otra mañana, alargando y complicando los procesos, fermentando en una forma o en otra, secando al natural o por medio de carbón, siguiendo siempre al talón el gusto de los fumadores, el tabaco cubano cambia, se transforma, mejora, se supera, sin que los entendidos sepan por qué, pero sin que los consumidores le hagan traición. Con una producción que no pasa de uno por ciento de la mundial, Cuba impone su calidad por encima de todos.

El secamiento al carbón comenzó cuando se observó que en los sembrados de las lomas, donde el sol es escaso y la humedad y las nieblas abundantes, se obtenía por ese procedimiento un tabaco de hoja más clara. Al principio se quemaba carbón, al extremo de llevar la temperatura

en la casa de tabaco a ciento ochenta grados Fahrenheit, con lo cual el local se convertía en un baño turco y las hojas sudaban en cortos días lo que en la forma natural les llevaba dos meses. Ahora se usan ciento cincuenta grados, también Fahrenheit, y el proceso dura entre sesenta y setenta y dos horas. La casa se llena toda en un día, y esa misma noche empieza lo que los campesinos de Vueltabajo llaman “la candela”.

Pero el método de “la candela” no sirve para todos los tabacos. Se usa sólo en el “tapado”, cuyo cultivo y cuya recolección no es igual al “de sol”. Pues como se verá de inmediato, y para confirmar la afirmación de que no hay cosecha tan individual como la del tabaco, no todos los cultivos siguen el mismo proceso.

El tabaco “tapado” empezó a producirse en Cuba hacia 1900, traído desde las plantaciones de Virginia. “Tapado” se le llama a la hoja que se siembra bajo enormes mosquiteros, los cuales se destacan a distancia haciendo blanquear el paisaje de rojizas tierras, lo mismo en los alrededores de La Habana, en la zona llamada Partido, que en las vegas de Vueltabajo. Los mosquiteros guarecen a la planta del sol, de las lluvias y de los insectos, en tal grado que permiten una producción regular y pareja.

Los surcos se tapan con la tela antes de la siembra. Los terrenos requieren mucho abono, regularmente boñiga de caballo, y se les da riego y por lo menos dos limpiezas; en la segunda se hace bastante cantero al pie de cada mata. Las siembras resultan costosas, no sólo por ese cuidado, sino porque los toldos consumen miles y miles de metros de tejido y demandan millares de varejones parados y de cables para sujetar con unos y con otros los amplios mosquiteros, que se colocan a altura de metro y medio, más o menos. En el “tapado” se coge el “libre pie”, esto es, las hojas pegadas a tierra, lo cual se hace entre los cincuenta y dos y los sesenta días después del trasplante; “el centro” entre sesenta y sesenta y cinco días, y “la corona”, así como las dos hojas que le siguen, entre setenta y setenta y cinco. Como es tabaco más caro, se manipula con cariñoso cuidado; se arranca y se lleva la hoja colgando hasta cestos forrados con yute; en esos cestos va hasta la casa de tabaco, donde con todo mimo se coloca en una amplia mesa. De la mesa pasa a los cujes.

Treinta días tarda el “libre pie” en secar, y dado que es tabaco de tripa, no se le aplica carbón. El carbón se deja para “el centro”, de donde saldrán las capas. Y aun así, tras la fulminante deshidratación a que es sometido, estará dos meses en las casas de tabaco, como si estuviera secándose naturalmente; mientras “la corona” seca al modo natural en setentaicinco días. Una y otras, no importa el nombre que lleven ni el destino que se les haya señalado –pues son distintos los usos de las diferentes hojas que a un tiempo y como una familia han crecido en las matas de tabaco– ni la forma en que hayan sido tratadas, las hojas saldrán de las casas donde se secaron cuando lleguen los días de tiempo “blando”. En días “duros” el aire resulta demasiado seco para la “escogida”, la delicada tarea de seleccionar el tabaco hoja por hoja, por tiempo de secamiento, por tamaño y por el grado de integridad de cada una.

La primera selección es por “tiempo”, lo cual quiere decir por cantidad de secamiento; hay hojas “voladas”, “ligeras” y de “medio tiempo” y las hay “maduras”; y hechas las tongas de cada uno de esos tipos, le sucede la selección por tamaño: se junta todo el tabaco “volado” –o el “ligero”, el “medio tiempo”, el “maduro”– que sea de diez pulgadas, todo el de doce, todo el de catorce, todo el de dieciséis, todo el de dieciocho o más. Y de cada tipo y tamaño se separan las hojas rotas o las que por alguna otra causa no figuran enteras; esos deshechos se destinan a la tripa y a las fábricas de cigarrillos.

Hecha la selección por tipo y tamaño se reúne el tabaco en gavillas, que se amarran con hojas de la propia planta. El “escogedor”, a menudo una mujer, va amontonando las gavillas a su lado. Cada cuatro pesan alrededor de veintidós onzas y forman un manojo; ochenta manojos forman un tercio; y ese tercio, cuyo peso puede ser tan desigual como sea desigual el tamaño de las hojas de tabaco que entren en uno o en otro, es la caprichosa medida que, alargándose o acortándose, con más libras o menos libras, indica a cosecheros, almacenistas, transportadores, comerciantes y banqueros, o todo ese abigarrado mundo que vive en Cuba del tabaco, cómo ha sido el año y cómo serán las entradas de unos y de otros cuando, convertida en puros, en cigarrillos, en picadura o simplemente en rama, la cosecha vaya disolviéndose en humo por campos y ciudades, y en tierras extranjeras. Seiscientos sesentaidós mil cien tercios, con más de noventaids millones de libras, produjo la cosecha en 1950.

En las grandes casas de tabaco, cada una sentada junto a las pilas que va formando, las mujeres “escogedoras” seleccionan la hoja o engavillan; habitualmente, hombres de experiencia en la faena amarran los manojos. Pero sólo hombres entercian. El enterciado requiere fuerza. Se usan en cada tercio dos yaguas grandes, llamadas “camas”, que forman los lados largos del envase, y dos llamadas “cortas” que cubren los extremos; además, en cada esquina una yagua pequeña forma el “lomo”. Las yaguas se colocan en una prensa casi siempre primitiva, hecha de madera; y cuando los manojos se han colocado, y los lados abiertos se cubren, todo el bulto es fuertemente amarrado con cuerdas de majagua, árbol de corteza fibrosa que crece en los campos cubanos. Levantado en vilo, el tercio va a las estibas, para esperar allí que lleguen, las arriasen, y que a lomo de mulas irá a la ciudad vecina.

Gran parte de esos tercios que dejan atrás el paisaje de las vegas son vendidos en el exterior. Apenas se les revisa en los almacenes de La Habana, apenas se les envuelve en yute. De fondo, van a las bodegas de los barcos tal como salieron de Vueltabajo o de Remedios. La exportación total de tabaco cubano en 1946, por ejemplo, fue de casi cincuenta y seis millones de dólares; pues bien, cuarentaisiete de ellos era en rama, vale decir, sin trámite nuevo después que los tercios fueron sacados de las casas de tabaco. Con su valor acrecido, fueron manipulados en fábricas de Estados Unidos, España, Holanda, de Francia. Allá, las hojas se transformaron en puros. En las veguerías quedaron sus productores esperando mejores tiempos. Pues cuando la cosecha terminó, como cuando terminan todas, gran parte de esos cosecheros empezó de nuevo su lucha contra la miseria.

De los sesentaidós mil y más que cultivan el tabaco en Cuba, una cantidad muy por encima de los dos tercios, por lo menos, es de arrendatarios, aparceros, partidarios. No son dueños de la tierra y tienen que repartir el tabaco que siembran con el propietario. En teoría, lo que reciben los cosecheros y trabajadores campesinos por cabeza no llega a seiscientos dólares anuales, mientras que –en teoría también– los trabajadores industriales cobran dos mil trescientos cada año. Pero en las entradas de los cosecheros va incluida la parte de los dueños de tierras, mientras que en las de los operarios de la industria los ingresos se re-

parten en este cálculo sin discriminar, por lo que hay que entender que muchos de ellos tienen jornales que no llegan a los mil seiscientos dólares anuales, mientras los de otros sobrepasan los tres mil.

La fama del tabaco habano ha penetrado por todos los ámbitos de la Tierra, con la sutileza y la gracia del humo. Pero esa fama, cuyo origen está en desconocidos y humildes vegueros de la isla fascinante, se alimenta con la sangre y los huesos de los productores. Yo he visto los bohíos de los aparceros, algunos de ellos perdidos en ribazos de ríos o en cejas de montes, por los pintorescos rincones de Vueltabajo. Yo sé cómo viven, con la primitiva casa parada en una esquina de tierra que no es suya, los hijos pululando a montones, si sobrepasan la terrible acidosis que castiga en verano los hogares humildes, una “punta” de ato o de yuca al fondo, para que el hambre no sea total cuando hayan pasado los meses de la cosecha.

El administrador de la finca pasa a menudo por allí, cuando el tabaco está creciendo, y con su ojo acostumbrado sabe bien cuántos matules habrá que darle por la “tercia” que le corresponde al amo; y pasa también el agente del mercader, que adelanta dinero para cobrar crecidos intereses, mientras en el comercio cercano aumenta la deuda del condumio diario, y crece la cuenta en la botica, como crece la del médico, porque los muchachos enferman. En lo últimos tiempos la condición de lo aparceros y partidarios ha cambiado algo, pero muy poco, dado cuanto hay que hacer por ellos.

Almacenistas, fabricantes y comerciantes del tabaco levantan en La Habana casas lujosas, mientras gran parte de los productores se cobijan bajo misérrimos techos de guano. Es el fruto del régimen social, pero también es la maldición del tabaco, que desde tiempos remotos fue el hijo de la miseria y del esfuerzo mientras se conserva en hojas, y el bienamado de los dioses, aventurero, pugnaz y triunfador cuando se transforma mediante la elaboración.

Los europeos descubrieron el tabaco en Cuba. Esto ocurrió en noviembre de 1492. El “Almirante de la Mar Océana y de todas las tierras contenidas en él” había enviado a tierra, para que hicieran exploraciones, a Rodrigo de Xerez y a Luis de Torres; y con el último, desde el primer día, comenzaron las injusticias del tabaco. Pues De Torres era hombre de

lenguas porque según Las Casas “había sido judío y sabía hebraico y caldeo, y aun, diz que, árabigo”, lo cual indica que debía ser más culto o acaso más inteligente que su compañero Rodrigo de Xerez. Ambos dieron cuenta de que habían hallado gran número de indios “con un tizón en las manos y ciertas hierbas para tomar sus sahumeros”, lo cual era el tabaco. Sin embargo, la historia no toma en cuenta a De Torres y sólo recuerda a De Xerez, a quien alude como “el descubridor” del tabaco.

Eso ocurrió a fines de 1492; y pocos años después el uso de la hechicera solanácea se había extendido por todas partes, a despecho de que no alimentaba y de que se presumía que era “yerba del diablo”. Marineros de la carrera de las Indias, viajeros que volvían a Europa, cazadores de esclavos y toda laya de gentes difundieron el vicio de fumar por puertos y ciudades, al extremo de que en 1554 el tabaco se sembraba en Bélgica, y poco después en otros países europeos. El tabaco fue en corto tiempo objeto de comercio internacional. Cultivo despreciado por los señores, obra de indios y de negros, podía ser, si embargo, buena fuente de ingresos en manos de mediadores. De ahí que en 1557 se prohibiera a las negras llamadas “mondongueras” –vendedoras de vino, mercaderas de placer para los hombres de las flotas– que vendieran tabaco a marinos y soldados. Si la “yerba del diablo” daba beneficios, que tales beneficios cayeran en las manos cristianas de los empingorotados señores que tenían asientos en la iglesia de la villa, los cuales podían ser perdonados en la corte celestial, no en las de mujerzuelas llamadas sin remedio al castigo de las llamas infernales.

Objeto de contrabandos, perseguido en muchos países hasta con pena de muerte, usado en otros como medicina para diversos males, en Cuba siguió siendo cultivado por gente humilde. Las tierras eran mercedadas por los cabildos a criadores de ganado, que las usufructuaban sin cercarlas y usaban para atenderlas escasos dependientes, habitualmente esclavos. En las orillas de los ríos sembraban negros y blancos pobres sus paños de tabaco, y como podían lo cosechaban con mil trabajos. Hasta que empezaron a ser perseguidos por los hateros, que los acusaban de ladrones, de cuatreros y de perturbadores. Era que la vida independiente, aunque miserable, de los vegueros, resultaba peligroso ejemplo para los esclavos guardadores del ganado. Los frailes y sacerdotes respaldaban

a esos humildes cosecheros, porque cobraban diezmos en tabaco, y el tabaco había ganado la sacristía, bien por lo que valía en el mercado, bien porque los curas lo fumaban.

Por otra parte, los ganaderos temían que las mercedes de tierras para crianza sufrieran perjuicio si la Corona favorecía el cultivo del tabaco, que empezaba a ser objeto de intenso tráfico internacional. Pero la Corona se pronunció contra el tabaco cuando se le presentó un argumento decisivo: el comercio que ejercían los habitantes de la isla, a base de la codiciada hoja, con los corsarios y los mercaderes extranjeros. En 1606, una Real Orden prohibió por diez años la siembra del tabaco en América, y cuando en 1614 se permitió otra vez la siembra, fue con la condición de que sólo pudiera usarse en el comercio interior y que todo el sobrante del Continente se enviara a Sevilla.

En aquella medida monárquica de 1606 pesaron mucho los explotadores de minas del Perú y México. Para ellos, como para los ganaderos de Cuba, el cultivo del tabaco era un daño, puesto que los cosecheros se bastaban a sí mismos, aunque muy mal, se adueñaban de tierras y pasaban a ser poco a poco hombres libres. Los vegueros del Perú y de México preferían sembrar tabaco a trabajar en las minas, como los de Cuba preferían vivir en bohíos, orillas de los ríos, a cuidar reses en las sabanas. La Real Orden lo dice claramente: “[...] me ha parecido conveniente prohibir el sembrar tabaco en las dichas Indias por tiempo de diez años, para que con esto los naturales traten de labrar minas y en otras granjerías de más utilidad”.

Es casi seguro, a pesar de que ningún documento lo acredita, que el tabaco siguió sembrándose y vendiéndose a los corsarios. Las autoridades de las Indias tenían a menudo que “acatar, pero no cumplir” las decisiones reales. Una cosa era ordenar desde Madrid y otra gobernar en tierras americanas. El tabaco era objeto de contrabando, como lo había sido antes y lo seguiría siendo hasta nuestros mismos días, como si se hubiera empeñado en dar la razón al sabio griego que formuló la teoría de que los hombres no luchan por lo necesario, sino por lo superfluo. En 1634, Su Majestad, convencido de que el tabaco era una fuerza económica incontrastable, a la que nada podía detener, estableció su “estanco”, esto es, convirtió su comercio en monopolio del Estado. Para esa

época el tabaco cubano iba ganando fama por su extraordinaria calidad; y la fama se extendía al favor de los contactos con el mundo que, a causa de ser refugio de las flotas, mantenía la capital de la isla.

El estancamiento de 1634 no fue, sin embargo, un mal tan fuerte para Cuba como el que había de darse en 1717, debido a que el tabaco cubano siguió vendiéndose en la isla y en España; pues era en España donde el monopolio tenía vigor. Además, se vendió a algunas empresas el derecho del Estado. Pero en 1717 el monopolio se amplió a Cuba; y los cosecheros sólo podían vender al Estado, y al precio que éste impusiera. Comerciantes y cosecheros se rebelaron; y hasta los sacerdotes tomaron parte en la excitación, por cuanto perdían sus diezmos sobre las vegas. En otra parte de este libro se cuenta cómo entraron los vegueros de los alrededores de La Habana en la capital, donde destituyeron al gobernador y a los funcionarios del monopolio y los despacharon hacia España, como si hubieran sido tercios de la aromática hoja; y se cuenta también cómo al cabo de muchas medidas y contramedidas, el poder real logró dividir a los cosecheros y a los comerciantes de tabaco, gracias a lo cual pudo dominar la segunda rebelión, que produjo en 1723 saldo de muertos, heridos, prisioneros y colgados. A causa del monopolio, que se mantuvo impertérrito, la calidad y la cantidad del tabaco cultivado en Cuba decayó tanto, que a fines del siglo XVIII Cuba tenía que importar tabaco de Santo Domingo y de Virginia para el consumo interior.

¿A qué extremos de miseria no llegaron entonces los vegueros? Da horror suponerlo. El año de libertad comercial, que fue el de la ocupación inglesa, resultó demasiado corto para sembrar y cosechar tabaco en medida aprovechable. Podemos imaginar a los cultivadores, abandonando poco a poco sus pequeñas vegas, rindiéndose a los hateros, entregándose al trabajo dependiente, duro, para ellos, que se habían hecho al amoroso cuidado de la tierra y de la planta. Después llegó la gran expansión de la industria azucarera, el levantamiento de ingenios por todos los valles, el avance irresistible de la como los ganaderos aumentaban sus negocios con el miento de la situación económica, apretaban a los mediante leguleyos, autoridades y otros cómplices.

El siglo XIX fue el de las luchas cubanas. La industria de tabaco se afirmó entonces, especialmente como elaboración. Y el monopolio del

Estado era una fuente tal de ingresos, que había que defender su subsistencia, y con ella la fuente de materias primas. Así, la fábrica del Estado español, llamada Factoría, recomendó en 1817 que se estableciera el derecho de veguero a usar las márgenes de los ríos en que se hallara establecido, “para no dejarle en mendicidad ni expuesto tal v a la prepotencia o al rencor”, porque era imprescindible estimular el cultivo de la primera clase de tabaco, que “requiere el cuidadoso esmero de las familias pobres”, ya que “decaería la planta, o no se lograría de tan exquisita calidad, con las labores en grande, en las cuales no es fácil aplicar a cada mata una atención tan continuada y prolija”. Como se advierte, sólo a base de “familias pobres” podía obtenerse la calidad del tabaco habano, puesto que sólo ellas, forzadas por la necesidad dedicaban a la planta “el cuidadoso esmero” que ésta requería. Mientras tanto, el monopolio estatal llevaba a Sevilla el tabaco en rama y allí lo elaboraba con pingües ganancias, ponía a las guarniciones y a los presos de Cuba a fabricar puros, andultos para mascada, rapé, picadura de pipas o cachimbos, y cigarrillos. Todavía hoy, en el idioma de la industria se llama “galera” al salón donde trabajan los torcedores, y “cepo” a la medida de largo y grueso que éstos usan para los tipos que fabrican, y ambas locuciones son de origen carcelario.

El “cuidadoso esmero” de “las familias pobres” que cultivaban el tabaco habano, operando sobre condiciones singulares de la tierra en que se producía, le había ido ganando poco a poco fama de inmejorable; y probablemente a ello contribuyeron los beneficios de la Factoría, que halló fácil de vender la hoja *havanensis*. Más tarde, cuando la fabricación empezó a liberarse gracias a la libertad comercial que ganó la isla, según se ha explicado en este libro, el buen nombre del tabaco cubano ganó más prestigio con la buena manufactura de los productos que se exportaban.

El tabaquero del país fue especialmente desde el primer cuarto del siglo XIX un artesano capaz, consciente, muy enamorado de su oficio, y tan abierto a las inquietudes de las nuevas ideas, que empezó pronto a agremiarse, a auspiciar periódicos y bibliotecas, estudios, conferencias. Su número se multiplicó en poco tiempo. Una Real Cédula de 1817 había abolido el estanco y los privilegios de la Factoría; diez años después, los

fuertes impuestos que recaían sobre el cultivo y la fabricación de tabaco fueron sustituidos por impuestos de exportación; treinta años después, sin contar los talleres familiares ni los que se levantaban por la isla, en la sola ciudad de La Habana había trescientas setenta y siete fábricas y se vendían unas ochocientas marcas. La mayor parte de las fábricas habían sido establecidas antes de 1850, esto es, a los veintitrés años de haberse sustituido los impuestos y treintatré después de haberse abolido el monopolio.

Lo tabaqueros veían aumentar sus ingresos a medida que iban acentuándose las libertades comerciales, por lo que no es de extrañar que acabaran siendo partidarios de la independencia del país. Poco antes de que se iniciara la guerra de los diez años, empeñados en mantenerse al día, habían tomado la costumbre, todavía hoy seguida, de pagar un lector que fuera leyéndoles mientras ellos trabajaban. Y cuando la guerra comenzó a devastar la riqueza del país fueron trasladándose al Sur de Estados Unidos, donde muchas fábricas se levantaron, alimentadas por el tabaco en rama de Cuba. Allí estaban entre 1891 y 1895, cuando Martí propagaba el credo revolucionario. Ante ellos habló repetidas veces el Apóstol; con sus óbolos pudo él viajar, fundar el periódico, mantener la organización del partido que había creado, comprar armas, las armas que había de perder cuando una denuncia hizo fracasar el llamado Plan de la Fernandina, a principios de 1895. Su férvida adhesión a la causa de la independencia cubana ha hecho de los tabaqueros una especie de privilegiados en la gratitud del pueblo.

El profano atribuye toda la elaboración del cigarro al tabaquero, pues llama así al torcedor. Ignora cuán complicado trabajo se ha realizado para que un puro habano pueda quemarse en la sibarita boca del fumador. Antes de que el tabaco en rama llegue a las manos del torcedor, y después que ha salido de la casa en que lo secaron, tiene que pasar muchas peripecias. Como ocurre con la siembra y con la ración o secamiento, que no es igual en todos los casos, y mucho menos en las diversas regiones, las fábricas que elabora el tabaco tienen procesos privados, cada una el suyo. Esta individualidad del tabaco produce infinitas maneras de tratarlo, como infinito número de vitolas, de marcas, de nombres, de aromas y colores, de precios y de estilos. Pero en lo fundamental,

las fábricas se parecen, como se parece la vitola *petit-cetro* a la “fuma” en que ambas están hechas de buena hoja, que quema a gusto.

Lo primero que se hace con el tabaco, que desde luego llega en rama, es fumigarlo. Seis horas de fumigación basta para matar la *lasioderma serricorni*, una, especie de gorgojo que pica la hoja. Después, el tabaco entra al prolongado manputeo que precede a la elaboración. Por lo general la fábrica es grande, aunque las hay pequeñas, de las llamadas “chinchales”, y hasta familiares, donde sólo los miembros de la casa trabajan. En 1945 había en Cuba poco más de mil talleres y casi mil cuatrocientos elaboradores privados, con catorce mil operarios en total. No figuran ahí los trabajadores del transporte del tabaco, los empleados de oficinas, los que operan en las fábricas de cigarrillos ni los jornaleros de las casas de tabaco.

Una fábrica grande lleva el tabaco de las fumigadoras al sótano, donde la tripa –la hoja de menor tamaño, que ha de servir de relleno al puro– se saca del tercio y se moja en tanques, para ser despalillada al día siguiente. El despalillo consiste en romper por mitad de la hoja la vena central y extraerla de la mitad al pecíolo. La capa –que ha de servir como cubierta exterior del cigarro– es tratada con mayor cuidado; primero es separada hoja por hoja, sin soltar el amarre de la gavilla; después se moja suavemente, con un fino pulverizador, y luego se pone a secar con las puntas hacia arriba para que la humedad se distribuya bien. Tanto las tripas como las capas se colocan en carros cerrados, donde comienzan a fermentar, según lo denuncia el fuerte olor a amoníaco que de allí sale.

La capa es la niña bienamada de las tabaquerías. Se la almacena en refrigeración, a cincuenta y cinco grados Fahrenheit y a setenta por ciento de humedad relativa, y cuando los tercios de capa se abren, se les da ochenta por ciento de humedad. Además, en el local donde se ponen a fermentar hay trampas de caza de insectos, para que uno de ellos no les haga el agravio de picarlas. Las puertas de los locales en que se guardan son sólidas; las cerraduras tan fuertes como en cajas de caudales. Mientras el olor del tabaco, aumentado por el hálito de amoníaco que dan de sí las albúminas y las pectinas de la hoja, impregna el lugar y pugna por buscar resquicios que le permitan ganar el aire libre, el

visitante siente que una carga de codicia, como la que se produce en los museos muy ricos, domina el sitio y le comunica cierta atmósfera de estimulante misterio.

La capa y la tripa nacen juntas, juntas padecen el calvario interminable del tabaco; juntas han de morir en un mismo habano, vueltas humo. Pero es muy diferente el trato que cada una merece. A la capa la separan en las fábricas por tamaño y por color; hay color “claro”, “colorado claro”, “colorado maduro” y “maduro”. La tripa no tiene ni color ni tamaño; y si los tiene, nadie se los toma en cuenta. Una vez fermentada, la tripa pasa directamente a manos de las despalladoras, quienes la trabajan a destajo, por libras, rompiendo la vena mientras hacen descansar la hoja en la rodilla. La capa es trabajada por manojos, y la despalladora no se la pone en la pierna, sino que la va enrollando en una mano al tiempo que con la otra le quita la vena. En tiempos pasados, esas venas o palillos, que la operaria amontona a un lado, sirvieron para medicinas y hasta se exportaron a Alemania, para fabricar cigarrillos y sin duda también para extraerles el jugo y dar a tabacos de otra procedencia perfume de habano. Ahora se usan sólo en abonos.

La capa despallada se usa el mismo día en la fábrica; la tripa se pone a secar en tendales y después se guarda en barriles, colocándola de manera tal que en el centro de cada barril quede un hueco que facilite el paso del aire. El barril se numera y se le estampa la fecha del despallido, la vega de que procede, el tamaño de las hojas y su calidad. Cuando comienza la fermentación el tabaco coge “calentura”, el olor a amoníaco se adueña del local cerrado donde se estiban los barriles, y ese olor aumenta en los días “blandos” o cuando llueve. Hay calidades de tabaco, cuando se trata del más fuerte –una hoja oscura y gruesa–, que permanece en las “barbacoas” –el lugar donde se guardan los barriles– hasta año y medio. A menudo, en ese punto se exporta para que lo elaboren en Estados Unidos, en España o en Holanda.

Con su entrada en las “barbacoas” el tabaco ha terminado un ciclo completo de vida. Encerrado, calentado, mojado, fermentado, vuelto a encerrar y a humedecer, libre y embarrilado, objeto de todas las malicias del hombre, víctima del afán de superación y de la sordidez y la fiereza con que se persiguen mejores precios y mayores ventas, ahí está, su-

friendo las “calenturas”, asfixiado en el vaho amoniacal, sintiendo que la que fue su verde, suave, aterciopelada hoja se descompone, se transforma, se reblandece y cambia. Y un buen día, llegan a buscarlo para que inicie otro ciclo; el de su manufactura, llamado a terminar en el lento y perseverante fuego con que los fumadores lo consumen.

Ese ciclo empieza con el trabajo de un seleccionador experto, que con varios barriles de tabaco curado comienza la “liga”. Los tamaños que va mezclando, una hoja sobre otra, son distintos, como son distintas las vegas de que proceden. Las mezclas se miden por libras, y una vez hechas, el producto va a humedecerse en locales cerrados. Para las máquinas se escoge el más seco; para el trabajo a mano, el más húmedo. En las máquinas no se precisa la liga previa, porque el operario que va colocando la cantidad que sirve para tripa en la ranura del aparato, hace a la vez la liga. En la máquina hay una envoltura interior llamada capote, que el mecanismo envuelve alrededor de la tripa, y está, además, la capa. Cuatro personas manejan la máquina y producen hasta cuatro millares de puros en ocho horas. Al parecer, el cigarro que de ella sale no se apela, quema mejor, es más parejo. Pero como abundan los torcedores, que se quedarían sin trabajo de mecanizarse toda la producción, sólo se fabrican así los habanos de exportación.

En un salón enorme, donde a veces trabajan varios cientos de hombres, están los torcedores. El torcedor usa mesa, y en esa mesa tiene, a mano derecha, un cajón donde pone la tripa; a su frente, un madero, regularmente de cedro, y junto al madero, al lado izquierdo, la capa. Con movimientos económicos, el torcedor toma la tripa, la aprieta, la modela y la envuelve en la hoja de capa; poco a poco, mientras va apretando con la mano izquierda, inclina el pequeño paquete sobre lo que va a ser la punta cerrada del puro, y en ese momento corta la capa en forma de lengüeta; corta, antes de envolver del todo, los restos de tripa que salen por ese extremo y pega con goma tragacanto la lengüeta de la capa; después enrolla, acuchilla el resto de la capa hasta la punta opuesta, termina de enrollar en la capa todo el cigarro y lo alisa haciéndolo pasar por un círculo que forman el pulgar y el índice de la siniestra; por último, con un golpe firme de la cuchilla corta el extremo del habano que habrá de recibir el fuego.

En las galeras se ven docenas y docenas de cabezas canosas. Casi todos los torcedores son viejos, la gran mayoría con treinta, cuarenta y más años de oficio: los que ahora trabajan, a razón de más o menos ciento veinticinco cigarros elaborados por día, saben o intuyen que no tendrán sucesores, porque las máquinas acabarán con el trabajo a mano. No es posible competir. El producto mecanizado llega a un millar por día hombre de trabajo, ocho veces más que ellos. Últimos representantes de un oficio que en pleno siglo XX ha conservado muchos de los encantos que en tiempos remotos tuvo la artesanía organizada, van de paso ya; son casi vestigios de una época que agoniza.

No pueden contarse los tipos de tabacos que fabrican los torcedores. Según el tamaño, el grueso, la forma de la punta, la manera como sea el extremo llamado a quemarse; de acuerdo con el color, la clase de tabaco, la procedencia, así son los tipos o “vitolas”. Los corrientes son “piet-centros”, “brevas”, “fumas”, “medias coronas”, “conchas”, “panetelas”; pero aún entre éstos hay mil marcas diferentes, variaciones infinitas, matices que no pueden contarse. En una sola fábrica, por ejemplo, yo he visto “cazadores”, “condes”, “guillermos”, “Londres”, “élites”, “belvederes”, “especiales”, “crisantemos”, “eloízas”, “aromosos reales”, “gigantes”, “soberanos”, “cristalinos”, “fancy tales”, “nacionales”. Y la lista se prolonga todavía. Resulta muy complicada la nomenclatura si uno descubre que esos mismos nombres son distintos en las galeras, donde los torcedores los conocen por otras denominaciones.

En los talleres de tabacos se respeta la tradición. Hay un fondo de democrática aristocracia, valga la paradoja, entre ese mundo de silencios y de olores, sistemas impuestos por la costumbre que nadie quiebra, límites respetados por todos. Los tabaqueros, por ejemplo, tienen derecho a cinco “fumas” por día cada uno; y los cigarros que se llevan son del tipo “fuma”, y no otros. En el trabajo de los fileteadores, la tradición es una ley inviolable.

Día tras día un experto revisa el trabajo de los torcedores; estudia el tipo de capa, ve si está rota, palpa el cigarro para rechazar los que tengan la tripa endurecida. Los puros aprobados se guardan entonces en armarios de cedro cubano, donde permanecen en curación más o menos un mes. De los escaparates pasan a las manos del escogedor, cuya tarea

consiste en seleccionarlos por color, colocando juntos todos los que lo tengan igual o grandemente parecido. El escogedor necesita cuatro años de aprendizaje y trabaja en pareja con el envasador, que gasta dos años en aprender y tres en practicar antes de que se le ponga a llenar cajitas de cedro, de manera que en la última camada coloque cigarros parejos en grueso, tamaño y color. Cumplido ese trámite, las cajitas, que no están todavía terminadas –pues es largo el proceso de hacerlas y llenarlas y cerrarlas–, van a dar a las prensas, donde la gravitación de fuerzas bien administradas da forma cuadrada a cada uno de los habanos encerrados en ellas; de las prensas pasan a las mesas de las anilladoras, mujeres hechas a la tarea de colocar el anillo del impuesto fiscal junto con el de la marca, y después la funda de transparente celofán. Para cumplir su parte, las anilladoras sacan del envase los tabacos y en él vuelven a dejarlos.

Tal parece que el sufrido tránsito debería terminar ahí. Pero no termina. Pues todavía espera a los habanos el ojo del último inspector, una autoridad en la materia, que los saca otra vez de las cajas, los examina uno a uno, de extremo a extremo y por todos los lados, y que cuando aprueba todos los cigarros los envasa otra vez y al dorso de la caja escribe una contraseña, cuyos rasgos son distintos, según sean el tipo y el color del producto. Para estar seguro de la uniformidad en el color, este inspector de última instancia, juez definitivo que no admite apelaciones, toma la caja ya llena y la inclina hacia el norte, pues sólo la luz del norte le dirá, sin engaños, si no hay diferencias de matiz.

De las vegas, de la mínima semilla oscura, hasta el gran inquisidor final, largo y variado ha sido el camino del tabaco. Más he aquí que el corazón de los hombres no da albergue a la compasión. Queda un nuevo departamento, el de los fileteadores, cuyos productos, especies de dulces y olorosos ataúdes del rico habano, vienen interfiriendo su camino desde las manos del envasador. El departamento de fileteado es aquel donde las cajas de cedro se forran y adornan y donde la etiqueta señala, con marca definitiva, el nombre y el apellido del que nació verde y habrá de morir gris.

Las cajas se fabrican siempre de cedro cubano, cuyo olor y cuya consistencia han probado ser los más adecuados para el tabaco habano. Las

hay para guardar cinco, diez, veinticinco, cincuenta y cien puros, según sea la vitola; las “coronas” y los “perfectos”, por ejemplo, van en cajas de cinco y de diez unidades; los “petit-cetros” y las “brevas”, en envases de cincuenta, aunque las últimas y las “fumas” se empaquetan también en cajas de cien.

Con su olor de carne, las cajas llegan al departamento desnudas; y allí empiezan a forrarlas por dentro y por fuera, a adornarlas con el multicolor “bofetón” —la carátula que va pegada por el lado por donde la caja abre— y con la “vista”, que se pega en el lado opuesto al “bofetón”. Las polícromas hojas litografiadas sugieren tiempos idos. Cada “vista” y cada “bofetón” tienen su significado, aunque muchos de ellos se han perdido. Allí aparecen juntos, desde los días de la Colonia, el león español y la palmera cubana; una hermosa mujer de vestido rojo y amarillo puede representar a la Metrópoli como otra de blanca túnica griega puede representar a Cuba. Castillos y playas, galeones perdidos en el horizonte, escudos caídos o sujetos por manos femeninas resucitan a nuestros ojos los viejos tiempos del simbolismo ornamental. Hay un tierno, un conmovedor encanto en esas láminas, como si de ellas surgiera el perfume de un pasado que murió dulcemente, y acaso a tal sugestión ayude la mezcla de olores con que incitan nuestros sentidos el cedro color de carne y el tabaco aceitunado.

Cuando los fileteadores han adornado las cajas con los colores y los diseños que según el tipo de cigarros deben llevar, y pegan el sello de garantía del Estado cubano, verde y largo, de acaso dos pulgadas de ancho, y distribuyen sobre la caja las tradicionales papeletas que se denominan caprichosamente, hasta culminar en los sellos de la casa y de la marca, llevan las cajitas a la nevera donde esperarán el momento de ser metidas en cajas grandes, la mayoría de las cuales pueden guardar, en todos los tipos, hasta cinco mil tabacos. De madera blanca y liviana, limpias, con las marcas de los compradores correctamente impresas, esas cajas son a veces embarazadas con sellos de plomo para librar a los compradores extranjeros del peligro de la falsificación. En el mercado cubano no se necesitan esas preocupaciones; en el exterior sí, y ya se verá por qué.

Ya están listas las grandes cajas. En los muelles de La Habana atruena la sirena de un buque anunciando que ha llegado. Va a Nueva York, a

Liverpool, a Montevideo o a La Coruña. Camino de sus bodegas, dos veces encerrados después de haber probado toda suerte de prisiones, los habanos van a sumergirse en la oscuridad y en el calor. De la tripa y las capas que nacieron con las que los forman a ellos, muchas salieron antes a ser elaboradas en tierras desconocidas, muchas quedan en los talleres en que ellos fueron fabricados. Al empuje de la hélice y al ritmo de las poderosas máquinas, ahí van, recorriendo su destino de cenizas y de humo. Acaso a la hora en que ellos navegan, en el bohío donde mora el veguero que sembró las semillas de donde nacieron, que cuidó las matas en que crecieron y cortó las hojas que formaron su martirizada carne vegetal, un niño se muera de acidosis. Acaso sea el mismo niño triste, de negra y brillante mirada, que en los días del trasplante seguía al padre molestándole con preguntas acerca de lo que él iba haciendo.

¿Pero cómo puede el puro habano sentir ni lamentar eso? Él va hacia su fin, hecho embajador del delicioso vicio de fumar, y heraldo de Cuba en mundos extraños. Tras golpes, viajes, trasiegos inspecciones de aduanas, barreras de impuestos, dará al fin entre los cristales de una cigarrería. Allí, manos ansiosas, tibias, expertas, lo escogerán para llevarlo al cofre de un político sudamericano, de un banquero estadounidense, de un lord inglés, de un comerciante español. El fuego tocará su extremo abierto; lo sentirá penetrando, envuelto en naciente humo, hasta sus escondidas entrañas. Todo habrá terminado.

Todo menos el placer del fumador. Pues el tabaco cubano, y más propiamente el cigarro habano, hijo del amor, del cuidado, del mimo, del “delicado esmero de las familias pobres”, deja en los jugos más íntimos del que lo consume una deliciosa sensación de bienestar, de dulce paz física, una especie de adormecedor éxtasis del cuerpo en el cual participan todos los tejidos. De ahí su fama, y de ahí la perseverancia con que se le busca y con que se le imita.

Un buen día de diciembre, en el año de gracia de 1950, los periódicos de todo el mundo publicaban un extenso cable que procedía de Madrid. Según ese cable, “diez individuos, a los que capitaneaba una mujer conocida por el alias de la Boa, han sido capturados. Durante mucho tiempo han manipulado la fabricación clandestina y en gran escala de tabaco habano, y los beneficios se hacen ascender a varios millones de pesetas”.

El cable seguía dando informes. Toda una organización, con sucursales en Madrid, Barcelona y Valencia; talleres de fabricación y falsificación, mediante el uso de esencias sobre tabacos corrientes; imprentas para fabricar etiqueta y anillos, empapelar cajas, hacer sellos; toda una red de transportes, vendedores, cobradores y cómplices, había estado trabajando durante años sin que nadie sospechara el fraude. “La materia prima consistía en tabaco español”, dice el cable, “cribado, seleccionado y apretado para ofrecer más la solidez original”. Según uno de los apresados, el resultado era “un tabaco habano verdadero y listo”.

No lo era, sin embargo. Al paladar de pobre gente enriquecida en los años de locura económica que padece el mundo, tal vez podían pasar por cigarros de La Habana, porque en todas partes hay buenos hijos de Dios que consumen etiquetas y no productos, a quienes es posible dar por fino perfume francés un agua de colonia mala. Pero el día que un fumador de experiencia, invitado a almorzar en el hotel Gaylord’s, de Madrid, vio ante sí una tagarnina, con aire y color de viejo trabuco, anillada con marca cubana –la conocida marca de “Romeo y Julieta”–, la vasta organización se vino abajo.

Perseguido por la codicia extraña, por reales órdenes implacables, por monopolios, impuestos, penas de muerte, prohibiciones, el tabaco de Cuba fue abriéndose paso por los mercados de todo el mundo; fue imponiéndose, labrando con el arma sutil de su esencia un prestigio que los siglos no han desmedrado, sino que han estado confirmando. Innúmeras fronteras le han sido cerradas, debido a que compite ventajosamente con los tabacos de todos los países; interesadas campañas de propaganda han querido desalojarlo del gusto universal. Jamás han podido despojarlo de su prestigio; jamás han doblado su altiva cerviz de señor entre todas las variedades de la *nicotiana tabacum*. ¿Cómo van a poder con él las imitaciones, ya sean burdas, ya sean bien hechas?

Con el puro de Cuba no hay confusión posible. Un tabaco habano es un tabaco habano. Su figura resalta, gentil, donde esté; su color es noble, su perfume sobrio y exquisito. Desde el fondo de los siglos llega al olfato, a través suyo, el oloroso aliento de las vegas, la delicada esencia de los bosques de cedro, la luz de Cuba, la embriagadora atmósfera de la isla fascinante.

La azucarera del mundo

Cuando el mes de enero llega, y con él la maduración de las cañas y el inicio de las moliendas, comienzan a humear las altas chimeneas de ladrillos, casi siempre pintadas de blanco; que en medio de los cañaverales denuncian a distancia la presencia de los ingenios o centrales. Ciento sesentiuna de esas fábricas de azúcar pueblan la isla, de un confín al otro, y todas juntas producen cerca de cuarenta millones de sacos del dulce grano, cada saco con trescientas veinticinco libras.

Durante cuatro meses el aire de los campos cubanos huele a melaza, a jugo fermentado, con estimulante y grato olor; la y noche se oye el pito poderoso y triste de las locomotoras y el jadear de los trenes, que acarrear caña hacia los ingenios; se oye de trecho en trecho, allí donde no han sido sustituidas por camiones y rastras mecánicas, el chillido de las carretas que tambalean por los caminos, meciéndose al tardo paso de las yuntas, y el oprimente grito de los boyeros; y a la luz del sol, entre los claros del fruto ya cortado, se ven brillar las mochas con que el cortador abate a montones el dulce tallo.

Es la zafra, la época dorada y feliz en que los hombres trabajan, son los días de la relativa abundancia, la de poder pagar la deuda del médico y del boticario, la de comprar ropa a la mujer y a los hijos. Es la zafra, ese primer tercio del año durante el cual cerca de trescientos cuarenta millones de dólares se pagan en jornadas a más de cuatrocientos mil obreros, en cuyos hogares, que van desde casas del Vedado, en La Habana, hasta humildes bohíos de yagua de las montañas reinotas, ese dinero entra vivificando la apagada luz de las cocinas, alegrando con

juguets nuevos la inocencia infantil, calentando con nuevas esperanzas el corazón valiente y amoroso del cubano.

Cuba destina a la siembra de la caña más de veinticinco mil kilómetros cuadrados, y por esa enorme superficie circulan infinidad de camiones y carretas dedicados a la carga del fruto y cruzan once mil doscientos kilómetros de vías férreas –siete mil de ellos de vía ancha–, por los cuales se deslizan sin cesar, en los meses de la zafra, cerca de mil locomotoras, más de doscientos motores de gas, más de treintaicuatro mil jaulas de transportar caña, casi mil casillas y casi dos mil carros destinados a varios usos. Se ignora la cifra exacta de millones que vale ese cúmulo de bienes, pero puede estimarse en mucho más de un billón de dólares (mil millones) si se piensa que en 1951 la central Portugaleta, cuya producción es más bien pequeña (ciento veintisiete mil sacos de trescientas veinticinco libras en (950), se vendió en dos millones, según las cifras que se dieron al conocimiento público. Si ese precio lo alcanzó una fábrica modesta, sin refinerías y sin puertos de embarque en las inmediatas cercanías, bien puede uno suponer cuál sería el de monstruos industriales como el Delicias, el Jaronú, el Morón y el Preston, por ejemplo, con producción superior a un millón de sacos cada uno, verdaderos modelos en su género, mundos de catalinas, calderas y dínamos, donde todo es mecanizado y todo tiende al mayor aprovechamiento del jugo de la caña.

Como de los ciento sesentaún ingenios y centrales que muelen en Cuba los más recientes –muy pocos por cierto– tienen más de veinticinco años de establecidos, y los hay de hasta 1840; y como la gran mayoría de ellos han venido sufriendo transformaciones a través del tiempo, es difícil, y casi imposible, sobre todo dadas las tremendas oscilaciones habidas en la cotización de la moneda en todas partes, especificar con exactitud cuánto dinero se ha invertido en la industria azucarera del país para llevarla al actual grado de producción. Por otra parte, las tierras destinadas a la siembra de la caña varían mucho de precio, y algunas no son propiedad de las centrales. Los dueños de la industria rehúyen dar cifras. Por número de ingenios, la mayor parte son cubanos, los cuales poseen ciento trece unidades. Los estadounidenses son dueños del cuarentaitrés por ciento, esto es, de cuarentaún ingenios, si bien la producción de los suyos es casi igual a la de los ciento trece que tienen los

cubanos, quienes escasamente muelen un millón de sacos más; seis ingenios, con cerca de un millón de sacos de azúcar de producción, son de españoles; uno, con ochenta mil, es de franceses. En 1939 los cubanos sólo tenían veintidós por ciento de la propiedad de los ingenios, y el resto, con cincuenta y cinco por ciento en manos de norteamericanos, se repartía entre capitalistas de Estados Unidos, España, Canadá, Inglaterra, Holanda y Francia. En esa época molían todavía ciento setentaicuatro fábricas.

Cien años atrás, entre 1850 y 1860, en Cuba molían dos mil ingenios y producían, al finalizar la década, casi quinientas mil toneladas largas, de dos mil doscientas cuarenta libras cada una; al empezar el siglo XIX, justamente en 1800, la producción llegó sólo a veintiséis mil toneladas; antes de terminar la centuria, en 1894, alcanzó a más de un millón. Gradualmente la producción fue aumentando, a veces con bajas sensibles, debido a caídas de precios en el mercado, a veces con alzas súbitas por crecimiento en la demanda. La última guerra de independencia causó de golpe un descenso de casi ochocientas mil toneladas, y mantuvo la producción en escala inferior a la de 1850.

El ejército libertador había irrumpido en la isla con la tea en la mano, incendiando cañaverales y destruyendo ingenios, dispuesto a no dejar en pie nada que pudiera rendir beneficios a la Metrópoli, y la azucarera del mundo fue quedándose vacía. Menos de doscientos ingenios quedaron en capacidad de moler en el país, de cerca de dos mil que levantaban al cielo cubano sus chimeneas cuando empezó, el 10 de octubre de 1868, la guerra por la liberación nacional. Al normalizarse la vida de Cuba, en 1902, trabajaron ciento setentaíún fábricas, y ese número fue en lento y gradual aumento hasta llegar a ciento noventaínueve en 1916, y otra vez comenzó a descender, hasta llegar, durante la gran crisis mundial de 1929 a 1933, a ciento veinticinco. Al fin, en los últimos tiempos se ha estabilizado en ciento sesentaíuna.

Pero los dos mil ingenios de 1860 producían medio millón de toneladas, esto es, alrededor de tres y medio millones de sacos de trescientas veinticinco libras, y los ciento sesentaíuno de ahora muelen casi cuatro billones de arrobas de caña y producen mucho más de cinco millones de toneladas largas, casi cuarenta millones de sacos de trescientas veinticinco libras. La enorme concentración de poderío industrial que esos

números denuncian lleva por dentro una dramática historia de violencias, de lucha por el control de tierras y de mercados, de acciones sinietras y artimañas repugnantes, de abusos con el trabajo humano y emboscadas contra las leyes, la moral y la fe de un pueblo: una larga lucha cuyo relato amargaría en la boca de los lectores el delicioso dulce en que el azúcar se deshace.

El azúcar era ya un artículo con siglos de vida cuando se conoció en América; y no fue precisamente Cuba el lugar donde primero se produjo en tierras del Nuevo Mundo. Fue en los campos que rodeaban una ciudad fundada en la vecina isla Española por el propio Almirante, y llamada por él La Concepción de la Vega Real, centro de un valle enorme y de singular riqueza, donde los europeos fabricaron, por vez primera en América, ese dulce llamado con el andar de los tiempos a tener tan grande demanda y a resultar tan decisivo en la historia de las islas que deslumbraron al Descubridor. La industria se inició en Cuba al finalizar el siglo XVI; y comparada con la de hoy era tan mínima, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para iniciarla y mantenerla, que doscientos años después, en 1795, la producción no llegaba a veinte mil toneladas.

Desde el primer momento la industria fue explotadora del trabajo humano y privilegiada por el Estado. A fin de que pudiera establecerse en Cuba, Felipe II dio licencia para la importación de esclavos, a razón de más de cuatro mil por año. Esto ocurrió a principios de 1595, es decir, una centuria después de haber comenzado la Conquista de América. A la salida del mismo año, el monarca mandó que los esclavos, las máquinas, los animales y las tierras de los ingenios no pudieran ser traspasados por ejecución de sentencia debido a deudas; y cinco años después los noveles productores obtuvieron de las cajas reales un préstamo de cuarenta mil ducados, que fue el primero, pero no el último.

La industria del dulce –porque en verdad, para aquellos tiempos lo que se elaboraba no era el azúcar de hoy– había prosperado en 1795 hasta llegar a cerca de veinte mil toneladas, impulsada por esos privilegios, pero lo había hecho muy paulatinamente, por lo menos hasta que en 1762 La Habana fue ocupada por los ingleses. Pues a pesar de los favores que le acordó el Estado español, su comercio estaba limitado por el monopolio oficial; sólo podía venderse a través de la Casa de

Contratación de Sevilla y embarcarse en la flota anual, la misma de que se habló en el primer capítulo de este libro.

Se calcula que al ocupar los ingleses La Habana, Cuba exportó a España, el mismo año, doscientas sesenta mil arrobas del dulce; seis años después exportaba casi medio millón, esto es, alrededor de catorce mil toneladas largas, de dos mil doscientas cuarenta libras cada una. El impulso que había recibido la industria con la ocupación inglesa, que se tradujo en más importación de esclavos y maquinarias, y a mejor precio, duró y se acentuó cuando La Habana fue devuelta a España, pues temerosa de perder otra vez el puerto clave de las Indias, la monarquía metropolitana mejoró las relaciones comerciales con su colonia, permitiendo que los productos cubanos entraran a España por cualquier puerto, rebajando los impuestos de aduana para esos productos y poniendo en servicio un sistema de comunicación más frecuente entre la Península y la Isla.

Poco después ocurrieron la suma de acontecimientos que habían de transformar todas las circunstancias cubanas: los estadounidenses se sublevaron contra Inglaterra, en Francia estallaría la revolución; Haití ardería de un extremo al otro. Y esos hechos, unos inmediatamente, otros mucho más tarde, todos juntos movidos por el innovador impulso de la gran Revolución Industrial que iba operándose en el mundo, harían de la industria azucarera cubana una fuente de inagotable riqueza, si bien a la vez un manantial de dolores para millones de seres, algunos de los cuales a esa hora ignoraban, en las remotas selvas de África, que hubiera en la tierra una isla llamada Cuba sobre la cual humeaban unos siniestros sitios llamados, por la época, trapiches más que ingenios,

Haití suplía la mayor parte del azúcar que consumía Europa, y cuando los haitianos quemaron cañaverales e ingenios, colgaron a maestros de azúcar y a dueños de plantaciones e hicieron emigrar a los restantes, la poca azúcar de Cuba tuvo más demanda de la que podía atender; subieron los precios, aumentó la necesidad de maquinarias, la de esclavos, la de tierras, todo lo cual estimuló a capitalistas de Inglaterra, de Holanda, de Francia, de España, del país. Los productores de Cuba pedían mercados abiertos en el mundo; y España, mientras tanto, se enzarzaba en guerras con toda Europa; caía bajo las armas francesas, perdía casi todo su Imperio de ultramar, y para no perder a Cuba debió acabar concediéndole las

libertades comerciales que le permitirían compensar en la isla las entradas que se le cegaron en el resto del Continente.

Fueron años de mucha angustia, de oscilaciones y vaivenes en la economía cubana. Pero al fin surgió de ellos multiplicada su producción. Diez años después de haber estallado la revolución haitiana, la producción del azúcar se había doblado; había pasado de diecisiete mil toneladas en 1791 a treintaiocho mil en 1806; y llegó a setentaitrés mil en 1826; a ciento trece mil una década más tarde, en 1836; a doscientas nueve mil en 1846; a trescientas cuarentaiocho mil en 1856; a seiscientas doce mil en 1866. De año en año, pues, se veía aumentar el poderío de la industria; se veía avanzar por los campos de la isla el verde esmeralda de los cañaverales; se veían crecer los centros poblados por esclavos, que llegaban en corrientes continuas, cazados en sus lejanos parajes del África; se veían aumentar los barcos que llegaban a los puertos en pos del dulce, las carretas que trajinaban por toda la extensión; el número de las chimeneas que humeaban en toda la isla; y se veían disminuir, también por año, los bosques que a golpes de hacha se desmontaban sin tregua para calentar con la leña las calderas en que hervían los interminables ríos de guarapo.

En sus inicios la industria fue bien simple, pero no podía establecerse sin fondos. Lo primero que se requería era adquirir tierras y talarlas, luego comprar caña, sembrarla y atenderla durante los largos meses que tardaba en crecer. Era necesario aporcarla, mantenerla libre de cizaña que impidiera su desarrollo, y para eso hacía falta trabajo humano, lo cual en el lenguaje de la época quería decir esclavos. Los esclavos costaban dinero y, además, debían ser mantenidos; de donde se colige que el solo cultivo del fruto demandaba capitales, puesto que entre la siembra y la cosecha se contaban de diez a dieciocho meses. Venía después el corte, que no podía ser lento, ya que desde fines de diciembre la caña comienza a madurar, esto es, a producir más sacarosa; y aunque esa maduración mejora con los días, no puede dejarse pasar de punto, porque entonces empieza a decrecer el jugo.

El corte tenía que llevarse a efecto en el tiempo preciso, y no podía hacerse si se carecía de los esclavos necesarios para la tarea; con lo que se deja dicho que el número de esclavos no podía ser pequeño si se aspiraba a una producción que dejara beneficios. Pero, además, había que

acarrear la caña hasta el trapiche, y eso requería carretas, bueyes y boyeros, potreros todo el año para los bueyes y alimentación y techo para los boyeros, o jornales, si no eran esclavos; y había que atender los potreros, sembrarlos, cuidarlos, como había que atender los bueyes, curarlos, darles agua, evitar que fueran robados o se perdieran entre los bosques. Nada de eso podía hacerse sin dinero. Por fin, llegaba el proceso de industrialización, que consistía en moler la caña entre mazas de madera movidas por el incesante rodaje que les comunicaba una larga pértiga tirada por bueyes o por esclavos.

El jugo que dejaba el fruto ya molido era llevado a grandes pailas de cobre, calentadas por enormes hogueras de leña. Allí, hirviendo continuamente y continuamente vigilado por “el maestro de azúcar” y sus ayudantes, se le removía sin cesar, con largas palas de madera, hasta que el guarapo quedaba deshidratado, espeso, cuajado, y se vaciaba en moldes cónicos llamados hormas, para que; una vez frío, quedara agrupado en “panes de azúcar”. De manera que, además de todos los gastos en que se incurría para cultivar, mantener, coitar y acarrear la caña, era preciso también montar el trapiche, acumular leña, que se cortaba y se llevaba de los bosques vecinos, tener esclavos trabajando día y noche en el trapiche y pagar “maestros de azúcar”, expertos en la naciente industria, los cuales tenían una categoría especial en la estimación de los amos. Era simple la industria, pero no se establecía sin fondos.

A medida que la demanda aumentaba, había que aumentar la producción, y los trapiches de madera pasaron a ser de hierro, movidos a vapor; las primitivas pailas se convirtieron en calderas, comunicadas entre sí por tuberías. Pero al mejorarse la industria hubo que aumentar las siembras, para alimentar las máquinas; el aumento de las siembras significaba más tierras y más esclavos, a la vez que más carretas, más bueyes y más potreros, así como mayor cantidad de leña y, por tanto, más desmonte de bosques. Llegó el día en que ya era imposible aumentar las boyadas, el número de los esclavos y el corte de maderas; entonces los ingenios se multiplicaron por el país, hasta llegar a esa cifra de dos mil que había hacia 1860.

Sin embargo, las máquinas siguieron mejorando; cada vez eran más capaces; extraían cada vez más jugo de la caña y su funcionamiento se

complicaba a medida que pasaban los años, bien con nuevas invenciones, que ya eran los tachos para cuajar mejor el guarapo, ya las centrífugas para granular el dulce. Como si hubiera estado impulsada por un insaciable demonio interior, la industria iba viéndose cada día forzada a ampliarse y a mejorarse, sobre todo para competir con el azúcar de remolacha, que desde las guerras napoleónicas empezaba a extenderse en Europa. Entonces se apeló a los ferrocarriles privados. Con ellos se podía extender los cultivos, vencer las distancias, domesticar al tiempo. Así pudo acabar llevando a la fábrica enormes cantidades de cañas, y con el aumento de la materia prima, ampliar el ingenio y rebajar el precio por unidad producida.

Pero eso sólo podían hacerlo las empresas con grandes capitales, con lo cual tomaron ventaja sobre las de fondos escasos y acabaron desplazándolas, comprándolas o arrendándoles las tierras o bien sometiéndolas a categorías de simples productores de la caña, lo cual, con toda propiedad, dio origen al vocablo “colono”. Poco a poco, favorecidos por el estado marcial que impuso la guerra de independencia iniciada en 1868, los empresarios de capitales fuertes fueron dejando sin operar a los ingenios pequeños, mientras ellos pasaban a la categoría de “centrales”; así, al tiempo que el número de las fábricas se reducía, la producción aumentaba y se concentraba en pocas manos. Esa hazaña fue cumplida sobre todo por capitalistas extranjeros, cuya insaciable codicia iba a culminar, en los primeros treinta años del siglo XX, en un control casi total de la riqueza azucarera cubana, e iba a provocar la desesperación del pueblo, en la década tercera de esta centuria.

De los diversos aspectos con que el poderío azucarero se reflejó en la vida política de Cuba, hemos hablado ya en capítulos anteriores. No es cosa de insistir sobre ellos, ni hace falta señalar la recuperación lenta, pero segura, que hacia el dominio de su propia economía, y de todos los atributos que a ella se agregan, iniciaron los cubanos en 1933. Nada lo indica mejor que la nacionalidad de los dueños de ingenios a que nos hemos referido en este mismo capítulo. Con lentitud, pero con firmeza, los cubanos están pasando a ser los propietarios de la industria; y mientras se mantengan los derechos de los trabajadores satisfechos, los jornales altos, la libertad de huelgas y de expresión, irá en aumento el número de cuba-

nos dueños de la industria, pues a los capitalistas extranjeros no les interesa tener empresas allí donde ellos no impongan la ley. Con la típica actitud de su clase, huyen de los sitios donde la explotación no se permite.

En la historia del azúcar cubano es fácil advertir cómo la explotación fue perdiendo grados. Empezó con la esclavitud. Los hombres eran apresados en África, conducidos en barcos sucios, con apenas agua y comida suficiente para que los negros no murieran de inanición, y vendidos en La Habana, abiertamente, como se vendían caballos y reses. Sometidos al rigor del látigo, debían trabajar toda su vida a cambio de poca ropa, mala habitación y comida pobre; sus hijos nacían esclavos y debían proseguir su sombría suerte. Pero llegó el día en que el brutal comercio no pudo hacerse libremente; y aunque ésta en nada aliviara el destino de los desgraciados, implicaba un cambio en la mentalidad del explotador: seguía haciéndolo, pero con riesgos, burlando la ley y exponiéndose a la indignación de los mejores hombres de la isla.

Se produjo después la liberación, que fue gradual, porque al principio sólo se ofreció a los negros que habían combatido en las filas libertadoras hasta 1878, a los nacidos de vientre esclavo y más tarde a todos los de su clase. Comenzó entonces la explotación del trabajador libre, su utilización a cambio de jornales misérrimos por interminables horas de trabajo; y cuando llegó la hora en que los cubanos no quisieron someterse a la imposición de los grandes centrales, se importaron haitianos y negros de Jamaica en condiciones irritantes. El gobierno revolucionario de 1933 los sacó del país; y comenzaron las luchas por obtener mejores jornales para los cubanos, especialmente para los que trabajan en las labores agrícolas de la industria.

Poco a poco, obteniendo una ventaja hoy y otra mañana, las horas de trabajo fueron disminuyendo, los jornales subiendo, las condiciones mejorando. La vida de casi medio millón de obreros es hoy distinta; ganan cinco, seis y hasta diez veces más que en los tiempos del señorío de los grandes centrales extranjeros sobre el país; su situación es más estable y más segura como consecuencia de ese ascenso en el nivel general de vida del proletariado azucarero.

El cortador de caña ahora no es un haitiano que gana de treinta a sesenta centavos, tras dieciséis o dieciocho horas de rudo trabajo, sino

un cubano que abandona la mocha cuando ha cumplido una tarea y percibe un jornal relativamente decoroso. Por lo regular, usa guantes para no herirse con el filo de las hojas, lleva amplio sombrero para cubrirse del sol. De un golpe corta la caña a poca distancia de la raíz; la deshoja con hábiles y rápidos movimientos; tomándola por el tallo, lanza en el aire un mochazo que separa el cogollo; entonces tira la caña ya pelada a un montón, de donde la cogerán en brazadas los carreteros o los camioneros. El corte empieza en los primeros días de enero, por el lugar que hayan señalando los químicos del ingenio como más apropiado, debido a la mayor concentración de sacarosa en el fruto. Luego, a medida que el tiempo va pasando, el resto de la caña irá madurando, porque el frío favorece la producción del jugo en el misterioso laboratorio natural que forman la tierra, las aguas, el sol y la planta.

Las carretas o los camiones pueden ir directamente al ingenio, si está cerca, tras pasar por la báscula donde los pesadores tomen nota de la cantidad y del sector de donde procede; pero pueden ir también a cualquiera de los lugares donde recoge la carga el ferrocarril del ingenio, que circula por entre los cañaverales, arrastrando una inmensa cola formada por casillas repletas del fruto. Los carreteros, los pesadores, los camioneros y los operarios del ferrocarril trabajan ocho horas, al cabo de las cuales son sucedidos por otros, y cobran jornales habitualmente buenos, o por lo menos, altos en relación con los de otros tiempos. Mientras dura la zafra, de ciento veinte a ciento cincuenta días –según sea el ingenio, según abunden o no las lluvias–, los campos de Cuba se ven trajinados por esos cortadores, por esas carretas, por esos infatigables trenes, por los camiones y las rastras, mientras aquí y allá, en Tedio de cultivados valles, las chimeneas de las fábricas humean sin cesar.

Con diferencias establecidas por el tamaño de la planta industrial, ya sean ingenios, ya sean centrales –más grandes, múltiples y complicados las últimas–, el establecimiento de la fábrica es más o menos el mismo. La casa de las máquinas se eleva en medio de un gran patio rodeado de casas de vivienda, los almacenes y el comercio. Este patio céntrico se llama “batey”, palabra indígena, que al parecer se daba al terreno común a cuyo alrededor se levantaban los bohíos de la tribu, y también al lugar llano donde se jugaba a la pelota. En la mayoría de los ingenios el batey

es cuidado, limpias y alegres las casas de los empleados permanentes, que son, por lo regular, los químicos, los jefes de máquinas, los guardas privados de la empresa, el médico, los funcionarios públicos destacados en el sitio, el encargado del comercio, el de los almacenes, el farmacéutico. En la mayor parte, las calles se ven amplias y sombreadas por árboles.

En muchos se levanta la vivienda de los dueños, que a menudo van a pasarse semanas y hasta meses en el ingenio, sobre todo por el tiempo de la zafra; y habitualmente esas casas son hermosas, macizas, ricas, especialmente si fueron levantadas en tiempos ya idos. Casi siempre, la que sigue en importancia a la del dueño es la del administrador, personaje ejecutivo, suprema autoridad en los bateyes, en otra época, señor de horca y cuchillo, y ahora dirimidor de dificultades y armonizador de conflictos. Hay centrales donde hasta hotel y restaurante público halla el visitante. Con mayor o menor amplitud, todos tienen su enfermería de primeras curas y hasta algún hospitalillo; muchos, centros de recreo para los empleados.

La caña entra a las cuchillas por medio de esteras rodantes. Llega incesantemente, en crecidas oleadas; y los enormes mazos de hierro, que se suceden con dientes cada vez más finos, la van triturando en un esfuerzo continuo, que jamás cesa mientras la zafra dura, y van apretándola y escurriéndola, hasta extraerle todo el jugo que puede dar en una primera pasada. A medida que va siendo volcada entre mazos de cuchillas más finas, la triturada caña recibe un chorro permanente de agua hirviente y del propio jugo, a fin de que vuelva a ser molida y se le deje casi del todo seca. Los enormes mazos ruedan sobre sus ejes lentamente, una hora y otra hora, movidos por catalinas inmensas, verdaderos símbolos del poderío industrial moderno, al pie de las cuales zumban sin sosiego las dínamos que las impulsan.

Al salir de los molinos, la caña, que la tierra hizo depósito vegetal del dulce guarapo y de la rica sacarosa, ha quedado destruida, y por un lado van sus restos sólidos vueltos seco bagazo, que son llevados a los hornos para servir de combustible, y por otro, en gruesos tubos, va el jugo o guarapo a hervir en enormes calderas. Hasta aquí, con la sola diferencia establecida por la modernización, el proceso es semejante al

que seguían los viejos trapiches que humeaban en los alrededores de La Habana entre los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVIII. Pero a partir de aquí se acumulan las invenciones añadidas para sacar más provecho a la caña. En las grandes calderas donde el guarapo hierve, se agolpa, arriba, la gris espuma; abajo está el “fondajo”, o “cachaza”. La “cachaza” es llevada a otros tanques, redondos, altos, que pueden ser tres o cuatro, o diez; según sea de grande el ingenio; y en ellos, mezclada con agua, se le hace hervir a altas temperaturas otra vez, para que se purifique; y la parte que no se purifica es devuelta a los molinos que trituran la caña, para que allí humedezca el bagazo y retorne, en un viaje incesante, en un inacabado ir y volver, a las hirvientes calderas, donde nueva “cachaza” está siendo sometida al mismo proceso que ella padeció.

Pero antes de que el “fondajo” o “cachaza” sea enviado a purificarse, una gran parte del guarapo pasó, junto con el que hervía, a los “tachos” de triple o cuádruple efecto, y ahí, después de filtrado junto con la “cachaza” que alcanzó a purificarse –mientras que la que no lo hizo volvió a los molinos, para empezar la ruta, como si no la hubiera recorrido– se hizo meladura. En el triple o cuádruple juego de los tachos, hombres expertos vigilan, y a través de cristales es fácil ver cómo de uno en otro, la meladura va deshidratándose cada vez más, haciéndose más y más espesa, cobrando un color rojo que se va encendiendo, hasta que en el cuarto tacho es ya un líquido casi pastoso. Y de aquí también, la meladura que no ha cuajado bastante, retorna a los tanques de que saliera, para ir a los tachos, y vuelve a los tachos de nuevo, reemprendiendo el viaje por los reinos del fuego, sometida a temperaturas de infierno. Por fin, el experto que saca muestras infatigablemente de los tachos ve que ya se ha hecho “templa”, es decir, la meladura ha cuajado a extremos de granularse. Esa “templa” va a los tanques cristalizadores, y el sobrante se desvía hacia los depósitos de “miel de purga” o, si puede recorrer una vez más la ruta del máximo aprovechamiento, a los tanques de meladura, de donde, una vez más, volverá a los “tachos”.

El proceso de repasar y repasar sin tregua los sobrantes, para sacar de ellos la última posibilidad de convertirlos en azúcar granulado, es infinito, largo, constante. Toda la codicia y la técnica del sistema capitalista se exponen en él. Sucediéndose en forma monótona, los tanques,

las tuberías y las calderas alcanzan a veces número fatigoso; cubren enorme extensión, y para hacer su montaje más económico se ordena la fábrica de manera que resulta ser como un edificio compartido en varios pisos, uno encima del otro. De departamento en departamento, se trepa por pinas escaleras. El jugo, la “cachaza”, la “meladura”; todo eso va y viene por tuberías que arden. Las vastas construcciones, muchas de ellas de paredes metálicas, resuenan día y noche; y día y noche por todos sus rincones zumban las dínamos y se esparce el fuerte, el grato, el fermentado olor del guarapo, que perfuma el lugar y confiere al aire un vivo poder estimulante.

Al fin, el azúcar empieza a salir de los cristalizadores, todavía pastoso, aunque al tacto se aprecie que está granulado ya; y pasa entonces a las centrífugas, diez, doce o catorce –y aún más, de acuerdo con la capacidad de la fábrica–, pequeños tanques atendidos cada uno por un hombre, que al abrir una compuerta se llenan con meladura espesa, a la cual se agrega agua. Al dejar en libertad, mediante una palanca, el eje que sostiene por el fondo esos pequeños tanques, éstos empiezan a girar vertiginosamente, a increíble velocidad. El agua se desplaza, y arrastra consigo la meladura, con la cual se va otra vez a los tachos; mientras tanto, el rapidísimo movimiento pone a rozar entre sí los granos, y los seca. La centrífuga chilla hasta ensordecen. Quienes las atienden apenas pueden oír si se les habla. La caña que fue torturada en los molinos de enormes mazos y duras cuchillas, padece el fuego en su bagazo, la tortura de las altas temperaturas en su jugo, y al fin, en su etapa final, al salir hecha azúcar, tiene que sufrir el matálico, duro y maligno chillido de las centrífugas.

Pero ahí termina una etapa de maltratos. A partir de entonces será una presidiaria en los sacos, por lo menos, hasta que deba sufrir el proceso del refinamiento, complicado, exhaustivo, pero en cierto sentido, similar al de la fabricación. Ya refinada, es seca, blanca como el plumón de un cisne; su olor se ha tornado fino, apenas sensible; y viaja por el mundo en sacos de algodón o de papel. Cuando sale del ingenio sin refinar, es metida en sacos de trece arrobas –trescientas veinticinco libras– y amontonada en estibas gigantescas, que recuerdan murallas incaicas, en los propios almacenes del ingenio; hasta que llega el día en que deba ser puesta en vagones para tomar el camino de un puerto, y más tarde, en

las bodegas de un barco, para cruzar los mares, que a veces son verdes y movidos, como los cañaverales de que ella salió.

A mí me gusta oler el aire de los ingenios, cuando la zafra anima sus oscuras y férreas entrañas; me gusta oír el golpeteo de los hierros en el tiempo muerto, cuando los mecánicos desmontan los grandes mazos para repararlos y limpian los anchos tanques o las cansadas calderas. Me gusta visitar a mi amigo Herminio García, administrador de un ingenio mediano en las cercanías de La Habana; charlar con él, oírle su cortante y enérgica conversación, ver desde el portal de su casa el bosque de palmeras y bambúes, de mangos y aguacates que la rodea, y detener la mirada en las bugambilias rojas y moradas que estallan entre los árboles, o el oído en el canto de los pájaros que vuelan sin cesar por el paraje.

Aunque parecidos, los ingenios no son iguales. Los hay de máquinas pequeñas, tierras escasas y operarios contados, como alguno que produce al año cuarenta mil sacos; y los hay que son modelos en grande de la organización industrial del siglo xx, capaces de dar más de un millón de sacos; complicados mundos de hierro y vapor, cuyos molinos asustan, de tan poderosos, y en cuyas naves se alinean y se trepan unos en otros numerosos tanques, múltiples calderas, acaso kilómetros de tuberías, infinidad de dínamos. En esas centrales mayores, el manejo de los ferrocarriles es toda una hazaña; las oficinas de administración cuentan infinidad de empleados y máquinas calculadoras, puesto que se lleva contabilidad de todo al centavo; los laboratorios en que los químicos trabajan sin cesar, son modelo en su género. Algunos tienen refinería y algunos aprovechan la energía motriz del ingenio para desarrollar otras industrias. Así, uno que se halla en la costa norte de la provincia de La Habana, elabora aceite de maní, y gran parte de sus campos están cultivados de henequén, con el cual se tejen cuerdas.

La caña que puebla las llanuras de Cuba es sembrada, bien por el propio ingenio, en cuyo caso se llama “de administración”, o bien por productores privados, conocidos con el nombre de “colonos”. Estos últimos siembran y cortan; pero el ingenio acarrea el fruto, lo pesa y lo muele; y paga a los colonos en especie un tanto por ciento de azúcar por cada arroba de caña entregada. Habitualmente, el ingenio refacciona al colono, le adelanta dinero para la siembra, aunque los colonos tienen su propio

banco, al cual recurren para financiar el cultivo. Algunos colonos cosechan más de veinticinco millones de arrobas. Así como los dueños de ingenios se hallan agrupados en la Asociación Nacional de Hacendados, los colonos lo están en la Asociación de Colonos.

Hay distintos tipos de caña. No menos de veinticinco se siembran en el pala, pero más de dos billones (dos mil millones) de arrobas, de los cuatro billones que se cultivan, corresponden al llamado “P O J 2878”, que cristaliza pronto, es de abundante jugo y resiste bastante bien el “mosaico” y la “jova”, dos enfermedades que atacan el dulce tallo. La resistencia natural de la caña se ayuda con el riego de insecticidas, cuando el fruto está tierno; usualmente se le esparce “caldo bordelés”, que se compone de agua, cal, sulfato de cobre y sulfato de sodio.

Hay una siembra llamada “temprana”, que se hace en abril; otra llamada de “primavera”, que se hace en mayo y junio; y hay las de “frío”, una “temprana” en noviembre y diciembre, otra “natural” en enero. Mezcladas con la tierra durante el arado, las hojas secas y los cogollos abonan los campos, pero se abonan también poniendo una porción de abono amoniaco en cada cepa, y regando “cachaza” extraída de la caña, y estiércol de vaca. Por lo general las tierras se riegan por “aniego”, esto es, dejando que por ellas corra el agua y las empape: Una vez crecido el fruto, se les da a los terrenos “manos de guataca” es decir, se les hace limpieza de yerbas y matojos, y un aporque por el camellón o surco.

El fruto no nace verticalmente, aunque a simple vista lo parece. Crece inclinándose, varios tallos de cada cepa, como repartiéndose en lucha la clara luz y el ancho cielo que allá arriba aparece iluminado. Con el transcurso de los meses se les ve doblarse, buscando la altura; echan de sí las cortantes y duras hojas, forman un amasijo casi impenetrable. Y cuando al fin todas las cañas han crecido, los plantíos se ven dominando el horizonte, verdes, infinitos, moviéndose al compás de las brisas, como las olas de un mar, mientras arriba resuenan las hojas de los árboles y se yerguen las altivas palmeras de enhiestos troncos.

De ese fruto no sale sólo el azúcar pardo que Cuba distribuye por el mundo, ni el blanco, seco y suave azúcar blanco que producen las refinerías de la isla y de Estados Unidos; ni las confituras que a veces fabrican en Italia, otras en Inglaterra, muchas en el país. De él salen también

mieles, alcoholes industriales y medicinales, aguardiente y ron, tragos para entonar el cuerpo o el alma y para acompañar, en horas de cansancio moral o de alegrías justificadas, las penas de un mal amor o el júbilo de las fiestas.

En el ingenio hierve el guarapo, y a veces el tanto fuego y las presiones a vacío invierten en glucosa la sacarosa que lleva. Los químicos vigilan constantemente las muestras sacadas de los tachos, a fin de que la inversión no se produzca. Pero no puede evitarse que la meladura sometida a continuas vueltas para extraerle la mayor cantidad de sacarosa, resulte agotada y alguna invertida; y entonces ya no sirve para azúcar, sino que se ha vuelto “miel rica”. Pasa lo mismo con frecuencia en el caso de las “mieles finales” o “exhaustas”, que de las centrífugas toman a los tachos. Y esas mieles pueden ser destiladas hasta hacerlas alcohol. Poco se hacía con ellas antes, a excepción de los rones, algunos de los cuales ganaron prestigio en el mundo y muchos todavía lo conservan. Pero cuando medidas gubernamentales limitaron la producción de azúcares, las zafras se acortaron y en los campos quedaban millares y millares de caballerías de cañas, entonces los ingenios las destinaron a producir mieles, y así nació la poderosa industria alcoholera que tiene hoy la isla.

Convertir las mieles en alcoholes no es tarea tan fácil como hacer azúcar del jugo de la caña. La industria es más compleja, puesto que intervienen en ella la química y la biología. El principio consiste en situar levadura entre las mieles, de manera que las enzimas, produciendo anhídrido carbónico, transformen la glucosa en alcohol; luego el alcohol se separa mediante el conocido sistema de evaporación y conducción a través de serpentinas o columnas de destilación; y el mosto, o materia no alcohólica, se lanza por tuberías a lugares de desperdicios. Ése es, en síntesis, el procedimiento. Ahora bien, no es de fácil realización. En primer lugar, las mieles llegan a las destilerías cargadas de impurezas y de bacterias, ya butílicas, ya acéticas, que deben ser eliminadas. La bacteria acética, por ejemplo, oxida el alcohol y lo torna ácido, de manera que si se le dejara en las mieles, el producto no serviría para rones.

Las mieles deben ser, pues, sometidas a una prueba de fermentación, y esas pruebas conservadas en incubadoras, al grado de calor suficiente

para dar las condiciones óptimas en que las bacterias se desarrollan. Además, en las mieles abundan productos químicos que no han sido clasificados y que reducen el cobre de las columnas de destilación y de los alambiques; de manera que es necesario determinar si están o no presentes en la materia prima, y en qué proporción antes de proceder a usarlas. Cuando ese proceso de análisis bioquímico se ha cumplido, las mieles se depositan en grandes tanques, donde son batidas con agua, y dejan de llamarse mieles para llamarse “batición”. La “batición” pasa a los corbatos, que pueden ser de madera, pero que reúnen mejores condiciones cuando son de hierro. En una enorme destilería que hay en Cárdenas he visto nueve de esos gigantescos corbatos de hierro llenos de la “batición”, cada uno de ellos con casi cuatrocientos cincuenta mil litros de capacidad. Estando en ellos, la “batición” recibe un agregado de ácido sulfúrico y de sulfato de amonio, pues aunque las mieles son ricas en potasio y en calcio, lo cual favorece el metabolismo de la levadura, ésta se alimenta mejor si se le agrega sulfato de amonio, con el cual se produce nitrógeno; el ácido sulfúrico, por su parte, ayuda a dominar cualquiera infección de las mieles, mediante el descenso del “pH” que provoca.

En los corbatos la “batición” fermenta durante veintisiete o treinta horas. Lanza la levadura sus enzimas, brota a raudales el anhídrido carbónico, y por las paredes de los enormes recipientes se ve el continuo y vivo movimiento que produce el ácido, y se advierte la marcha constante hacia el centro, donde la espuma se reúne. Al cabo de las treinta horas la levadura se ha agotado; ha rendido su tarea, ha transformado la glucosa de las mieles en alcohol. Y el negro rojizo líquido pasa entonces a las altas columnas de destilación en forma de vapor, en ellas se concentra gracias al cambio de temperatura, y cae en transparentes, cristalinis y olientes chorros a los depósitos, de donde las tuberías y las mangueras lo llevarán hasta los carros de hierro que, sobre los raíles del ferrocarril, esperan la hora de distribuirlo por toda la isla.

El alcohol así producido puede ser muy puro, como el de noventaicinco grados, que tiene usos medicinales; o el absoluto, de noventainueve punto ocho o noventainueve punto nueve grados, que es utilizado para las industrias, y sobre todo, mezclado con gasolina, para carburante de vehículos a motor; o puede ser de segunda clase, de noventaicuatro gra-

dos y medio, que se destina sobre todo a reverberos, cocinas y otros fines parecidos. Pero hay otro alcohol, el aguardiente, de cristalina transparencia y olor agradable. Éste es el que se usa en la fabricación de rones y bebidas similares. Éste es el aristócrata de los alcoholes. Las mieles de que se extrae son escogidas; se las busca exentas de bacterias que produzcan mal olor, de manera que su bouquet resulte estimulante para los bebedores.

El mejor ron sería el que se destilara directamente del guarapo, el que saliera de un alcohol producido del propio jugo de la caña. Pero resultaría tan caro que apenas podría venderse. Con todo, sin proceder del guarapo, los rones de Cuba son famosos en el mundo, y su mejor mercado es el de Estados Unidos. Los cubanos consumen escaso ron. Tengo para mí que los fabricantes no se han puesto a estudiar el carácter nacional, y no han comprendido todavía que, por lo menos en la última generación, el hedonismo es tan fuerte que rechaza la pérdida de la conciencia propiciada por el alcohol.

Al cubano no le gusta emborracharse. No lo hace ni siquiera para satisfacer citas de amor. No desea ser físicamente inconsciente; su afán es disfrutar a plenitud el menor placer. Jamás he visto en las calles de Cuba un beodo dando tumbos, y mucho menos a nadie tendido en la acera durmiendo la embriaguez, espectáculo común en casi toda la Tierra. El cubano bebe, pero hasta tanto empieza a sentirse mal. Por eso prefiere bebidas como el brandy y el whisky o la cerveza, todas las cuales son de graduación más baja que el ron. Para tener el suave gusto de un coñac o de un whisky, que oscilan entre los treintaiocho y los cuarentaiún grados Gay Lussac, el ron no debería pasar de treintaisiete; sin embargo, tiene, en promedio, cuarentaiocho grados; en consecuencia, es demasiado alto para el gusto actual de Cuba.

De los ochocientos treintaicinco mil dólares que la industria del ron exportó en 1950, seiscientos cuarentaicinco mil fueron vendidos a Estados Unidos, el Japón y la Estación Naval de Guantánamo, a Canadá y Bermudas. En Japón, en la Estación Naval y en Bermudas, los consumidores fueron, sin duda, estadounidenses; y tanto ellos como los canadienses, habitantes de zonas frías, reclaman bebidas fuertes, que les produzcan calor interno. Lo cual quiere decir que el grado alcohólico del

ron cubano es mejor para países de nieves que para la fascinante isla en que se produce, y que en buena ley comercial, el destinado a venderse en Cuba debería ser de graduación más baja para que compensara la diferencia de clima que hay entre las heladas llanuras del Canadá y las cálidas llanuras cubanas.

Por las seis provincias de Cuba, desde los contrafuertes de las montañas que se levantan en el extremo oriental hasta las aguas relucientes de Bahía Honda, en Pinar del Río, setentaicuatro destilerías elaboran alcohol, y muchas de ellas rones. Se oye en las potentes calderas el monstruo del fuego tratando de escaparse día y noche, zumbando con ronquido de animal vencido, pero no rendido; se siente a la distancia el agrio y viril olor del mosto; trepidan los trenes y el ruido de los frenos metálicos, el de los vagones-tanques que crujen al ser parados en seco, el de las agudas sirenas, confieren a los lugares en que se hallan esas fábricas un saludable aire de comunidad viva y enérgica. En los talleres martillean los mecánicos, en las oficinas laboran callados los burócratas, los obreros se turnan, y en algunas destilerías su número alcanza centenares.

La gran mayoría de esas fábricas fueron fundadas después de 1943, aunque hay una que data de 1870, y dos, por lo menos, de 1900. Como en el caso de los ingenios y centrales, se ignora qué inversiones se hicieron para montar la industria. Deben haber sido muy altas, probablemente por encima de cien millones; pues a pesar de que algunas producen sólo millón y medio de litros al año, otras sobrepasan los treinta millones, y todas juntas pasan del medio billón (quinientos millones). Hay que ver la amplitud, la organización y el señorío de algunas de esas empresas, modelos de orden, limpieza y poder industrial. Líneas de ferrocarril, carros tanques, almacenes, naves inmensas, talleres gigantescos, espigones de muelles, oficinas y laboratorios; de todo acumulan. Las hay humildes, pero las hay con abolengo, estrechamente unidas a la historia y al ornato y a la economía de las ciudades donde se hallan.

Ciento sesentaiún ingenios y centrales, veintiséis refinerías, setentaicuatro destilerías, y todas las pequeñas industrias dependientes, producen en Cuba, cada año, varios cientos de millones de dólares. Alrededor de ese núcleo gira la Banca, giran los transportes, gira la vida económica de la nación. Ferroviarios y choferes, químicos y mecánicos, corta-

dores y estibadores, marinos y burócratas, médicos, enfermeros, aseguradores, economistas y periodistas especializados en la materia: toda una humanidad activa, bullente, acometedora y ambiciosa se mueve a impulsos de las fuerzas que desata el azúcar.

El azúcar no es cubano de nacimiento, pero ha hecho de Cuba su tierra natural. La isla misma parece haber sido creada por los dioses para que fuera la azucarera del mundo. Larga, estrecha y con llanuras y valles asequibles, al cabo de los siglos resultó una cercana vecina del más grande mercado consumidor del dulce que recuerda la historia; además, de tal mercado la separa sólo el mar, la más barata de todas las vías de comunicación. Situada en una zona apropiada para el cultivo de la caña, con sus lluvias reguladas por la naturaleza, con sus tierras ricas, quiso su fortuna que sus costas se abrieran con frecuencia para formar bahías, ensenadas, rías y puertos, en número asombroso y con estupendas condiciones de profundidad y de cercanía a los valles. De manera que por alejado que se halle de un embarcadero, cualquier ingenio tiene acceso barato a una salida marítima, siempre buena y cómoda.

El desenvolvimiento histórico del país ha resultado a la postre el mejor posible para que el dulce grano no amargara de modo total y definitivo la vida del cubano. Nacida de privilegios y de sufrimientos inenarrables, la poderosa industria acogió a Cuba durante centurias; y cada vez parecía más difícil librarse de los yugos que ella iba levantando tan pronto veía oportunidad propicia. Pero al cabo de una larga lucha en la que no se economizó sacrificio alguno, el pueblo sometió al rico monstruo; lo puso a su servicio; lo hizo rendir beneficios para la comunidad.

Queda mucho que hacer todavía, pues de las tierras del país, incluyendo en ellas los cayos adyacentes, cerca de la cuarta parte es propiedad de los ingenios y centrales; los cuales usan sólo una porción en el cultivo de la caña, mientras mantienen el resto inactivo; y esto se traduce en mal vivir para los campesinos, que podrían disponer de mayor área de cultivo si esas tierras estuvieran a su disposición. Ya han pasado los años en que los ingenios eran círculos cerrados, que importaban mercaderías por sus puertos propios, compraban lo que sus trabajadores y familiares consumían, dejando a un lado el comercio del país; fijaban

los salarios según sus conveniencias y establecían horarios de trabajo buenos para regímenes de esclavitud. Pasaron los días en que ellos dominaban la banca y la política, en que los cuerpos de seguridad estaban a sus órdenes para aterrorizar a los obreros.

Pero falta mucho por hacer. Sólo durante algunos meses del año muelen las centrales, y cuando el tiempo muerto llega, el nivel de vida de acaso trescientos mil trabajadores cae casi verticalmente; por los pueblos y por los campos se amortigua el trajín de los hombres, las mujeres y los niños; los comercios rurales restringen sus pedidos; en la casa humilde se recibe con pavor la noticia de que ya ha cesado la molienda, y ese pavor, que en fin de cuentas dura todo el año, porque desde el día en que la zafra comienza se espera que termine –itan fugaz es la dicha en el hogar del pobre!–, cuaja al fin cuando, tras el último pago, hay que acortar las raciones de alimento, hay que limitar esos gastos superfluos de los niños en que está la raíz de sus momentos más felices, hay que medir, en fin, la alegría de vivir, que no florece en los hogares donde la miseria apaga los leños del fogón.

Aunque los trabajadores del azúcar están organizados en una vasta federación de sindicatos, y tienen seguros y retiro, y luchan por que los dueños de la industria no les nieguen los beneficios que les reconoce la ley, su suerte no es la misma que la que sonríe a los propietarios; sus hijos no viven con la comodidad y con la seguridad que rodea a los hijos de los amos. Es cierto que la ley manda que cuando el azúcar suba de precio, los beneficios se distribuyan entre hacendados, colonos y obreros. Pero sería inútil negar que éstos y los pequeños colonos llevan todavía la peor parte, porque es a ellos a quienes toca sufrir, en todo su rigor, el peso del tiempo muerto.

En realidad, el pueblo entero de Cuba, que ha visto varias veces su nivel de vida descender, en ocasiones a extremos muy bajos, debido a las crisis mundiales en el precio del azúcar, vive consciente o inconscientemente atemorizado de que un día se detenga la demanda del dulce y éste empiece a cotizarse bajo, a ser producido en menor cantidad. Pues cuando eso ocurre el tiempo muerto se prolonga y el de la zafra se torna pobre, anémico, desesperanzado. Los técnicos, los economistas y los obreros predicán constantemente una política económica que tienda a

hacer de los ingenios centros de diversas actividades industriales, de manera que puedan trabajar todo el año. Unos recomiendan la utilización de residuos en elaboración de fertilizantes, en plantas de vitaminas, en fuentes de alimentos baratos para hombres y animales; otros reclaman que el bagazo, utilizado como combustible en los hornos de los ingenios, se dedique a fabricar celulosa y a transformar ésta en papel.

Sin duda alguna, los días en que eso suceda llegarán. Tardarán más o menos, pero los cubanos los verán. Una potente voluntad de aumentar sus fuentes de trabajo anima a todo el pueblo. Gente de inteligencia vívida y de ambición despierta lucha por hallar la seguridad que le permita hacer de manera más plena y consciente su tránsito por la Tierra.

Optimista y emprendedor, el cubano no se deja abatir, a pesar de los periodos anuales y sombríos tiempos muertos. Tiene fe en su isla, fe en sus congéneres, fe en sí mismo. Sabe que Cuba ha salido mejorada de sus luchas incesantes; sabe que su tierra es rica; que entre ella y el sol elaboran en los misteriosos laboratorios de la naturaleza el dulce de la caña para que las gentes del mundo melifiquen sus horas de angustia. Al paso de cada generación, los capitalistas criollos, que poco a poco están volviendo a recuperar el dominio de su principal industria, son más emprendedores, más capaces, ven con más claridad que el bien de todos descansa en la seguridad de las grandes masas.

Llegará el día en que las chimeneas de los ingenios despidan, todo el año, su tardo y rojizo humo hacia los cielos azules, y de las vastas naves saldrán multiplicados los subproductos, el papel para los periódicos y libros, los fertilizantes y las vitaminas. Entonces, cuando el obrero no tenga que trabajar temeroso de que la zafra termine y con ella se liquide la alegría de recibir un jornal decente, al caer de las tardes, por las callejas de los bateyes o por las guardarrayas flanqueadas de altivas palmeras, los hombres retornarán a sus hogares con la ilusión de sentar en las rodillas al hijo pequeño y empezar a contarle:

—Esto que tú ves, mi hijo, es Cuba, la tierra iluminada por las estrellas, la azucarera del mundo. Y algo más...

Índice

Libro primero

El escenario

Capítulo I

LA PUERTA LUMINOSA	11
--------------------------	----

Capítulo II

LA VIOLENTA EXPANSIÓN DE LA HABANA	31
--	----

Capítulo III

LA REGIÓN DE OCCIDENTE: MAR Y LUZ Y PALMERAS	51
--	----

Capítulo IV

DE JIBACOA A LAS MONTAÑAS ORIENTALES	71
--	----

Libro segundo

El drama y los actores

Capítulo I

EL UMBRAL DE SÍ MISMA	99
-----------------------------	----

Capítulo II

LAS GUERRAS LIBERTADORAS	121
--------------------------------	-----

Capítulo III

LA LUCHA FINAL.....	143
---------------------	-----

Capítulo IV

LAS ALTAS VOCES DEL PUEBLO	165
----------------------------------	-----

Libro tercero

Carácter y producción

Capítulo I

APUNTES DE PSICOLOGÍA NACIONAL 193

Capítulo II

LA APOTEOSIS DEL HEDONISMO..... 215

Capítulo III

LA AVENTURA DEL TABACO..... 239

Capítulo IV

LA AZUCARERA DEL MUNDO 263

Cuba, la isla fascinante, se terminó de imprimir en la Ciudad de México durante el mes de julio del año 2009. La edición, en papel de 75 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



